

JESMYN WARD
**La canción de los vivos
y los muertos**

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ

narrativa punto plus



D.J.57

LA CANCIÓN DE LOS VIVOS Y LOS MUERTOS

JESMYN WARD

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ



Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Sing, Unburied, Sing

Copyright © JESMYN WARD, 2017
Publicado originalmente por SCRIBNER, Nueva York, 2017

Primera edición: 2018

Traducción
© FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ

Imagen de portada
Adaptación del diseño de cubierta de TONO CRISTÒFOL
para EDICIONS DEL PERISCOPI usando la imagen del cuervo
de © AdobeStock, 2018

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2018
París 35—A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sexto piso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Conversión a libro electrónico
Newcomlab S.L.L.

ISBN: 978-84-17517-05-2

A mi madre, Norine Elizabeth Dedeaux,
que me quiso antes incluso de que yo respirase.
Y me lo demuestra cada segundo de mi vida

¿A quién buscamos, a quién buscamos?
Es a Equiano a quien buscamos.
¿Ha ido al arroyo? Dejadlo que vuelva.
¿Ha ido a la granja? Dejadlo que regrese.
Es a Equiano a quien buscamos.

Canto kwa sobre la desaparición de Equiano,
un chico africano

La memoria es algo vivo, también en tránsito. Pero durante el instante que dura,
todo lo recordado se une y cobra vida: los viejos y los jóvenes, el pasado y el
presente, los vivos y los muertos.

One Writer's Beginnings, EUDORA WELTY

El Golfo brilla, mate como el plomo. La costa de Texas
centellea como un borde metálico. No tengo hogar
mientras el verano burbujeando hasta su cima

hierva por ese día cuando en nombre de Dios
las brasas del fuego se amontonan sobre la cabeza
de todos aquellos cuyo evangelio es el látigo y la llama,

década tras década, los muertos poco instruidos.

The Gulf, DEREK WALCOTT

CAPÍTULO 1. JOJO

Me gusta creer que sé lo que es la muerte. Me gusta creer que es algo a lo que podría mirar de frente. Cuando Pa me dice que necesita mi ayuda y veo ese cuchillo negro deslizarse por el cinturón de sus pantalones, sigo a Pa fuera de la casa, intento mantener la espalda erguida, los hombros rectos como una percha, así camina Pa. Intento que parezca que para mí es algo normal y aburrido para que piense que he aprendido algo en estos trece años, para que Pa sepa que estoy listo, que puedo extraer lo que hay que extraer, separar las tripas del músculo, los órganos de las cavidades. Quiero que Pa sepa que puedo mancharme las manos de sangre. Hoy es mi cumpleaños.

Sujeto la puerta para que no se cierre de golpe, la encajo con suavidad en la jamba. No quiero que Ma o Kayla se despierten y vean que no hay nadie en casa. Es mejor que duerman. Es mejor que mi hermana pequeña, Kayla, duerma, porque las noches en que Leonie está trabajando fuera, se despierta a cada hora, se sienta en la cama y grita. Es mejor que Ma duerma, porque la quimio la ha dejado seca, la ha vaciado igual que el sol y el aire al roble negro. Pa zigzaguea entre los árboles, erguido, delgado y oscuro como un pino joven. Escupe en la tierra roja, reseca, y el viento mece los árboles. Hace frío. Esta primavera es testaruda; casi ningún día le hace hueco al calorcito. El frío se estanca como el agua en una bañera que no desagua bien. Dejo la sudadera en el suelo del cuarto de Leonie, que es donde duermo, y mi camiseta es fina, pero no me froto los brazos. Si dejo que el frío me intimide, sé que al ver a la cabra me encogeré de miedo o arrugaré la cara cuando Pa le corte el pescuezo. Y Pa, sabiendo cómo es, se dará cuenta.

—Mejor dejamos que la niña siga durmiendo —dice Pa.

Pa construyó nuestra casa él solo, estrecha por delante y alargada, cerca de la carretera para no tener que talar los árboles del resto de la finca. Puso la pocilga

y el establo para cabras y el gallinero en pequeños claros del bosque. Tenemos que pasar por la pocilga para llegar a las cabras. La tierra es negra y está embarrada de mierda, y desde que Pa me azotó cuando tenía seis años por correr por la pocilga sin zapatos, nunca he vuelto a andar descalzo por aquí. «Puedes pillar lombrices», dijo Pa. Esa noche, más tarde, me contó historias sobre él y sus hermanos de cuando eran jóvenes y jugaban descalzos porque sólo tenían un par de zapatos cada uno y eran para ir a la iglesia. Todos pillaron lombrices, y cuando iban a la letrina, a todos les salían lombrices por el culo. No se lo dije a Pa, pero eso fue más efectivo que los azotes.

Pa elige a la desafortunada cabra, le ata una cuerda al cuello con un nudo como de horca y la saca del establo. Las otras balan y corren tras él, le golpean las piernas, le lamen los pantalones.

—Venga, venga —dice Pa, y las aparta de un puntapié.

Creo que las cabras se comunican entre ellas; puedo verlo en sus agresivos cabezazos, en cómo muerden los pantalones de Pa y tiran de él. Creo que saben lo que significa esa cuerda atada al cuello. La cabra blanca con mechones negros se mueve de lado a lado, se resiste, como si se oliera lo que va a venir después. Pa la arrastra, pasa por delante de los cerdos, que se acercan a la verja y le gruñen porque quieren comida, y sigue por el camino que conduce al cobertizo, que queda más cerca de la casa. Las hojas me castigan los hombros, me arañan la piel y me dibujan rayas blancas en los brazos.

—¿Por qué no dejas esto más despejado, Pa?

—No hay bastante espacio —responde Pa—. Y nadie tiene que ver lo que tengo aquí detrás.

—Pero si los animales se oyen desde allí. Desde la carretera.

—Y si alguien viene aquí a enredar en mi ganado, yo lo voy a oír a través de esos árboles.

—¿Crees que algún animal dejaría que alguien se lo llevara?

—No. Las cabras tienen muy mala baba y los cerdos son más listos de lo que te crees. Y violentos. Si se acerca un desconocido, seguro que le meten un bocado.

Pa y yo entramos al cobertizo. Ata la cabra a un poste que ha clavado en el suelo y la cabra le gruñe.

—¿Conoces a alguien que tenga los animales sueltos? —dice Pa.

Y Pa tiene razón. No hay nadie en Bois que tenga los animales sueltos por los campos, ni delante de sus casas.

La cabra menea la cabeza de lado a lado, tirando hacia atrás. Intenta deshacerse de la cuerda. Pa se sienta a horcajadas sobre ella y le pone el brazo bajo la quijada.

—Big Joseph —digo.

Quiero mirar fuera del cobertizo cuando lo digo, hacia atrás, al día frío y verde chillón, pero me obligo a mirar a Pa, a la cabra con el pescuezo levantado, lista para morir. Pa resopla. No tenía que haber dicho ese nombre. Big Joseph es mi abuelo blanco, Pa es mi abuelo negro. He vivido con Pa desde que nací. He visto a mi abuelo blanco dos veces. Big Joseph es regordete y alto y no se parece en nada a Pa. Ni siquiera se parece a Michael, mi padre, que es delgado y está lleno de tatuajes. Algunos se los hicieron aspirantes a artistas de Bois; otros, cuando estuvo trabajando en alta mar; y otros, en la cárcel.

—Bueno, vamos al lío —dice Pa.

Pa lucha con la cabra como si fuera un hombre y las patas de la cabra cedan. Cae boca abajo sobre la tierra, gira la cabeza a un lado y se queda mirándome con la mejilla hundida en el suelo del cobertizo, polvoriento y lleno de sangre. Me muestra su ojito, pero yo no aparto la mirada, no pestañeo. Pa la raja. La cabra emite un sonido como de sorpresa, un balido seguido de un gorgoteo, y luego hay sangre y barro por todas partes. Las patas de la cabra se vuelven como de goma, sin fuerza, y Pa ya no tiene que forcejear más. De pronto, se levanta y le ata una cuerda a la cabra por los tobillos y levanta el cuerpo y lo cuelga de un gancho que hay en el techo. Ese ojo... todavía empañado. Me mira como si yo le hubiera cortado el pescuezo, como si yo la estuviera desangrando, como si yo le hubiera teñido de sangre la cara.

—¿Preparado? —pregunta Pa. Y entonces me mira, rápido. Asiento. Frunzo el ceño, tengo el rostro tenso. Intento relajarme mientras Pa corta a la cabra por la patas, como abriéndole costuras de pantalón, de camisa, cortes por todos lados.

—Agarra de aquí —dice Pa. Señala un corte en el estómago de la cabra, así que meto los dedos y agarro. Aún está caliente y húmedo. «Que no se te escurra», me digo a mí mismo. «Que no se te escurra».

—Tira —dice Pa.

Tiro. La cabra está del revés. Todo está viscoso y hay un olor rancio y penetrante por todos lados, como un hombre que lleva días sin bañarse. La piel sale como la cáscara de un plátano. Siempre me sorprende. Lo fácil que sale cuando tiras. Pa está tirando fuerte del otro lado y después corta y arranca el

pellejo a la altura de los pies, pero a mí no me sale, así que Pa se encarga de cortarlo y arrancarlo.

—Por el otro lado —dice Pa.

Agarro la costura que está al lado del corazón. La cabra está todavía más caliente aquí y me pregunto si el pánico de su corazón le habrá calentado el pecho, pero luego miro a Pa, que ya está arrancando la piel del extremo de la pata, y sé que mis divagaciones mentales me están retrasando. No quiero que interprete mi lentitud como miedo, como debilidad, que crea que no soy lo bastante mayor para enfrentarme a la muerte como un hombre, así que agarro fuerte y tiro. Pa arranca el pellejo del pie del animal y entonces la cabra se balancea del techo, toda rosa, sólo músculos, absorbiendo la poca luz que hay, brillando en la oscuridad. Lo único que queda de la cabra es la cabeza peluda y, en cierto modo, esta imagen es peor incluso que cuando Pa le cortó el pescuezo.

—Trae el cubo —dice Pa.

Voy a por el cubo de metal que hay en uno de los estantes del cobertizo, al fondo, y lo coloco debajo del animal. Recojo la piel, que ya se está endureciendo, y la echo al cubo. Cuatro trozos de piel.

Pa corta el estómago por la mitad y los intestinos salen fuera y caen al cubo. Sigue cortando y huele fatal, como a mierda podrida. Huele a mendigo muerto, putrefacto, en mitad del bosque, cuando el único rastro que queda de él es el hedor y los buitres merodeando. Huele a comadrejas o armadillos atropellados en la carretera, descomponiéndose en el asfalto bajo el calor. Peor incluso. El olor es peor: es el olor a muerte, a la putrefacción de algo que estaba vivo, algo caliente con sangre y vida. Hago una mueca intentando poner la cara de peste que pone Kayla cuando se enfada o se impacienta; para los demás es como si hubiera olido algo desagradable; sus ojos verdes bizquean, la nariz se vuelve un champiñón, abre la boca y enseña sus doce dientecitos de bebé. Quiero poner esa cara porque cuando arrugas la nariz es como que echas el olor fuera y parece que es menos, igual así consigo cortar esta peste a muerte. Sé que son el estómago y los intestinos, pero lo único que puedo ver es la cara de peste de Kayla y el ojo blandito de la cabra y entonces no puedo quedarme quieto y salgo por la puerta del cobertizo y vomito sobre la hierba. La cara me arde, pero mis brazos están helados.

Pa sale del cobertizo sujetando una ristra de costillas. Me limpio la boca y lo miro, pero él no me está mirando, está mirando a la casa, señalando hacia ella

con la cabeza.

—Me parece que la niña está llorando. ¿Por qué no vas a echar un vistazo?

Me meto las manos en los bolsillos.

—¿No hace falta que me quede?

Pa niega con la cabeza.

—Ya me ocupo yo —dice, pero luego me mira por primera vez y su mirada ya no es dura—. Vete, anda.

Después se gira y vuelve al cobertizo.

Pa no debe de haber oído bien, porque Kayla no está despierta. Está tumbada en el suelo con sus braguitas y su camiseta amarilla, con la cabeza ladeada y los brazos extendidos como queriendo abrazar el aire, las piernas abiertas. Tiene una mosca en la rodilla y se la espanto, espero que no lleve ahí todo el rato que he estado con Pa en el cobertizo. Se alimentan de cosas podridas. Cuando era más pequeño, cuando todavía le decía «mamá» a Leonie, me dijo que las moscas comían mierda. Eso era cuando había más cosas buenas que malas. Cuando me empujaba en el columpio que Pa había colgado de una de las pacanas del porche, o cuando se sentaba a mi lado en el sofá y veíamos la tele juntos y me acariciaba la cabeza. Antes de que pasara más tiempo fuera que aquí. Antes de que empezara a esnifar pastillas machacadas. Antes de que todas esas cosas feas que me decía se me empezaran a incrustar como la gravilla en una rodilla huesuda. Entonces todavía le decía «papá» a Michael. Cuando todavía vivía con nosotros antes de mudarse con Big Joseph. Antes de que la policía se lo llevara hace tres años, antes de que Kayla naciera.

Siempre que Leonie me decía algo feo, Ma le decía que me dejara tranquilo. «Es de broma», decía Leonie, y cada vez que sonreía, se pasaba la mano por la frente para ponerse bien su pelo corto y teñido. «Elijo colores que me resalten la piel», le dijo a Ma. «Que iluminen mi piel oscura». Y luego: «A Michael le encanta».

Le cubro con la manta hasta la tripa y me tumbo junto a ella en el suelo. Noto su piecечito caliente en mi mano. Sigue dormida, pero le da una patada a la manta y me agarra del brazo, se lo lleva hasta la tripa, así que la abrazo hasta que llega el momento de ponerme en marcha otra vez. Cuando abre la boca, espanto a la mosca que vuela en círculos y Kayla deja escapar un pequeño ronquido.

Cuando vuelvo al cobertizo, Pa ya lo ha limpiado todo. Ha enterrado los fétidos intestinos en el bosque y ha envuelto en plástico la carne que nos

comeremos meses después y que ha metido en un pequeño congelador que hay en la esquina. Cierra la puerta del cobertizo y cuando pasamos por los corrales, no puedo evitar ignorar a las cabras, que se abalanzan sobre la verja de madera y balan. Sé que están preguntando por su amiga, a la que yo ayudé a matar. Cuyos restos lleva Pa: el hígado, tiernecito, para Ma, que Pa pondrá un momento al fuego para que la sangre no le chorree por la boca cuando ella me pida que se lo dé; las patas, para mí, las hervirá durante horas y después las preparará a la barbacoa para celebrar mi cumpleaños. Algunas de las cabras se alejan para lamer la hierba. Dos machos se escabullen y uno le da un cabezazo al otro y empiezan a pelear. Uno de los machos se retira y el ganador, de color blanco sucio, empieza a acosar a una pequeña hembra gris, intentando montarla, y yo meto las manos por debajo de las mangas. La hembra le da una patada al macho y bala. Pa se detiene junto a mí y sacude la carne fresca en el aire para ahuyentar a las moscas. El macho muerde la oreja de la hembra y la hembra suelta como un gruñido e intenta morderle también.

—¿Siempre es así? —le pregunto a Pa. He visto a caballos encabritarse y montarse unos a otros, a cerdos en celo en el barro, he oído a gatos callejeros por la noche gritando y rugiendo mientras hacen gatitos.

Pa mueve la cabeza y levanta los trozos de carne que lleva hacia mí. Sonríe levemente, y el lado de la boca por el que se le ven los dientes está afilado como un cuchillo, y después la sonrisa desaparece.

—No —responde—. No siempre. A veces es diferente.

La hembra le da un cabezazo al macho en el pescuezo y chilla. El macho se escabulle. Creo a Pa. Sí. Porque he visto cómo trata a Ma. Y, por otro lado, también veo a Leonie y a Michael claramente, como si los tuviera delante, la última pelea que tuvieron antes de que Michael nos dejara y se fuera a casa de Big Joseph, justo antes de que lo metieran en la cárcel: Michael metió sus jerséis y sus pantalones de camuflaje y sus zapatillas deportivas Jordan en grandes bolsas negras de basura y después lo sacó todo fuera. Me dio un abrazo antes de irse y cuando se agachó y se acercó a mi cara, lo único que vi fueron sus ojos, verdes como pinos, y las manchas rojas que se le formaban en la cara: en las mejillas, la boca, los bordes de la nariz, donde las venas eran pequeños arroyos escarlata bajo la piel. Me rodeó con sus brazos y me dio una palmadita, dos, pero eran unas palmaditas tan flojas que no parecía un abrazo, aunque había una tirantez en su cara que no encajaba, como si bajo la piel llevara cinta adhesiva. Como si fuera a llorar. En ese momento Leonie estaba embarazada de Kayla y ya había elegido el nombre y todo y estaba haciendo garabatos con el esmalte de

ñas en su asiento del coche, que había sido mi asiento antes. Leonie se estaba poniendo grande; era como si le hubieran metido una pelota de plástico debajo de la camisa. Siguió a Michael hasta el porche, donde yo estaba, aún con el recuerdo de las dos palmaditas en mi espalda, suaves como una brisa ligera, y Leonie lo agarró por el cuello y le tiró y le abofeteó. Sonó fuerte y como mojado. Él se dio la vuelta y la agarró por los brazos, y se pusieron a gritar y respiraban con dificultad y se empujaban y tiraban el uno del otro por el porche. Estaban tan pegados, las caderas, los pechos y las caras, que eran uno solo, moviéndose a toda prisa, torpes, como cangrejos ermitaños por la arena. Y luego se acercaron el uno al otro y empezaron a hablar, pero sus palabras sonaban como gemidos.

—Lo sé —dijo Michael.

—Tú qué vas a saber —dijo Leonie.

—¿Por qué insistes tanto?

—Vete adonde te dé la gana —respondió Leonie.

Y entonces se echó a llorar y se besaron y no se separaron hasta que Big Joseph condujo la camioneta hasta el camino de acceso y se detuvo, con media camioneta asomando por la calle. No tocó el claxon ni hizo señas ni nada, simplemente se quedó ahí parado, esperando a Michael. Y entonces Leonie se alejó de él, entró en la casa dando un portazo y desapareció, y Michael se quedó cabizbajo, mirándose los pies. Había olvidado ponerse los zapatos y tenía los dedos rojos. Le costaba respirar. Agarró las bolsas, y los tatuajes de su espalda blanca comenzaron a moverse: el dragón del hombro, la guadaña del brazo. Un ángel de la muerte entre las escápulas, mi nombre, «Joseph», en la base del cuello entre marcas de tinta con las huellas de mis pies de cuando era bebé.

—Volveré —dijo.

Entonces bajó del porche, hizo un gesto con la cabeza, se llevó las bolsas de basura al hombro y se dirigió a la camioneta, donde lo esperaba su papá, Big Joseph, el hombre que nunca jamás pronunció mi nombre. Parte de mí quería hacerle la peineta cuando se pusieron en marcha, pero la mayor parte de mí tenía miedo de que Michael se bajara de la camioneta y me pegara, así que no hice nada. Por aquel entonces no me daba cuenta de que Michael a veces estaba presente y otras veces no, a veces me veía y otras veces, días enteros, semanas enteras, no. De que en aquel momento yo no le importaba nada. Michael salió del porche y no volvió a mirar atrás, ni siquiera después de echar las bolsas en la parte trasera de la camioneta y sentarse en el asiento delantero. Parecía que seguía concentrado en sus pies rojos y descalzos. Pa dice que un hombre debe

mirar a la cara a otro hombre, así que me quedé allí, mirando a Big Joseph dando marcha atrás, a Michael cabizbajo, hasta que salieron del camino de acceso y se metieron en la calle. Y entonces escupí como escupe Pa, me bajé del porche y salí corriendo en busca de los animales, a sus cuartos secretos del bosque.

—Venga, hijo —dice Pa.

Cuando empieza a caminar hacia la casa, yo lo sigo, e intento apartar el recuerdo de Leonie y Michael peleándose, flotando como niebla en un día húmedo y frío. Pero el recuerdo me sigue, a pesar de que yo estoy siguiendo el rastro de sangre de los órganos que Pa ha dejado en la tierra, un rastro que señala el amor tan claramente como las migas de pan que Hansel esparció por el bosque.

El olor del hígado en la sartén se queda pegado en el fondo de mi garganta a pesar de que Pa le ha echado antes grasa de tocino. Cuando Pa lo sirve, el hígado huele, pero la salsa que ha hecho para acompañarlo forma un pequeño corazón alrededor de la carne, y me pregunto si Pa lo habrá hecho a posta. Lo llevo a la habitación de Ma, pero no entro porque sigue dormida, así que regreso con la comida a la cocina, y Pa le pone encima una servilleta de papel para que se mantenga caliente y después lo veo trocear la carne y aliñarla con ajo y apio y pimiento morrón y cebolla, que hace que me piquen los ojos, y lo pone todo a hervir.

Si Pa y Ma hubieran estado aquí aquel día, habrían evitado que Leonie y Michael se pelearan. «El niño no tiene que ver esas cosas», habría dicho Pa. «No querrás que tu hijo piense que así es como se trata a las personas», habría dicho posiblemente Ma. Pero no estaban aquí. Y eso no suele ocurrir. No estaban aquí porque se habían enterado de que Ma tenía cáncer y Pa tuvo que llevarla al médico. Era la primera vez que recuerdo que dependían de Leonie para cuidarme. Después de que Michael se fuera con Big Joseph, se me hacía raro sentarme a la mesa con Leonie y hacerme un sándwich de patatas fritas mientras ella miraba a la nada y cruzaba las piernas y se golpeaba los pies y dejaba que el humo del cigarro le saliera de entre sus labios y le rodeara la cabeza como un velo, a pesar de que Pa y Ma odiaban que fumara en casa. Se me hacía raro estar a solas con ella. Había apagado los cigarrillos en una Coca-Cola vacía que se había bebido, y cuando le di un mordisco al sándwich, me dijo:

—Qué pinta más asquerosa.

Se había limpiado las lágrimas después de la pelea con Michael, pero aún le

quedaban restos en la cara, un brillo reseco por donde habían caído.

—Pa se los come así.

—¿Qué pasa, que haces todo lo que haga Pa?

Negué con la cabeza porque parecía que eso era lo que esperaba de mí. Pero me gustaba casi todo lo que hacía Pa: la postura que ponía cuando hablaba; la forma en que se peinaba el pelo hacia atrás y se lo engominaba y parecía un indio de esos que salen en los libros del colegio sobre los choctaw y los creek; me gustaba cuando me dejaba sentarme en su regazo y conducir el tractor por la parte de atrás de la casa; me gustaba cómo comía, de forma uniforme, rápida, ordenada; me gustaban las historias que me contaba antes de dormir. Cuando yo tenía nueve años, Pa era bueno en todo.

—Pues no lo parece.

En vez de responder, engullí la comida. Las patatas estaban saladas y eran gruesas, apenas tenían mayonesa y kétchup, y se me quedaron un poco atascadas en la garganta.

—Hasta el ruido es asqueroso —dijo Leonie. Dejó caer el cigarrillo en la lata y la puso a mi lado—. Tira eso.

Salió de la cocina, fue al salón y cogió una de las gorras de béisbol que Michael había dejado en el sofá y se la puso con la visera baja, tapándole la cara.

—Volveré —dijo.

Con el sándwich en la mano, la seguí. La puerta se cerró de golpe y yo la empujé. «¿Vas a dejarme aquí solo?», quería preguntarle, pero el sándwich se me hizo una bola en la garganta, inmovilizada por el pánico que me subía desde el estómago; nunca había estado solo en casa.

—Mamá y Pa llegan ya mismo —dijo, y cerró el coche de un portazo.

Conducía un Chevy Malibu granate claro que Pa y Ma le habían comprado cuando terminó el instituto. Leonie salió del camino de acceso, sacó una mano por la ventana para coger aire o para saludar, no sabría decir bien, y se fue.

Quedarme solo en la casa, tan tranquila, me daba como miedo, así que me senté un momento en el porche, pero entonces oí a un hombre cantar en voz alta, cantaba fatal y repetía las mismas palabras una y otra vez.

—*Oh, Stag-o-lee, why can't you be true?*¹

Era Stag, el hermano mayor de Pa, con un bastón largo en la mano. La ropa que llevaba estaba grasienta, hecha jirones, y movía el bastón como si fuera un hacha. Nunca conseguía entender nada de lo que decía; era como si hablara una lengua extranjera, aunque sé que hablaba inglés: se pasaba los días dando vueltas

por Bois Sauvage, moviendo el bastón. Andaba erguido igual que Pa, orgulloso igual que Pa. Tenía la misma nariz que Pa. Pero en todo lo demás, no tenía nada que ver con Pa. Era como si hubieran estrujado a Pa como un paño mojado y después, al secarse, hubiera cogido la forma equivocada. Ése era Stag. Una vez le pregunté a Ma qué le pasaba, por qué olía siempre a armadillo, y ella frunció el ceño y me dijo: «Está malito de la cabeza, Jojo». Y añadió: «No le vayas a preguntar a Pa por él».

No quería que Stag me viera, así que me bajé del porche de un salto y me fui corriendo a la parte de atrás, hacia el bosque. Me sentía bien allí, oyendo comer a los cerdos y a las cabras, a los pollos picotear y escarbar. No me sentía tan pequeño, ni solo. Me puse en cuclillas sobre el césped y me quedé observándolos, pensando en que casi podía oír lo que decían, entenderlos. A veces el cerdo gordo de manchas negras en los costados se ponía a gruñir y a mover las orejas, y yo entendía: «Ráscame aquí, niño». Cuando las cabras me chupaban la mano y me daban cabezazos mientras me mordisqueaban los dedos y balaban, yo escuchaba: «La sal es tan fina y está tan rica... Más sal». Cuando el caballo que tiene Pa bajaba la cabeza y brillaba y corcoveaba y sus costados relucían como el barro rojo del Misisipi, yo entendía: «Podría saltar por encima de tu cabeza, niño, y echaría a correr y correr y no verías nada más que eso. Podría hacerte temblar». Pero me daba miedo entenderlos, oírlos. Porque a Stag también le pasaba; a veces Stag se ponía en mitad de la calle y mantenía largas conversaciones con Casper, el perro negro y peludo del barrio.

Pero era imposible no oír a los animales, porque los miraba y los entendía al instante, era como leer una frase y entender las palabras, así, todo de golpe. Entonces, cuando Leonie se fue, me senté en el patio de atrás un rato y estuve escuchando a los cerdos y a los caballos y a Stag cantando, hundiéndose en el silencio como un viento que te azota y luego para. Fui de corral en corral, observando el sol; quería calcular el tiempo que Leonie llevaba fuera, el tiempo que Pa y Ma llevaban fuera, cuándo estarían de vuelta para poder entrar de nuevo en la casa. Iba andando con la cabeza alta, pendiente por si oía las ruedas de algún coche, y por eso no vi la tapa dentada de una lata que asomaba de la tierra, no la vi cuando puse el pie encima, cuando la pisé siguiendo el instinto de caminar. Se clavó hondo. Grité y me caí, sujetándome la pierna, y supe que los animales también me entendían en aquel momento: «¡Déjame ir, diente gigante! ¡Suéltame!».

En vez de eso, el pie me ardía y sangraba, me senté en el suelo cerca del caballo y lloré y me vino un regusto a ketchup y a ácido y me agarré el tobillo.

Tenía demasiado miedo para sacarme la tapa, entonces oí como se cerraba la puerta de un coche y nada más hasta que Pa me llamó y yo respondí y me encontró sentado en el suelo, resollando, con la respiración entrecortada, y sin importarme que mi cara estuviera mojada. Pa se puso a mi lado y me tocó la pierna igual que hace con los caballos cuando les revisa la herradura. En menos de un segundo, la sacó y yo grité. Era la primera vez que pensaba que Pa no había hecho algo bien.

Cuando Leonie llegó a casa aquella noche, no dijo nada. Creo que no se fijó en mi pie hasta que Pa se puso a darle voces, una y otra vez: «Maldita sea, Leonie». Yo estaba medio dormido por los calmantes, nervioso por los antibióticos, con todo el pie vendado de blanco, muy apretado, y vi que Pa le daba un golpe a la pared para enfatizar: «¡Leonie!». Ella se acobardó, se apartó de él y luego dijo en voz baja: «Tú a su edad estabas cogiendo ostras en el muelle, y mamá cambiando pañales». Y añadió: «Ya es mayorcito». Dijo: «¿Estás bien, verdad, Jojo?». Y yo la miré y dije: «No, Leonie». Fue algo nuevo, cuando la vi frotarse las manos y hablar con sus dientes torcidos, no oí «mamá» en la cabeza, sino su nombre: Leonie. Cuando lo dije, se rio. El sonido salió de su interior como si se lo hubieran sacado con una pala. Pa la miró como con ganas de darle un guantazo, pero después refuló y se puso a resoplar como cuando se le echan a perder las cosechas o cuando una de las cerdas pare una camada medio muerta: decepcionado. Se sentó conmigo en uno de los dos sofás del salón. Ésa fue la primera noche que dejó a Ma dormir sola en la cama. Yo dormí en el sofá de dos plazas, y él en el otro, en el que, como Ma estaba cada vez más enferma, acabó quedándose.

La cabra huele a ternera cocida. Incluso tiene el mismo aspecto, oscura y fibrosa, en la olla. Pa la toca con una cuchara para ver si está tierna, y coloca la tapa dejando una rejilla para que el vapor haga nubes en el aire.

—Pa, ¿por qué no me cuentas otra vez lo de tu historia con Stag?

—¿Que te cuente qué? —pregunta Pa.

—Lo de la cárcel de Parchman —respondo.

Pa se cruza de brazos. Se inclina para oler la cabra.

—¿No te la he contado ya? —pregunta.

Me encojo de hombros. A veces creo que me parezco a Stag en la nariz y en la boca. A Stag y a Pa. Me gusta saber en qué cosas son diferentes. En qué cosas somos todos diferentes.

—Ya, pero quiero oírla otra vez —le digo.

Esto es lo que hace Pa cuando estamos solos, nos sentamos hasta tarde en el salón o fuera, en el patio o en el bosque. Me cuenta historias. Historias de cuando comían espadañas que recogía su padre del pantano. O de cuando su madre y la familia de su madre recogían barba de viejo para rellenar los colchones. A veces me cuenta la misma historia hasta tres y cuatro veces. Cuando las cuenta, siento como si su voz fuera una mano que me quiere alcanzar, que me acaricia la espalda, y yo puedo liberarme de lo que sea que siento, como que nunca llegaré a ser tan alto como Pa, tener la misma seguridad que él. Me hace sudar y quedarme clavado a la silla de la cocina, que se ha caldeado tanto por la cabra hirviendo en el fogón que se han empañado las ventanas, y el mundo queda reducido a esta habitación, conmigo y con Pa.

—Por favor —le digo. Pa golpea la carne que le queda por hervir para ponerla tierna y se aclara la garganta. Pongo los codos en la mesa y escucho:

—*Stag y yo somos del mismo padre. Mis otros hermanos y hermanas son de otros padres porque mi padre murió joven. Tendría cuarenta y poco. No sé qué edad tenía porque él no sabía qué edad tenía. Por lo visto sus padres no querían saber nada de los trabajadores del censo, nunca respondían bien a sus preguntas, cambiaban el número de hijos que tenían, nunca registraron ninguno de los nacimientos. Decían que la gente venía a sacar esa información para tenerlos controlados, para enjaularlos como si fueran ganado. Así que nunca rellenaron ninguna información oficial; preferían hacer las cosas a la vieja usanza. Mi padre nos enseñó algunas cosas antes de morir: cazar, rastrear, trabajar con animales, cosas sobre el equilibrio, sobre la vida. Yo lo escuchaba. Siempre lo escuchaba. Pero Stag nunca le prestaba atención. Incluso cuando éramos pequeños, Stag siempre andaba con los perros o en el lago, se sentaba y se quedaba escuchando. Y cuando se hizo mayor, no había quien lo sacara del juke joint.² Mi padre decía que era demasiado guapo, decía que nació con belleza de mujer y que por eso se metió en tantos problemas. Porque a la gente le gustan las cosas bonitas, y todo le resultaba muy fácil. Mi madre mandaba callar a mi padre cuando decía eso, decía que Stag era demasiado sensible, eso era todo. Y que por eso le costaba quedarse tranquilo y pensar. Nunca se lo llegué a decir, pero yo creo que ninguno de los dos tenía razón. Creo que Stag se sentía muerto por dentro y que por eso no podía quedarse tranquilo y pensar, por eso tenía que subirse a la roca más alta cuando íbamos a nadar al río y tirarse de cabeza en el agua. Por eso iba al juke joint de los cojones casi todos los fines de semana desde que cumplió los dieciocho, diecinueve, venga a beber;*

por eso llevaba una navaja en cada zapato, y una en cada manga; por eso se liaba a navajazos y llegaba a casa lleno de cortes tan a menudo: necesitaba eso para sentirse más vivo. Y habría seguido así de no ser por el hombre de la Marina que vino, que formaba parte de un grupo de hombres blancos que estaban destinados al norte, en Ship Island. Supongo que quería pasar un buen rato con la gente de color, pero se cruzó con Stag en el bar, empezaron a discutir y el hombre le estampó una botella a Stag en la cabeza, y entonces Stag le dio un navajazo, no llegó a matarlo, pero lo dejó herido, aturdido, y Stag pudo salir corriendo, pero sus amigos lo cogieron por banda antes de que pudiera quitarse de en medio. Yo estaba solo en casa cuando Stag llegó; mi madre estaba fuera cuidando de su hermana y mi padre estaba en el campo. Cuando todos los hombres blancos vinieron a por Stag, nos ataron a los dos y nos llevaron a la carretera. «Os vais a enterar de lo que es trabajar, chavales», nos dijeron. «A cumplir con la ley de Dios y del hombre. Vosotros dos vais a ir a la cárcel de Parchman».

»Yo tenía quince años. Pero no era el más joven —dice Pa—. El más joven era Richie.

Kayla se despierta de repente, se gira, se incorpora y sonrío. Hay pelos de ella por todas partes, enmarañados como las ramas de espinas que cuelgan de los pinos. Tiene los ojos verdes como Michael, el pelo es una mezcla entre el de Leonie y el de Michael, con algunos reflejos dorados.

—¿Jojo? —pregunta.

Eso es lo que siempre dice, incluso cuando Leonie está con ella en la cama. Ésa es la razón por la que ya no puedo dormir en el sofá de dos plazas del salón con Pa; cuando era un bebé, se acostumbró a que yo le diera el biberón en mitad de la noche. Así que duermo en el suelo junto a la cama de Leonie. Y casi todas las noches Kayla acaba en mi colchón porque Leonie no está casi nunca. Kayla tiene algo pegajoso en la comisura de los labios, me chupo el dobladillo de la camisa y le limpio la mejilla, me aparta la mano y gatea hasta mí: apenas tiene tres años, así que cuando se me enrosca, sus pies ni siquiera le cuelgan por mi regazo. Huele a heno dorándose el sol, a leche caliente, a talco.

—¿Tienes sed?

—Sí —susurra.

Cuando acaba, Kayla deja caer su biberón en el suelo.

—Canta —dice.

—¿Qué quieres que cante? —le pregunto, aunque nunca me lo dice. Igual

que a mí me encantan las historias de Pa, a ella le encanta que yo cante.

—¿«Las ruedas del autobús»? —le digo. Recuerdo esa canción del parvulario: a veces las monjas venían al colegio con sus guitarras acústicas a la espalda como si fueran rifles y tocaban para nosotros. Me pongo a cantar bajito para no despertar a Ma; mi voz se hunde, se resquebraja y chirría, pero Kayla agita los brazos y desfila por el cuarto de todos modos. Cuando Pa deja la olla hirviendo y viene al salón, apenas puedo respirar y los brazos me arden. Estoy cantando «Campanita del lugar», el otro éxito del parvulario, mientras lanzo a Kayla al aire, casi toca el techo, y luego la cojo. Si fuera una niña gritona, no lo haría, porque seguro que despertaría a Ma. Pero cuando el olor de la cebolla y del ajo, del pimiento morrón y del apio cocinado en manteca nubla el aire, Kayla sigue arriba y abajo, abriendo los brazos y las piernas, los ojos le brillan, su sonrisa es tan ancha que parece que está gritando.

—Más —jadea—. Más —gruñe cuando la cojo para lanzarla otra vez.

Pa mueve la cabeza, pero sigo lanzándola, porque sé, por la forma en que se seca las manos con el trapo de los platos y se inclina sobre la jamba de madera que diseñó e instaló para hacer el arco de entrada, que no le parece mal. Hizo los techos altos a propósito, de más de tres metros, porque Ma se lo pidió; dijo que cuanto más espacio hubiera entre el suelo y el techo, más fresquito sería. Sabe que no le voy a hacer daño.

—Pa —resoplo cuando Kayla aterriza más sobre mi pecho que en mis brazos—. ¿Me cuentas el resto antes de que pongas la carne a ahumar?

—La niña —dice Pa.

Cojo a Kayla y le doy vueltas. Se enfada cuando la pongo en el suelo y saco de debajo del sofá un juguete de Fisher-Price que era mío. Le soplo el polvo y se lo acerco. Tiene una vaca y dos pollitos y una de las puertas rojas del granero está rota, pero aun así se tumba en el suelo sobre el pecho y hace que los animales de plástico salten.

—¿Ves, Jojo? —pregunta Kayla y pone la cabra a saltar—. Bee, bee —dice.

—Está bien —le digo—. No nos está prestando atención.

Pa se sienta en el suelo detrás de Kayla y empuja la puerta con el dedo.

—Está pringosa —dice. Mira al techo de gotelé, suspira y dice una frase, y luego otra. Está contando la historia de nuevo—: *Richie, así se llamaba. Su nombre verdadero era Richard, y sólo tenía doce años. Lo encerraron tres años por robar comida: carne sazónada. A mucha gente la encerraron por robar comida porque todo el mundo era pobre y se moría de hambre, y aunque la*

gente blanca no podía hacernos trabajar gratis, hacían lo posible para no contratarnos y no tener que pagarnos. Richie era el chaval más joven que había visto en Parchman. Había unos dos mil hombres repartidos en granjas de trabajo a lo largo de todos esos kilómetros cuadrados. Cerca de doscientos mil putos kilómetros cuadrados. La primera vez que la ves, no piensas que Parchman sea una cárcel, no crees que se vaya a estar tan mal, porque no hay muros. En aquella época había sólo quince campos, cada uno rodeado por una alambrada de espinos. Nada de ladrillos, nada de piedras. A los presos nos llamaban «encañonados» porque trabajábamos bajo la supervisión de los «tiradores de confianza», que también eran presos, pero el alcaide les había dado armas para que vigilaran al resto. Los tiradores de confianza eran el tipo de hombres que hablan nada más llegar a un sitio. Que quieren llamar la atención y les encanta contar las peleas, navajazos y asesinatos por los que les han metido en la cárcel porque así se sienten superiores. Así se sienten hombres de verdad, de esos que dan miedo.

»Al principio me pusieron a trabajar en los campos, plantando, desbrozando y recogiendo las cosechas. Parchman era un campo de trabajo en toda regla. Veías los campos abiertos donde trabajábamos, lo que había detrás de esa alambrada de espinos; veías que era posible agarrarla y encontrar un punto donde apoyar el pie, otro donde apoyar la maldita mano, aquella tierra vacía de la que habían arrancado todos los árboles de cuajo, abierta a los confines del mundo, y pensabas: “Puedo salir de aquí si me lo propongo. Si sigo las estrellas correctas, llegaré al sur, a casa”. Pero el motivo por el que crees eso es porque no ves a los tiradores de confianza. No conoces al sargento. No sabes que el sargento proviene de una enorme cantera de hombres adiestrados para tratarte como a un caballo de tiro, como a un perro de caza. Adiestrados para creer que pueden hacer que te guste. No sabes que los tiradores de confianza están en Parchman por haber hecho algo peor que meterse en peleas en un juke joint. Pero a los tiradores de confianza, a los presos guardianes, los metieron allí porque les gusta matar, y porque han matado de todas las formas inhumanas posibles, y no sólo a hombres, también a mujeres...

»A Stag y a mí nos pusieron en campos diferentes. A Stag lo condenaron por agresión, a mí por dar asilo a un fugitivo. Yo había trabajado, pero nunca de esa manera. Nunca en un algodonal, desde el amanecer hasta la puesta de sol. Nunca con tanto calor. Allí es diferente. El calor. No hay agua que atrapar en el aire y refrescarte, así que el calor se asienta y te asa vivo. Como un horno húmedo. Al poco se me endurecieron las manos y los pies se me agrietaron y

empezaron a sangrar, y entendí que mientras estuviera allí en los campos, no tenía que pensar en ello. No tenía que pensar en mi padre, ni en Stag, ni en el sargento ni en los tiradores de confianza, ni en los perros, que ladraban y babeaban en los bordes de los campos, soñando con lanzarse a un tobillo, o al cuello. Me olvidé de todo eso, me agachaba y me ponía en pie, me agachaba y me ponía en pie, y sólo pensaba en mi madre. Su cuello largo, sus manos firmes, su pelo trenzado, peinado hacia delante para taparse las entradas. Su imagen era el resplandor de una hoguera consumida en una noche fría. Era la única forma que tenía de liberar mi espíritu de mí mismo, de dejarlo volar como una cometa en los campos. Tenía que hacerlo o, de lo contrario, los cinco años de cárcel me habrían matado.

»A Richie no le habían caído tantos años. Si ya es duro para un hombre de quince años, imagínate para un chaval. Un chavalillo de doce. A Richie lo metieron allí un mes y varias semanas después que a mí. Llegó al campo llorando, pero llorando sin hacer ningún ruido, sin ningún gemido. Sólo lágrimas cayéndole por la cara, gotitas de agua brillantes. Tenía una cabeza enorme con forma de cebolla, demasiado grande para su cuerpo: todo huesos y piel. Las orejas le salían de la cabeza como las hojas de una rama, y tenía los ojos grandes. No pestañeaba. Era rápido: andaba rápido, no arrastraba los pies como la mayoría de los que llegan al campo por primera vez; en vez de eso, levantaba las rodillas, como un caballo. Le desataron las manos y lo llevaron a su barracón, a su litera, y se tumbó en la oscuridad junto a mí, y yo sabía que estaba llorando porque tenía los hombritos encogidos, como un pájaro que acaba de posarse pero aún agita las alas, y aun así no hacía ruido. A un niño de doce años pueden pasarle cosas muy malas si se pone a llorar en la oscuridad cuando los vigilantes del barracón se toman un descanso.

»Cuando se despertó en la mañana oscura, su cara estaba seca. Me siguió hasta la letrina, luego a desayunar, y se sentó junto a mí en el suelo.

»—Muy joven para estar aquí. ¿Cuántos años tienes? ¿Ocho? —le pregunté.

»Parecía sentirse insultado. Frunció el ceño y abrió la boca.

»—¿Por qué saben tan mal estas galletas? —preguntó, y se tapó la boca con la mano. Pensé que iba a escupir el pan, pero se lo tragó y dijo—: Tengo doce.

»—Sigues siendo muy joven para estar aquí.

»—He robado. —Se encogió de hombros—. Se me da bien. Llevo robando desde los ocho años. Tengo nueve hermanos pequeños y siempre están llorando porque tienen hambre. Lloran sin parar. Dicen que les duele la espalda; que les

duele la boca. Tienen las manos y los pies llenos de sarpullidos rojos. Y la cara también, son tan gordos que casi no se les ve la piel.

»Conocía la enfermedad de la que estaba hablando. Le llamábamos “el mal rojo”. Oí a un médico decir que afectaba sobre todo a los pobres que sólo comían carne, maicena y melaza. Le tendría que haber dicho a ese médico que los que comían eso eran los que tenían suerte: en el Delta, he oído historias de gente que ha llegado a cocinar tortitas de tierra. Estaba orgulloso de sí mismo cuando me contó lo que había hecho, a pesar de que lo hubieran pillado; lo supe por el modo en que se inclinó hacia delante, por la manera en que me miró después de acabar de hablar, como si estuviera esperando mi aprobación. Sabía que no me lo podía quitar de encima, sobre todo porque me seguía a todas partes y dormía en la litera de al lado. Porque me miraba como si yo pudiera darle algo que nadie más podía. El sol empezaba a asomar por detrás de los árboles, encendiendo el cielo como un fuego nuevo, y comenzaba a sentirlo en los hombros, en la espalda, en los brazos. Mastiqué algo cocido dentro del pan, algo crujiente. Me lo tragué rápido: mejor no pensar en ello.

»—¿Cómo te llamas, chaval?

»—Richard. Pero todo el mundo me llama Richie para abreviar. Y para hacer la broma. —Me miró con las cejas levantadas y una sonrisita en la cara, tan pequeña que sólo se veía su boca abierta y sus dientes, blancos y apiñados. No entendí la broma, así que se reclinó en la silla y me explicó con la cuchara —: Como robo, soy rico, ¿lo pillas?

»Me miré las manos. No quedaban restos de migas pero me sentía como si no hubiera comido.

»—Es una broma —dijo.

»Así que le di a Richie lo que quería. No era más que un niño. Me reí.

A veces creo que podría entender cualquier cosa mejor de lo que entenderé nunca a Leonie. Está en la puerta, las bolsas de papel de la tienda no la dejan ver bien. Tira de la mosquitera, abre la puerta de una patada y entra. Kayla viene corriendo hacia mí cuando oye la puerta cerrarse; agarra su vaso de zumo y le da un sorbo antes de apretarme la oreja. La presiona y la enrolla con sus dedos, y casi me duele, pero tiene esa costumbre, así que la cojo en brazos y le dejo que siga. Ma dice que lo hace para relajarse porque nunca le dieron la teta. «Pobre Kayla», se lamentaba siempre Ma. A Leonie le repateaba cuando Pa y Ma empezaron a llamarla «Kayla» igual que yo. «Tiene nombre», les decía Leonie,

«y es el de su padre». «Pues tiene cara de Kayla», decía Ma, pero Leonie nunca la llamaba así.

—Michaela, guapa —dice Leonie.

No es hasta que llego a la puerta de la cocina y veo a Leonie sacar una pequeña caja blanca de una de las bolsas que me doy cuenta de que éste es el primer año que Ma no me va a hacer una tarta por mi cumpleaños, y entonces me siento culpable por haber caído en la cuenta tan tarde. Pa hará la comida, pero tendría que haber sabido que Ma no iba a poder. Está muy enferma por culpa del cáncer que vino y se fue y volvió, terco como la subida y bajada de las aguas del pantano con la luna.

—Te he traído una tarta —dice Leonie como si yo fuera tonto y no supiera lo que hay en la caja.

Ella sabe que no soy estúpido. Ella misma lo dijo una vez, cuando una profesora le pidió que fuera al colegio para hablar de mi comportamiento y le dijo: «Nunca habla en clase, pero tampoco presta atención». La profesora lo dijo delante de todos los niños, que seguían sentados en sus pupitres esperando a que les diera permiso para salir y coger el autobús. Me puso en primera fila, en el pupitre más cercano a la mesa del profesor, y cada cinco minutos me preguntaba: «¿Estás prestando atención?», lo que inevitablemente interrumpía lo que estuviera haciendo y me resultaba imposible concentrarme. Por aquel entonces tenía diez años y ya había empezado a ver cosas que los demás niños no veían, como el modo en que la profesora se comía las uñas hasta dejarse los dedos en carne viva, o como cuando se ponía mucha pintura de ojos para taparse los moratones por alguna paliza; lo sabía porque era como la cara que a veces se le ponía a Michael y a Leonie después de pelearse. Pensé que tal vez la profesora tenía su propio Michael. El día de la reunión, Leonie refunfuñó: «No tiene ni un pelo de tonto. Venga, Jojo, vámonos». Y yo me avergoncé por el tono barriobajero que utilizó y por cómo se inclinó sobre la profesora sin darse cuenta; y la profesora pestañeó y se apartó de la violencia latente que envolvía el brazo de Leonie, del hombro al codo y del codo al puño.

Ma siempre me hacía una tarta *red velvet* por mi cumpleaños. Empezó cuando cumplí un año. Con cuatro años ya preguntaba por ella: decía «tarta roja» y señalaba a la foto de la caja que había en el estante de la tienda. La tarta que ha comprado Leonie es pequeña, como mis dos puños juntos. Con bolitas rosas y celestes espolvoreadas por encima y dos zapatitos azules a un lado. Leonie aspira, tose en su huesudo antebrazo y después saca medio galón del helado más barato, el que tiene textura como de chicle frío.

—Es la única tarta de cumpleaños que tenían. Los patucos son azules, así que es perfecta.

Al decir esto me doy cuenta de que Leonie le ha comprado a su hijo de trece años una tarta para celebrar el nacimiento de un bebé. Me río, pero sin ganas, sin alegría. Una risa que no es una risa, y es tan dura que Kayla mira a su alrededor y luego a mí, como si la hubiera traicionado. Empieza a llorar.

Normalmente, lo que más me gusta del cumpleaños es cuando cantan, porque con las velas todo parece de oro, brillan en la cara de Pa y Ma, y hacen que parezcan igual de jóvenes que Leonie y Michael. Siempre que me cantan, sonrín. Creo que también es la parte favorita de Kayla, porque se pone a canturrear con nosotros. Kayla quiere que la coja, se ha puesto a llorar y ha empujado a Leonie por la clavícula y me ha acercado los brazos hasta que Leonie ha arrugado la cara y me la ha pasado diciendo: «Aquí tienes». Pero este año la canción no es mi parte favorita porque en vez de estar en la cocina, estamos en el cuarto de Ma y Leonie sujeta la tarta igual que antes sujetaba a Kayla, lejos de su pecho, como si fuera a soltarla. Ma está despierta, pero no parece que lo esté, con los ojos entreabiertos, desenfocados, como mirando detrás de mí y de Leonie y de Kayla y de Pa. A pesar de que Ma está sudando, su piel está pálida y seca, como un charco de barro en verano después de varias semanas sin llover. Y hay un mosquito que me ronda la cabeza, se me mete en la oreja y vuelve a salir, preparándose para picar.

Cuando empieza el cumpleaños feliz, sólo canta Leonie. Tiene una voz bonita, de esas que suenan bien al cantar bajo pero que se rompe en las notas altas. Pa no está cantando, nunca lo hace. Cuando era más joven no me daba cuenta porque la familia entera estaba cantando: Ma, Leonie y Michael. Pero este año, como Ma no puede cantar porque está mala y Kayla se inventa las palabras y Michael no está, sé que Pa no está cantando porque sólo está moviendo los labios y no sale ningún sonido. La voz de Leonie se quiebra cuando llega el «te deseamos, Joseph» y las treces velas dan una luz naranja. La única que parece joven es Kayla. Pa está demasiado lejos de la luz. Los ojos de Ma se han cerrado y son como grietas en su cara blancuzca y los dientes de Leonie están negros por las encías. Aquí no hay felicidad.

—Feliz cumpleaños, Jojo —dice Pa.

Pero no me mira cuando lo dice. Está mirando a Ma, sus manos flojas y abiertas a cada lado. Con las palmas hacia arriba como algo muerto. Me inclino para soplar las velas, pero suena el teléfono y Leonie salta, y la tarta con ella.

Las llamas ondulan y noto el calor bajo la barbilla. Caen perlas de cera en los patucos. Leonie se da la vuelta y mira hacia la cocina, al teléfono que hay en la encimera.

—¿Vas a dejar que el niño sople las velas, Leonie? —le pregunta Pa.

—Igual es Michael —responde Leonie.

Y entonces no hay tarta porque Leonie se la ha llevado con ella a la cocina y la ha puesto en la encimera, junto al teléfono. Las llamas se están comiendo la cera. Kayla grita y echa la cabeza hacia atrás. Sigo a Leonie hasta la cocina, hasta mi tarta, y Kayla sonrío. Está buscando el fuego de las velas. El mosquito que estaba en el cuarto de Ma nos ha seguido y está zumbando alrededor de mi cabeza, hablando de mí como si fuera una vela o una tarta. «¡Qué calentito y qué rico!». Lo espanto.

—¿Hola? —dice Leonie.

Agarro el brazo de Kayla y me inclino hacia las llamas. Ella lucha, paralizada.

—Sí.

Soplo.

—Cariño.

La mitad de las velas se apaga.

—¿Esta semana?

La otra mitad está a punto de comerse la cera del todo.

—¿Estás seguro?

Soplo otra vez y la tarta se hace de noche. El mosquito aterriza en mi cabeza. «Delicioso», dice, y me pica. Lo aplasto y la palma se me mancha de sangre. Kayla se acerca.

—Allí estaremos.

Kayla tiene la mano cubierta de glaseado y la nariz le gotea. Sus rizos afro rubios, de punta. Se mete los dedos en la boca y la limpio.

—Tranquila, guapa, tranquila.

Michael es un animal al otro lado de la línea tras una fortaleza de cemento y barras, su voz viaja a través de millas de cables y una serie de postes de electricidad deslucidos por el sol. Sé lo que está diciendo, como los pájaros que graznan en invierno cuando vuelan al sur, como cualquier otro animal: «Vuelvo a casa».

CAPÍTULO 2. LEONIE

Anoche, tras hablar por teléfono con Michael, llamé a Gloria y cambié el turno. Gloria es la dueña del bar de *country* en el que trabajo y que está perdido en mitad del bosque. Es un tugurio de bloques de hormigón y tablones, pintado de verde. La primera vez que lo vi, iba con Michael en el coche a un río del interior, aparcamos bajo un paso elevado que cruza el río y después caminamos hasta dar con un buen sitio para bañarnos. «¿Qué es eso?», pregunté señalando al edificio. Supuse que no era una casa a pesar de estar situada bajo los árboles. Había demasiados coches aparcados en el césped arenoso. «Ése es el Cold Drink», dijo Michael, que olía a guisantes duros y tenía los ojos verdes como la fachada. «¿Del estilo del Barq's and Coke?», pregunté. «Sí». Dijo que su hermana había ido al mismo colegio que la dueña. Llamé a su madre años después de que a Michael lo metieran en la cárcel, gracias a Dios respondió ella el teléfono y no Big Joseph. Me habría colgado sin ningún miramiento, no quiere hablar conmigo, esa negra de mierda con quien su hijo había tenido niños. Le dije a la madre de Michael que necesitaba trabajo y le pregunté si me podía recomendar a la dueña. Era la cuarta conversación que teníamos. La primera vez que hablamos fue cuando empecé a salir con Michael; la segunda, cuando nació Jojo; y la tercera, cuando nació Michaela. Pero a pesar de todo, dijo que sí, y me dijo que tenía que ir allí, al Kill, en el interior, de donde son Michael y sus padres, donde está el bar, y que me presentara a Gloria, y eso es lo que hice. Gloria me contrató por un período de prueba de tres meses. «Eres una buena curranta», me dijo riendo cuando me confirmó que iba a seguir con ellos. Se ponía un lápiz de ojos intenso, y cuando se reía, la comisura de los párpados parecía un abanico muy elaborado. «Más que Misty incluso», dijo, «y mira que ella vive cerca de aquí». Y entonces me llevó de nuevo hasta la barra. Cogí la bandeja para las bebidas y tres meses se convirtieron en tres años. Al segundo día de estar en el Cold Drink entendí por qué Misty trabajaba tanto: se colocaba todas las noches. Vicodin,

oxicodona, coca, éxtasis, metanfetamina.

Anoche, antes de que yo apareciese por el Cold Drink, Misty ha debido de doblar turnos, porque después de fregar el suelo y limpiar y cerrarlo todo, nos hemos ido a su cabaña rosa prefabricada en la que vive desde lo del huracán Katrina y se ha sacado tres gramos de coca.

—Entonces, ¿va a volver? —me preguntó Misty.

Misty estaba abriendo todas las ventanas. Sabe que me gusta escuchar lo que pasa fuera cuando me coloco. Sé que no le gusta colocarse sola, y por eso me invita y abre las ventanas a pesar de que la húmeda noche de primavera se cuele en la casa como la niebla.

—Sí.

—Estarás contenta, ¿no?

La última ventana se abrió de forma violenta y se quedó encajada, miré por ella mientras Misty, sentada a la mesa, empezaba a cortar y a dividir. Me encogí de hombros. Me puse tan contenta cuando me llamó, cuando oí a Michael decir las palabras que llevaba meses, años, imaginando que diría, tan contenta que mis entrañas parecían una acequia llena de miles de renacuajos. Pero luego, cuando me fui, Jojo me miró desde el sofá del salón, estaba con mi padre viendo un programa de caza, y durante un segundo, la expresión de su cara, el modo en que sus facciones se arrugaron, me recordaron a Michael después de una de nuestras peleas más sonadas. Decepcionado. Serio por mi partida. Y no me la podía quitar de la cabeza. Su expresión me estuvo asaltando a lo largo de todo el turno, me hizo servir Bud Light en vez de Budweiser, Michelob en vez de Coors. La cara de Jojo se me quedó clavada porque sabía que él, en secreto, esperaba que yo le iba a hacer un regalo sorpresa, algo más que esa tarta que compré para salir del paso, algo que no se acabara en tres días: una pelota de baloncesto, un libro, unas Nike de suela gruesa para añadir a su único par de zapatos.

Me incliné sobre la mesa. Esnifé. Un tirito limpio y abrasador hasta los huesos, y luego lo olvidé todo. Las zapatillas que no compré, la tarta derretida, la llamada de teléfono. La cría durmiendo en mi cama con mi hijo al lado, en el suelo, no sea que yo llegue a casa y lo eche de la cama al encontrármelo. A tomar por culo todo.

—Estoy en la gloria —dije lentamente, haciendo resonar cada sílaba.

Y entonces fue cuando Given volvió.

Los niños del colegio se metían con Given por su nombre. Un día se enzarzó

en una pelea en el autobús por eso, estuvo rodando por los asientos con un pelirrojo fortachón que llevaba ropa de camuflaje. Lleno de frustración y con los labios hinchados, llegó a casa y le preguntó a mamá: «¿Por qué me habéis puesto ese nombre? ¿Given? No tiene sentido». Y mamá se puso en cuclillas, le acarició las orejas y dijo: «Given porque rima con el nombre de tu padre, River. Y Given porque te tuve con cuarenta años. Tu padre tenía cincuenta. Pensábamos que ya no podíamos tener hijos, así que tú nos fuiste dado».³ Given tenía tres años más que yo, y cuando él y el chico de camuflaje empezaron a dar vueltas por los asientos, cogí la mochila llena de libros y le di en la cabeza al camuflado.

Anoche me sonrió, Given-no-Given, el Given que lleva ya quince años muerto, el Given que aparecía cada vez que me metía una raya, cada vez que me tomaba una pastilla. Se sentó con nosotras en una de las dos sillas vacías, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa. Me estaba observando, como siempre. Tenía la cara de mamá.

—No veas, ¿no?

Misty se sorbió los mocos.

—Sí.

Given se frotó la coronilla de su cabeza afeitada y vi otras diferencias entre los vivos y esta fantasía química. Given-noGiven no respiraba bien. No respiraba nada de nada. Llevaba una camisa negra y era un estanque infestado de mosquitos.

—¿Y qué pasa si Michael ya no es el mismo?

—Sigue siendo el mismo —dije.

Misty tiró una servilleta de papel que había usado para limpiar la mesa.

—¿Qué estás mirando? —me preguntó.

—Nada.

—Y una mierda. Nadie se queda mirando tanto tiempo a la nada a no ser que esté viendo algo.

Misty señaló hacia la coca y me guiñó un ojo. Llevaba tatuadas las iniciales de su novio en el dedo anular, y por un momento me parecieron letras y luego insectos y luego letras otra vez. Su novio era negro, su amor intercromático fue uno de los motivos por el que nos hicimos amigas tan rápido. A menudo me decía que, para ella, ya estaban casados. Decía que lo necesitaba porque su madre no le hacía ni puto caso. Misty me contó que cuando le bajó la regla por primera vez estaba en quinto de primaria, tenía diez años, y como no entendía lo que le estaba pasando, esa traición de su cuerpo, se pasó como medio día con

una mancha de sangre en el culo que se extendía como el aceite. Su madre le pegó en el aparcamiento del colegio, estaba tan avergonzada. El director llamó a la policía. «Una de las muchas formas en que la he decepcionado», dijo Misty.

—Estaba sintiendo la coca —dije.

—¿Sabes por qué sé que estás mintiendo?

—¿Por qué?

—Te quedas paralizada. La gente siempre se mueve, todo el rato, cuando habla, cuando está quieta, hasta cuando duerme. Apartan la mirada, te observan, sonrían, ponen caras, todo eso. Cuando mientes, te quedas paralizada: la cara pálida, los brazos te cuelgan. Como un puto cadáver. No he visto nada igual en mi vida.

Me encogí de hombros. Given-no-Given se encoge de hombros. «No está mintiendo», articula.

—¿Alguna vez te ha pasado que ves cosas? —pregunto.

La pregunta sale de mi boca antes de poder pensarlo siquiera. Pero en ese momento, ella es mi mejor amiga. Mi única amiga.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando estás hasta arriba. —Repetí el mismo gesto con la mano que ella había hecho antes. Señalé hacia la coca, que ahora era un triste montón de polvo sobre la mesa. Daba para dos o tres rayas como mucho.

—¿Eso te hace ver mierdas o qué?

—Líneas y ya está. Como luces de neón y cosas así. En el aire.

—Buen intento. Has intentado mover las manos y todo. Y ahora, dime, ¿qué es lo que ves en realidad?

Me entraron ganas de darle un puñetazo en la cara.

—Ya te lo he dicho.

—Ya, has vuelto a mentir.

Pero sabía que esta era su casa y al final todo se resume en que yo soy negra y ella blanca, y si alguien escucha jaleo y le da por llamar a la policía, sería yo, y no ella, la que iría a la cárcel. Da igual que sea mi mejor amiga.

—Given —dije.

Fue más un susurro que otra cosa, y Given se echó hacia delante para oírme. Deslizó las manos por la mesa, sus manos huesudas con los nudillos marcados, en busca de las mías. Como si quisiera darme ánimos. Como si fuera de carne y hueso. Como si pudiera agarrarme la mano y sacarme de allí. Como si pudiéramos irnos a casa.

Misty me miró como si se hubiera comido algo amargo. Se acercó a la mesa y se metió otra raya.

—No es que yo sea experta ni nada de eso, pero estoy casi segura de que esta mierda no te hace ver cosas. —Se reclinó en la silla, se cogió un buen manojo de pelo y se lo echó hacia atrás. «A Bishop le encanta», dijo una vez de su novio. «No puede dejar de tocármelo». Era una de las cosas que siempre hacía sin darse cuenta, jugar con su pelo, siempre inconsciente de su naturalidad. Del modo en que atrapaba la luz. De la belleza autocomplaciente que había en ello. Odiaba su pelo—. El ácido, sí —continuó—. El cristal, tal vez. ¿Pero esto? Qué va.

Given-no-Given frunció el ceño, imitó su gesto femenino de echarse el pelo hacia atrás y dijo: «¿Qué coño sabrá ella?». Su mano izquierda seguía en la mesa. No podía alcanzarla, a pesar de que todo mi ser quería hacerlo, sentir su piel, su carne, sus manos secas y duras. Cuando éramos pequeños, perdí la cuenta de las veces que se peleó por nosotros en el autobús, en el colegio, en el barrio, cuando los niños se metían conmigo porque papá parecía un espantapájaros, porque mamá era una bruja. Porque yo me parecía a papá: un palo quemado cubierto por harapos. El estómago se me revolvió como un animal dentro de su madriguera buscando desesperadamente comodidad y calorcito antes de dormir. Me encendí un cigarrillo.

—No me jodas —dije.

La tarta de cumpleaños de Jojo no aguanta casi nada: al día siguiente parece que es de hace cinco días en vez de uno. Sabe a cartón, pero sigo comiendo. No lo puedo evitar. Los dientes muerden y trituran, aunque no tengo suficiente saliva y mi garganta no quiere tragar. La coca que me metí hace que mastique así desde anoche. Pa me está hablando, pero yo sólo puedo pensar en mi mandíbula.

—No tienes que llevarte a los niños a ningún lado —dice Pa.

La mayoría de los días, Pa es un hombre más joven. De igual forma, la mayoría de los días, sigo viendo a Jojo como a un niño de cinco años. Miro a Pa y no veo que se encorve ni se arrugue con los años: lo veo con sus dientes blancos y su espalda recta y los ojos igual de negros y brillantes que su pelo. Una vez le dije a mamá que pensaba que Pa se teñía, y puso cara de sorpresa y se rio, cuando todavía podía reírse. «Él es así», me dijo. La tarta está tan dulce que casi amarga.

—¿Cómo que no? —respondo.

Podría llevarme sólo a Michaela, es verdad, pero sé que cuando llegue a la

cárcel y Michael salga, se sentiría algo decepcionado si Jojo no estuviera allí. Jojo se parece cada vez más a mí y a Pa, con su piel morena y sus ojos negros, con esa forma de andar, dando saltitos sobre el metatarso del pie, tan recto y erguido. Si Jojo no estuviera allí con nosotros, esperando a Michael, no estaría bien, no.

—¿Y qué pasa con el colegio?

—Son sólo dos días, Pa.

—Es importante, Leonie. El niño tiene que aprender.

—Con lo listo que es no le va a pasar nada por faltar dos días.

Pa hace una mueca, y en el tiempo que dura, veo la edad en su cara. Las arrugas que inexorablemente lo van a ir derribando. Del hospital a la cama, del suelo a la tumba. Eso es lo que va a pasar.

—No me hace gracia que vayas tú sola con dos niños por la carretera, Leonie.

—Va a ser un viaje corto, Pa, ir al norte y volver.

—Nunca se sabe.

Aprieto la boca, hablo a través de los dientes. Me duele la mandíbula.

—Estaremos bien.

Michael lleva en la cárcel tres años. Tres años, dos meses. Y diez días. Le echaron cinco años con la posibilidad de una reducción de condena. Ahora la posibilidad es real. Presente. Me estremezco.

—¿Estás bien? —me pregunta Pa.

Me está mirando igual que mira a los animales cuando les pasa algo, igual que mira a los caballos cuando cojean y les tiene que cambiar la herradura, o igual que cuando uno de los pollos empieza a comportarse de un modo raro y alocado. Una vez que ve el error, no para hasta que consigue arreglarlo. Herrar las suaves pezuñas del caballo. Aislar al pollo. Retorcerle el pescuezo.

—Sí —respondo. Mi cabeza parece un tubo de escape, llena de humos ligeros y calientes—. Perfectamente.

A veces creo que sé por qué veo a Given-no-Given cuando me coloco. Cuando me bajó la regla por primera vez, mamá me llevó a la cocina mientras Pa estaba trabajando, nos sentamos y me dijo:

—Tengo que decirte algo.

—¿El qué? —pregunté. Mamá me lanzó una mirada cortante—. Sí, señora —rectifiqué, tragándome las palabras anteriores.

—Cuando yo tenía doce años, la matrona Marie-Therese vino a casa para atender a mi madre en el parto de mi hermana menor. Se sentó un momento en la cocina, me mandó poner el agua a hervir y sacar las hierbas de las bolsas y empezó a preguntarme para qué creía que servía cada manojo de plantas secas. Yo las miré y sí, lo sabía, así que se lo dije: «Ésta es para el posparto, ésta para parar el sangrado, ésta para aliviar el dolor, ésta para que baje la leche». Era como si alguien me lo estuviera diciendo al oído, chivándome el uso que tenían. Entonces fue cuando me dijo que yo tenía la semilla de un don. Con mi madre jadeando en el otro cuarto, Marie-Therese se tomó su tiempo, me puso la mano en el corazón y le rezó a las Madres, a Mami Wata y a María, la Madre de Dios, para que yo viviera lo suficiente y pudiera ver lo que fuera que el destino tenía guardado para mí.

Mi madre se tapó la boca con la mano, como si me hubiera dicho algo indebido, como si pudiera recoger las palabras y meterlas de nuevo dentro, en la garganta, y hundirlas en su estómago vacío.

—¿Y lo ves?

—¿Si lo veo?

Asentí con la cabeza.

—Sí —dijo mamá.

Quería preguntarle: «¿Qué es lo que ves?», pero no lo hice. Mantuve la boca cerrada y esperé a que ella hablara. Tal vez me daba miedo preguntarle y que me dijera lo que veía cuando me miraba. ¿Iba a morir joven? ¿Nunca encontraría el amor? O si viviera, ¿acabaría destrozada de trabajar a destajo y de la mala vida? ¿Al hacerme mayor se me torcería la boca por el sabor amargo de lo que me tocaría comer en el festín de la vida: hojas de mostaza y caquis crudos aderezados con promesas incumplidas y pérdidas?

—Es posible que tú lo tengas —dijo mamá.

—¿En serio? —pregunté.

—Creo que se lleva en la sangre, como el limo de los ríos. Se va acumulando en los recodos y meandros, sobre los árboles hundidos. —Movié los dedos—. Y se alza sobre las aguas a lo largo de las generaciones. Mi madre no lo tenía, pero una vez la oí decir que su hermana, Tante Rosalie, sí lo tenía. Que salta de hermanas a hijas y a primas. Para que pueda ser visto. Y usado. Normalmente se manifiesta del todo la primera vez que sangras.

Mamá se pasó las uñas por los labios repetidamente y después repiqueteó sobre la mesa de la cocina.

—La propia Marie-Therese podía oír cosas. Miraba a una mujer y oía una voz que cantaba: si estaba embarazada, podía decirle cuándo iba a tener el bebé, si iba a ser niño o niña. Podía decirle si iba a tener problemas y cómo evitarlos. Cuando miraba a un hombre, le decía si el whisky le había devorado el hígado, si le había puesto las entrañas duras como salchichas, podía leerlo en el amarillo de sus ojos, en el temblor de sus manos. Y dijo una cosa más. Que podía oír una multitud de voces provenientes de cualquier ser vivo, y que seguía las voces más fuertes, porque eran las más fiables. Que las voces más claras sobresalían del barullo restante. Podía oír voces provenientes del rostro de una mujer en la tienda: «Abofetéame la cara por haber bailado con Ced». El dueño de la tienda tenía una pierna que cantaba: «La sangre se vuelve negra y se estanca, los dedos de los pies se pudren». La barriga de una vaca decía: «El ternero viene de pezuñas». Empezó a oír voces al llegar a la pubertad. Y al explicármelo, me di cuenta de que yo también había estado oyendo voces. Cuando era más joven, mi madre se quejaba porque le dolía el estómago, tenía úlceras. Me hablaban, me decían: «Queremos comer, comer, comer»; eso me confundía y le preguntaba todo el rato si tenía hambre. Marie-Therese me instruyó, me enseñó todo lo que sabía, y cuando tu padre y yo nos casamos, yo me dedicaba a eso. Me ocupaba de ayudar en los partos, de curar a la gente y de hacer bolsitas de grisgrís para protegerla. —Mamá se frotó las manos como si se las estuviera lavando—. Pero ahora ya no viene casi nadie en busca de remedios, sólo los viejos.

—¿Sabías asistir a las parturientas? —le pregunté.

La otra cosa que dijo, lo de las bolsitas de grisgrís, se posó de manera tácita encima de la mesa, tan real como una mantequera o un azucarero. Pestañeó y sonrió y movió la cabeza, y todo significaba la misma cosa: sí. En ese momento, mamá se convirtió en algo más que mi madre, algo más que la mujer que me decía: «Acuérdate de rezarle a las Madres» para que recitara el rosario antes de acostarme. Los bálsamos caseros que me untaba cuando me salían sarpullidos o los tés especiales que me hacía cuando me ponía mala eran más que cuidados maternos. Aquella sonrisita insinuaba los secretos de su vida, todas las cosas que había aprendido y dicho y visto y vivido, los santos y los espíritus con los que hablaba cuando yo era demasiado pequeña para entender sus rezos. La sonrisita se transformó en cara de enfado cuando Given entró por la puerta.

—Hijo mío, ¿cuántas veces te tengo que decir que hay que quitarse las botas antes de entrar en la casa? ¿No ves que están llenas de barro?

—Perdona, mami —dijo sonriendo.

Se inclinó para darle un beso y luego se incorporó y salió por la puerta. A

través del mosquitero se veía su sombra poniéndose de puntillas y quitándose los zapatos.

—Tu hermano no escucha ni lo que le digo yo, no digamos ya lo que canta el mundo. Pero es posible que tú sí. Si empiezas a escuchar cosas, dímelo —me dijo.

Given se agachó en los escalones de fuera y empezó a sacudir el barro de los zapatos.

—Leonie —dice Pa.

Me gustaría que me llamara de otra manera. Cuando era pequeña me decía «chicuela». Cuando les dábamos de comer a los pollos, me decía: «Chicuela, echa el maíz más lejos, venga, que tú puedes». Cuando quitábamos las malas hierbas del huerto y me quejaba porque me dolía la espalda, me decía: «Qué sabrás tú lo que es el dolor, chicuela, con esa espalda tan joven que tienes». Cuando llevaba las notas a casa con más sobresalientes y notables que aprobados, decía: «Qué lista es esta chicuela». Se reía al decirlo; a veces sólo sonreía, otras veces no ponía ninguna cara, pero nunca lo percibí como censura. Ahora sólo me llama por mi nombre, y cada vez que lo dice suena como un guantazo. Tiro el resto de la tarta de cumpleaños de Jojo en la basura antes de llenarme un vaso con agua del grifo y bebérmela para así no tener que mirar a Pa. Siento cómo la mandíbula me hace tictac cada vez que doy un sorbo.

—Sé que quieres hacer lo mejor para ese hombre y recogerlo. Pero sabes que lo van a meter en un autobús, ¿verdad?

—Es el padre de mis hijos, papá. Tengo que ir a recogerlo.

—¿Y qué pasa con sus padres? Y si ellos quieren recogerlo, ¿qué?

No había pensado en eso. Pongo el vaso vacío en el fregadero y lo dejo allí. Pa se enfada conmigo cuando no friego los platos, pero normalmente sólo me riñe por una cosa cada vez.

—Si fueran a buscarlo, me lo habría dicho. Pero no me ha dicho nada.

—Pues espérate a que te llame otra vez y luego ya decides.

Me sorprende a mí misma masajeándome la nuca y paro. Me duele todo.

—No, no puedo hacer eso, Pa.

Pa se aparta de mí, mira al techo de la cocina.

—Tienes que hablar con tu madre antes de irte. Dile que vas a ir.

—¿Tan importante es?

Pa agarra una silla de la cocina y la mueve cuatro o cinco centímetros para

ponerla derecha, luego se queda quieto.

Given-no-Given se quedó conmigo el resto de la noche en casa de Misty. Hasta me siguió al coche y se subió al asiento del copiloto atravesando la puerta. Cuando saqué el coche del camino de gravilla y me metí en la calle, Given se quedó mirando hacia delante. Durante el trayecto a casa, en una de esas oscuras carreteras rurales de dos carriles, el pavimento estaba tan desgastado que el chirrido de los neumáticos me hizo pensar que no estaba asfaltado. Di un volantazo para no atropellar una comadreja. Se quedó paralizada y arqueó el lomo frente a la luz de los faros y juraría que la oí bufar. Cuando me tranquilicé y dejé de sentir el pecho como un cojín lleno de alfileres ardiendo, miré de nuevo al asiento del copiloto y Given ya no estaba.

—Tengo que ir. Tenemos que ir.

—¿Por qué? —dice Pa casi con suavidad.

La preocupación que siente hace que su tono baje una octava.

—Porque somos su familia —respondo.

Noto un escalofrío que me sube desde los pies hasta la barriga y sigue hasta la nuca, un aperitivo de lo que sentí anoche. Y luego se va y me quedo rígida, quieta, decaída. Pa tensa la comisura de los labios y es un pez tratando de escapar del anzuelo, del hilo de pescar, algo mucho más grande que él. Y entonces ese algo desaparece, me guiña un ojo y aparta la mirada.

—Tiene más de una, Leonie. Los niños también tienen más de una —dice Pa. Luego se va y llama a Jojo—: Nene —dice—. Nene, ven aquí. —La puerta de atrás se cierra de golpe—. ¿Dónde te has metido, nene?

Suena como una caricia, como si Pa estuviera cantando.

—Michael sale mañana de la cárcel.

Mamá apoya las palmas en la cama, se encoge de hombros e intenta subir las caderas. Sonríe.

—¿Ya?

Su voz es suave. Apenas un suspiro.

—Sí.

Se deja caer en la cama de nuevo.

—¿Dónde está tu padre?

—Está fuera, con Jojo.

—Quiero verlo.

—Tengo que ir a la tienda. Se lo digo cuando salga.

Mamá se rasca la cabeza y deja escapar un suspiro. Cierra los ojos y se convierten en costuras.

—¿Quién va a recoger a Michael?

—Yo.

—¿Y quién más?

—Los niños.

Vuelve a mirarme. Desearía volver a sentir ese escalofrío, pero me he venido totalmente abajo y lo único que me queda es una sensación de vacío. Hueca y seca. Abandono.

—¿Tu amiga no te acompaña?

Se refiere a Misty. Nuestras parejas están en el mismo centro penitenciario y vamos a verlos cada cuatro meses. Ni se me había pasado por la cabeza preguntarle.

—No le he dicho nada.

Criarme aquí, en el campo, me ha enseñado cosas. Me ha enseñado que después del primer gran arrebató de vida, el tiempo lo va devorando todo: oxida las herramientas, envejece a los animales hasta dejarlos calvos o sin plumas y marchita las plantas. Una vez al año o así, lo percibo en Pa; se va encorvando con la edad, los tendones se le marcan cada vez más, se vuelven rígidos, año tras año. Sus severos pómulos indios. Pero desde que mamá se puso enferma, aprendí que el dolor también puede provocar eso. Puede devorar a una persona hasta que sólo le queden huesos, piel y una fina capa de sangre. Puede comerte las entrañas e hincharte de mala manera. Los pies de mamá parecen globos de agua a punto de explotar bajo la manta.

—Pues deberías.

Creo que mamá está intentado ponerse de lado porque veo la tensión en su cuerpo, pero al final lo único que hace es girar la cabeza y mirar a la pared.

—Enciende el ventilador —dice.

Aparto la silla de Pa y enciendo el ventilador que está apoyado en la ventana. El aire ulula por el cuarto y mamá se gira para mirarme.

—Te estarás preguntando... —dice, y se calla. Sus labios enflaquecen. Ahí es donde más cuenta me doy. Sus labios, que antes eran tan gruesos y suaves, sobre todo cuando yo era niña, cuando me besaba en las sienes. En los codos. En las manos. Incluso a veces, después de bañarme, en los dedos de los pies. Ahora no son más que un trozo de piel de diferente color en el hundido relieve de su

rostro— por qué no he puesto ninguna pega.

—Un poco —respondo.

Se está mirando los dedos de los pies.

—Pa es un cabezota. Tú también. —Su voz tiembla y me doy cuenta de que se está riendo. Una risa débil—. Tú siempre vas a poner pegas —dice. Vuelve a cerrar los ojos. Tiene el pelo tan descuidado que se le ve el cuero cabelludo: pálido y con venas azules, hundido y con socavones, imperfecto como el cuenco de un alfarero—. Ya eres mayorcita.

Me siento, me cruzo de brazos y los pechos me sobresalen un poco. Recuerdo lo horrible que fue cuando empezaron a salir, brotando como pequeñas rocas, cuando tenía diez años. Sentía esos nudos de carne como una traición. Como si alguien me hubiera mentido sobre lo que iba a ser la vida. Como si mi madre no me hubiera dicho que iba a crecer. Y que mi cuerpo sería como el suyo. Que me transformaría en ella.

—Eres libre de querer a quien quieras. De hacer lo que te apetezca —continúa.

Mamá me mira, sólo sus ojos están llenos en este momento, redondos como nunca, casi como avellanas si me acerco lo suficiente, el agua se amontona en las comisuras. Lo único que el tiempo no se ha comido.

—Vas a ir —me dice.

Ahora lo sé. Sé que mi madre está siguiendo a Given, el hijo que llegó muy tarde y se fue muy pronto. Sé que mi madre se está muriendo.

Given se dedicó exclusivamente a jugar al fútbol americano durante su último año en la escuela, el otoño antes de morir. Todos los fines de semana venían seleccionadores de universidades locales y estatales a ver sus partidos. Era alto y musculoso y sus pies no tocaban el suelo una vez que se hacía con el balón. Aunque se tomó muy en serio lo del fútbol, seguía teniendo vida social cuando no estaba entrenando o en el campo de juego. Una vez le dijo a Pa que sus compañeros, blancos y negros, eran como hermanos para él. Que era como si el equipo se fuera a la guerra cada viernes por la noche; iban juntos y se convertían en algo más, algo superior a ellos mismos. Pa se miró los zapatos y escupió un trozo de tabaco de mascar en el suelo. Given dijo que iba a ir al Kill de fiesta con sus compañeros blancos, Pa intentó convencerlo de que no fuera: «Cuando te miran, te ven como algo diferente, hijo. Da igual lo que tú veas. Lo que importa es lo que ven ellos», le dijo Pa, y luego escupió lo que le quedaba de

tabaco. Given arrugó la frente, se apoyó en la capota del Nova del 77 que le estaban arreglando para que pudiera conducir y dijo: «Vale, papá». Me miró y me guiñó. Estaba contenta de que Pa me dejara estar con ellos, contenta de poder acercarlos las herramientas, llevarles agua y verlos trabajar porque no me apetecía nada meterme en la casa no fuera que a mamá le diera por darme una de sus clases sobre plantas. «Hierbas medicinales», me dijo cuando cumplí siete años, «voy a enseñarte cómo se usan». Esperaba que alguien, Big Henry o uno de los gemelos, aparecieran por la calle o por el bosque y así tener a alguien más con quien hablar.

Given pasó de Pa. Ese mismo invierno, en febrero, decidió irse de caza con los chicos blancos al Kill. Con sus ahorros se compró un arco de los caros y unas flechas. Se había apostado con el primo de Michael que mataría un ciervo con el arco antes de que el chico pudiera cazarlo con el rifle. El primo de Michael era un chaval bajito y bizco, llevaba siempre botas de vaquero y camisetas de cervezas, como si fuera su uniforme. Era el tipo de niño que quedaba y salía con chavales más mayores aunque apenas tenía trece años. Given practicaba con Pa. Se pasaba horas en el patio tirando en vez de hacer los deberes. Empezó a andar igual de recto que Pa porque se pasaba todo el tiempo erguido, cada músculo de su cuerpo tenso como el arco, hasta que fue capaz de clavar la flecha en el centro de una diana atada entre dos pinos a una distancia de cincuenta metros. Ganó la apuesta un amanecer nublado de invierno, en parte porque era muy bueno y, en parte, porque el resto de los chicos con los que jugaba al fútbol, con los que se picaba en los vestuarios, con los que sudaba en el estadio hasta casi la extenuación, se despertaron aquella mañana bebiendo cerveza como si fuera zumo de naranja porque pensaban que Given iba a perder.

Aún no conocía a Michael; lo había visto por el colegio varias veces, con su pelo rubio, recio y rizado, casi siempre enmarañado porque no se peinaba nunca. Tenía los codos paliduchos, al igual que las manos y las piernas. Michael no fue a cazar aquella mañana porque no quería madrugar tanto, pero se enteró del incidente cuando su tío se plantó en casa de Big Joseph a mediodía. El primo se estaba recuperando aún de la resaca, su mirada era como si algo oliera mal, algo como una rata muerta, envenenada tras entrar en una casa para refugiarse del frío del invierno, y el tío dijo: «Le ha metido un tiro al negro. El muy loco le ha metido un tiro al negro porque le ha ganado». Y luego, como Big Joseph había sido *sheriff* durante años: «¿Qué vamos a hacer?». La madre de Michael les dijo que llamaran a la policía. Big Joseph no le hizo caso y se fueron todos al bosque y, después de una hora, encontraron a Given tumbado entre acículas, bajo un

charco de su propia sangre. Había latas de cerveza a su alrededor, las habían puesto los chavales para derribarlas; todos salieron corriendo en cuanto el primo con el ojo a la virulé apuntó y sonó el escopetazo. Se dispersaron como cucarachas a la luz del día. El tío le cruzó la cara, una y dos veces. «Puto imbécil», le dijo. «¿En qué siglo te crees que vivimos?». Y entonces su primo levantó los brazos y murmuró: «Se supone que tenía que perder, papá». Cien metros más allá estaba el ciervo tumbado de lado, con una flecha en el cuello y otra en el estómago, igual de frío y duro que mi hermano. La sangre de ambos se estaba cuajando.

«Un accidente de caza», les dijo Big Joseph cuando volvieron a casa y se sentaron a la mesa, teléfono en mano, antes de que el padre del primo, igual de bajo pero con los ojos simétricos, llamara a la policía. «Un accidente de caza», dijo el tío, hablando al teléfono mientras la luz de un mediodía frío se colaba a través de las cortinas. «Un accidente de caza», dijo el chaval del ojo desviado en el juzgado, con el ojo bueno clavado en Big Joseph, que estaba sentado detrás del abogado del chaval, con la cara inmóvil y dura como el acero. Pero el ojo malo lo tenía puesto en mi padre, en mí y en mi madre, todos en fila detrás del fiscal del distrito, un fiscal que aceptó un acuerdo de culpabilidad por el cual el primo fue condenado a tres años en Parchman y a dos de libertad condicional. Me pregunto si mamá escuchó alguna melodía proveniente del ojo malo del primo, algún remordimiento en su divagar; pero ella miraba a través de él, las lágrimas se le derramaban sin parar.

Un año después de la muerte de Given, mamá plantó un árbol en su honor. «Uno por cada aniversario», dijo, el dolor le quebraba la voz. «Si vivo lo suficiente, esto acabará siendo un bosque», prosiguió, «un bosque susurrante. Que hable del viento, del polen y de la putrefacción de los escarabajos». Se detuvo, hundió el árbol en la tierra y empezó a apisonar el suelo alrededor de las raíces. Pude oírla entre los golpes de sus puños: «La mujer que enseñó a Marie-Therese..., ella sí podía ver. Una vieja que casi parecía una blanca de mierda. Tante Vangie. Ella podía ver a los muertos. Marie-Therese nunca tuvo ese don. Yo tampoco». Hundió sus puños rojos en el suelo. «Sueño con eso. Sueño que veo a Given de nuevo, entrando por la puerta con sus botas. Pero entonces me despierto. Y no lo veo». Luego empezó a llorar. «Y sé que está ahí. Justo al otro lado de ese velo». Se quedó arrodillada hasta que las lágrimas cesaron, luego se incorporó y se llevó las manos a la cara y se la manchó entera de sangre y tierra.

Hace tres años me metí una raya y vi a Given por primera vez. No era mi primera raya, pero a Michael lo acababan de meter en la cárcel. Empecé a

colocarme más a menudo, día sí, día no, me acercaba a la mesa, me preparaba unas cuantas rayas, me las metía. Sabía que no estaba bien: estaba embarazada. Pero quería sentir a toda costa cómo la coca me entraba por la nariz, iba directa al cerebro y hacía añicos toda la pena y desesperación que tenía desde que Michael se fue. La primera vez que Given apareció fue en una fiesta en el Kill, no tenía agujeros de balas en el pecho ni en el cuello, entró allí de una pieza y derecho como un palo, como siempre. Pero no sonreía. No llevaba camisa y tenía la cara y el cuello rojos como de haber corrido, pero el pecho no se le movía lo más mínimo. Igual de inerte que debía estar después de que el primo de Michael le disparara. Recordé el bosquecito de mamá, los diez árboles que había plantado en una espiral infinita por cada aniversario de su muerte. Me dolían las encías de tanto apretarlas mientras lo miraba. Me lo estaba comiendo con los ojos. Intentó decirme algo pero no conseguía oírlo y cada vez me sentía más frustrada. Se sentó en la mesa delante de mí, justo encima del espejo con la coca. Si quería más farlopa, no me quedaba otra que meter la cabeza en su regazo, así que nos quedamos allí mirándonos; yo intentaba controlarme para que mis amigos no me tomaran por loca, estaban allí cantando música *country*, morreándose por las esquinas como adolescentes, o fuera, en la oscuridad, enganchados de los brazos, dando tumbos. Given me miró igual que cuando rompí de pequeños la caña de pescar nueva que papá le había comprado: con mirada de asesino. Cuando se me pasó el ciego, salí de allí a toda leche y fui a por el coche. Me temblaba todo, me costó la vida meter la llave y arrancar. Given se vino conmigo, se sentó en el asiento del copiloto, se giró y me miró con cara de póquer. «Lo voy a dejar», le dije. «Juro que no me voy a meter más». Me acompañó hasta casa y lo dejé sentado en el asiento mientras el sol del amanecer limaba y encendía las esquinas del cielo. Me metí en la cama de mamá y me quedé mirando cómo dormía. Desempolvé su santuario: su rosario que colgaba de la figura de la Virgen María, en un rincón, rodeada de velas moradas, piedras de río, tres espadañas secas y un ñame. Cuando vi a Given-noGiven por primera vez, no le dije nada a mamá.

Una llamada a los padres de Michael me habría bastado para saber todo lo que necesitaba saber. Sólo tenía que descolgar el teléfono, marcar el número y rezar para que fuera la madre de Michael la que respondiera. Ésta sería nuestra quinta conversación, y yo le diría: «Hola señora Ladner no sé si sabe que Michael sale mañana de la cárcel y los niños y yo y Misty vamos a ir a recogerlo así que no hace falta que vayan vale señora gracias». Pero no quiero que lo coja

Big Joseph, que me cuelgue después de tenerme al teléfono respirándole al auricular sin decir nada, sin que él diga nada. Al menos así sabría que si vuelvo a llamar, dejaría que respondiera la señora Ladner para que ella despachara a quien quiera que hubiera llamado: un bromista, un cobrador, alguien que se ha equivocado, la mamita negra de sus nietos. Pero no tengo ganas de aguantar nada de eso: ni de hablar a trompicones con la madre de Michael ni de sufrir el silencio pesado de Big Joseph. Y por eso estoy en el coche de camino al Kill, con el maletero lleno de botellas de agua, pañales, bolsas de ropa y sacos de dormir, para dejar una nota en el buzón que hay a la entrada de su casa, una nota sin aliento. Lo mismo que habría dicho de prisa y corriendo. Sin puntuación. Firmada: Leonie.

Michael no había hablado antes conmigo. Un día, en el recreo, un año después de la muerte de Given, Michael se sentó junto a mí en el césped, me tocó el brazo y dijo: «Siento que mi primo sea un puto imbécil». Pensé que aquello sería todo. Que después de disculparse, se iría y no volvería a dirigirme la palabra. Pero no fue así. Varias semanas después me preguntó si quería ir con él a pescar. Dije que sí y salí por la puerta principal, ya no era necesario salir a escondidas, mi padres estaban envueltos en su dolor. Atrapados en una telaraña cegadora. La primera vez que Michael y yo quedamos, fuimos al embarcadero de la playa con nuestras cañas, yo con Given delante como si fuera una especie de ofrenda. Hablamos de nuestras familias, de su padre. Dijo: «Es un... un carca». Y sabía a qué se refería sin tener que decir nada más. «No soportaría verme aquí contigo, saber que voy a besarte antes de que acabe la noche». O resumiendo: «Para él los negros sois escoria». Y me tragué la bilis de su padre, dejé que me atravesara, porque «el padre no es el hijo», pensé. Porque cuando miré a Michael en la oscuridad fragmentada, bajo el cenador que estaba en la punta del embarcadero, vi una sombra de Big Joseph en él; vi su cuello y sus brazos largos, su torso esbelto y musculoso, su estupenda caja torácica, y cómo los años lo pondrían blandito igual que a su padre, cómo la grasa le iría envolviendo y se asentaría en su complexión grande igual que los cimientos de una casa sobre la tierra. Tuve que recordarme a mí misma: «No son iguales». Michael se inclinó sobre las cañas de pescar y sus ojos cambiaron de color igual que las nubes montañosas en el cielo antes de una gran tormenta: azul oscuro, gris acuoso, verde de final de verano. Era lo bastante alto como para que al abrazarme su barbilla descansara encima de mi cabeza y yo me acurrucara debajo de él. Como si ése fuera mi lugar. Porque quería tener los labios de

Michael sobre los míos, porque desde el primer momento en que lo vi venir por la césped hacia donde yo estaba sentada bajo la sombra de una señal de «colegio cerca», él me vio. Vio más allá de la piel color café solo, de los ojos negros, de los labios ciruela, y me vio a mí, a mí. Vio la herida andante que yo era, y vino a ser mi bálsamo.

Big Joseph y la madre de Michael viven en lo alto de una colina, en una casa de campo blanca con contraventanas verdes. Parece grande. Hay dos camionetas aparcadas en la entrada, de esas nuevas que atrapan el sol y lo lanzan al aire y sueltan chispas por los ángulos. Una roja y otra blanca. Hay tres caballos merodeando por los campos segmentados que rodean la casa y un grupo de gallinas que corretean, se meten debajo de las camionetas y luego desaparecen por la parte de atrás. Me aparto a un lado de la carretera y paro a unos cuantos metros del buzón; la parte de césped no es muy ancha en este punto y está rodeada por una valla que llega al menos hasta las caderas, así que tengo que salir del coche y andar, no puedo pararme al lado y echar la nota. Hace varios días que no llueve. Cuando me dirijo al buzón, el césped arroja un crujido seco. No hay más coches en esta carretera. Viven en lo más alto del Kill; aquí sólo hay casas y caravanas en mitad de extensos campos, en una carretera sin salida.

Justo cuando voy a abrir la ventanilla del buzón, oigo un ruido que se convierte en un zumbido y luego en un gruñido, y entonces aparece un hombre por un lateral de la casa montado en un cortacésped enorme con una cubierta de acero, de esos tan caros que son igual de grandes que un tractor. Cuesta lo mismo que mi coche. El hombre dobla hacia el extremo norte del pastizal, gira a la izquierda y se dirige de vuelta a la carretera. Seguramente quiere cortar el terreno de arriba abajo, haciendo líneas largas y claras.

Cuando abro la ventanilla del buzón se oye como un chillido de metal contra mental.

—Mierda.

El hombre me mira. Me meto en el coche.

El cortacésped acelera. Arranco. El coche hace un ruido raro y se cala. Arranco de nuevo. Miro el salpicadero como si mirándolo un rato pudiera hacer que el coche arrancara. ¿Y si rezo?

—Mierda. Mierda. Mierda.

Arranco otra vez. El motor ruge y se queda encendido. El hombre, a quien ahora reconozco como Big Joseph, ha decidido cancelar el plan de cortar

primero la parte superior del terreno y se está acercando en diagonal para intentar alcanzarme, a mí y al buzón. Y luego apunta con el dedo. Y veo una señal clavada a un árbol junto al buzón. «No pasar».

Big Joseph acelera.

—¡Me cago en la puta!

Empiezo a mover el coche, miro atrás para comprobar que no viene nadie y veo un vehículo que se aproxima, un SUV gris. El miedo me sube a los hombros, al cuello, como burbujas que me asfixian. No sé de qué tengo miedo. Lo más que puede hacer es cagarse en mis muertos. ¿Qué iba a hacer si no? No estoy dentro de su propiedad. ¿Acaso los lados de la carretera no son propiedad del condado? Pero por la forma en que acelera el cortacésped, por cómo señala al árbol —un melojo que sube y se extiende por encima de la carretera con multitud de hojas verde oscuro y ramas casi negras—, por la forma en que se acerca a mí, sé que se avecina violencia. Piso el acelerador y me meto en la calle, el coche que tengo detrás derrapa y su claxon suena, pero me da igual. Al cambiar de marcha, la transmisión chirría. Enderezo el coche y acelero. El SUV gris se ha parado en el camino de acceso de una casa, pero el conductor está sacando la mano por la ventana, y Big Joseph está pasando debajo del árbol, se ha parado junto al buzón en el que acabo de estar, se baja torpemente del cortacésped y se acerca andando hasta el buzón. Está cogiendo algo del cortacésped, un rifle que estaba colgado del asiento, algo que usa para los jabalíes que viven en el bosque, pero ahora no es para ellos. Es para mí.

Cuando paso junto a él, saco el brazo izquierdo por la ventana. Cierro el puño. Levanto el dedo corazón. Veo a mi hermano en su última foto, una de cuando cumplió dieciocho años, en la encimera de la cocina mientras yo sujeto su pastel favorito de batata y pacanas para que pueda soplar las velas; tiene los brazos cruzados sobre el pecho, una sonrisa blanca en su cara negra. Todos nos estamos riendo. Acelero tan rápido que las ruedas queman goma y sueltan nubes de humo. Espero que a Big Joseph le de un ataque de asma. Y que se ahogue.

CAPÍTULO 3. JOJO

Para el desayuno de hoy había cabra fría con salsa y arroz: aunque mi cumpleaños fue hace dos días, la olla está todavía por la mitad. Cuando me desperté, Leonie me estaba dando pisotones. Tenía una bolsa colgada al hombro y a Kayla de la mano. «Despiértate», dijo Leonie, sin mirarme; estaba regañando a Kayla porque no quería andar y lloriqueaba. Me levanté, me cepillé los dientes, me puse los pantalones cortos de baloncesto y una camiseta y saqué mi bolsa fuera para meterla en el coche. Leonie tenía una bolsa de verdad, hecha de algodón y loneta, aunque estaba un poco estropeada: se estaba descosiendo por las esquinas. La mía era una bolsa de plástico de supermercado. Nunca había necesitado una bolsa de viaje, por lo que Leonie nunca me había comprado una. Éste era nuestro primer viaje con ella al norte, a la cárcel. Quería comerme la cabra caliente, meterla en el pequeño microondas marrón que tenemos, el que Pa dice que está soltando cáncer en la comida porque el esmalte de dentro se cae como si fuera pintura. Pa no quiere calentar nada ahí y Leonie no le quiere dar la mitad para comprar uno nuevo. Cuando iba a meterla en el microondas, Leonie llegó y dijo: «No tenemos tiempo». Así que metí los restos de mi cumpleaños en un bol de poliestireno expandido; entré en el cuarto para darle un beso a Ma durmiente, que decía «bebés» y se retorció en sueños, y después fui al coche.

Pa nos estaba esperando. Parecía que había dormido con la ropa puesta, sus pantalones caqui almidonados, su camisa de manga corta abotonada hasta arriba, todo gris y marrón como él. Iba a juego con el cielo, que estaba bajo, como un colador plateado a punto de escurrir. Estaba lloviendo. Leonie puso su bolsa en el asiento de atrás y entró de nuevo en casa. Misty estaba jugando con los botones de la radio y el coche estaba ya arrancado. Pa me miró y arrugó la frente, así que me paré y me acerqué lentamente a él. Me miró los pies. Llevaba las zapatillas de baloncesto que Michael se dejó olvidadas; las había encontrado debajo de la cama de Leonie, eran viejas y me quedaban grandes. Me daba lo

mismo. Eran unas Jordan, así que me las puse de todos modos.

—Os puede caer una buena. —Asentí con la cabeza—. ¿Te acuerdas de cómo cambiar una rueda? ¿De comprobar el aceite y el líquido refrigerante? — Volví a asentir. Pa me enseñó todo eso con diez años—. Bien.

Quería decirle a Pa que no quería ir, que prefería que Kayla y yo nos quedáramos en casa, y se lo habría dicho si no hubiera parecido tan enfadado, si su boca y sus cejas no hubieran estado tan marcadas por esa expresión de preocupación, si Leonie no hubiera aparecido justo en ese momento con Kayla, que estaba llorando y frotándose los ojos por haberse despertado bajo la luz gris. Eran las siete de la mañana. Así que dije lo que pude.

—No te preocupes, Pa.

Su expresión se relajó durante un instante, lo justo para decir:

—Cuídalas.

—Lo haré.

Leonie le puso el cinturón a Kayla en el asiento trasero y dijo:

—Venga, nos tenemos que ir.

Me acerqué a Pa y le di un abrazo. No recuerdo cuándo fue la última vez que lo abracé, pero parecía importante hacerlo ahora, rodearlo con mis brazos y unir mi pecho al suyo, darle una o dos palmaditas en la espalda y soltarlo. «Es Pa», pensé. «Mi Pa».

Me apretó los hombros con sus manos y luego me miró la nariz, las orejas, el pelo y por último los ojos cuando di un paso atrás.

—Eres un hombre hecho y derecho —dijo.

Asentí. Volvió a apretarme los hombros, su mirada puesta en mis zapatillas olvidadas, de goma y simplonas al lado de sus botas de trabajo. El camino de acceso se quedó pelado de césped y arena tras el acelerón que metió Leonie con el coche. El cielo nos acechaba a todos, por lo que todos los animales a los que yo creía poder entender estaban quietecitos, sometidos bajo la persistente lluvia primaveral. El único animal que vi delante de mí era Pa, con sus hombros rectos, su espalda larga y sus ojos suplicantes; era la única cosa que me habló en ese momento, y me dijo sin decirme nada: «Te quiero, chicuelo. Te quiero».

Ahora está lloviendo, caen cortinas de agua que golpean el coche. Kayla está dormida, con un brik de zumo Capri Sun desinflado en una mano y restos de Cheetos en la otra, la cara naranja turbio, con su pelo afro castaño claro enmarañado. Misty está tarareando la canción de la radio, con el pelo recogido

en un moño. Algunos mechones sueltos se escapan y le cuelgan por el cuello. El pelo se le oscurece por el sudor. Hace calor en el coche y veo cómo la piel de su nuca se empapa y se llena de gotas, y las gotas bajan como agua de lluvia por las vértebras de su cuello y desaparecen bajo la camisa, que tiene un escote amplio y tan pronunciado que la parte superior del sujetador asoma por él y, con mi altura, me doy cuenta de que puedo verlo desde el asiento de atrás si miro en diagonal. Es azul eléctrico. Las ventanas se empiezan a empañar.

—Qué calor hace aquí, ¿no?

Misty se está abanicando con un trozo de papel que ha sacado de la guantera de Leonie. Se ve que Leonie ha falsificado los papeles del seguro. La gente le paga a Misty veinte dólares por hacer duplicados de tarjetas y poner su nombre en ellos, y así, si les para la policía del condado, parece que tienen seguro.

—Un poquito —dice Leonie.

—Sabes que no aguanto el calor. Me salen las alergias.

—Habló la que nació y se crio en Misisipi.

—Nada, me callo.

—Lo que quiero decir es que si tanto te molesta el calor, estás en el estado equivocado.

Misty tiene el pelo negro por las raíces y rubio por todo lo demás. Y pecas en los hombros.

—Lo mismo me tendría que mudar a Alaska —dice Misty.

Vamos todo el rato por carreteras secundarias. Leonie me tiró el mapa de carreteras al regazo cuando me metí en el coche, en el asiento detrás de ella, y dijo: «Léelo». Tiene la ruta marcada con bolígrafo. Ha señalado una maraña de dos carreteras de dos carriles que van al norte y hay borrones del dedo de Leonie por todo el estado. La tinta del bolígrafo es oscura y me resulta difícil leer los nombres, las letras y los números emborronados. Pero sí veo el nombre de la cárcel, el sitio donde estuvo Pa: Parchman. A veces me pregunto quién sería el hombre sediento,⁴ ese hombre que se moría por un vaso de agua y que dio nombre a la ciudad y a la prisión. Me pregunto si se parecería a Pa, derecho como un palo, de piel oscura con reflejos rojos, o a mí, de color intermedio, o a Michael, blanco como la leche. Me pregunto qué diría ese hombre antes de que se le resquebrajara la garganta y muriera.

—Y yo también —responde Leonie.

Anoche se alisó el pelo en la cocina y se lo enjuagó en el fregadero, así que ahora está igual de liso y fino que el de Misty. Hace algunas semanas, Misty le

tiñó las puntas a Leonie del mismo rubio que se pone ella, y cuando Leonie fue al fregadero a enjuagarse el pelo, empezó a quejarse cuando el agua le llegó a las quemaduras químicas que tenía en el cuero cabelludo, pequeñas costras como monedas de diez centavos; parecía que no era su pelo, tan lacio y soltando un agua entre naranja y dorado que se iba por el desagüe. Ahora el pelo se le está empezando a inflar y a rizar.

—A mí me gusta —digo.

Me ignoran. Sí, me gusta el calor. Me gusta la forma en que la carretera atraviesa los bosques y se adentra hacia al norte rodeando las colinas, segura y ondulada. Me gustan los árboles que asoman a cada lado, los pinos de aquí son más grandes y más altos, se libran de las tormentas que azotan a los de la costa y por eso son tan altos y refinados. Pero eso no quita para que la gente los tale para proteger las casas de las tormentas o para forrarse los bolsillos. Podrían estar ocurriendo tantas cosas en esos árboles.

—Tenemos que parar —dice Leonie.

—¿Para qué?

—Para echar gasolina —responde Leonie—. Y porque tengo sed.

—Y yo —digo.

Cuando nos detenemos en la franja de gravilla frente a la pequeña gasolinera, Leonie me da los mismos treinta dólares que Misty le ha dado a ella cuando nos hemos metido en el coche esta mañana y me mira como si no me hubiera oído decir que tengo sed.

—Veinticinco para gasolina. Píllame una Coca-Cola y tráeme la vuelta.

—¿Puedo coger una para mí? —insisto.

Imagino su oscura e intensa dulzura. Trago saliva y la garganta se me queda pegada como si tuviera velcro. Creo que sé lo que sintió el hombre sediento de Parchman.

—Tráeme la vuelta.

No quiero ir a ningún sitio. Quiero seguir mirando bajo la camisa de Misty. Su sujetador vuelve a reflejar un azul brillante, el tipo de azul que sólo he visto en fotografías, el color de alta mar en el Golfo de México. El tipo de azul de las fotos que Michael hacía cuando trabajaba en la plataforma petrolera y toda el agua de alrededor era una mojada llanura viviente que, junto con el cielo, formaba un cuenco azul gigante.

La luz del interior de la tienda es aún más tenue que el brillo mate primaveral de fuera. Hay una mujer sentada tras el mostrador y es más guapa incluso que

Misty. Con el pelo negro a lo afro, los labios rosa violáceo del aire acondicionado, la boca como una U al revés. Tiene el mismo color de piel que yo y más curvas que Misty, y un latigazo de deseo, como un cable de red que echa chispas, salta detrás de mis costillas.

—Hola —murmura. Sigue jugando con su móvil.

Las paredes están repletas de estantes, y los estantes, de polvo. Me dirijo a la parte de atrás, aún más oscura, como si hubiera estado antes aquí, como si supiera lo que quiero y supiera dónde está. Como caminaría un hombre. Como caminaría Pa. Los ojos me arden y encuentro la vitrina de bebidas en la parte frontal de la tienda. Me quedo mirando el cristal, imaginando lo húmedos y burbujeantes que tienen que ser los refrescos, tragando saliva a través del sediento orificio de mi garganta: árida como un río rocoso en un año de sequía. Mi saliva es espesa como el pegamento. Miro a la dependienta y veo que me está observando, así que cojo la Coca-Cola más grande y no intento siquiera meterme una pequeña en el bolsillo. Me dirijo a la entrada.

—Un dólar con treinta —dice.

Tengo que acercarme a ella para oírla mejor porque un trueno acaba de retumbar, un crujido inmenso, y el cielo está vertiendo agua sobre el tejado de chapa. Como si algo se hubiera desplomado. No puedo ver lo que hay bajo su camisa, pero es en eso en lo que estoy pensado cuando salgo fuera bajo la lluvia y me tapo la cabeza con la parte de atrás de la camisa como si pudiera protegerme; estoy totalmente empapado, el humo de la gasolina se espesa con el olor a tierra mojada, la lluvia me ciega los ojos, forma riachuelos en mi nariz. Siento que no puedo respirar. Me acuerdo justo a tiempo y echo la cabeza hacia atrás, aguanto la respiración y dejo que la lluvia se filtre por mi garganta. Una fina cuchilla de frescor al tragar. Una, dos, tres veces porque el goteo es muy lento. La lluvia cae sobre mis ojos cerrados, los amasa. Me parece oír un susurro de algún lado, como una palabra que vuela, pero luego desaparece cuando el surtidor pita y la manguera se afloja. El coche está cerrado y calentito, y Kayla está roncando.

—Te podría haber comprado algo de beber si tenías tanta sed —dice Misty.

Me encojo de hombros y Leonie arranca. Me quito la camisa, pesada como una toalla mojada, la pongo en el suelo y rebusco en mi bolsa hasta dar con una nueva. Cuando me la pongo, veo que Misty me está mirando por el espejo que hay detrás del parasol del asiento del copiloto mientras se retoca los labios, que cambian de rosa seco a melocotón brillante; cuando se da cuenta de que yo la estoy mirando, me guiña un ojo. Yo tiritó.

Recuerdo que tenía once años cuando Ma me dijo que teníamos que hablar de una cosa. Por aquel entonces ya estaba tan enferma que se pasaba varias horas al día metida en la cama, con una sábana fina enrollada a la cintura; se dormía y se despertaba de un sobresalto. Era como uno de los animales de Pa cuando se escondía en el granero para resguardarse del calor. Pero ese día no durmió.

—Jojo —me llamó.

Su voz era como una caña de pescar arrojada con tan poca fuerza que el viento se la lleva. Aun así, el anzuelo me dio en el pecho mientras iba en busca de Pa, me paré en seco, me di la vuelta y fui al cuarto de Ma.

—¿Ma? —dije.

—¿Y la niña?

—Está durmiendo.

Ma tragó saliva y parecía que le dolía, así que le di agua.

—Siéntate —dijo.

Acerqué la silla que tiene junto a la cama, contento porque estaba despierta, y entonces sacó un libro fino y grande y lo abrió por uno de los dibujos más vergonzosos que había visto en mi vida, con penes flácidos y ovarios como bayas de carambolo, y empezó a explicarme cosas de anatomía humana y sexo. Cuando empezó a hablar de condones, me entraron ganas de meterme debajo de la cama y morirme. La cara, el cuello y la espalda me seguían ardiendo cuando guardó el libro en el lado más cercano a la pared, afortunadamente lo bastante lejos de mí como para no tener que verlo más.

—Mírame —dijo.

Desde lo del cáncer le habían salido nuevas arrugas que bajaban desde la nariz hasta las comisuras de los labios. Esbozó una media sonrisa.

—Te he avergonzado —dijo.

Asentí con la cabeza. La vergüenza me estaba ahogando.

—Te estás haciendo mayor. Tenías que saberlo. Con tu madre también tuve esta charla. —Miró detrás de mí, a la entrada, y yo me giré esperando ver a Pa o a Kayla dando tumbos y enrabetada después de una siesta demasiado corta, pero no había nada salvo la luz de la cocina, que formaba un felpudo luminoso—. Con tu tío Given también, y se puso más rojo que tú.

No es posible.

—Tu abuelo no sabe contar las historias bien. ¿No te has fijado? Te cuenta el principio pero no el final. O deja sin contar algo importante que pasa por la

mitad. O te cuenta el principio sin explicarte cómo se ha llegado a ese punto. Siempre ha sido así.

Asentí.

—Yo tenía que poner en orden las cosas que me contaba para hacerme una idea global. Poner cada párrafo en su sitio como si fuera un puzle. Todavía era peor cuando empezó a rondarme. Yo sabía que había estado fuera algunos años, en Parchman. Lo sabía porque pegué el oído cuando no debía. Yo sólo tenía cinco años cuando a él lo arrestaron, pero me enteré de lo de la refriega en el *juke joint* y que luego él y su hermano Stag desaparecieron. Se fue y tardó años en volver, y cuando volvió se mudó a casa de su madre para cuidar de ella y comenzó a trabajar. No fue hasta años después que empezó a venir a echar una mano a mi padre y a mi madre con cosas de la casa. No sé cuántas tareas hizo hasta que fue capaz de hablar conmigo y presentarse. Yo tenía diecinueve y él, veintinueve. Un día estábamos los dos sentados en el porche de mis padres y oímos a Stag a lo lejos, acercándose por la carretera, cantando, y River dijo: «Hay cosas que mueven a un hombre. Como corrientes internas de agua. Cosas que no puede evitar. Cuanto más mayor me hago, más cuenta me doy de que es verdad. Lo que Stag tiene dentro es como agua, tan negra y profunda que no se ve el fondo». Stag se empezó a reír, y entonces tu abuelo dijo: «Parchman me enseñó lo mismo en mí, Philomène». Varios días después entendí a qué se refería, que hacerse mayor significaba aprender a manejar esas corrientes: aprender cuándo agarrarse fuerte, cuándo echar el ancla, cuándo dejar que te lleven. Y podía ser algo simple como el sexo, o tan complicado como enamorarse, o podía ser ir a la cárcel con tu hermano y creer que lo vas a proteger. —Se oía el zumbido del ventilador—. ¿Entiendes lo que te digo, Jojo?

—Sí, Ma —le dije.

No era verdad. Ma dejó que me fuera y salí al patio y vi a Pa dando de comer a los cerdos.

—¿Me lo cuentas otra vez? —le pregunté—. ¿Qué es lo que pasó, Pa? Cuando estuviste en la cárcel.

Se detuvo, enganchó el cubo por el asa y me contó su historia:

—¿Te acuerdas del chaval de doce años del que te hablé? ¿Richie? Lo pusieron en la fila larga. Desde que amanecía hasta que se hacía de noche, estábamos ahí en los campos, dale que te pego con la azada, recolectando, sembrando y quitando las malas hierbas. Un hombre en esa situación no puede pensar. Sólo sentir. Siente que quiere dejar de moverse. Siente que el estómago

le ruge y quiere comer. Siente que ya no puede portar más algodón sobre su cabeza y que quiere dormir. Siente que se le cierra la garganta y que le arden los brazos y las piernas, que el corazón se le sale del pecho y sabe que quiere salir corriendo. Pero no había forma de correr. Éramos los encañonados, en el punto de mira de los putos tiradores de confianza. Aquello era todo nuestro mundo: la fila larga. Los hombres se colocaban en fila a lo largo de los campos, los tiradores de confianza vigilaban los extremos. El capataz rondaba en su mula, gritándole al sol, marcando el ritmo de trabajo. Como una red de pesca. Nosotros, atrapados, luchando. Mi abuela me contó una vez una historia sobre su bisabuela. Había acabado en mitad del océano, la habían secuestrado y vendido. Me contó que su bisabuela le dijo que en su pueblo comían miedo. Que el miedo convertía la comida en arena. Que todos sabían que la marcha de la muerte se dirigía a la costa, eso es lo que se decía sobre los barcos, sobre cómo metían en ellos a hombres y mujeres. Por lo visto era aún peor para los que zarpaban y se hundían en la lejanía. Porque eso era lo que parecía cuando el barco cruzaba el horizonte: que el barco zarpaba y se hundía, poco a poco, en las aguas. Su abuela le dijo que nunca salían de noche, incluso de día se quedaban bajo la sombra de sus casas. Aun así, fueron a por ella. Se la llevaron, y fue así como pudo ver que los barcos no se hundían en el mar, que no estaban tripulados por fantasmas blancos. Que en el barco ocurrían cosas malas a lo largo de todo el trayecto, hasta que atracaba. Vio las cadenas incrustarse en su piel. La mordaza alterar la forma de su boca. Vio cómo se convirtió en un animal bajo aquel cielo brillante y abrasador, el mismo cielo que envolvía al resto de su familia, lejos, en alguna parte, en otro mundo. Yo sabía lo que era eso, que te conviertan en un animal. Hasta que aquel chico se unió a la fila, hasta que empecé a pensar de nuevo. A preocuparme por él. A mirarlo por el rabillo del ojo, viendo como se tambaleaba y se quedaba atrás, como una hormiga que ha perdido el rastro de olor.

No es hasta una hora después, al darme cuenta de que la camisa está todo lo seca que puede estar en un coche cerrado lleno de humedad, que la veo. Una bolsa pequeña, tan pequeña que podrían caber dos en la palma de mi mano, escondida entre mi montón de ropa. Como un punto de sangre del tamaño de un alfiler en el centro de la yema de un huevo: la vida que podría haber sido, pero al final no fue. Está caliente y es suave, agradable al tacto. Parece cuero y está atada con una cinta dura de piel. Levanto la mirada. Misty está echando una cabezadita en el asiento delantero, la cabeza se le cae hacia delante y la levanta para volverse a caer. Leonie tiene las dos manos en el volante, los dedos golpean

al ritmo de la música; estamos escuchando música *country*, la odio. Llevamos en el coche algo más de dos horas, hemos dejado atrás la gasolinera de negros de la costa hace al menos una hora. Leonie se aplasta el pelo del cogote con una mano, como si pudiera alisarlo con una caricia y luego sigue con su tamborileo. Me agacho sobre el regazo, me giro hacia la puerta, creando una pequeña habitación con mi cuerpo, un biombo. Tiro de la cinta. El nudo cede y abro la bolsa.

Encuentro una pluma blanca más pequeña que mi meñique, con la punta azul y una raya negra. Algo que a primera vista parece un trocito de caramelo blanco, pero cuando me lo acerco a la cara, veo que es una especie de diente de animal con manchas negras en los bordes de la corona, afilado como un colmillo. Sea cual sea el animal al que pertenecía, seguro que sabía lo que era la sangre, cómo desgarrar un músculo fibroso. Luego veo una piedrecita gris de río, una cúpula diminuta y perfecta. Meto el dedo índice en el fondo del saquito y busco; saco un trozo de papel enrollado, igual de fino que una uña. Escrito en tinta azul, con letras torcidas y temblorosas, leo: «Tenlo cerca de ti».

Es la letra de Pa o de Ma. Lo sé porque la llevo viendo toda mi vida, en calendarios católicos de pared, dentro del armario de la cocina, junto a la nevera, donde tienen apuntados una lista de nombres y teléfonos importantes, empezando por el de Leonie. En autorizaciones y libretas de notas cuando Leonie no estaba, o estaba muy ocupada, y no podía firmarlas. Y como sé que Ma lleva semanas sin salir de la cama y no es capaz de sujetar un bolígrafo, sé que es Pa el que ha escrito la nota, sé que es él el que ha cogido la pluma, el diente, la piedra, el que ha cosido la bolsa de piel, el que me dice: «Tenlo cerca de ti».

Las rodillas me rozan con el asiento de delante. No puedo evitarlo; me he hecho tan alto que el asiento trasero del cinco puertas de Leonie se me ha quedado pequeño. Leonie mira por el retrovisor.

—Deja de dar patadas a mi asiento.

Hago un cuenco con las palmas de las manos para tapar las cosas que me ha dado Pa, que ahora forman un montoncito en mi regazo.

—Ha sido sin querer —le digo.

—Lo que tienes que hacer es pedir perdón —replica Leonie.

Me pregunto si Pa alguna vez le habrá dado algo parecido a Leonie en uno de sus viajes a Parchman. Si se escabulló por la mañana mientras Leonie dormía, sobre las nueve o las diez, y le escondió algo en el coche, cosas que le sirvieran

para estar a salvo, que velaran por ella mientras él no podía, para protegerla en sus viajes al norte de Misisipi. Algunos amigos del colegio conocen a gente que vive allí, en Clarksdale o en las afueras de Greenwood. Lo que dicen: «¿Crees que las cosas están mal aquí?». Lo que hacen: fruncir el ceño. Lo que quieren decir: «Aquí en el Delta la cosa está peor».

Según avanzamos, los árboles a los lados de la carretera se hacen cada vez más finos y, de pronto, aparecen carteles publicitarios. Una foto de un futuro bebé en el vientre: un renacuajo rojo y amarillo, con la piel y la sangre tan finas que dejan pasar la luz como una gominola. «Protejamos la vida», dice el cartel. Meto la pluma, la piedra y el diente en la bolsa. Enrollo tan bien la nota de Pa que parece la pajita de un ratón y la meto en la bolsa antes de atarla y ponerla en el bolsillito cuadrado que tengo cosido a la cintura de mis calzones de baloncesto. Leonie ha dejado de mirarme.

—Perdón —digo.

Leonie gruñe.

Creo que sé a qué se refieren mis amigos cuando hablan del norte de Misisipi.

Pa me ha contado hasta la saciedad algunas partes de la historia de Richie. He oído el principio tantas veces que he perdido la cuenta. Algunas partes centrales, como lo del héroe bandido Kinnie Wagner y el malvado Caracerdo, sólo las he escuchado un par de veces. Nunca me ha contado el final. A veces intento anotar lo que dice, pero no son más que poemas malos y sin sentido. «Domar a un caballo». Siguiendo línea. «Cortar con las rodillas». A veces me hartó de Pa. Al principio me contaba las historias cuando nos quedábamos despiertos por la noche en el salón. Pero varios meses después parecía que sólo me contaba partes de la historia de Richie cuando estábamos haciendo algo más aparte: comiendo judías pintas con arroz, quitándonos restos de comida con mondadientes en el porche después de comer; viendo películas del oeste en el salón por la tarde, y entonces Pa interrumpía al vaquero de la pantalla y se ponía a hablar de Parchman: «Fue un asesinato. Un asesinato en masa». Cuando Pa me habló de una de las bolsitas que tenía atada a una de las trabillas, hacía frío fuera, y estaba cortando leña para la estufa del salón. Nos habíamos quedado sin gas ese fin de semana. Ma se había tapado con todo lo que había en la casa: mantas de croché, edredones, sábanas bajas y encimeras, y aun así se quejaba: «Los huesos». Se frotaba las manos debajo del cuello, con la piel áspera e irritada, a pesar de que yo le ponía crema cada hora. «Qué frío hace». Los dientes le

castañeteaban en la boca como dados en un cubilete.

—Todo tiene energía.

Golpeó un leño.

—Mi bisabuelo me lo enseñó.

El leño se partió.

—Decía que todas las cosas tienen su espíritu. Los árboles, el sol, los animales. Decía que el del sol era el más importante, y le dio un nombre: Aba. Pero todos son necesarios, los espíritus de cada cosa, para que haya equilibrio. Para que las cosechas prosperen, para que los animales se alimenten y engorden.

Puso otro leño sobre el tocón y me eché el aliento en las manos, deseando tener un gorro para las orejas.

—Me lo explicó de esta forma: si hace mucho sol y no llueve bastante, las cosechas se echan a perder. Si llueve más de la cuenta, se pudren.

Golpeó otra vez.

—Los espíritus tienen que estar equilibrados. Al cuerpo, me dijo, le pasa lo mismo.

El leño se cayó.

—Por ejemplo. Yo soy fuerte. Puedo cortar madera. Pero, tal vez, si tuviera un poco más de fuerza, o los colmillos más afilados, como un jabalí, un poco del espíritu de ese animal, entonces, igual entonces —jadeó— esto se me daría mejor. Tal vez me resultaría un poco más fácil. Tal vez yo sería más fuerte.

Partió otro leño.

—Pero nunca más de lo que yo pudiera asumir. El jabalí comparte hasta aquí, yo tomo hasta aquí. Sin desperdiciar nada. Los desperdicios se pudren. El exceso en ambos sentidos rompe el equilibrio. —Puso el hacha en el suelo—. Tráeme otro leño.

Cogí un leño del montón, lo puse encima del tocón, lo equilibré. Aparté la mano cuando Pa bajó el hacha y lo atravesó justo por el centro.

—O un pájaro carpintero podría compartir algo también. Una pluma, para la puntería.

Sentí una punzada en el dedo por la cercanía de la hoja, Pa se había quedado a nada y menos de mi mano.

—¿Es eso lo que guardas en la bolsa? —le pregunté. Vi por primera vez la bolsita que llevaba cuando tenía cuatro o cinco años, le había preguntado qué tenía dentro. Nunca me lo dijo. Pa sonrió.

—Eso no —dijo—. Pero por ahí van los tiros.

Cuando el siguiente leño se partió, miré a Pa y temblé; sentí la madera haciéndose astillas en la pelota de béisbol de mis rodillas, en el bate de mi columna, en el guante de mi cráneo. Me pregunté qué clase de energía tenía dentro. De dónde le venía.

Apoyé la cabeza sobre el asiento del coche de Leonie, frotando la bolsa que me había dado Pa, y me pregunté si alguna vez le habría dado a alguien un saquito lleno de cosas para encontrar el equilibrio. ¿A su hermano Stag? ¿A Ma? ¿Al tío Given? ¿Al chaval ese, Richie? Y entonces oigo a Pa:

—Richie no estaba hecho para trabajar. En realidad no estaba hecho para nada porque no era más que un crío. No sabía cómo usar la azada, le faltaban años de musculatura en los brazos; tampoco sabía cómo airear la tierra, no tenía fuerza para arrancar las raíces de cuajo sin dejar restos blancos, para romper el algodón en dos. Él no era como tú; tú ya estás echando cuerpo, los hombros se te están ensanchando, tienes las piernas cada vez más largas. Tienes las mismas hechuras que yo, las mismas que mi padre: buen ganado. Pero quienquiera que fuera su padre, debía de ser delgaducho y débil. Posiblemente bajito. Richie no trabajaba bien. Yo intentaba ayudarlo. Intentaba echarle una mano con la azada, ayudarle a cavar más hondo. Me acercaba a limpiarle mejor las plantas cuando estaba recolectando. Arrancaba sus malas hierbas. Y las mías. Y durante un tiempo, varios meses, funcionó. Fui capaz de salvarlo, de evitar que le pegaran. Yo trabajaba tanto que me quedaba dormido antes de que el cuerpo tocara la litera. Me quedaba dormido mientras caía. Miraba siempre al suelo. Ignoraba el cielo, todo ese espacio abierto que me oprimía y me llenaba el pecho de miedo, como un sapo hinchado y croando. Pero entonces, un domingo, mientras hacíamos la colada, frotando la ropa en la pila con un jabón que era tan endeble que lo más que hacía era disimular un poco el mal olor, Kinnie Wagner apareció a caballo con los perros.

»Kinnie era el preso que cuidaba de los perros. Incluso entonces era una leyenda. Yo conocía a Kinnie. Todos lo conocíamos. Desde Tennessee hasta la costa, pasando por toda la región del Delta, se oían canciones sobre él. Historias de contrabandos, reyertas, robos y asesinatos. Nunca había visto a nadie con mejor puntería que él. A pesar de que ya se había escapado una vez de Parchman y de una de las cárceles de máxima seguridad de Tennessee, lo pusieron a cargo de los perros. A pesar de haberse cargado a más de un agente de la ley. Los blancos pobres del sur lo adoraban por eso, lo adoraban por haberle escupido a la ley en el ojo. Por dejarla ciega. Por ser un forajido en el sur sin ley, que era aún peor que la frontera; por aguantar el tipo como David en algún lugar del Antiguo

Testamento, donde, durante siglos, antes de que Parchman existiera, la ley se administraba tal que así, Jojo: ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie. Creo que hasta los sargentos lo respetaban. Total, que Kinnie y algunos de los hombres que había elegido como ayudantes iban con los perros a entrenarlos, a enseñarles a seguir rastros de olor. Y uno de los hombres que corría con los perros se estaba quedando atrás. Tal vez estaba enfermo. Tal vez lo habían azotado. No lo sé. Pero aquel hombre se cayó y sus perros se quedaron sueltos, se alejaron de su cara polvorienta, de su barriga hundida, y corrieron hacia mí. Saltaban a mi alrededor como conejos enormes, ladrando. Con la lengua fuera. Kinnie, que era un hombre blanco grande, de un metro noventa, que debía pesar casi ciento treinta kilos, se rio. Le dije al hombre negro arrodillado en el barro: “Tú, negro, no haces más que dar problemas”. Y luego me señaló con uno de sus enormes dedos salchicha: “Tú pareces bastante flaco”. Antes de dirigirme a él, colgué los pantalones que estaba lavando en el tendedero. Me tomé todo el tiempo que pude, porque era el tipo de hombre que esperaba que yo saliera corriendo. Para observar con asombro su blancura enorme y lozana. Cuando me acerqué, los perros me siguieron, moviendo las orejas y sus enormes ojos negros. Más contentos que un guarro en una charca. “¿Corres rápido?”, me preguntó Kinnie. Lo miré; iba en un caballo grande marrón oscuro, pero con un matiz rojo. Miré al caballo como si pudiera ver su sangre hervir bajo su abrigo, un río de sangre contenido por piel, cosido a los músculos y a los huesos. Siempre había querido un caballo como ése. Me quedé lo bastante cerca de Kinnie para que supiera que iba a ir, pero lo bastante lejos para que no pudiera darme una patada. “Sí”, le dije. Kinnie se rio otra vez, pero había algo cortante en su risa, porque clavó sus ojos azules en mí y dijo: “¿Pero sabes cuál es tu lugar?”. Sacó el rifle, la boca del cañón apuntándome a la cara. Un enorme ojo negro de Cíclope. Le dejé que pensara lo que quisiera sobre cuál era mi lugar y respondí: “Sí, señor”, y me odié un poco a mí mismo por haber dicho eso. Uno de los perros me lamió la mano. “Les gustas”, dijo Kinnie, “y me hace falta otro cuidador de perros”. Me quedé callado. Los animales siempre se me acercaban. Mi madre me contó que una vez me dejó fuera, en una cesta sobre el tocón donde mataban a los pollos, en la parte de atrás; yo era un bebé, no tenía más de un mes, y ella fue dentro a coger un afilador de cuchillos; cuando volvió, una de las cabras me estaba lamiendo la cara y la mano. Como si me conociera. Así que miré a la cabeza de Kinnie, a su espeso pelo rubio. Él me miró al cuello y dijo: “Vamos”. Dio media vuelta, espoleó al caballo y se fue.

»Una vez seguimos a un forajido a lo largo de dieciséis kilómetros de

pantano hasta una cabaña abandonada, y vi cómo Kinnie le atravesó la cabeza de un disparo desde una distancia de doscientos metros; el cráneo del hombre explotó. Kinnie lo había matado poco antes de anoecer, así que acampamos junto a un arroyo. Las nubes se habían amontonado haciendo que la noche fuera aún más oscura y velada de mosquitos. Habíamos encendido una fogata. Todos los presos que trabajaban con Kinnie y los perros estaban alrededor. Todos menos Kinnie y yo. Yo me estaba poniendo barro en el cuerpo para que no me picaran los mosquitos. El humo le empañaba la cara, emborronándosela, pero seguía sintiendo su mirada en la oscuridad. Lo supe cuando, al terminar de contar la historia de la mujer *sheriff* que lo arrestó en Arkansas y lo mandó de vuelta a Parchman esta última vez, dijo: “Nunca haría daño a una mujer; lo sabían”. Entonces me miró. Yo le devolví la mirada. “Todos tenemos una debilidad: un punto por donde rompemos”, dijo. Me acordé de Richie arrastrándose por el suelo con la azada. “Todo el mundo”, insistió Kinnie, y escupió tabaco en el fuego.

Cuando me despierto es media mañana y Leonie se ha salido de la autopista. El mapa dice que deberíamos seguir dirección norte por la autopista 49 hasta el centro de Misisipi y después tomar un desvío hasta la cárcel, que Leonie ha marcado en el mapa con una estrella negra; pero ya no estamos haciendo caso al mapa. Pasamos por un supermercado, una carnicería. Por un edificio medio derrumbado con el techo plano y un cartel con las letras descoloridas: «Madera al por mayor». Los edificios escasean y los árboles abundan hasta que llegamos a un stop y lo único que quedan son árboles; y cuando pasamos el cruce, la carretera se convierte en tierra y rocas.

—¿Seguro que sabes adónde vamos? —le pregunta Leonie a Misty.

—Sí, claro —responde Misty.

Ha dejado de llover y el aire está borroso por la niebla. Misty baja la ventana y saca su móvil fuera. Aparte del traqueteo del coche de Leonie, todo está tranquilo; los árboles, quietos y altos. A la izquierda del coche, los troncos son marrones y vigorosos y hay pocos matorrales. A la derecha, parece que el bosque se ha quemado no hace mucho. Los troncos están negros de mitad para arriba y la maleza es espesa y de color verde claro. Me sorprende la quietud que tiene todo. Somos los únicos animales que merodean por aquí.

—Aquí no hay una puta mierda —dice Leonie.

—Si tuviera cobertura, lo llamaría para que te quedaras tranquila, pero

estamos demasiado apartados. —Misty limpia el teléfono con la camisa y se lo mete en el bolsillo—. Ya he pasado antes por aquí con Bishop. Sé adónde voy.

—¿Adónde vamos? —pregunto a la parte delantera del coche.

Leonie se gira un poco y puedo ver cómo le frunce el ceño a Misty y después mira hacia la carretera.

—Tengo que parar un momento a ver a unos amigos —suelta Misty por encima de su hombro—. Después continuaremos el viaje.

Pasamos un recodo y vemos un claro entre los árboles y, de pronto, nos encontramos entre un pequeño racimo de casas. Algunas tienen el mismo revestimiento que la casa de Pa y de Ma; otras, papel aislante y ningún revestimiento. Hay una caravana que parece llevar años fuera de circulación, con glicinias en el techo que caen por los laterales. Es como si tuviera pelo verde orgánico. Las gallinas corretean en grupo mientras un perro, un pit bull con pelaje gris azulado y enormes fauces, las persigue. Las gallinas se dispersan. Un niño, que debe tener unos cuatro años, está sentado en el suelo frente a las escaleras del porche de una casa sin revestimiento, dándole cuchilladas al barro con un palo. Lleva un mono de bebé que le queda como una camisa, ropa interior amarilla y está descalzo. Se frota la cara con las manos cuando Leonie para y apaga el motor, y su piel lechosa se vuelve negra.

—Te he dicho que sé adónde vamos —dice Misty—. Toca el claxon.

—¿Qué?

—Que toques el claxon. No pienso bajarme del coche con ese perro suelto.

Leonie resopla y el perro, que ha dejado de perseguir a las gallinas y se ha acercado al coche para olisquear las ruedas y mearse en ellas, empieza a ladrar. Sé lo que está diciendo. «Fuera de aquí». Toma aire. «¡Fuera de aquí!». Toma aire. «¡Fuera de aquí, intrusos!». Kayla se despierta y empieza a llorar.

—Sácala —dice Leonie.

Le quito el cinturón a Kayla.

El niño blanco agita el palo en el aire y luego lo agarra con las dos manos, apuntando como si fuera un rifle. Tiene el pelo rubio, apelmazado, y los rizos le serpentean hasta los ojos como si fueran gusanos.

—Bang bang —dice.

Nos está disparando.

Leonie arranca el coche.

—No sé qué hacemos aquí.

—Hazme caso. Apaga el motor. Toca el claxon otra vez.

Leonie accede. No apaga el motor pero toca el claxon de nuevo, un pitido largo y fuerte que hace que Kayla llore todavía más y se acurruque en mi pecho. Intento que se calle pero no puede oírme con los ladridos del perro, el niño pistolero, el silencio en el claro de los pinos, un sonido tan pesado y fuerte como el resto, así que no se calla. Quiero salir del coche con Kayla, huir del niño y de su perro y de la pistola de mentira, quiero echar a andar hasta llegar a casa. Siento en mis entrañas que quiero pelear.

Una mujer blanca sale de la casa sin revestimiento y deja atrás al niño con la cara manchada. Tienen el mismo color de pelo, rubio rojizo, y los mismos rizos. El suyo es largo, le llega a la cintura y, excepto por la nariz, que está hinchada y roja como un tomate, es más guapa que Misty. También va descalza. Tiene los dedos de los pies rosa. Tose, y suena como si tuviera la garganta arañada, y se acerca al coche. El perro sale corriendo tras ella, pero ella no le hace caso. Al menos deja de ladrar. Misty abre la puerta del coche y saca medio cuerpo fuera mientras se agarra al chasis.

—¿Qué pasa, cacho perra? —dice Misty, como si fuera un apelativo cariñoso. La mujer sonrío y tose al mismo tiempo. La niebla se asienta como el rocío sobre su pelo, que se está volviendo blanco—. Te dije que íbamos a venir.

El niño nos sigue disparando con su palo-pistola mientras el perro le lame la cara. Quiero salir corriendo y volver a casa. Leonie se pasa la mano por el pelo, por encima de su oreja derecha, y se rasca la cabeza. Hace eso cuando está nerviosa. «Te vas a hacer sangre», le dijo Ma una vez, pero creo que Leonie no se da cuenta cuando lo hace. Se rasca tan fuerte que suena como cuando arañas una lona con las uñas. Misty está abrazando a la mujer, que está mirando dentro del coche. Cuando Leonie abre la puerta, sale y dice «hola», apenas puedo escucharla por el llanto de Kayla. Se rasca otra vez. El niño sube los escalones de cemento dando saltitos y desaparece dentro de la casa. Cuando Leonie se acerca a la mujer y las tres empiezan a hablar, le cuelgan las manos como si fueran un peso muerto.

Los suelos son irregulares. Son más altos en el centro de las habitaciones desnudas y van bajando hacia las cuatro esquinas cubiertas de sombra. El interior de la casa se ve en penumbra desde el porche y está tan lleno de cajas que lo único que queda es un pequeño pasillo que conduce hasta la sala de estar, que también está en penumbra y llena de cajas. Hay dos sofás y una silla reclinable, que es donde se sienta el niño pistolero. Se está comiendo un polo de pepinillo. En la televisión, que está encima de una caja en vez de en un mueble,

están echando un *reality show* de gente que compra islas para hacer complejos turísticos.

—Por aquí —dice la mujer.

Misty y Leonie la siguen, pero Leonie levanta la mano para que me quede en el salón.

—Vosotros os quedáis aquí —dice, y se inclina hacia delante para tocarle la nariz a Kayla con el dedo índice y sonrío. Kayla todavía tiene la cara húmeda de haber llorado, pero está resoplando y agarrándome el cuello y mirando al niño pistolero como si quisiera decirle algo, así que la bajo—. Lo digo en serio —dice Leonie.

Leonie sigue a la mujer y a Misty hasta la cocina, que es el sitio con más luz de la casa, iluminada por una araña de techo llena de bombillas. Hay una cortina en la puerta y la mujer la cierra hasta la mitad, tose y lleva a Misty y a Leonie a la mesa para que se sienten. Abre la nevera. Me siento en el filo del sofá para poder ver al niño pistolero en el sillón, a Kayla, que está en cuclillas delante de él con las manos en el regazo, y a las mujeres sentadas en la cocina a través del hueco de la cortina.

—Hola —dice Kayla.

Alarga tanto las sílabas que parecen dos palabras, su voz sube y baja rodando. Es lo mismo que le dice a su muñeca bebé cuando la coge por la mañana nada más despertarse, lo mismo que le dice al caballo, al cerdo y a la cabra, lo mismo que le dice a los pollos, lo mismo que le dice a Leonie cuando la ve por primera vez. Lo mismo que le dice a Pa. Con Ma no habla mucho: cuando la llevo a la habitación a ver su cuerpo inmóvil, Kayla se hace un ovillo entre mi pecho y el hombro, pone cara de valiente y después de cinco minutos mirando a Ma con recelo y diciendo «shhhh» con el dedo entre los labios, dice «afuera». A mí nunca me dice hola. Se me sienta o gatea por encima de mí, me abraza por el cuello y sonrío.

El niño mira a Kayla como si fuera su perro y Kayla da un saltito hacia delante.

—Hola —vuelve a decir.

Una gusano de mocos desciende por la cara del niño. De un salto se pone de pie en la butaca y parece que ha tomado una decisión porque sonrío, tiene fundas de plata en todos los dientes, el metal que evita que se le pudran y se le caigan. Empieza a saltar en la silla como si fuera un trampolín y algunas de las cajas que hay apiladas a los lados se tambalean.

—No te subas ahí, Kayla.

Se van a caer los dos. Lo sé. Kayla no me hace caso, pone una pierna arriba y se sube a la silla, donde los dos empiezan a charlar y a saltar, están teniendo una conversación. Pillo palabras sueltas: silla, tele, caramelo, no hay nadie, muévete. Me tapo los oídos con las manos, miro a las mujeres de la cocina, observo cómo se mueven sus labios e intento escuchar.

—Estaba dormida. Por eso no os he oído cuando habéis llegado. Hemos estado todos enfermos.

—Es por el tiempo —dice Misty—. Un día te congelas de frío, el siguiente te mueres de calor. La primavera en Misisipi es un coñazo.

La mujer asiente, da un sorbo a un vaso de plástico con algo y se aclara la garganta.

—¿Dónde está Fred? —pregunta Misty.

—Fuera, trabajando.

—¿Va bien el negocio?

—Lo estamos petando, tía —dice la mujer, luego tose. Leonie está dando golpecitos a la mesa sin parar—. Cuanto más calor hace, mejor va.

—¿Sigues contando conmigo? —dice Misty.

—¿Queréis algo de beber, verdad? —pregunta.

—¿Tienes algo fresquito? —pregunta Misty.

La mujer le da un Sprite. Me acuerdo de la sed que tengo, pero no voy a decir nada. Leonie me mataría.

—No, gracias —dice Leonie.

El único motivo por el que sé que ha dicho eso es porque le he leído los labios y he visto cómo negaba con la cabeza. Habla tan bajito.

—¿Seguro? —le pregunta Misty.

Leonie asiente.

—Tenemos que irnos pronto, que queda mucha carretera por delante.

Hay cajas de refrescos apiladas contra la pared: Coca-Cola, Dr Pepper, Barq's y Fanta. Cuando llegamos, no se me habría pasado por la cabeza que pudiera haber tantos refrescos: está todo lleno, hay tanta comida y tantas cosas, tantos trastos; cajas de sopas, cajas de galletitas saladas, cajas de papel higiénico y de papel de cocina, tres microondas metidos aún en sus cajas, ollas arroceras, gofreras, cacerolas. Hay tanta comida que las cajas llegan al techo del salón, tantos electrodomésticos que alcanzan las luces de la cocina. Tengo hambre y sed: mi garganta es una mano cerrada, el estómago, un puño ardiendo. Y Leonie

allí sentada; Leonie, a la que normalmente le da igual que aceptemos comida cuando nos ofrecen; Leonie, que por lo general recibe todo lo que le dan con las manos abiertas; ahora dice que no. Ahora que la cabra y el arroz no son más que excrementos en mis intestinos.

La mujer cruza los brazos sobre el pecho y arruga la cara. Está intentando contener la tos, pero le sale con flema. Mueve la cabeza y sé lo que está pensando porque lo veo en la postura que tiene y en cómo mira a Leonie: «Maleducada».

Si Pa estuviera aquí, no llamaría «granuja» a este niño. Tampoco lo llamaría «pillo». Y desde luego, no lo llamaría «niño». Lo llamaría «cabrón». Porque lo es. Está cansado de jugar al pillapilla con Kayla, así que ha dejado de correr. Se sienta delante de la tele, enciende una de sus cuatro consolas y empieza a jugar a un videojuego. Es el *Grand Theft Auto*, y no sabe cómo jugar. Mete el coche en medianas, en tiendas, se sale del coche en los semáforos y corre. Kayla está aburrida. Viene hacia mí y se sube en mi regazo, me agarra la camisa y me empieza a decir muy seria que quiere zumo y galletas Graham, así que no veo a las mujeres, no veo el vaso de agua que Leonie se está bebiendo después de que la atosigaran para que se tomara algo, no veo a Misty y a la mujer acercándose la una a la otra, cuchicheando. Haciendo dibujos en la mesa con los dedos.

El niño está gritándole a la tele. El videojuego se ha quedado colgado.

—¡No, no! —grita con una voz que parece que tiene la nariz llena de mocos.

El coche del niño se ha salido de una carretera que bordea un acantilado. El coche ha saltado el quitamiedos pero se ha quedado congelado en el aire. Es un coche rojo con una franja blanca por la mitad que lo divide en dos. El niño aprieta los botones del mando pero el juego no responde.

—¡Quítalo! —grita la mujer desde la mesa.

—¡No!

—Empieza de nuevo —dice la mujer y se pone a hablar con Misty otra vez.

El niño tira el mando a la tele. Choca contra el suelo y rebota. Se agacha y empieza a toquetear la consola, apretando botones, pero todo sigue igual.

—No quiero perder mi marca —grita.

Los mujeres lo ignoran.

Kayla se baja de mi regazo de un salto y se agacha para coger una pelota azul de plástico que hay en el suelo, del tamaño de dos puños suyos, y empieza a jugar con ella.

—Si te sales, no pierdes la marca. La guarda —le digo.

Sé esto no porque tenga una consola sino porque jugaba con la de Michael cuando vivía con nosotros, así que sé cómo va. Se la llevó cuando se fue. El niño me ignora. Hace un sonido con la garganta a medio camino entre un gimoteo y un rugido, como un gorjeo estridente, y cuando se levanta y se pone delante del estante de las consolas, no se da media vuelta ni empieza a jugar con Kayla de nuevo. No coge otra pelota del suelo, ni la negra, ni la verde, ni la azul, que son las que veo, ni nos lanza una. Se pone de pie y le da un puñetazo al televisor. Primero lo golpea con la mano derecha, luego con la izquierda, y luego con la derecha, haciendo rotar los brazos de manera que sus pequeños puños impactan tan fuerte contra el plástico que suena como si se estuviera rompiendo. Se está rompiendo. Le da otro puñetazo y aparecen fuegos artificiales en el coche que se queda así, con explosiones blancas, amarillas y rojas. Le pega con la izquierda y no ocurre nada, pero luego le da con la derecha otra vez y vuelve a salir otra explosión del coche. Y así se queda.

—¿Qué estás haciendo? —grita la mujer desde la cocina. Se ha incorporado un poco de la silla—. ¡Como vuelvas a trastear las cajas, verás!

El niño le pega otra vez con la izquierda. Nada.

—¿Qué te he dicho? —grita la mujer, y se levanta del todo.

El niño se agacha, agarra un bate de béisbol para niños y se pone a golpear. Se oye un crujido fuerte y, por un instante, el coche entero es una explosión brillante, luego la tele se queda en negro y no aparece nada en la pantalla, pero delante de ella están la mujer y el niño. La mujer pasa delante de Kayla, que sale corriendo y se lanza a mi regazo y me agarra la camisa con las dos manos, y acorrala al niño delante de la tele. El niño se gira con el bate en la mano y le pega a la mujer en la pierna izquierda.

—¡Me cago en tu PUTA madre! —grita la mujer entre toses, y le quita el bate. Agarra al niño con un brazo y sujeta el bate con el otro y grita—: ¿Qué es lo que acabas de hacer?

Cada palabra es un golpe. Cada golpe hace que el niño se vaya corriendo. Grita.

—¿Qué es lo que acabas de hacer?

Las piernas del niño están rojas por los golpes que la mujer le ha dado con el bate. Da vueltas alrededor de la mujer como un caballito en un tiiovivo y tiene la boca abierta en una mueca, un rictus. Le golpea tantas veces que su llanto se vuelve silencioso, pero la boca continúa abierta. Sé lo que está diciendo: «No

quiero más dolor, por favor, más dolor no, por favor». La mujer suelta el bate y el brazo del niño a la vez; el bate recorre una línea recta hasta llegar al suelo, el niño se desploma.

—Ya verás cuando tu padre salga del cobertizo. Te va a matar.

Leonie entra en el salón y se lleva a Kayla de mi lado. Al hablar, mira a Misty, que sigue en la puerta de la cocina sujetando la cortina.

—Tenemos que irnos ya.

—Mi marido vuelve enseguida —jadea la mujer.

—¿Tenéis baño? —pregunto.

—Está roto —dice la mujer. Está sudando y se aparta el pelo negro de la cara—. Usamos el aseo del cobertizo, pero si quieres hacer pipí, lo mejor es que lo hagas fuera.

Cuando salgo, el niño ha vuelto a su silla reclinable, se ha hecho un ovillo y está llorando a moco tendido. Kayla intenta venir conmigo cuando abro la puerta, pero Leonie la aprieta entre sus brazos y se la lleva a la cocina con ella, lejos de los llantos del niño y de la televisión rota, como si fuera eso de lo que tuviera que proteger a Kayla. La mujer está ya allí, tomando un refresco, moviendo la cabeza.

—Ésta es la segunda tele que rompe —dice la mujer.

—No sé si sabes que hay una cosa que se llama «preservativo» —dice Misty. La mujer tose.

Fuera todo sigue envuelto en niebla, vacío. El perro ha desaparecido, pero las manos me siguen ardiendo cuando corro hacia el coche, las gotas de sudor me brotan como espinas por el miedo a los colmillos. Nada me sigue al coche, abro las puertas de uno de los laterales para crear una barrera y hacer pipí junto al asiento del conductor. Una parte de mí espera que Leonie lo pise. Me subo la cremallera y cierro las puertas, me pregunto dónde estará la gente que vive en este pequeño círculo de casas. Nada viene a por mí mientras echo un vistazo a la casa, mientras analizo la puerta principal cerrada; tampoco cuando curioso por la parte de atrás. Detrás hay un cobertizo marrón con techo de chapa oscura; al igual que la casa, está recubierto de papel aislante pero no tiene revestimiento. Sale luz por las ranuras de una de las ventanas, que está tapada con papel de aluminio. Alguien está escuchando música *country* dentro, y cuando acerco el ojo a la ranura, veo a un hombre barbudo sin camisa. Tiene tatuajes, como Michael, pero lleva la cabeza rapada. Hay mesas con matraces de cristal y tubos,

cubos de veinte litros en el suelo y botellas de refrescos vacías de un litro, y sé que he visto esto antes, reconozco el olor porque cuando Michael se construyó un cobertizo en el bosque detrás de la casa de Pa y de Ma, se parecía a esto y olía igual. El motivo por el que él y Leonie se pelearon, por el que él se fue, por el que él está en la cárcel. El hombre está cocinando, se mueve con la misma soltura y seguridad que un chef, pero ahí no hay nada que comer. El estómago me ruge. Me dispongo a volver a la fachada principal de la casa, toco con el dedo la bolsita de Pa que está en mi bolsillo, me pregunto si el diente será de un mapache, si me hará tan silencioso y veloz que ni siquiera el perro podrá oírme cuando dé la vuelta a la casa y entre por la puerta.

Quince minutos después nos vamos y ya no estoy nervioso ni sudo. Misty intenta actuar como si no llevara una bolsa de papel metida dentro de una bolsa de plástico, con el brazo recto como una regla; la bolsa se le arruga y sisea al andar. Leonie mira a todas partes menos a Misty. No me pasa a Kayla en brazos, sino que le pone el cinturón ella misma. Cuando nos alejamos de este triste círculo de casas con tanta abundancia dentro, Misty se agacha, trastea las alfombrillas del coche de Leonie y la bolsa desaparece. Meto dos paquetes de galletas saladas y dos botellas de zumo que he robado de la casa en mi propia bolsa de plástico. Una vez que dejamos atrás el pinar medio quemado y volvemos al asfalto de la autopista, Leonie enciende la radio y la pone más fuerte que nunca. Abro la botella de zumo que he robado y me la bebo, después echo la mitad de la otra en la tacita de Kayla. Le doy una galleta a Kayla y me meto otra en la boca. Comemos así: una para mí y una para ella. Dejo que las galletas se pongan harinosas y blanduchas en la lengua antes de masticarlas y tragarlas, para que no crujan. Soy silencioso y sigiloso, en cierta manera. Ninguna de las mujeres que están delante nos presta atención. Nada me ha sabido tan bien en la vida como lo que me estoy comiendo y bebiendo ahora mismo.

CAPÍTULO 4. LEONIE

La noche del cumpleaños de Jojo, Misty dijo: «Si hacemos lo que te digo, nos pagamos el viaje». Y luego: «Michael y tú tendríais bastante para una fianza. Podríais tener vuestra propia casa. Siempre has dicho que el problema eran vuestros padres. Los tuyos, porque vives con ellos; los de él, porque son gilipollas». Given se quedó incluso más quieto cuando escuchó eso, como una piedra. A través de la estrecha ventana de la cocina de Misty, vi cómo las copas de los árboles cambiaban de un gris oscuro aterciopelado a naranja, y de naranja al rosa de mi paladar. «¿Cómo te crees que me he pagado todos los viajes para ver a Bishop? ¿Con propinas?». Movi6 la cabeza y resopl6. «Hay que aprovechar las oportunidades».

Oigo esas cinco palabras una y otra vez en mi cabeza cuando llegamos al coche y veo a Misty poner el paquete en el bolsillo, debajo de la alfombrilla. «Hay que aprovechar las oportunidades». Dijo estas palabras como si las decisiones no tuvieran consecuencias, cuando, por supuesto, para ella había sido todo más fácil. La forma en que lo dijo, «aprovechar las oportunidades», me dio ganas de abofetearle la cara. Sus pecas, sus finos labios rosa, su pelo rubio, la obstinada blancura de su piel; ¿cuánto le había costado a lo largo de su vida tener el mundo a su favor?

Antes de que lo metieran en la cárcel, Michael había puesto el sobre debajo del coche. Levantó el coche con un gato y se metió debajo con sus herramientas para soldar y cortó lo que pensó que era un cuadrado perfecto del suelo del coche, y luego insertó otra pieza de metal con una bisagra, la fijó y después lo soldó todo para dejarlo tal y como estaba. «Dos puertas», dijo, y me besó dos veces. «Una para sujetarlo, otra para soltarlo. Si fuera necesario». Llevaba en casa seis meses desde que estuvo en la plataforma petrolera y nos habíamos tenido que mudar con mis padres. Nos habíamos gastado todo el dinero que había ahorrado, además de su indemnización. Había trabajado en la plataforma

Deepwater Horizon como soldador. Cuando saltó por los aires, volvió a casa con su indemnización y sus pesadillas. Por aquel entonces, lo convencí de que comprara una cama de matrimonio para el nuevo apartamento, «así dará igual dónde nos mudemos», le dije, «dormiremos cerca el uno del otro», por lo que cada vez que daba una patada en sueños, cada vez que se retorció o murmuraba y levantaba los brazos, como apartándose de algo, yo me despertaba. Los días siguientes al accidente me quedé en casa con Jojo viendo la CNN, el petróleo cayendo a chorros en el océano, y me sentía culpable porque no era eso lo que quería ver, culpable porque me la sudaban los putos pelícanos, culpable porque lo único que quería ver era la cara de Michael, sus hombros, sus dedos, culpable porque lo único que me importaba era él. Me llamó poco después de que la noticia saliera en los periódicos, me dijo que estaba bien, pero su voz era un hilo, con interferencias, irreal. «Conocía a esos hombres, a los once. Vivía con ellos», dijo. Cuando llegó a casa me puse muy contenta. Él no. «¿Y qué vamos a hacer ahora?», me preguntó, se tomó dos cucharadas de gachas de maíz y dejó que el resto se cuajara en el plato. «Ya se nos ocurrirá algo», le dije. Cuando empezó a adelgazar, pensé que era por las pesadillas. Cuando los pómulos se le empezaron a salir de la cara como rocas bajo el agua, pensé que era porque le estresaba el tema del dinero. Cuando se le empezaron a marcar las vértebras de la columna como nudillos que le empujaban la espalda, pensé que era por la pena y por el hecho de que no había trabajos de soldador en Misisipi, ni en Alabama, ni en Florida, ni en Luisiana ni en el Golfo de México. Pero más adelante supe la verdad. Más adelante, me enteré de que a él solito ya se le había ocurrido algo.

—No tienes por qué ponerte nerviosa —dice Misty.

—No estoy nerviosa.

—No es la primera vez que hago esto.

—Lo sé.

—He hablado del tema con Bishop. —Misty le está dando sorbos a uno de los refrescos que ha cogido de la casa de su amiga. La mujer se llama Carlotta, y su marido, el cocinero que nos dio la bolsa, Fred—. La primera vez que lo hice fue cuando fui a ver a Sonny, mi ex.

—¿Fue así como los conociste?

—Sí. La primera vez que lo hice estaba muerta de miedo. Como tú. Pero luego cada vez fue más fácil.

Miro por el retrovisor. Michaela se está metiendo una pelota azul en la boca y balbucea a su hermano, que intenta convencerla para que la suelte, tiene la cara

muy cerca de la de ella, su voz es baja y seria: «No, no te metas eso en la boca, Kayla; está asquerosa y ha estado en el suelo». Michaela sonríe y escupe la pelota en la mano de Jojo y empieza a dar palmadas y a decir: «Asquerosa, es asquerosa». Parece que Jojo está poniendo toda su atención en Michaela, pero sé que no es así. Hay algo en la forma en que se inclina, en el modo en que vuelve a decirle lo mismo a Michaela: «El suelo estaba asqueroso», que hace que me dé cuenta de que ha estado escuchando nuestra conversación, aunque esté disimulando para que parezca que no. Misty y yo lo habíamos hablado cuando fui a recogerla: no vamos a llamarlo por su nombre, no vamos a usar ninguna palabra que dé pistas sobre lo que hay en la bolsa, de lo que estamos llevando al norte con nosotras: metanfetamina, cristal, tiza. Hablaríamos indirectamente de ello, lo evitaríamos como a un cliente borracho del bar que no es capaz ni de pedir una más, que huele a alcohol dulce fermentando y a diesel, pero que me sigue agarrando la mano cuando paso a su lado y me dice mierdas del estilo: «Ponme otra, zorrita negra». Y cuando nos refiramos a eso con otro nombre, diremos la cosa más vergonzosa que se nos ocurra para que Jojo pierda todo el interés.

—Si nos paran y encuentran los putos tampones, te voy a matar.

Imagino que eso hará que Jojo deje de escuchar. No importa el hecho de que la frase no tenga ningún sentido. Es un chico, y la regla es una de las cosas del cuerpo humano que prefiere ignorar: las piedras en los riñones, las espinillas, los forúnculos. El cáncer.

—Jojo, me hace falta el mapa.

Estoy en lo cierto. Da una sacudida cuando digo esto; se agacha a buscar el mapa y me lo pasa intentado encontrar mis ojos en el espejo retrovisor. Cuando sus ojos marrones no dan con los míos, negros, Misty lo coge. Se encoge de nuevo en el asiento de atrás y sigue mirando al suelo. Michaela lo llama, «Jojo», y se inclina de nuevo hacia ella.

—¿Dónde estamos? —pregunto.

—Estoy mirando —murmura Misty.

Busco algún hito. Hemos parado en la casa de Carlotta y Fred justo al norte de Hattiesburg, en el norte del condado de Forrest.

—Mendenhall. Estamos en Mendenhall —dice Misty.

Tenemos un semáforo delante, así que aminoro la velocidad. Misty no está mirando el mapa.

—¿Cómo lo sabes?

Misty señala hacia arriba, hay un cartel. Dice: «Mendenhall, hogar del tribunal más hermoso de Misisipi».

—Quiero verlo.

El semáforo se pone en verde. Piso el acelerador.

—Yo no.

—¿Por qué no? A lo mejor es precioso.

En el asiento trasero, Jojo está moviendo la boca como si estuviera masticando algo. Aparta la mirada de Michaela y la fija en mí, sus ojos igual de oscuros que los míos. A su edad, yo era más pequeña, más débil, tenía las articulaciones y los huesos más frágiles. Se parece a Given, pero nunca bromea. A veces, cuando Jojo está jugando con Michaela o está sentado en el cuarto de Ma frotándole las manos o ayudándola a que se dé la vuelta en la cama, lo miro y veo a una chica hambrienta.

—Seguro que tiene columnas grandes y todo. Seguro que más grandes que las de la casa de Beauvoir —dice Misty.

—No —respondo, y zanjo la cuestión.

Michael nunca me escribía nada sobre la violencia en la cárcel, sobre esas cosas que pasaban en mitad de la noche, en rincones oscuros y habitaciones bajo llave: los apuñalamientos, los ahorcamientos, las sobredosis y las palizas. Pero le dije que me lo tenía que contar. En una carta le dije: «Si no me cuentas qué está pasando, me voy a imaginar lo peor». Y en la siguiente carta me habló de uno al que asaltaron en las duchas y le dejaron moratones por todos lados. En la siguiente me contó que su compañero de celda empezó a tirarle la caña a una de las guardias, que se liaban a escondidas en la cárcel y follaban como conejos, totalmente decididos a procrear. Y en la siguiente carta me dijo que los guardias le dieron una paliza a un chaval de dieciocho años que había sido condenado por raptar y estrangular a una niña de cinco en un parque de caravanas. Lo oyeron gritar y después nada, y luego se rumoreaba que murió en su celda, desangrado como un cerdo. «Así de precioso es tu tribunal», me gustaría decirle a Misty. Pero no digo nada. Veo la carretera extenderse ante mí como un enorme lazo negro y me acuerdo de la última carta de Michael antes de que me dijera que volvía a casa: «Ningún hombre debería estar aquí. Da igual que sea blanco o negro. Éste es un lugar para los muertos».

Michaela está enferma. Estuvo bien la primera hora después de salir de aquella casa, pero luego empezó a toser. Y el último coletazo de tos se le quedó

atascado en la garganta y le dieron arcadas. Se ha pasado los últimos treinta minutos llorando y luchando con el cinturón porque quiere salir. Le paso un montón de servilletas a Jojo, y cada vez que lo vigilo por el retrovisor, veo que está pendiente de ella, limpiándole las babas de la boca. Las servilletas se empapan en segundos. Se suponía que íbamos a hacer hoy el resto del trayecto y quedarnos en la casa del abogado de Michael y Bishop que se encuentra cerca de un pueblo próximo a la cárcel, pero con tanta llorera es como si me estuvieran estrujando el cerebro cada vez más fuerte. No puedo respirar. Entonces tose y vuelve a tener arcadas; miro atrás y tiene todo manchado de naranja y malva. Lo ha vomitado todo, los Cheetos inflados, el sándwich de jamón que se ha comido a bocaditos. La carne ha convertido en rosa todo lo que no es amarillo. Jojo se ha quedado helado, con las dos manos llenas de servilletas. Parece asustado. Michaela llora más fuerte.

—Tenemos que parar —digo y me desvío a un lado de la carretera.

—Mierda —dice Misty y mueve la mano delante de la boca como si estuviera espantando moscas—. Ese olor me va a hacer vomitar.

Quiero darle una hostia, aunque es verdad que el olor a ácido gástrico, penetrante e intenso, en un coche tan pequeño, también me está dando nauseas. Quiero gritarle: «Tú, zorra, te pasas el día rodeada de borrachos y ahora te mareas con un vómito de nada». Pero no lo hago. Una vez que estamos en el arcén y estoy sacando pegotes de vómito con las servilletas que le he quitado a Jojo, el mareo se convierte en brincos y volteretas en el estómago, como un niño en un trampolín. Jojo ya no parece asustado. Pone las dos manos en la cascada de vómito que baja de Michaela y le quita el cinturón del pecho. Kayla detiene un momento su frenético forcejeo, su pequeño pecho se ha soltado del cinturón y da un grito de agradecimiento antes de empezar a tirar del cinturón del regazo, ansiosa por que Jojo se lo quite también y la libere. Jojo está concentrado. Consigue quitarle el último cinturón y la saca, y antes de que me dé tiempo a regañarle, de decir su nombre bruscamente, «Jojo», Michaela se lanza a su pecho y le rodea el cuello de nuevo con sus bracitos, totalmente pegada a él, temblando, gimoteando, y él le susurra: «Ya está, Kayla, ya está, Kayla, ya estás con Jojo, ya estás conmigo, shhh».

—¿Os queda mucho?

Misty arroja la pregunta al asiento trasero como si fuera el papel pringoso de una hamburguesa grasienta.

—Estoy harta de esta mierda —digo.

No sé por qué lo digo. Tal vez porque estoy harta de conducir, harta de que la carretera se extienda sin fin delante de mí, de que Michael esté siempre en el extremo opuesto, da igual lo lejos que vaya, lo lejos que conduzca. Tal vez porque parte de mí quería que Michaela buscara consuelo en mí, que me manchara la camisa de vómito naranja, que su cuerpecito moreno buscara el mío, siempre el mío, nuestros corazones separados por finas costillas, exhalando e inhalando, nuestra sangre en sincronía. Tal vez porque quiero que acuda a mí en busca de ayuda en vez de a su hermano. Tal vez porque Jojo ni siquiera me mira: toda su atención está puesta en el cuerpo que tiene en brazos, en la pequeña persona a la que está tratando de consolar, y mi atención está en todos lados. Incluso ahora, mi devoción es inconstante.

Limpio los restos del residuo viscoso de su asiento, tiro las servilletas al asfalto, cojo varias toallitas de bebé y las paso por el asiento para que huelan a ácido gástrico y a jabón de flores.

—Huele mejor —dice Misty. Asoma medio cuerpo por la ventana del coche, la mano que antes agitaba ahora la usa para taparse la nariz a modo de mascarilla.

La siguiente gasolinera parece estar en el quinto pino, el sol se filtra por entre las nubes y nos cae directamente encima.

Paramos en el aparcamiento de la gasolinera, la dependienta está sentada en el porche del edificio de madera, fumándose un cigarro. Casi se confunde con la pared en la que está apoyada porque su piel es del mismo marrón del que están pintados los tablones. Me abre la puerta y me sigue y las campanitas de plata que cuelgan del techo a la altura de la puerta suenan.

—Un día tranquilo —dice, y se va detrás del mostrador. Es flacucha, casi tanto como mamá, y la camisa abotonada de su uniforme le cae como una sábana extendida en un tendedero para secarse.

—Sí —respondo.

Me dirijo a los refrigeradores de bebidas del fondo. Cojo dos botellas de Powerade y las pongo en el mostrador. La mujer sonrío y me doy cuenta de que le faltan dos dientes incisivos, y una cicatriz traza una línea rasposa a lo largo de su cabeza. Me pregunto si tenía los dientes en mal estado o si quienquiera que le hizo esa cicatriz en la frente se los rompió también de un puñetazo.

Misty está andando por el aparcamiento, levantando el teléfono por encima de la cabeza en busca de cobertura. Todas las puertas del coche están abiertas y

Jojo está sentado de lado en la parte de atrás y Michaela se le sube encima, frotando su cara contra el cuello de Jojo y gimiendo. Él la acaricia también y sus pelos se amoldan a sus cabezas. Echo la mitad de un Powerade en una de las botellas de zumo de Michaela y se la acerco.

—Dale esto.

—Venga, Kayla —dice Jojo.

No me está mirando a mí ni al día húmedo ni a la carretera vacía, sino a Kayla, que empieza a llorar y se agarra tan fuerte a la camisa de Jojo que sus pequeños nudillos se vuelven blancos. Cuando la pongo sobre mi regazo en el asiento delantero, lleva el mentón al pecho y se pone a llorar, con los ojos cerrados y los puños debajo de la barbilla.

—Michaela —le digo—. Venga, cariño. Tienes que tomar algo —Jojo está encima de mí, con las manos en los bolsillos mientras examina a Michaela. Michaela no me oye. Le entra hipo y lloriquea—. Michaela, cariño.

Le acerco la tetina de la tacita a la boca y ella la bloquea apretando los dientes y echa la cabeza a un lado. La sujeto más fuerte, intentado que no se mueva, y mis dedos se hunden en sus tetillas, blandas como globos de agua. Y así estoy, batallando con la niña, que se pone de pie, se sienta, se echa hacia delante y se retuerce y dice dos palabras una y otra vez.

—No. Jojo.

Ya no puedo más.

—¡Me cago en la leche, Michaela! Intenta dárselo tú, anda —le pido a Jojo.

Jojo asiente y me falta tiempo para pasársela a sus brazos. Sin ella, mis brazos parece que no pesan.

Michaela se bebe un cuarto de tacita y luego se desploma sobre el hombro de Jojo, con un brazo en el cuello, acariciándose. Espero quince minutos, y justo cuando Misty se está poniendo el cinturón en el asiento del conductor para reanudar el viaje, Michaela vomita otra vez. Un vómito azul eléctrico, del color del Powerade.

—Mejor será que te lo quites tú también —le digo a Misty. Pone cara de hastío, se desabrocha el cinturón y se sienta en el bordillo a fumarse un cigarro a la sombra—. Vamos a tardar un poco más.

No quiero que Michaela vuelva a vomitar en el coche, que le den arcadas en el asiento trasero mientras yo estoy delante con el cinturón puesto. Tendríamos que parar otra vez para poder limpiarla. El calor sube desde el asfalto del

aparcamiento junto con vapor de lluvia. Jojo se sienta de lado, con los pies en el suelo, con Michaela encima.

—¿Quieres tumbarte, Kayla? —le pregunta—. Igual te sienta bien estar tumbada.

Le pone las manos bajo sus axilas e intenta quitársela de encima y ponerla en el asiento, pero se queda pegada a él como una lapa: le clava las manos y los pies, no hay forma de apartarla. Jojo se rinde y le acaricia la espalda.

—Siento que estés malita —dice Jojo.

Michaela empieza a llorar. Jojo le acaricia la espalda y ella a él la suya, y yo me quedo ahí, viendo a mis dos hijos consolándose mutuamente. Me pican las manos, necesitan hacer algo. Podría ir con ellos y tocarlos a los dos, pero no lo hago. Jojo está en parte apabullado, en parte estoico, en parte como si tuviera ganas de llorar. Necesito un cigarro. Me agacho junto a Misty en el bordillo y enciendo un piti: el mentol me sirve de apoyo, me apuntala la columna con sacos de tierra. Eso es lo que voy a hacer. Esperar hasta que la nicotina se asiente en mis entrañas como un lago plácido y luego me meto otra vez en el coche.

—Dale más de beber —le digo a Jojo.

Treinta minutos después vuelve a vomitar. Espero quince minutos y le digo otra vez a Jojo:

—Dale más de beber.

Aunque Michaela no deja de gimotear, agobiada por la tacita que está en la mano de su hermano, Jojo hace lo que le pido. Veinte minutos después vuelve a vomitar. Michaela está desolada, colgando de Jojo, pestañeando cuando aparezco por la puerta del coche con más electrolitos.

—Dale más de beber —digo de nuevo.

Pero Jojo se sienta como si no me escuchara, con los hombros encogidos hasta las orejas como si supiera que se me ha agotado la paciencia, como si supiera que quiero pegarle.

—Jojo —le digo.

Se encoge y me ignora. Michaela se restriega los mocos y las babas en el hombro de Jojo.

—Jojo, no —dice.

La dependienta sale al porche con el cigarro ya encendido.

—¿Estáis bien? —pregunta.

—¿Tenéis algo para cortar el vómito? ¿Para niños?

Mueve la cabeza, y su pelo alisado vuela libre a la altura de las sienes,

agitándose como las antenas de un insecto.

—No. El dueño no traería una cosa así. Sólo compra cosas básicas. Pero no te imaginas la de gente que llega aquí con mareos y lo bien que les vendría que tuviéramos Pepto-Bismol.

De las malas hierbas están floreciendo arbustos alrededor del aparcamiento; florecillas moradas, amarillas y blancas saludan a los pinos. Pongo la mano sobre la nuca de Michaela, que está apoyada en Jojo, y Jojo está sentado en el maletero del coche, moviendo la rodilla y mirándome a mí y a Misty, con el ceño fruncido.

—Espera —digo

Salgo del aparcamiento y me dirijo a los árboles.

Mamá siempre me decía que buscando bien se podía encontrar todo lo que se necesitaba en el mundo. Yo tenía siete años cuando mamá empezó a llevarme de paseo por los bosques de alrededor de la casa, señalaba algunas plantas y las desenterraba o les arrancaba las hojas y me decía si eran curativas o venenosas. El viento se agitaba en las copas de los árboles, pero abajo casi todo estaba en silencio, excepto yo y mamá, que me decía: «Eso de ahí es un espondilio. Las hojas nuevas se usan para cocinar, como si fuera apio, pero las raíces son más útiles. Puedes hacer una decocción para el resfriado y la gripe. Y si las pones en una cataplasma, sirven para aliviar y curar moratones, artritis y forúnculos». Excavó la tierra de alrededor de la planta con una pequeña pala que llevaba en sus paseos y luego tiró de las hojas hasta sacar la planta entera, la dobló en dos y la metió en una bolsa que llevaba en bandolera. Luego se puso a buscar en el suelo hasta dar con otra planta, y dijo: «Esto es amaranto. En realidad no sirve para curar nada, pero se puede comer, es del estilo de las espinacas. Tiene muchas vitaminas, así que va muy bien. A tu padre le gusta salteado con arroz y dice que su madre hacía pan con las semillas molidas. Pero eso no lo he probado yo». De camino a casa, con el botín del día, mi madre me hacía preguntas para repasar las cosas que había aprendido. Según me hacía mayor, me resultaba más fácil recordar, responder rápidamente mientras sorteábamos las raíces de los árboles del camino. «Epazote», decía yo. «Bueno contra las lombrices si se usa como condimento en las comidas». Pero me costaba acordarme de todo. Todos los días, mamá señalaba una planta que tuviera algo que sirviera en concreto a las mujeres, porque eran las mujeres sobre todo las que acudían a ella en busca de sus habilidades y conocimientos. Me decía: «Acuérdate, con las hojas se puede hacer un té que alivia los calambres. Y también sirve para que baje el período». Yo miraba a los pinos con cara de aburrimiento, deseando estar delante

de la tele en vez de recorriendo el bosque con mi madre hablando del período. Pero ahora, mientras camino por el claro y busco algodoncillos entre los árboles, me arrepiento de no haberla escuchado con más atención. Me gustaría poder recordar algo más aparte de que tienen flores moradas rosáceas. Y aunque los algodoncillos crecen en terrenos como éste y florecen en primavera, no veo ninguna de sus hojas aterciopeladas con motitas blancas por ningún lado.

Cuando mamá se dio cuenta de que algo grave le estaba ocurriendo a su cuerpo, de que la había traicionado y se había vuelto canceroso, empezó a tratarse ella misma con hierbas. Una de esas mañanas de primavera llegué a casa y me encontré su cama vacía. Había estado en el bosque recogiendo brotes de filotacas jóvenes y arrastrándolos lentamente en sacos. Siempre decía: «Ya verás, con esto me voy a curar». Cogí los fardos que llevaba, le rodeé la cintura con el brazo, le ayudé a subir los escalones de la casa y la senté en una silla de la cocina. Yo siempre estaba colocada de la noche anterior, por lo que mientras cortaba, limpiaba, hervía y hacía jarras y jarras de té para que se lo tomara, el subidón me trinaba en las venas como una canción desafinada. Pero no se curó. El cuerpo se le fue rompiendo con los años hasta que se quedó postrada en la cama de forma permanente y yo olvidé casi todo lo que había aprendido de ella. Dejé que sus enseñanzas se me escurrieran del cuerpo para que la verdad pudiera salir a flote. A veces el mundo no te da lo que necesitas por más empeño que pongas en buscarlo. A veces se lo queda para él.

Si el mundo fuera un lugar justo, un lugar para los vivos, un lugar en el que hombres como Michael no acabaran en la cárcel, yo encontraría fresas salvajes. Eso es lo que mamá buscaría en caso de no encontrar algodoncillos. Yo herviría las hojas en la casa del abogado de Michael, donde pasaremos la noche antes de recoger a Michael por la mañana. Le pondría un poco de azúcar y un poco de colorante, como hacía mamá cuando se me revolvía el estómago cuando era pequeña, y le diría que es su zumito.

Pero el mundo no es así. No hay fresas salvajes a ese lado de la carretera. Tendría que ser más pantanoso. Pero el mundo también puede brindar un poco de suerte a los pequeños, a veces muestra un poco de piedad, porque después de andar un rato por el lado de la carretera, lejos de la gasolinera, después de dejar a Misty sacando el brazo por la ventana y diciendo «Vuelve ya, coño», encuentro fresas salvajes. Mamá siempre me decía que valían para el estómago revuelto, pero sólo para adultos. Pero que si no había otra cosa, se podía hacer un té y dárselo a los niños. No mucho, recuerdo que dijo. Con las hojas. ¿O era con el

tallo? ¿O las raíces? El calor pega tan fuerte que no consigo recordar. Echo de menos el fresquito de finales de primavera.

Así es el mundo. El tipo de mundo que te da fresas salvajes, mala memoria y una niña que no para de vomitar. Me arrodillo al lado de la carretera, agarro los tallos espinosos lo más cerca de la tierra que puedo y tiro y me pincho la mano, me arañó y me salen puntitos de sangre que manchan. Las palmas me arden. «Éste es el tipo de mundo», dijo mamá cuando me bajó por primera vez la regla, con doce años, «que se burla de los vivos y los santifica una vez muertos. Y los atormenta de principio a fin». A pesar de que las palabras eran duras, yo advertí cierta esperanza en su cara cuando lo dijo. Ella pensaba que si me enseñaba todo lo que sabía sobre plantas curativas, si me daba un mapa del mundo tal y como ella lo conocía, un mundo organizado según el orden divino y los espíritus que habitan en todo, yo podría abrirme camino en él. Pero cuando era joven, yo estaba resentida con ella, resentida por sus lecciones y por la esperanza errada. Y después, por continuar creyendo en hacer el bien en un mundo que la había maldecido con cáncer, que la había dejado en las últimas, como un trapo viejo y seco, a la espera de desintegrarse.

Me arrodillo y apoyo las caderas en el suelo. El día late como una vena hinchada. Me froto los ojos, me mancho la cara de tierra y me quedo ciega.

CAPÍTULO 5. JOJO

Kayla necesita comer. Lo sé porque no para de llorar, porque no para de encorvarse y de dar cabezazos contra el asiento y de arquear la espalda en cuanto nos ponemos en marcha. Y de gritar. Sé que algo malo le pasa en el estómago. Y no va a dejar de dolerle. Tiene que tomar algo, entonces la desabrocho y dejo que se siente en mi regazo, pienso que tal vez se va a encontrar mejor así, pero no. Grita un pelín menos, en un tono algo menos agudo y penetrante. El punto álgido del dolor ha pasado. Pero sigue golpeando la cabeza contra mi pecho. Y su cráneo parece débil al chocar con mis huesos, con la piedra donde se me juntan las costillas; podría romperse igual de fácil que un bol de cerámica. Leonie ha puesto las plantas en el reposabrazos que hay entre ella y Misty, y minuto a minuto, kilómetro a kilómetro, esas hojas de zarza se marchitan cada vez más, las raíces se ponen cada vez más lacias, van soltando la tierra en montoncitos. Kayla gruñe y llora. No quiero que Leonie le dé eso. Sé que ella cree que eso es lo que necesita, pero ella no es Ma. Ni Pa. Ella nunca ha curado nada ni ha cultivado nada en su vida, y no sabe cómo hacerlo.

Cuando yo tenía seis años me compró un pez betta después de que yo le diera la tabarra todos los días con los acuarios que teníamos en el colegio y el pez betta, rojo y morado y azul y verde, que nadaba muy despacito y de pronto brillaba y luego no. Un domingo llegó a casa con uno, después de haber estado fuera todo el fin de semana. Llevaba sin verla desde el viernes, le dijo a Ma que iba a la tienda a comprar leche y azúcar y no volvió. Cuando volvió, tenía la piel seca y agrietada por las comisuras de los labios, el pelo abultado, hecho una maraña, y olía a heno mojado. El pez era verde como las agujas de los pinos y tenía rayas de color barro por la cola. Le puse Bubby Burbujas, porque estaba todo el día soltando burbujas, y cuando me asomaba a la pecera, lo oía mordisquear la comida para peces de una bolsa de muestra que Leonie había traído a casa. Me imaginaba que un día me asomaría a la pecera y, en vez de

oírlo mordisquear la comida, me llegarían pequeñas palabras de las burbujas que subían a la superficie. «Cara grande. Luz. Amor». Pero cuando la comida de la bolsa de muestra se terminó y le pedí a Leonie que comprara más, me dijo que sí, pero luego se olvidó, una y otra vez, hasta que un día me dijo: «Dale pan duro». Supuse que no podría morder el pan duro, así que seguí dándole la lata a Leonie, y Bubby se puso cada vez más delgado, las burbujas eran cada vez más chicas, y un día entré en la cocina y estaba flotando en lo alto, con los ojos blancos, cubiertos por una capita de grasa; sus burbujas se quedaron sin voz.

Leonie mata cosas.

Fuera del coche, los árboles se vuelven más flacos y cambian, los troncos son más cortos y están repletos de verde, las hojas no son oscuras como las de los pinos, ni puntiagudas, son tan frondosas que no se distingue bien la forma. Están dispuestos en pequeñas hileras entre los campos, campos de un verde oscuro, plagados de arbustos bajos. El cielo se oscurece. Los bosques y campos de alrededor se vuelven negros. Acercó la boca a la oreja de Kayla y le cuento un cuento.

—¿Ves esos árboles? —Kayla gime—. Si miras el suelo que hay debajo, verás que hay un boquete. —Kayla lloriquea—. Los conejos viven en esos boquetes. Hay una conejita que es muy pequeña, la más chiquitina de todos. Tiene la piel marrón y unos dienteclillos muy blancos. —Kayla se queda quieta un momento—. Se llama Kayla, como tú. ¿Y sabes lo que hace? —Kayla se encoge de hombros y se recuesta sobre mí—. Es la que mejor hace los boquetes. La que hace los boquetes más profundos y más rápido que nadie. Un día estaba oscuro y llegó una tormenta y el boquete de la familia de conejitos se estaba llenando de agua, así que Kayla empezó a cavar. No paraba de cavar y ¿sabes lo que hizo? —La respiración de Kayla se entrecorta y luego se gira para mirarme y acerca la boca a mi camisa y absorbe más aire. Le froto la espalda en círculos, como si frotándosela pudiera quitarle los espasmos, el dolor, lo que sea que haga que esté mala—. Cavó y cavó y el túnel si hizo muy largo muy largo. El agua ya no llegaba adonde Kayla estaba cavando, pero siguió y siguió hasta que salió de nuevo a la superficie, y ¿sabes qué? —Kayla me clava las uñas en el brazo, luego se incorpora un poquito para mirar por la ventana y señala a los campos oscuros y la fina hilera de árboles con la madriguera debajo.

—Es de noche —dice Kayla.

Luego se desploma sobre mí otra vez.

—Ajá. La conejita vio el granero gris y el cerdo gordo y el caballo rojo y a Pa y Ma. De tanto cavar había llegado a nuestra casa, Kayla. Y Pa y Ma le cayeron tan bien que decidió quedarse. Así que cuando lleguemos a casa nos va a estar esperando. ¿Tienes ganas de verla? —le pregunto.

Pero Kayla se ha quedado dormida. Pega un respingo y por un instante me parece ver lo que está soñando, pero luego dejo de verlo. Huele fuerte, a sudor y a vómito, pero el pelo le huele al aceite de coco que Ma le solía poner, el que uso yo ahora para hacerle las coletas: dos pelotitas de algodón a cada lado de su cabeza. Aparto la imagen de ella dentro de la tierra mojada, del tamaño de un conejo, cavando un boquete. No quiero ver ese sueño.

Cuando salimos de la autopista y nos metemos en una carretera secundaria, el cielo está azul oscuro, nos da la espalda, se ha echado una capa negra sobre los hombros. El mundo se reduce a los faros del coche, dos cuernos de luz que nos guían por la oscuridad, el coche es un animal viejo que anda a trompicones en busca de otro claro de bosque. Pa me dijo una vez que los animales siempre hacían aquello para lo que habían nacido: revolcarse en el barro o galopar por el campo o volar. Daba igual lo domesticados que estuvieran, decía Pa, su naturaleza salvaje siempre saldría a flote. Kayla muestra ahora su lado más animal: un gato con lombrices en mis brazos. Cuando por fin nos metemos en una finca y los árboles se abren, nos encontramos en un lugar diferente. No es como el montón de casas del condado de Forrest. Aquí sólo hay una casa y es grande. Hay ventanas por toda la fachada y se ven luces amarillas y cálidas a través de ellas. Leonie para el coche. Misty sale y nos hace señas para que la sigamos. Camino hacia el porche con Kayla en brazos, roncando, soltando el aire por la boca, y cuando me acerco a la casa veo que la pintura se está descascarando a tiras y líneas de color gris pardo asoman por debajo. Las ventanas parecen un poco turbias, como el agua donde murió mi pez. Las glicinias que hay a cada lado de los escalones de la entrada se han enraizado bien a la tierra, han crecido como si fueran los brazos de un hombre musculoso y se han enredado a la barandilla tejiendo una cortina a lo largo de todo el porche. Y ahora, el animal va a salir. Misty toca a la puerta.

—Entrad —canturrea una voz de hombre.

Hay música de fondo.

Es un hombre grande. Está en la cocina hirviendo agua para hacer espaguetis. Se me hace la boca agua. Nunca había tenido tanta hambre.

—Huele bien, ¿verdad? —dice mientras se acerca a nosotros.

Da saltitos, parece que anda de puntillas. Lleva una camisa blanca de manga larga, pero remangada hasta los codos. La camisa es como su porche, le salen hilachos por el cuello, parece como si le hubiera caído pintura verde. La cocina es verde. Nunca había visto una cocina verde. Entonces huelo la salsa. Está borboteando en la cacerola que hay en el fogón y se mancha el brazo cuando la remueve. La prueba. Los fideos que echa al agua se hunden lentamente, desaparecen por los bordes de la cacerola a medida que la parte de abajo se ablanda. Arrugo la cara cuando se chupa su brazo peludo. Tiene el pelo peinado hacia atrás, y una pequeña coleta que sobresale, corta como la de Kayla.

—He supuesto que tendríais hambre —dice.

Es el hombre blanco más blanco que he visto nunca.

—Has supuesto bien. —Misty le da un abrazo al hombre cuando dice esto, gira la cara y le habla a su camisa manchada de pintura—. Hemos tardado más en llegar porque la chiquitina se ha puesto mala.

—Ah, sí, la niña —dice. Leonie lo mira como si quisiera decirle que se calle, pero no dice nada—. Está un poco... —Hace una pausa—. Pringosa. —Ahora Leonie lo mira como si quisiera darle un puñetazo. La mirada testaruda, como dice Pa—. ¿Y el jovenzuelo está también enfermo?

Ya empieza a gustarme más, a pesar de que cuando me mira, veo como tristeza en su cara y no sé por qué.

—No —dice Leonie. Se cruza de brazos al decirlo—. No tenemos hambre.

—Anda ya —dice el hombre.

—Leonie —dice Misty y mira a Leonie.

Sé que es el tipo de mirada que dice algo más sin decirlo, pero no puedo leer las cejas de Leonie, ni sus labios, ni la forma en que echa la cabeza hacia abajo y su largo flequillo le tapa los ojos. Lo que sea que haya dicho Misty, Leonie lo ha entendido y está de acuerdo.

—Vale, vamos a comer. —Leonie se aclara la garganta—. ¿Te importa si uso el fogón? Necesito calentar una cosa.

—Por supuesto, querida, por supuesto.

Al olerlo de cerca, parece que el hombre lleva días sin bañarse, pero no es un olor rancio. Huele dulce y mal a la vez, como un licor dulce que ha estado demasiado tiempo al sol y se está avinagrando.

—Perdón por mi lenguaje, Al, pero no he tenido tanta hambre en mi puta vida —dice Misty sonriendo.

Cuando me siento en el salón, Kayla sigue durmiendo, echándome ráfagas de

aire caliente en la camisa cada vez que exhala. La sala tiene los techos altos y librerías en todas las paredes. No hay tele. Hay una radio en la cocina; Misty se ha sentado en un taburete delante de la encimera y se está tomando una copa de vino que Al le ha servido de una jarra. La música, toda de violines y chelos, inunda la habitación y luego se va, como el mar del Golfo de México antes de una gran tormenta. Cuando Leonie vuelve del coche, con las plantas en una mano, tropieza con la alfombra que cubre el suelo de madera, roja, naranja, blanca y raída, y una bolsa se le sale de la camisa y cae en la alfombra, y lo que hay dentro del papel marrón arrugado sale fuera. Está claro, un montón de cristales rotos, algo que he visto antes. Sé lo que es. El hombre se está riendo por algo que ha dicho Misty, y Leonie no piensa mirarme mientras lo recoge, lo mete de nuevo en la bolsa, se apoya en la encimera y se la pasa a Misty, y Misty a Al. Este último la coge, la lanza al aire y la hace desaparecer como un mago.

Al es el abogado de Michael.

—El chaval tendrá su edad —dice, remangándose la camisa y señalándome con una expresión seria—. Se pensaban que vendía hierba en el colegio.

Misty le da un trago al vino.

—¿Y a que no sabéis lo que le hicieron?

Misty se encoge de hombros.

—Lo llevaron al despacho del director con dos chavales más de su edad. Les hicieron bajarse los pantalones y desnudarse para cachearlos.

Misty mueve la cabeza, el pelo le baila por la cara.

—Es vergonzoso —dice.

—Es ilegal, eso es lo que es. No cobro por este caso, y el colegio seguramente saldrá indemne, si acaso alguna reprimenda del tribunal, pero no podía decir que no —dice encogiéndose de hombros y bebiendo—. El largo arco del universo moral⁵ y todo eso.

Misty asiente como si supiera de qué está hablando. Se ha quitado la coleta para que el pelo le caiga suelto y cada vez que se inclina o gira la cabeza, lo hace con tanta violencia que el pelo se balancea por la espalda con la misma languidez y belleza que la barba de viejo. Se ha desabrochado los botones del cuello, dejando un hombro a la vista que parece un globo resplandeciente bajo la luz del salón. Al tiene todas las luces encendidas. Cuanto más bebe Misty, más mueve el pelo.

—Haré lo que pueda. —Al sonrío, le toca el hombro a Misty y levanta la

copa de vino—. ¿Te gusta? Es bueno, ¿verdad? Te dije que era de una buena añada.

—¿Y qué vas a hacer con mi novio?

Misty se inclina hacia él, levanta una ceja y sonrío.

—Vale, vale —dice Al.

Se aleja de ella para reírse y luego se vuelve a acercar, hablando con las manos, contándole lo que sea que va a hacer para intentar que Bishop salga de la cárcel.

Leonie está sentada en el sofá junto a mí, con la tacita de Kayla en la mano. Le ha llevado unos treinta minutos cortar la planta de zarza, hervir las raíces y las hojas. Ha hervido las raíces en un cazo y las hojas en otro; mientras, yo he devorado el plato de espaguetis casi sin masticar. Leonie ha dejado que se enfríe. Antes estaba junto a la encimera con los ojos entreabiertos y hablando con ella misma con los brazos cruzados, y luego ha echado la mitad de un cazo y la mitad del otro en la tacita de Kayla. Era gris. Engullí lo que me quedaba de comida, fui a enjuagar el plato y lo puse en el lavavajillas, que olía agrio, y escuché cuando le preguntó a Al si tenía colorante de comida y azúcar. Sí tenía. Echó unas cucharadas de azúcar y varias gotas de colorante en la tacita y lo agitó hasta que parecía un refresco en polvo tipo KoolAid. Ahora está sentada junto a Kayla, que estaba durmiendo a pierna suelta en el sofá y está frotándole la nariz con la suya para despertarla. Cada vez que le pide a Kayla que se despierte, le besa la oreja y el cuello. Kayla se incorpora, le agarra del cuello y tira hacia ella como si quisiera que Leonie se tumbara y se durmiera con ella. Parece que no quiere que la despierten.

Me da miedo.

—Venga, Michaela —dice Leonie, y la sienta derecha. Kayla abre los ojos y se desploma igual que Leonie antes en la cocina cuando le pasó el paquete a Misty; lloriquea e intenta tumbarse—. ¿No tienes sed? —pregunta Leonie.

—No —responde Kayla.

Aparta la tacita de un manotazo. Sale volando de las manos de Leonie y rueda por el suelo.

—No la quiere —digo.

—Me da igual lo que quiera o no quiera —dice Leonie mirándome con furia—. Se lo tiene que tomar y punto.

Quiero decirle: «No sabes lo que estás haciendo». Y: «Tú no eres Ma». Pero me quedo callado. La preocupación me hierve como agua al borde de un cazo,

pero las palabras se quedan atascadas en la garganta. Podría pegarme. Cuando era más pequeño yo solía hablar más de la cuenta, con ocho y nueve años, en público. Y un buen día me cruzó la cara de un guantazo y después de eso, cada vez que abría la boca para contradecirla, me pegaba. Tan fuerte que sus guantazos me dolían como puñetazos. Una vez me dio de tal manera que me dejó sentado en mitad del pasillo de un Walmart. Así que paré. Pero ella no sabe cómo hacer medicinas con las plantas, y me preocupo por Kayla. Hace dos años me puse malo con un virus estomacal y casi no podía levantarme del sofá para ir al baño; Ma y Leonie fueron al bosque a buscar una planta para hacer té con las raíces. Leonie lo hizo. Y como Ma le dijo que lo hiciera, confié en ella y me lo bebí, aunque sabía a goma quemada. Leonie debió de coger la planta que no era, o la preparó mal, porque aquello que me dio me puso todavía peor. Luego salió fuera y tiró el resto grumoso y agrio que sobró al lado de los escalones, y unos días después, cuando digerí lo que fuera que me dio Leonie y el virus salió de mi cuerpo, me encontré un gato callejero muerto, carbuncoso y medio podrido junto a los escalones. Había bebido del charco en el que Leonie echó la cosa aquella.

Leonie ha recogido la tacita y se la ha acercado a los labios de Kayla.

—¿Tienes sed? —dice, y es una respuesta, no una pregunta.

Kayla tose y agarra la tacita. Los sobacos me pinchan y me sudan y quiero coger la tacita y tirarla igual que ella, batearla por la habitación y sacar a Kayla del círculo impreciso que forma el brazo de Leonie. Pero no lo hago. Y entonces levanta la tacita, empieza a chupar de la tetina y a beber, y me siento como si hubiera perdido un juego que no sabía que estaba jugando.

—Le hace falta dormir un poco y ya está —dice Misty en ese momento—. Se habrá mareado en el coche, eso es todo.

Kayla tiene sed. Se ha bebido la mitad y está tirando fuerte de la boquilla, tiene los labios fruncidos como si fuera una botella. Cuando acaba, deja que la tacita repiquetee en el suelo y luego gatea hacia el sofá y se pone en mi regazo, me agarra la mano y dice «abajo», que significa «arriba». Quiere que le cuente un cuento. Me inclino.

—Tengo un ñejo mejor en la cocina —dice Al mirando a Leonie—. Lo podríamos probar esta noche.

—Por mí, estupendo —dice Misty.

—No sé —dice Leonie. Está mirando a Kayla, que está sentada en mi regazo, empezando a protestar porque aún no he comenzado a contarle el cuento. Está empezando a retorcerse y a llorar igual que hizo en el coche antes de

vomitarse—. Michaela no se encuentra bien.

—Ya te he dicho que lo más probable es que se haya mareado en el coche. Deja que duerma —dice Misty—. Se pondrá bien. —Y luego mira a Leonie como si estuviera diciéndole dos cosas a la vez, una con la boca y otra con los ojos—. Has estado todo el día conduciendo. Te vendrá bien relajarte y parar un poco.

No consigo interpretar aún lo que ha querido decir. Leonie se acerca a Kayla y le tira del pelo hacia abajo, pero sube de nuevo como un muelle. Kayla se aparta de ella.

—Seguramente tienes razón —dice Leonie.

—¿Sabes la de veces que me mareaba en el coche de pequeña y acababa vomitando por la ventana? He perdido la cuenta. Ya verás como se pone bien —dice Misty.

Parece que esta vez Misty ha dicho lo correcto porque Leonie se sienta de nuevo. Hay un muro entre nosotros.

—Michael también se mareaba una barbaridad. En cuanto se pone en el asiento de atrás le entran ganas de vomitar. —Entonces Leonie se convence—. Debe haberlo heredado de él.

—¿Ves?

Misty asiente. Al asiente. Todos asienten y se levantan y se van a la cocina. Llevo a Kayla al dormitorio que Al nos ha indicado antes, con dos camas gemelas. Le quito la camisa, que huele a ácido, cojo un trapo, lo humedezco, le echo jabón en el baño de al lado y le froto con él. Kayla está caliente. Hasta los pies. Está ardiendo. Le quito todo menos las braguitas y me tumbo con ella en una de las camas, me echa uno de sus bracitos por el hombro y me acerca a ella, igual que hace todas las mañanas cuando nos despertamos. «Du-du», dice.

Me quedo allí hasta que la música de la cocina se empieza a escuchar más baja y oigo que se van al porche trasero. No hay tintineo de copas, ni vino. Deben de estar abriendo el paquete que ha traído Leonie. Me quedo allí hasta que ya no puedo más y entonces llevo a Kayla al baño, le meto un dedo por la garganta y le hago vomitar. Se resiste, me pega en el brazo, llora sobre mi mano pero sin decir nada, le meto el dedo tres veces hasta que vomita en mi mano, tres veces, su vómito está caliente como su cuerpecito, todo rojo y con un olor dulce, y luego empiezo a llorar y ella a gritar. Apago la luz y vuelvo a la habitación y le limpio con mi camisa y me tumbo en la cama a su lado, con miedo de que Leonie llegue y vea el vómito rojo en el baño y se dé cuenta de que Kayla ha

vomitado su poción. Pero no llega nadie. Kayla resuella y se queda dormida, le entra hipo mientras duerme, y entonces lo limpio todo con agua y jabón hasta que el blanco se queda igual de blanco que estaba. Todo el rato el corazón me late tan fuerte que lo oigo en las orejas porque sé qué es lo que ha dicho Kayla. Lo sé.

«Te quiero, Jojo. ¿Por qué me haces esto, Jojo? ¡Jojo! ¡Hermano! Hermano».
Eso es lo que ha dicho.

Intento dormir pero pasan horas y no hay manera. Lo único que puedo hacer es quedarme allí tumbado y escuchar a Kayla respirar. Fuera, en algún lugar lejano, en la oscuridad de los bosques, un perro ladra. Es un ruido seco, lleno de rabia y de colmillos afilados. Y como fondo de todo eso: el miedo. Cuando era más pequeño quería un cachorro. Le pedí uno a Pa y me dijo que desde que estuvo en Parchman, no podía tener perros. Dijo que lo intentó cuando salió, pero que todos los perros que cogía, chuchos y sabuesos, se morían al año de tenerlos. Me contó que desde que empezó a trabajar con los sabuesos que usaban en Parchman para perseguir a los fugitivos, todo le olía a mierda de perro, ya estuviera comiendo, paseando o durmiendo. Lo único que oía era a los perros, gruñendo, ladrando y aullando, locos por hincarle el diente a algo. Pa me dijo que intentó que a Richie lo pusieran con los perros también para así sacarlo de los campos, pero no fue posible. Cierro los ojos e imagino a Pa sentado en su silla de respaldo alto en una esquina de la habitación. Pa, con su espalda recta y las manos como las raíces de un árbol, contándome más historias, hablando hasta que yo me quedo dormido:

—Era uno de esos días en los que el calor pega tan fuerte que parece que la piel se te va a poner del revés y lo único que haces es achicharrarte vivo. Uno de esos días pesados. Aquí es diferente; tenemos el viento del mar que siempre lo hace más llevadero. Pero allí no hay viento que valga, nada más que campos y campos, los árboles son demasiado bajos y tienen pocas hojas, no hay nada que dé sombra en condiciones y todo languidece bajo el peso de ese sol: hombres, mujeres, mulas, todo lo que está por debajo de Dios. Fue en un día de esos cuando al chaval partió la azada.

»No creo que lo hiciera a propósito. Como ya te he dicho, era un chaval enclenque, más bajo que tú; seguramente la golpeó contra una roca o la clavó por el lado equivocado y por eso se partió. Yo había llevado a los perros a correr por los campos como Kinnie me había mandado, para entrenarles el olfato. Estaba rodeando el campo donde estaba Richie cuando lo vi con los dos trozos

de azada en la mano, arrastrando el mango por la tierra, dejando un pequeño rastro que lo seguía hasta el borde del bosque. El capataz, el hombre que marcaba el ritmo de trabajo del día, algo así como un supervisor, vio a Richie. Se subió a la mula, estaba vigilando al chaval, y cada vez parecía más enfadado, como una serpiente que se retira y se pliega para después atacar. Bordeé el campo para acercarme lo suficiente a Richie y avisarlo.

»—Levanta el mango, chaval. El capataz te está mirando —le dije.

»—Me va a pegar de todas formas —dijo Richie, pero levantó el mango.

»—¿Quién dice eso?

»—Él lo dice.

»El contorno de los ojos le temblaba como un flan a pesar de que iba andando como si no tuviera miedo. Por las marcas que le vi cuando llegué a Parchman, sabía que al chaval le habían pegado antes, ya fuera su madre con la hebilla del cinturón o algún hombre. Pero sabía que el chaval no estaba preparado para el látigo. Sabía que no estaba preparado para Annie la Negra.

»Y tenía razón. El sol se puso y, después de cenar, el sargento lo ató a unos postes en un extremo del campo. Hacía tanto calor que parecía que el sol seguía brillando y el chaval se tumbó allí abierto de brazos y piernas sobre la tierra, cada mano y cada pie atado a un poste. Cuando el látigo quebró el aire y alcanzó su espalda, el chaval gritó como un cachorrillo. Gritaba tan fuerte. Y eso es lo que siguió haciendo, una y otra vez. Gritar a cada latigazo, retorcerse en el suelo, girar la cabeza como queriendo mirar al cielo. Chillar como un perro que se está ahogando. Cuando lo desataron, tenía la espalda cubierta de sangre. Tenía siete cortes en carne viva, como si fuera un pescado fileteado, y el sargento me dijo que lo curara. Así que lo limpié y se quedó allí tumbado, vomitando, con la cabeza sobre la tierra. No le dije que parara. El sargento le dio un día para recuperarse, pero cuando lo mandaron al campo de nuevo, los latigazos de la espalda no habían cicatrizado ni mucho menos, le supuraban y sangraban a través de la camisa.

Casi puedo oír a Pa en la habitación oscura, que huele a humedad y a cerrado por todo el rato que he tenido abierto el grifo del agua caliente para que no se oyera a Kayla vomitar ni a mí limpiar después. Se apoyaría sobre los codos y su voz se alzaría sobre la negrura como humo. Le aparto a Kayla el pelo de la cara, está sudando. Cada vez que Pa contaba lo de los latigazos que le dieron a Richie, luego hablaba de Kinzie, el jefe a cargo de los perros de caza, que se escapó el día después de que a Richie le dejaran la espalda hecha un Cristo:

—Kinnie Wagner llevó a cabo su última fuga ese día. Era el año 1948. Fue directo a la puerta principal de Parchman con una ametralladora que había robado del arsenal. El alcaide estaba cabreadísimo.

»—Voy a quedar como un tonto —dijo—, como el alcaide que ha dejado que ese puto cabrón se escape tres veces. Si quieres conservar tu trabajo, más te vale que lo cojas. Suelta los perros —dijo al sargento.

»El sargento me miró y me dio a los mejores perros: Hacha, Rojo, Patas y Luna, Kinnie les había puesto el nombre a todos, los dejó sueltos y empezaron a rastrear. Pero los perros no iban a seguir el rastro del hombre que les daba de comer, del primer hombre que los tocó, del hombre que los crio. Iban despacio, tristes, haciendo círculos, ocultándose tras los delgados árboles, bajo ese cielo opresor; y yo iba tras ellos, siguiendo el rastro de Kinnie, pero los animales me obligaban a ir más lento, así que al final del día tuve que decirle al sargento que los perros no querían cazar a su dueño.

»Él y otros dos sargentos y una banda de tiradores de confianza vinieron conmigo al día siguiente, y pasó lo mismo. Los sabuesos olían a ese hijo de puta y se pensaban que era su padre. No podían atacarlo porque cuando dormían, soñaban con él, con sus manazas rojas y su boca gris. Les encantaba el sudor fétido de Kinnie, tanto como el olor de las orejas de su madre.

Seguro que Leonie no ha pegado ojo. Anoche no pisó la habitación y esta mañana la música seguía sonando en el equipo de música de Al, y los tres tenían todo arrugado: la ropa, el pelo, la cara. Leonie está mirando una silla vacía que tiene enfrente y por eso no se da cuenta de que he entrado en la habitación con Kayla en brazos, su cabeza sobre mi hombro. Normalmente Kayla habría pedido un «perrito» (le gustan los perritos calientes para desayunar), o me habría tirado de la mano para señalar hacia fuera y habría dicho «Pa». Pero me desperté cuando empezó a tocarme la mejilla, justo debajo del ojo, con la cara muy seria, sin sonreír. Su manita era como un palo recién quemado desprendiendo calor, rojo y negro. Cuando entro en la cocina, Kayla me sopla suavemente en el cuello. Le acaricio la espalda y Leonie por fin se da cuenta de que estamos allí.

—Hay gachas de avena en el fogón —dice Leonie. Los tres están tomando café, negro y fuerte—. ¿Ha vuelto a vomitar?

—No —le digo. Leonie vuelve a mirar a la silla vacía—. Pero está caliente.

Leonie asiente pero no me mira. Mira la silla. Arquea las cejas como si alguien hubiera dicho algo sorprendente, pero Al y Misty están apoyados el uno

sobre la otra, diciendo cosas entre dientes, susurrando. Leonie no forma parte de esa conversación. Me acerco al cazo y veo las gachas requemadas por los lados, crujientes por arriba y blandengues en el centro por el frío.

—Vamos a por tu hombre —dice Misty.

Todos se ponen de pie.

—Pero no han comido nada —dice Al—. Seguro que tienen hambre.

—Yo no —digo.

La boca me sabe a chicle demasiado masticado. Supongo que comeré algo de lo que robé en el asiento de atrás de camino a la cárcel y así calmaré el rugido de mi estómago. Le daré algo a Kayla a escondidas si me deja. Está ardiendo en mis brazos, con el cuello sobre el mío, su pequeña barbilla clavándose en mi clavícula. Las piernas le cuelgan, inertes como el cebo de un anzuelo.

—Vamos a recoger a tu padre —dice Leonie.

La cárcel está llena de edificios bajos de cemento y de alambres de espinos que atraviesan los campos. La carretera se extiende frente a nosotros, a lo lejos, y por un momento, apunta hacia los hombres que habitan allí. No hay ninguna otra señal, nada en los campos: ni vacas, ni cerdos, ni pollos. Empiezan a aparecer cosechas, plantas jóvenes, pero parecen pequeñas y atrofiadas, como si no fueran a crecer nunca. Entonces una enorme bandada de pájaros surca el cielo, aleteando con ímpetu, con movimientos elegantes como los de una medusa. Los observo mientras Kayla me gimotea al oído, y entonces vemos otra señal, vieja y de madera, que dice: «Bienvenidos a Parchman, Misisipi». Y luego: «Coca-Cola es así». Pero para cuando llegamos al aparcamiento y nos bajamos del coche, los pájaros han virado al norte, agitando sus alas en el horizonte. Oigo los retazos finales de su parloteo, todas esas voces al unísono, y desearía compartir su excitación, la alegría de subir y zambullirse en el cielo azul, de emprender el gran vuelo, de volver a casa, pero lo único que siento es una bola maciza en las tripas, pesada como la cabeza de un martillo.

Cuando llegamos a la cárcel propiamente dicha, Leonie y Misty escriben nuestros nombres en un libro y luego nos llevan a una habitación con paredes de hormigón pintadas de amarillo. Misty sigue a un guardia por una puerta que hay en el extremo opuesto de la habitación, donde nos sentamos a una mesa rodeada de bancos bajos, como si fuéramos a hacer un pícnic mientras esperamos a Michael, pero no hay comida, ni mantel, y sobre nosotros se alza un techo blanco desconchado, no el cielo. Leonie se frota los brazos aunque aquí dentro

hace calor, más calor incluso que fuera. Parece que no hay aire acondicionado. Se inclina y se frota los ojos, se aparta el pelo de la cara y por un segundo veo a Pa, su frente plana, su nariz, sus mejillas. El martillo que tengo dentro se da la vuelta y entonces Leonie frunce el ceño y el pelo vuelve a caerle por la frente y vuelve a ser Leonie, y Kayla se pone a llorar otra vez y yo quiero volver a casa.

—Zummo —dice Kayla.

Miro a Leonie y le hago la pregunta sin decirle nada: levanto las cejas, abro los ojos de par en par, arrugo la cara. Leonie niega con la cabeza.

—Se va a tener que esperar.

Se acerca a Kayla, le peina el pelo por detrás con los dedos, pero Kayla dice que no y se cobija en mi pecho, tiene el cráneo duro, la nariz aplastada contra mi camisa, intentado escapar de la mano de Leonie. Yo me quedo mirando fijamente la expresión de fastidio de Leonie y no me doy cuenta de que Michael ha aparecido flanqueado por dos guardias que se detienen en la puerta y lo dejan pasar una vez que ésta se abre para cerrarse después con un sonido metálico. Y de repente, está delante de nosotros. Michael está aquí.

—Cariño —dice.

Sé que no me lo está diciendo a mí ni a Kayla, sino a Leonie solamente, porque es ella la que deja caer el brazo y se gira, es ella la que se levanta y camina con las rodillas agarrotadas hacia él, es a ella a quien él abraza; sus brazos la envuelven como una sábana enredada, cada vez más fuerte, hasta que se convierten en una única cosa, una única persona en vez de dos. Tiene el cuello, los hombros y los brazos más grandes de lo que recordaba, más anchos que cuando la policía se lo llevó. Los dos están temblando, hablan tan bajo que no consigo oír nada, susurran y tiritan como un árbol que se estremece por el viento.

Necesitamos menos tiempo del que yo esperaba para sacar a Michael. Tal vez ha hecho todo el papeleo antes. Misty sigue en la otra habitación hablando con Bishop, pero Michael dice:

—No quiero pasar ni un segundo más aquí. Vámonos.

Antes de darme cuenta, hemos salido ya de allí y estamos fuera, bajo la débil luz primaveral. Leonie y Michael van andando agarrados de la cintura. Cuando llegamos al aparcamiento se paran y empiezan a darse besos, húmedos, con la boca abierta, lamiéndose las caras con la lengua. Parece tan distinto a cuando se fue, pero sigue siendo el mismo Michael en el fondo, con el mismo cuello, las mismas manos que amasan la espalda de Leonie igual que Ma las galletas. Kayla

señala a los campos, campos cubiertos de niebla, y dice:

—Jojo.

Cruzo el aparcamiento y me acerco con ella a los campos.

—¿Qué es lo que ves, Kayla? —le pregunto.

—Todos los pájaros —dice y tose.

Miro hacia los campos pero no veo ningún pájaro. Me agacho y por un segundo veo a hombres en hileras, doblados por la cintura, picando la tierra, parecen una bandada enorme de cuervos que han aterrizado y están parloteando y picoteando para encontrar insectos en el suelo. Uno, más bajo que el resto, se pone de pie y me mira directamente a los ojos.

—¿Ves el pájaro? —pregunta Kayla y apoya la cabeza en mi hombro.

Pestañeo y los hombres se han ido, sólo hay niebla que flota y se extiende por los campos hasta el infinito, y entonces oigo a Pa contándome el último trozo de la historia que está dispuesto a compartir sobre este lugar:

—Después de la paliza que le dio el sargento a Richie, le dije: «Hay que limpiarle bien la espalda». Cogí paños limpios y se los puse, después se los cambié por suministros que había robado del almacén de los perros. Puse largas tiras alrededor del pecho de Richie. Tenía la piel caliente, en carne viva.

»—Hay demasiado polvo —dijo Richie. Le castañeteaban los dientes, por lo que al hablar parecía tartamudo—. Hay polvo por todos lados. En los campos. No sólo tengo en la espalda, River. También tengo en la boca y por eso no le saco sabor a nada, y en los oídos y por eso casi no escucho nada, y en la nariz, por toda la nariz, y en la garganta y casi no puedo respirar.

»Respiró con dificultad y salió corriendo del barracón mientras nuestro grupo de tiradores de confianza dormía, y vomitó en el suelo, y entonces volví a recordar lo joven que era, algunas muelas ni siquiera le había salido del todo.

»—Sueño con eso. Sueño que estoy comiendo con una enorme cuchara de plata. Sueño que cuando voy a tragar, se va por el otro agujero, a los pulmones. Me duele la cabeza de estar todo el día ahí en los campos. No puedo dejar de temblar.

»Le toqué su espalda estrecha, presioné uno de los cortes para ver si salía pus, para ver si estaba infectado, y si era por eso por lo que tenía fiebre y temblores, pero salió un poco de líquido claro y nada más.

»—Algo no va bien —me dije a mí mismo.

»Pero el chico estaba arrodillado en el suelo sobre su vómito, escuchando a los tiradores de confianza hablando mientras hacían ronda, moviendo la cabeza

como si le hubiera hecho una pregunta: de derecha a izquierda, de derecha a izquierda. Y entonces dijo:

»—Me voy a casa.

—¿Ves los pájaros? —pregunta Kayla.

—Sí, Kayla, los veo —le digo.

—Todos los pájaros se marchan —dice Kayla, y entonces se me acerca a la cara y la acaricia con las dos manos y por un instante pienso que me va a decir algo increíble, algún secreto, un mensaje del mismísimo Dios—: La barriga —dice—, Jojo, me duele la barriga.

Le froto la espalda.

—No me ha dado tiempo a saludaros en condiciones —dice una voz.

Me giro y es Michael. Está mirando a Kayla.

—Hola —dice Michael.

Kayla se pone tensa, me aprieta con sus piernecitas, me agarra las orejas y tira.

—No —dice Kayla.

—Soy tu papá, Michaela —dice Michael.

Kayla esconde la cabeza bajo mi cuello, empieza a temblar y yo lo siento como pequeñas sacudidas por las tripas. Michael deja caer las manos. Yo me encojo de hombros, llevo la mirada más allá de la cara de Michael, bien afeitado y pálido, con ojeras violáceas y con la frente quemada por el sol. Tiene los ojos de Kayla. Leonie está detrás, le suelta la mano para rodearle la cintura. Él se acerca a Kayla por detrás y la acaricia.

—Tiene que acostumbrarse a ti —digo.

—Ya —responde.

Cuando volvemos al coche, Leonie saca su pequeña nevera y reparte sándwiches que seguramente ha preparado el abogado antes de que Kayla y yo nos despertáramos, sándwiches de pan negro con nueces rellenos de un queso con un olor muy fuerte y lonchas de pavo finas como un Kleenex en medio. Me como el mío tan rápido que me cuesta respirar, y me entra hipo porque se me han quedado algunos trozos grandes en la garganta. Leonie me mira con cara de reprimenda pero es Michael el que habla.

—Hijo, respira.

Lo dice así como si nada. «Hijo». Tiene el brazo en el respaldo del asiento del conductor, la mano en la nuca de Leonie, acariciándola, apretándola con suavidad. Algo así como cuando Ma me agarraba por el cuello cuando yo era pequeño e íbamos al supermercado y los dos podíamos andar por los pasillos. Si me ponía muy nervioso, por ejemplo, cuando íbamos a la caja y veía todos los caramelos, ella me lo apretaba. No muy fuerte. Sólo lo justo para recordarme que estábamos en un supermercado rodeados de un montón de gente blanca y que tenía que cuidar las formas. Y entonces ella estaba detrás de mí, conmigo, queriéndome. Aquí.

Si no tuviera hipo, le echaría una miradita a Michael, pero es tal el hipo que me ha entrado que no puedo respirar. Me acuerdo de Richie y me pregunto si se sintió así en los campos polvorientos que se extendían ante él hasta los confines de la tierra, hasta la eternidad. Pero a pesar de que casi me estoy ahogando, de que me está costando la vida tragar y recuperar la respiración y de que me ha dado otro ataque de hipo, sé que lo del chaval fue peor que esto.

Empieza a llover, una lluvia tan fina que parece agua vaporizada de una botella, el aire se está poniendo blanco y todo se ve borroso.

Quiero otro sándwich, pero Michael está sentado donde antes estaba Misty y se está comiendo su sándwich despacio, arrancando los trozos antes de llevárselos a la boca. Es una de las cosas que Pa mencionó sobre él cuando se mudó con nosotros: «Hay que ver lo melindroso que es Mike, parece que la comida no estuviera a su altura», le dijo a Ma. Ella movió la cabeza y partió otra pacana y sacó la carne. Estábamos sentados juntos en el columpio del porche. Sigo teniendo tanta hambre que imagino el sabor de esas pacanas, el sabor amargo del polvo alrededor de la cáscara, la humedad y la dulzura del fruto por dentro. Ma lo sabía, pero ignoró mi robo y me dejó comer. Sólo queda un sándwich del abogado en la bolsa y Misty aún no se ha comido el suyo, así que trago.

—¿Hay agua? —pregunto.

Leonie me pasa una botella de agua que seguramente le ha dado el abogado. El plástico es grueso y hay montañas pintadas por delante. El agua está calentorra, no fría, pero tengo tanta sed y la garganta tan seca que me da igual. Se me quita el hipo.

—¿Tu hermana se ha acabado el suyo? —pregunta Leonie.

Kayla se ha quedado dormida en su asiento, que tuve que colocar en el centro. Misty ha vuelto y se ha sentado conmigo atrás ahora que Michael está

aquí. Kayla tiene la mitad del sándwich en la mano, sujetándolo fuerte con los dedos. La cabeza echada hacia atrás y caliente. Está sudando por la nariz y los rizos se le están apelmazando. Le quito el sándwich de la mano y me como lo que queda, aunque está un poco babeado por donde se lo estaba comiendo.

—Se lo ha comido casi todo —digo.

—Tiene mucha mejor cara. —Leonie está mintiendo. No tiene mucha mejor cara. Quizá un poco, pero no mucho—. Sabía que la zarza iba a funcionar.

—¿Le pasa algo? ¿Está enferma? —pregunta Michael.

Michael deja de mover la mano y se gira para mirarnos. Dejo de masticar. En la luz gris nebulosa, en el coche cerrado, sus ojos parecen verdes claros, verdes como los árboles que dan hojas nuevas en primavera. Leonie parece decepcionada porque ha dejado de tocarla y se inclina en el asiento hacia él.

—Algún virus estomacal, creo. O se ha mareado en el coche. Le he dado uno de los remedios de mi madre. Está mejor.

—¿Estás segura, cariño? —Michael mira a Kayla más de cerca y me trago lo que quedaba de su sándwich—. Yo la veo un poco amarilla todavía.

Leonie suelta una risita y señala a Kayla.

—Claro que está amarilla. Es hija nuestra.

Y entonces Leonie se ríe, y aunque es una risa, no suena como tal. No hay felicidad en ella, sólo aire seco y barro rojo duro sobre el que no crecería la hierba. Se da la vuelta y nos ignora a todos y mira por el parabrisas delantero, manchado de insectos aplastados; ni siquiera ve cuando Kayla se sobresalta, con los ojos abiertos de para en par, y un vómito con tropezones marrones y amarillos sale disparado de su boca contra el respaldo del asiento delantero y lo pone todo perdido: sus piernecitas, su camisa blanca y roja de los Pitufos y a mí porque la cojo del asiento y la pongo en mi regazo.

—Todo va a salir bien, Kayla, todo va a salir bien —le digo.

—Pensaba que le habías dado algo para eso —dice Misty.

—Cariño, te he dicho que no tenía buena cara —dice Michael.

—Joder, me cago en todo —dice Leonie.

Un niño negro delgaducho con el pelo afro desigual y el cuello largo aparece en mi lado del coche, mira a Kayla y después a mí. Kayla llora y gimotea.

—El pájaro, el pájaro —dice Kayla.

El chico se acerca a la ventana y se desdibuja por las esquinas. Dice:

—Voy a casa.

CAPÍTULO 6. RICHIE

El chaval es familia de River. Lo sé. Lo olí en cuanto puso el pie en los campos, en cuanto ese cochecito rojo lleno de bollos entró en el aparcamiento. El césped vibraba y gemía por todos lados mientras seguía el rastro de su olor, del chico negro de pelo rizado en el asiento de atrás. Incluso si no portara el aroma de las hojas que se desintegran y se convierten en barro en el fondo del río, el aroma de una cuenca pantanosa, llena de agua y sedimentos y esqueletos de pequeñas criaturas muertas, cangrejos, peces, serpientes y camarones, también sabría que es familia de River por su mirada. Por su nariz afilada. Por sus ojos oscuros como el fondo de una ciénaga. Por sus huesos rectos y veraces como los de River: indomables como cipreses. Él es el nieto de River.

Cuando vuelve al coche y me aparezco, confirmo que es el nieto de Riv. Lo sé por cómo sujeta a la niñita enferma de rizos dorados: como creyendo que al rodearla con el cuerpo, su esqueleto y su piel serán una fortaleza que la protegerá de los adultos, de la inmensidad del cielo, de la vasta extensión de tierra cubierta de césped y tumbas debajo. Protege igual que River. Quiero decirle: «Chaval, no puedes». Pero no lo hago.

En vez de eso, me pliego y me siento en el suelo del coche.

Al principio, me desperté entre pinos jóvenes un día nublado, un poco lúgubre. No conseguía recordar cómo había acabado en mitad de esas agujas de pinos, suaves y afiladas como pelo de jabalí bajo mis piernas. Allí no hacía ni frío ni calor. Andar era como atravesar a nado aguas grises y tibias. Me movía en círculos. No sé por qué me quedé en ese lugar, por qué cada vez que llegaba al límite de ese joven pinar, al lugar donde los pinos se hacían más altos, más redondos y oscuros, cubiertos de una maraña de hojas espinosas, me daba media vuelta y volvía atrás. En ese día que no acababa nunca, vi las copas de los árboles agitarse, e intenté recordar cómo llegué allí. Quién era antes de llegar a

este lugar, a este tranquilo paraje. Pero no podía. Y cuando vi una serpiente blanca, gorda y larga como mi brazo deslizarse bajo las sombras de los árboles, me arrodillé ante Ella.

—Estás aquí —dijo Ella.

Las agujas se me clavaron en las rodillas.

—¿Quieres irte? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Puedo sacarte de aquí —dijo Ella—. Pero tienes que quererlo.

—¿Adónde me llevarías? —le pregunté. El sonido de mi voz me sorprendió.

—Arriba y lejos —dijo—. Y alrededor.

—¿Por qué?

—Hay cosas que tienes que ver —dijo.

Levantó su cabeza blanca, se meció y lentamente, como pintura disolviéndose en agua, sus escamas se volvieron negras, fila a fila, hasta tomar el color del espacio entre las estrellas. De los costados salieron pequeños dedos que se convirtieron en alas, dos alas negras perfectas y escamosas. De abajo le salieron dos garras que perforaron la tierra, y su cola se convirtió en un ventilador. Era un pájaro, pero no era un pájaro. No tenía plumas. Sólo escamas negras. Un pájaro con escamas. Un buitro con cuernos.

Subió de un salto a la copa del pino más joven, y allí, su cuerpo se erizó, empezó a dar graznidos, rompiendo el silencio del lugar.

—Venga —me dijo—. Levántate.

Me puse de pie. Se le cayó una de sus escamas, que descendió flotando a la tierra, ligera como una pluma.

—Anda, cógela —dijo—. Y podrás volar.

Agarré la escama. Era del tamaño de un céntimo. Me quemaba la palma de la mano, me puse de puntillas y de pronto dejé de tocar el suelo. Empecé a volar. Seguí al pájaro escamado. Arriba, arriba y fuera. Hacia el torrente de aguas bravas del cielo.

Volar era como flotar en ese río de aguas revueltas. Ahora el pájaro estaba en mi hombro, un borrón estridente en el horizonte, a veces encima de mi cabeza como una corona. Extiendo los brazos y las piernas y siento una risa burbujeante que me sube desde el interior, pero muere en la garganta. Porque me acordé. Me acordé de lo de antes. Me acordé de estar abierto de piernas y brazos en el suelo, rodeado de hombres que me miran, acechantes, y de un chico adolescente detrás, alto y erguido bajo las largas sombras. River. River, que se quedó allí mientras

los hombres me azotaban la espalda y yo sollozaba y vomitaba y convertía la tierra en lodo. Podía sentirlo allí, sabía que él se ocuparía de mí una vez que me dejaran suelto, libre de la tierra. Sentía los huesos finos como alfileres, los pulmones inservibles. La manera en que me llevó a mi litera, el modo en que se inclinó sobre mí, me provocó algo suave y revoloteante en el pecho, como el latido de una medusa. Ése era mi corazón. Él, mi hermano mayor. Él, mi padre.

Me posé en el suelo, el recuerdo me devolvió a la tierra. El pájaro gritaba, agitado. Aterricé en un campo de hileras infinitas de algodón, vi a hombres encorvados, moviéndose sin parar como cangrejos ermitaños, agachándose y recogiendo. Vi a otros hombres con pistolas caminando en círculos a su alrededor. Vi edificios apiñados en los extremos de ese campo, de otros campos, hasta los confines de la tierra. El pájaro descendió hasta las cabezas de los hombres. Desaparecieron. Aquí es donde yo trabajaba. Aquí es donde me dieron latigazos. Aquí es donde River me protegió. El pájaro cayó al suelo, hincó el pico en la tierra negra y recordé mi nombre: Richie. Recordé el lugar: la prisión de Parchman. Y recordé el nombre del hombre: River Red. Y entonces me caí, me zambullí en la tierra, y se rompió como una ola. Excavé con ahínco. Necesitaba ser atrapado por la mano negra de la tierra. Ser ciego a los hombres de arriba. Al recuerdo. El recuerdo llegó de todas formas. Dejé de existir y luego existí de nuevo. La escama me ardía en la mano. Me dormí y me desperté y me levanté y anduve con cautela por los campos de la prisión, estuve merodeando por los barracones, por entre los rostros de los hombres. Quería encontrar a River. No estaba allí. Los hombres se iban, regresaban y se iban otra vez. Llegaron nuevos hombres. Me refugié en mi madriguera y me dormí y me desperté bajo la luz lechosa, medía el tiempo por el tránsito de todas esas caras negras y por las vueltas que daba la Tierra, hasta que regresó el pájaro escamado y me llevó al coche, con el chico de mi misma edad sentado en la parte de atrás. Jojo.

Quiero decirle al chico que conozco a su abuelo. Que lo conocí antes que a él. Que lo conocí cuando lo llamaban River Red. Los presos lo llamaban «River» porque ése era el nombre que le pusieron sus padres, y porque decían que fluía por la vida como un *río*, esquivando los árboles caídos y los troncos, atravesando las tormentas y el sol. Pero los hombres añadieron el «Red» porque ése era su color: el color del barro *rojo* de las riberas del río.

Hay tantas cosas que Jojo no sabe. Hay tantas historias que podría contarle. La historia de mi paso por Parchman, como River le contó, es una camisa

devorada por las polillas, deshilachada: la forma es correcta, pero los detalles han sido borrados. Yo podría rellenar esos huecos. Remendar la camisa hasta que parezca nueva, excepto por los faldones. El final. Pero podría decirle al chico que sé lo de River y los perros.

Cuando el alcaide y el sargento le dijeron a River que iba a hacerse cargo de los perros tras la fuga de Kinnie, se tomó la noticia con calma, como si le diera lo mismo hacerlo que no. Cuando asignaron a River la tarea de cuidar de los perros, oí a los hombres hablar, sobre todo a algunos de los veteranos: dijeron que, desde que estaban allí, hasta donde les alcanzaba la memoria, los cuidadores de perros habían sido siempre más mayores y blancos. A pesar de que algunos de esos hombres blancos habían sido como Kinnie, se habían escapado y después los habían pillado y metido de nuevo en Parchman, o habían asesinado o violado o mutilado a alguien, el sargento los elegía de todos modos para entrenar a los perros. Si se les daba bien, el puesto era para ellos. Incluso si había riesgo de que se fugaran, incluso si habían hecho cosas horribles tanto dentro como fuera de Parchman, las correas eran para ellos. Aunque siempre hubieran sido hombres blancos terribles y peligrosos, para los veteranos supuso mayor ofensa todavía cuando se enteraron de que Riv iba a ser su cazador. No les gustaba que Riv estuviera al cargo de los perros. «No es lo mismo», decían, «un negro no puede ser tirador de confianza, tener una pistola». Decían: «Es antinatural, pero así es Parchman». Eso de que un hombre de color estuviera al mando de los perros no les gustaba un pelo. Siempre ha habido inquina entre los perros y los negros; habían sido criados para ser adversarios: esclavos huyendo de sabuesos hambrientos, convictos tratando de esquivarlos.

Pero River tenía mano con los animales. El sargento se dio cuenta. No le importó que Riv no consiguiera que los sabuesos dieran caza a Kinnie. El sargento sabía que no había ningún preso blanco capaz de controlar a esos perros, así que Riv era su mejor opción para adiestrarlos, para mantenerlos en forma. Los perros adoraban a Riv. Se volvían dóciles y tontorrones cuando él aparecía. Lo sé porque Riv les pidió que me sacaran de los campos y me pusieran con él para ayudarlo. Vio lo mal que me había quedado después de los latigazos. Sabía que si me dejaba solo con mi desesperación, con la espalda hecha jirones, haría algo estúpido. «Eres listo», dijo. «Pequeño y rápido». Le dijo al sargento que yo estaba desaprovechado en los campos.

Pero yo no tenía la mano que tenía River con los perros. Creo que en el fondo los odiaba y los temía. Y ellos lo sabían. Los perros no se volvían cachorritos inofensivos conmigo. Tensaban el rabo, enderezaban el lomo y se

quedaban quietos. Cuando veían a Riv en la mañana oscura, daban saltos y ladraban, pero cuando me veían a mí, se quedaban petrificados. River les tendía la mano como si él fuera un reverendo y los perros, su feligréses. Se quedaban callados escuchando, aunque él no decía nada. Había algo de adoración en el modo en que se quedaban paralizados, todos a la vez, en el sombrío amanecer. Pero cuando yo les acercaba la mano, como Riv me dijo, esperando a que se acostumbraran a mi olor, a que me escucharan, intentaban mordirme y gruñían. Riv me dijo: «Ten paciencia, Richie, ya se acostumbrarán». Yo lo dudaba. A pesar de que los perros me odiaban, de que me tenía que levantar cuando el sol no era más que un tenue brillo en una esquina del cielo y de que me pasaba el día llevándole agua y comida a esos chuchos, corriendo tras ellos, estaba mejor que antes, como más ligero, casi estaba bien. Sé que River no le ha contado eso a Jojo porque yo nunca le dije a River que cuando corría, sentía como si el aire me barrera. Era como si el viento me cogiera y me elevara hasta el cielo por encima de las perreras de mierda, de los campos heridos, lejos de los presos y de los tiradores de confianza y del sargento. Como si pudiera sacarme de allí. Por la noche, cuando estaba en la litera y River me limpiaba las heridas, el recuerdo de esos momentos brillaba a mi alrededor como luciérnagas en la oscuridad. Las cogía con las manos y me las acercaba a la cara, un puñado de luz dorada, y luego me las tragaba.

Le diría esto a Jojo: «La esperanza no tenía cabida en aquel lugar».

La cosa se puso todavía peor cuando Caracerdo volvió a Parchman. Lo llamaban «Caracerdo» porque estaba gordo y pálido como un cerdo de trescientas libras. Tenía la mandíbula totalmente cuadrada. Su boca era una línea larga y fina. Todo el mundo lo conocía. Consiguió escaparse una vez de Parchman, pero luego cometió otro delito violento, le disparó a alguien, le apuñaló o algo, y lo volvieron a encerrar. Eso es lo que un hombre blanco tenía que hacer para regresar a Parchman, incluso si estaba libre porque se había fugado: un hombre blanco tenía que asesinar. Caracerdo había asesinado a mucha gente, pero cuando volvió, el alcaide lo puso a cargo de los perros, por encima de Riv. El alcaide dijo: «No es natural que un hombre de color domine a los perros. Los hombres de color no saben cómo dominar, porque no está en su naturaleza ser amos». Y luego: «Lo único que sabe hacer un negro es ser esclavo».

Dejé de sentirme ligero. Cuando corría, ya no sentía el impulso del viento. Se acabaron los momentos luciérnaga brillando en la oscuridad. Caracerdo olía mal. A bazofia rancia. La forma en que me miraba... Había algo feo en su mirada. No

sabía lo que quería hacer hasta que un día, mientras entrenábamos a los perros, Caracerdo me dijo: «Ven aquí, chaval». Quería que lo siguiera a los bosques para que los perros corrieran entre los árboles. Caracerdo le dijo a River que fuera a darle un mensaje al sargento y que nosotros nos quedáramos allí. Caracerdo me puso la mano en la espalda, con suavidad. Me agarraba de los hombros todo el tiempo, sus manos eran duras como las de un cerdo; normalmente me apretaba tanto que mi espalda se doblaba hasta que caía de rodillas. River miró a Caracerdo con dureza y ese día se plantó delante de mí y dijo: «El sargento lo necesita». Me miró, giró la cabeza hacia el recinto y dijo: «Vete, chaval. Ahora». Me di la vuelta y corrí todo lo rápido que pude. Mis pies corrían hacia la oscuridad. A la mañana siguiente, River me despertó y me dijo que ya no iba a correr más con los perros y que tenía que regresar a los campos.

Quiero contarle esto al chico del coche. Quiero decirle que su abuelo intentó salvarme una y otra vez, pero no pudo. Jojo acurruca a la niña de ricitos de oro en su pecho y le susurra cosas mientras ella juega con su oreja, y su voz es como el vaivén de las olas golpeando una barca en una bahía en calma, me doy cuenta de que hay otro olor en su sangre. Ahí está la diferencia con River. Ese olor florece con más fuerza que el lodo oscuro y rico del fondo; es el olor del mar, rebosante de salmuera. Le late en el flujo de sus venas. Ése es en parte el motivo por el que puede verme mientras que los demás, exceptuando la niña, no. Estoy sometido a ese pulso, indefenso como un pescador en una barca sin motor, sin remos, mientras la marea lo lleva mar adentro.

Pero no le cuento al chico nada de eso. Me acomodo entre los trozos arrugados de papel y plástico que ensucian el suelo del coche. Me agacho como el pájaro escamado. Aprieto la escama ardiente en mi mano y espero.

CAPÍTULO 7. LEONIE

Huele tan mal que tenemos que dejar las ventanas bajadas. He gastado todas las servilletas que había en el salpicadero para limpiar toda la vomitera, pero a pesar de todo es como si Michaela se hubiera manchado de pintura y se lo hubiera restregado todo a Jojo, y él no la va a soltar para limpiarse el vómito que tiene también encima.

—Estoy bien —dijo—. Estoy bien.

Pero sé por la forma en que lo recalca que no es cierto. La parte de mí que es capaz de pensar en otra cosa que no sea Michael sabe que Jojo no está diciendo la verdad. Que no está bien porque está muy preocupado por Michaela. Jojo sigue observando a Misty, que tiene medio cuerpo fuera de la ventana y se está quejando del olor («Nunca vas a poder limpiar esto», dijo), e imagino que Jojo la va a mirar con cara de enfado por el espejo retrovisor igual que hizo antes cuando Misty se quejó. Pero no, es otra cosa lo que esconden sus ojos abiertos como platos y sus labios, tan finos que prácticamente han desaparecido.

Michael llama a la puerta. Estamos todos apiñados en el porche, oliendo a vómito, a sal y a musgo, y entonces Al abre.

—Hola. Me sorprende que te hayan dejado salir tan rápido —dice Al.

Tiene otro cucharón en la mano, una toalla echada al hombro a modo de bufanda. Me da pena la chica de la limpieza, si tiene, porque estoy seguro de que nunca lava los cazos, sólo los apila uno sobre otro en la encimera. Seguro que se pasa el día cocinando, menos cuando está en el despacho.

—Michaela sigue enferma.

Misty se abre camino entre nosotros y atraviesa la puerta principal.

—Eso no puede ser —dice Al y da un paso atrás para que el resto de nosotros podamos entrar. Jojo es el último; Michaela no lo suelta y él no la baja

—. Hay toallas limpias en el armario del pasillo —dice Al—. Deberíais lavaros todos. Si no os importa, me llevo a Misty a la tienda a comprar medicamentos. —Misty asiente, parece aliviada de poder montarse en un vehículo libre de vómitos—. Hay pan y *ginger ale* en la despensa —dice Al—. No sé por qué no pensé en eso ayer. —Al examina la alfombra y luego levanta la mirada y se pasa la toalla por la cara—. Ah, ya recuerdo. —Nos sonrío a mí y a Michael—. Estaba deslumbrado por mi compañía y por sus regalos, ¿verdad que sí?

Michael tiende la mano. Está callosa de trabajar en el campo, en Parchman: cuidando vacas lecheras y pollos, trabajando en varios huertos. Me dijo que el alcaide pensó que sería buena idea poner a los presos a trabajar la tierra otra vez, pensaba que era una pena que esa tierra tan buena del Delta se desperdiciara con tantos hombres capaces allí, habiendo tantas manos ociosas. Y así fue como a Michael le entró el gusanillo. Le gustaba, me lo contó en sus cartas. Cuando por fin llegó a casa, quería que pusiéramos un huerto donde sea. Aunque no fuera más que un montón de macetas en un bloque de cemento. «Nada me preocupa cuando tengo las manos en la tierra», dijo. «Es como si hablara con Dios a través de los dedos». Las manos de Al parecen suaves, grandes, y cuando saluda a Michael con un apretón, su piel es un sobre que lo envuelve.

—Gracias —dice Michael—. Por todo lo que has hecho por mi familia y por mí.

Al se encoge de hombros, se mira las manos, que se le han puesto más rojas aun de lo que estaban.

—Es mi trabajo —dice Al—, por el que me pagan bien. Gracias a ti, a ti.

Cuando Misty y Al se van, desnudo a Michaela y le pido a Jojo que se quite la camisa, y lo meto todo en la lavadora de Al, un armatoste tan moderno que tengo que estar cinco minutos trasteando con los botones hasta entender cómo funciona. Michaela no deja de gritar mientras está en la bañera, sin quitarle ojo a Jojo, y yo soy más dura con ella de lo que debería, le enjabono su barriguita plana, las piernas, la espalda. Le quito los nudos del pelo. Le froto la cara con el trapo para limpiarle la baba, la roña y las lágrimas, más fuerte de lo que debería porque estoy muy cabreada. Mamá llevaba siempre una pulsera naranja, un hilo naranja con cuentecitas naranjas que había cosido, se la metía en el bolsillo de su falda todos los días, y cada vez que Given o yo hacíamos alguna trastada, como cuando Given se emborrachó por primera vez y se puso malísimo y vomitó encima de las hierbas del porche, o como cuando yo arranqué algunas plantas del huerto creyendo que eran malas hierbas, ella cogía la pulserita naranja y

empezaba a rezar: «Santa Teresa», decía. «Nuestra Señora de la Candelaria», murmuraba. Y luego: «Oya». Y cosas en francés, algunas palabras sueltas, pero a veces las decía en inglés, y yo entendía algo así como: «Oya de los vientos, de los rayos, de las tormentas. Anula nuestras mentes. Limpia el mundo con tus tormentas, destrúyelo y haz uno nuevo con los vientos de tu manto». Y cuando le pregunté qué significaba, me dijo: «Canalizar la rabia dando latigazos no es lo correcto. Hay que rezar para que la rabia forme una tormenta que saque la verdad a la luz».

—Santa Teresa —murmuro—. Oya —digo.

Enjuago a Michaela, le echo una taza de agua por la cabeza.

Michaela llora. La envuelvo en una toalla que está empapada por abajo, se vuelve pesada con el agua, la cojo y la saco de la bañera. Me da patadas. Quiero pegarle. «No me hagas sentir esto para nada», pienso. «Revélame alguna verdad». Pero no aparece ninguna verdad cuando la seco, obvio la crema corporal y me voy, paso al lado de Jojo, que se ha estado limpiando el pecho en el lavabo, frente al espejo, y sé que me ha estado observando como una urraca azul dispuesta a saltar y picar si le hacía daño a su cría. Dispuesto a llevarse él los golpes si perdía los estribos y le pegaba a su hermana en el culo, todavía húmeda por el agua y la fiebre. Está en esa edad en que los chavales delgaduchos crecen y se vuelven aún más flacos y duros, o engordan y se pasan los primeros años de adolescencia aprendiendo a mover sus cuerpos voluminosos y hormonados. Jojo es una mezcla de ambos: la grasa se le acumula en la barriga, pero no en el pecho ni en los brazos ni en la cara. Con una camisa, sigue pareciendo tan delgado como cuando era más pequeño. Sé por la forma en que se lava que se siente acomplejado por ella, que no sabe, y yo sí, que en pocos años ese estómago se va a derretir, capa a capa, a medida que se vaya haciendo más alto y más fuerte, y que su cuerpo acabará teniendo las proporciones perfectas, como el de Michael. Y será alto como papá.

—No te olvides de lavarte bien los michelines —le digo.

Jojo se encoge como si le hubiera pegado. Da un respingo hacia el espejo. Me sienta bien ser mala; como no puedo pegarle a la cría, dejo que la rabia le rebote al otro. A ése para el que nunca seré suficientemente buena. Para el que nunca seré su Ma. Sólo Leonie, un nombre envuelto en las mismas sílabas de decepción que he oído en boca de mi madre, de mi padre, incluso de Given, durante toda mi puta vida. Pongo a Michaela en la cama, está llorando a moco tendido y empiezo a secarla con la toalla y sigue dando patadas y gritando y quejándose y ahora dice «Jojo», y yo sólo pienso en darle un guantazo, o dos tal

vez, los suficientes para que se entere de lo que es bueno, pero no sé si sería capaz de parar, Santa Teresa, no voy a poder parar, ayúdame. Dejo a la niña temblando y voy hasta la puerta y grito al baño, a Jojo, que tiene las manos metidas en los sobacos, sus brazos son como protectores de fútbol sobre el pecho, y nos mira.

—Vístela. Que duerma una siesta. No salgas de este cuarto.

Cierro de un portazo.

Cuando salgo al pasillo y veo a Michael bajo la luz blanquecina, la rabia se transforma en amor tan rápidamente que me quedo paralizada. Lo único que puedo hacer es verlo caminar por la habitación y encogerme de hombros.

—No tiene tele —dice Michael—. Tiene un casoplón de la leche pero no tiene tele.

Me río y es como si el niño cabrón de ayer, el que rompió la tele, estuviera en la habitación con nosotros: el delicioso temblor que debió sentir por su diablura me corre por dentro como agua.

—Tiene algo mejor que eso —le digo.

La chimenea es grande, las molduras están algo negruzcas por las esquinas y la pintura se ha cuarteado hace tiempo, como si fuera piel de serpiente. Hay tres cuencos de cerámica con tapas sobre la repisa de la chimenea, jarrones de al menos cinco tonos de azul. «Como el océano», dijo Al anoche. «No como vuestro océano, lo digo en serio, ni siquiera debería llamarse “golfo” porque es del color del agua de una acequia. Me refiero a agua de verdad. Jamaica, Santa Lucía, Indonesia, Chipre». Ahogó el insulto en una sonrisa y señaló dos urnas grandes en cada esquina de la repisa. «*Mater y pater*», dijo. Y entonces deslizó la urna central por la superficie de madera y llena de hollín y la acunó en sus brazos. «Y la niña de mis ojos: mi amada». Cuando Al sacó el paquete y dijo «Y con ella llegó la fiesta», Misty dio un grito de excitación. Saco el paquete y Michael me mira como si quisiera darse la vuelta y salir corriendo, y luego como si tuviera en mis manos su comida favorita, macarrones con queso, y quisiera hincarle el diente. Al final me coge de la mano y me acerca a él, me rodea, siento su respiración junto a la sien, en el pelo, haciendo que se mueva. Cinco minutos después, estamos hasta arriba.

Es la droga pero luego no es la droga. Sólo veo sus ojos, sus manos, sus dientes y su lengua. Su frente pegada a la mía: su cabeza agachada. Está

rezando, tan bajito que no lo oigo, y luego lo siento.

—Leonie, Loni, Oni, oh —dice.

Oigo su voz y luego nada, siento sus dedos y luego nada, y luego otra vez, y la piel me pica, me hormiguea, me arde y me abrasa. Hacía tanto que no sentía esto. Mi pecho está vacío y luego lleno; ahora seco y polvoriento, luego el agua corre tras una intensa y repentina lluvia primaveral. Una inundación. No hay palabras. Todo está a mi alrededor, luego me atraviesa, un hombre que reza, y se calla, reza y se calla, un hombre que es más que un hombre, un hombre de pelo brillante y ojos claros, un hombre que es todo fuego, fuego en la boca, llamas en las manos, las brasas forjan la V de sus caderas. Fuego y agua. Se ahoga. Renace. Es bendecido. Tal cual, sí. Tal cual. Sí.

Hago pipí en el aseo frío y blanco de Al, aguzo el oído pero no oigo a los niños. Vuelvo al salón, el polvo de las ventanas lanza un brillo dorado al aire. Algo no va bien. Michael me sonríe, se frota el cuello por donde antes le di un chupetón y dice:

—Creo que me has dejado una marca.

Given-no-Given lleva una camisa negra y está repantingado en el otro lado del sofá. Me hace un gesto con la mano para que me siente entre ellos. Siento el subidón dando vueltas a mi alrededor y luego cayendo en picado. Me siento y Michael me agarra la cara con sus manos calientes, reales, sus labios chocan con los míos y yo vuelvo a abrirme en canal. Pierdo el lenguaje, pierdo las palabras. Me pierdo a mí misma en ese sentimiento, el sentimiento de ser deseada y tocada y acunada, y al mismo tiempo estoy maravillada por el hecho de que quien lo hace es quien lo desea, quien lo necesita, quien toca, quien ve. Es un milagro, pienso, así que cierro los ojos e ignoro a Given-no-Given, que está sentado ahí con cara de triste, la boca levemente fruncida, y pienso en Michael, el verdadero Michael, y me pregunto qué pasaría si tuviéramos otro bebé, si se parecería más a él que Michaela. Si tuviéramos otro bebé, nos saldría bien.

Espero que Given-no-Given se haya ido cuando retiro la boca de la de Michael y, efectivamente, ya no está en el sofá, ahora está junto a la repisa de la chimenea, parece tan sólido como el Michael sobre el que estoy sentada, pero inmóvil como esas urnas. Michael gime y se pasa una mano por la cara, el cuello y el pecho rojo, sus pecas están soldadas como picaduras de hormiga.

—Amor, ¿qué me estás haciendo? —pregunta.

No sé qué decir porque Given-no-Given me está mirando de cerca,

esperando mi respuesta, así que no digo nada y muevo la cabeza y la pongo bajo el cuello de Michael y absorbo su olor. Tan vivo: tan aquí. Espero que cuando me incorpore, Given-no-Given se haya ido ya adonde sea que se vaya cuando no me persigue, que vuelva al extraño rincón de mi cerebro que lo llama cada vez que me coloco: esa fantasía hueca. Pero Given sigue ahí, en el pasillo, junto a la habitación de los niños, sentado en el suelo con la espalda contra la pared. Se frota la cara con las manos.

—Te quiero —le digo a Michael.

Me arrima a él y me vuelve a besar.

Given-no-Given pone mala cara y mueve la cabeza. Como si le hubiera dado una respuesta errónea. Miro a Michael debajo de mí e ignoro al fantasma, ni siquiera miro a la habitación de los niños, y así, la hora y media que sigue, sin Misty y sin Al, Given-no-Given se convierte en un borrón de luz en el rabillo de mi ojo, sentado frente a la habitación de los niños, custodiándolos. Michael me está acariciando la espalda y la cabeza y eso es lo único que importa.

Duermen como si fueran una única persona: Michaela se enrolla alrededor de Jojo, la cabeza en su axila, el brazo sobre su pecho, la pierna encima de su estómago. Jojo la acerca a él: su antebrazo sujeta la cabeza de Michaela y le rodea el cuello, su otro brazo es una barra que atraviesa a los dos y se apoya sobre su espalda. La mano fuerte para protegerla, rígida como un revestimiento. Pero sus caras me hacen sentir de dos formas distintas a la vez: sus caras de bebé, regordetas, enfrentadas la una a la otra, durmiendo plácidamente, tan suaves y abiertas que quiero dejarlos dormir para que sientan lo que tengan que sentir. Creo que Given me abrazó así alguna vez, aquella vez en que teníamos las bocas pegadas e inhalamos el mismo aire. Pero otra parte de mí quiere despertar a Jojo y Michaela, acercarme a ellos y gritarles para que se levanten de un respingo y así no tener que ver la forma en que se buscan el uno al otro como plantas que siguen el sol por el cielo. Cada uno es la luz del otro.

—Venga, a despertarse ya —les digo y Jojo se incorpora de inmediato, todavía abrazando a Michaela. Given-no-Given estuvo sentado en el pasillo junto a la puerta hasta que volvieron Misty y Al; resulta raro ver ecos de él en el modo en que Jojo echa los hombros hacia delante sobre Michaela, en sus ojos abiertos que examinan la habitación y se detienen en la cómoda, en lo quieto que se queda de repente—. Nos tenemos que ir ya —digo.

—¿A casa? —pregunta.

Michael tiene que sentarse en el maletero para poder cerrarlo. Con tres personas en la parte de atrás, no nos queda espacio para las bolsas que hemos traído, y a pesar de que Jojo no quería, los he obligado a poner todo en la parte de atrás, incluidos los sándwiches que Al nos ha hecho para el viaje. Jojo está todavía de morros y a mí me falta nada y menos para darme media vuelta y quitarle toda la tontería de un guantazo: la frente arrugada, la mueca de los labios, las cejas bajas, todo se lo quitaba. A pesar del enfado, le está cantando canciones infantiles a Michaela: la niña toca las palmas, mueve los dedos como arañitas y por momentos parece aburrída, y luego, fascinada. Cada cinco palabras, le toca la nariz a Jojo. Misty se ha quedado dormida después de haber estado quejándose una horita larga de que el coche sigue oliendo a vómito, Michael está conduciendo y yo observo a los niños cuando no estoy mirando a Michael, cuando dejo de reparar en cómo su piel absorbe la luz del día que comienza.

Cuando Al le dio a Michael los sándwiches, estaba empapado en sudor, cubierto de sal y olía a cebolla cruda. Había metido los sándwiches en una pequeña bolsa de plástico duro, una neverita portátil con el logo de Chimay en un lateral.

—No queremos llevarnos tu bolsa —dijo Michael.

—Insisto —replicó Al, el aire entraba y salía de su boca rápidamente, tenía la mirada puesta en todos lados: los bosques, el patio, la casa sumergiéndose en un amable declive. Al estaba colocado otra vez—. Por los servicios prestados —dijo, y me sonrió.

Tenía los dientes en mal estado, cada uno de ellos rodeados por un anillo negro, como una bañera sucia, y las encías rojas. «No se ha cepillado los dientes en su vida», pensé. Los hombres se dieron un apretón de manos y Michael puso la mano en forma de cuenco para recoger lo que fuera que Al le dio. Y se lo metió en el bolsillo.

—Ven aquí —dice Michael.

Su sangre retumba bajo mi oreja, la piel de su brazo es como agua tibia. La carretera serpentea a través de campos y bosques en dirección al sur, al Golfo, y la luz que se filtra por las ventanas flota por todos lados. Cuando la carretera llega al Golfo, bordea la playa durante millas. Me gustaría que siguiera por el agua, como en las fotos que vi del puente que une los Cayos de Florida con la costa, desearía que hubiera una plataforma de asfalto infinita sobre las aguas de azul tormentoso que diera la vuelta al mundo, para poder quedarme así siempre, sintiendo el vello fino de su brazo, los niños en silencio, ni siquiera presentes,

los dedos de Michael en mi brazo dibujando círculos y líneas que yo descifro, escribiendo mi nombre en mí, reclamándome. El mundo es un enjambre de joyas y oro que da vueltas y echa chispas. Ya estoy en casa.

Nunca me he hartado de esto. Después de que Michael y yo empezáramos a salir en el instituto, me quedé embarazada de Jojo en menos de un año: tenía diecisiete. Desde entonces Jojo y Michaela siempre han estado ahí, aumentando la distancia entre nosotros. Los recuerdos me vienen como destellos, sobre todo cuando estoy puesta, la sensación de estar solos, Michael y yo, juntos: el modo en que yo nadaba hasta la superficie y dejaba atrás mi dolor cuando estaba con él, todo parecía mucho más vivo con él. Viendo las estrellas en mitad del campo, en su camioneta. Cuando nos metíamos a escondidas en la piscina elevada de sus padres, hundiéndonos bajo el difuso azul del agua y besándonos. En la playa, cerca de un festival de mariscos, con las luces de las atracciones del carnaval brillando a lo lejos, con música zydeco cutre sonando por los altavoces, se ponía a bailar conmigo, dándome vueltas, hasta que nos tropezábamos y nos caíamos en la arena.

—Vuestra relación no es sana —dijo mamá cuando llevé a Michael a casa por primera vez y nos sentamos en el sofá a ver la tele.

Pa entro en la casa y ni siquiera nos miró. Después de que Michael se fuera, mamá empezó a preparar la comida. Me senté en la mesa de la cocina a pintarme las uñas de rosa pastel, el color del algodón de azúcar, porque pensaba que le iba bien a mi mano. Esperaba que el color hiciera que Michael se metiera mis dedos en su boca y dijera: «Qué rico está este caramelito».

—No ves ni oyes otra cosa que no sea él —dijo mamá.

—Veo muchas más cosas —dije.

Quería defenderme, pero sabía que estaba mintiendo porque cuando me despertaba por la mañana pensaba en la risa de Michael, en cómo le daba la vuelta a los cigarrillos antes de encenderlos, en el sabor de su boca cuando me besaba. Y luego me acordaba de Given. Y la culpa me devoraba al darme cuenta.

—Cada vez que dice algo, lo miras como si fueras un cachorrillo. Como si estuvieras esperando a que él te acaricie.

—Mamá, no soy ningún cachorrillo.

—Eso es exactamente lo que eres.

Me soplé los dedos de la mano derecha y los agité frente a mi cara, inspiré los olores calientes de la cocina; los alubias hirviendo en el fogón, el pan de maíz enfriándose, el olor del esmalte de uñas, que me revolvía el estómago, pero

de una forma que me gustaba. Había esnifado antes de quedarme embarazada de Jojo, de rodillas en el cobertizo de uno de los amigos de Michael, uno de los muchos cuyos padres no estaban nunca en casa. El mundo se había inclinado y daba vueltas, y el cerebro parecía que se me iba a salir del cráneo y flotar en el aire. Michael me sujetó por los hombros, me ancló, me hizo volver en mí.

—Entonces, ¿no te gusta? —le pregunté.

Mamá exhaló profundamente y se sentó a la mesa de madera, frente a mí. Me cogió la mano sin esmaltar, me puso la palma hacia arriba y empezó a darme golpecitos en ella mientras hablaba.

—Yo..., a ver, no es culpa suya haber nacido ahí. En ese lugar. —Mamá respiró hondo—: En esa familia. —Volvió a respirar con dificultad y por el modo en que arrugó la cara y suavizó el tono, supe que estaba pensando en Given—. No es más que un niño, un niño como cualquier otro de su edad que huele su pis por primera vez y sólo piensa con la cabeza de abajo. —«Como tu hermano», le faltó decir. Pero sabía que la frase estaba en su cabeza.

—No estoy haciendo ninguna locura.

—Seguro que dentro de poco te acuestas con él, si es que no lo has hecho ya. Usa protección.

Tenía razón, pero no le hice caso. Diez meses más tarde me quedé embarazada. Michael compró el test y me lo hice, se lo llevé a mamá y se lo dije. Se lo conté un sábado porque papá trabajaba los sábados y no quería que estuviera allí. Fue un día horroroso. De principios de primavera, y había estado lloviendo a mares toda la noche y toda la mañana: a veces los truenos sonaban tan cerca que me temblaba la garganta, se me cerraba la tráquea, me costaba respirar. Siempre me han dado miedo los rayos, creía que un día me caería uno encima, atravesaría el aire y me tocaría con un enorme arco azul, como una lanza dirigida hacia mí, y yo me quedaría indefensa cuando la afilada punta se clavara en mí. Me había vuelto paranoica, pensaba que los rayos me seguían cuando iba en el coche, cuando hacían temblar las ventanas. Mamá estaba poniendo plantas a secar en el salón en un cordel que papá había colgado en zigzag por la habitación, para que las plantas absorbieran la electricidad del aire, y mamá estaba allí, riéndose entre dientes, murmurando, la cara posterior de sus blandos brazos se iluminaban de pronto y luego no: como un gatito enseñando la tripa.

—Aquí llega. Lleva semanas cantando.

—¿Mamá?

Se bajó de la banqueta de pino que Pa le había hecho. Había tallado su

nombre encima; las letras parecían hilillos de humo. «Philomène». Fue su regalo por el Día de la Madre, hace ya años, cuando yo era tan pequeña que mi única aportación fue una estrella de cuatro líneas cruzadas en el centro, a un lado del nombre; Given había tallado una rosa que parecía un charco de barro, ahora estaba desgastada por los pies de mamá.

—Me estaba preguntado cuándo ibas a tener el valor de contármelo —dijo con la banqueta bajo el brazo como si fuera a guardarla, pero en vez de ir a la cocina, se sentó en el sofá y puso la banqueta encima de las piernas, sobre el regazo.

—¿Perdón? —le pregunté.

Estalló un trueno. Sentí calor por el cuello y las axilas, como si alguien me hubiera echado aceite hirviendo por la cara y el pecho. Me senté.

—Estás embarazada —dijo mamá—. Hace dos semanas que me di cuenta.

Se inclinó sobre la madera que tenía en el regazo y me tocó, no con la mano despiadada del rayo, sino con sus manos secas, calientes, suaves bajo la piel agotada de trabajar a destajo; me tocó el hombro un segundo, como si hubiera encontrado una pelusa y me la estuviera quitando. Me sorprendí de mí misma y me eché sobre ella, puse la cabeza en la banqueta mientras su mano me acariciaba la espalda en círculos. Yo estaba llorando.

—Lo siento —dije.

La madera dura contra mi boca. Firme. Humedeciéndose con mis lágrimas. Mamá se inclinó sobre mí.

—No hay nada que sentir ya, cariño. —Me agarró por los hombros, me alzó para mirarme a la cara—. ¿Qué quieres hacer?

—¿A qué te refieres?

La clínica de abortos más cercana estaba en Nueva Orleans. Una de las chicas más ricas del colegio se quedó embarazada y su padre, que era abogado, la llevó allí; por eso sabía que estaba allí y que era cara. Mamá hizo un gesto a las plantas colgantes, la jungla en fila sobre nuestras cabezas agitándose en el aire frío eléctrico.

—Podría darte alguna cosa. —Dejó que el final de la frase se apagara, se desvaneciera. Me miró como si yo fuera un libro borroso difícil de leer y se aclaró la garganta—: Fue una de las primeras cosas que aprendí a hacer, durante mi formación. Es el único té que siempre se me acaba.

Entonces me tocó la rodilla; había encontrado otra pelusa. Se volvió a inclinar y su falda pantalón se tensó por las rodillas. Años más tarde fue ahí

donde empezó a sentir dolor por el cáncer: en las rodillas. Después le subió a las caderas, la cintura, la columna, el cráneo. Era una serpiente deslizándose por sus huesos. A veces pienso en ese día, en ella sentada en el sofá, dándome golpecitos, golpecitos que no intentaban convencerme de una cosa ni de la otra, a pesar de que ella quería que tuviera a Jojo, creo, porque el dolor que sentía por Given tenía hambre de vida. A veces me pregunto si el cáncer estaba allí sentado con nosotras en ese momento también, si era otro embrión, un embrión amarillo cosido con pena, con forma de agujeros de bala, zigzagueando por sus tuétanos. Ese día llevaba una blusa que se había hecho ella misma a partir de una tela de flores de color amarillo pálido. Parecían rosas.

—¿Quieres este bebé, Leonie?

El latigazo de un relámpago iluminó la casa y yo pegué un respingo cuando el trueno sonó.

Me quedé sin respiración y empecé a toser; mamá me dio golpes en la espalda. La humedad daba vida al pelo de alrededor de su cara, bucles que se levantaban y rizaban desde su grasiento cuero cabelludo. Volvió a caer otro relámpago, esta vez estaba justo encima de nosotras, a escasos metros de atravesar la casa, y su piel estaba blanca como una piedra y tenía el pelo ondulado y me acordé de la Medusa que había visto en una película antigua cuando era más joven, monstruosa y con escamas verdes, y pensé: «Medusa para nada era así. Era guapa como mamá. Por eso convertía en piedra a los hombres, por la impresión que les daba ver algo tan perfecto y feroz en el mundo».

—Sí, mamá —dije.

Todavía se me remueve algo dentro cuando pienso en ello: el hecho de haber dudado, de haber observado la cara de mi madre bajo esa luz y sentirme forzada a querer ser madre, a querer traer un bebé al mundo, a estar con él toda la vida. El modo en que estábamos sentadas en ese sofá, las dos con las rodillas apretadas, las espaldas curvadas, las cabezas gachas, hizo que me viera reflejada en ella y pensé en lo mucho que quería ser un tipo diferente de mujer, de lo mucho que quería mudarme lejos, ir al oeste, probablemente a California, con Michael. Él hablaba todo el tiempo de mudarnos al este, allí podría trabajar como soldador. Un bebé complicaría las cosas. Mamá me miró y ya no era una piedra: tenía los ojos arrugados y la boca torcida, y eso me hizo ver que sabía exactamente lo que yo estaba pensando en ese momento, y me inquietaba que pudiera leer siempre la mente, que pudiera percibir cómo yo huía de ser alguien como ella. Pero entonces pensé en Michael, en lo contento que se pondría, en que siempre tendría un trozo de él conmigo, y mi inquietud se derritió como

manteca en un cazo de hierro fundido.

—Quiero tenerlo.

—Me habría gustado que terminaras antes el instituto —dijo mamá. Otra pelusa, esta vez en mi pelo, en la coronilla—. Pero ha pasado ahora y se hará lo que se tenga que hacer.

Entonces sonrió: una delgada línea, sin dientes, y me incliné y puse la cabeza de nuevo en su regazo y me acarició la columna, las escápulas, me apretó la base del cuello. Todo el rato susurrando como un arroyo, como si hubiera absorbido toda el agua del mundo exterior y la estuviera sacando fuera a chorritos para calmarme. «*Je suis la fille de l'océan, la fille des ondes, la fille de l'écume*», susurró mamá, y lo supe. Supe que estaba llamando a Nuestra Señora de Regla. A la Estrella del Mar. Que estaba invocando a Yemavá, diosa de los océanos y de las aguas saladas, con sus susurros y palabras, y que me estaba abrazando como a una diosa, sus brazos portaban todas las aguas vivificadoras del mundo.

Estoy dormida y no lo sé hasta que Michael me zarandea para que me despierte, sus dedos se hunden en mis hombros. Tengo la boca seca, los labios sellados.

—La policía —dice Michael.

No hay nadie detrás de nosotros en la carretera, pero por la tensión de sus manos, por el modo en que abre los ojos y la expresión de su cara, sé que va en serio. Aunque no puedo verlos ni oigo ninguna sirena, sé que están ahí.

—No tienes carné —le digo.

—Tenemos que cambiarnos —dice—. Coge el volante.

Lo cojo y pongo los pies en el suelo y levanto el culo para que Michael pueda poner una pierna encima de mi asiento y pasarse a él. Quita el pie del acelerador y el coche empieza a ir más lento. Pongo el pie cerca del pedal y me siento en su regazo en medio del coche durante un momento horrible y cómico.

—Mierda mierda mierda —dice riendo.

Es lo que hace cuando tiene miedo. Cuando me puse de parto, rompí aguas en el pasillo de aperitivos de un 24 horas de St. Germaine, me cogió en brazos y me llevó a la camioneta, no paraba de reírse ni de soltar todo tipo de tacos. Me contó que una vez, cuando era niño, una vaca le pegó una patada a uno de sus amigos en mitad de la noche cuando fueron a molestarla con linternas: su amigo, un pelirrojo con bracillos como alambres y la boca llena de dientes picados tras años de no cepillarse y de mascar tabaco, se abrazó a sí mismo al caer y el brazo

se le partió como la rama de un árbol. El codo se dobló mal, un trozo de hueso le salió del brazo, nacarado como la concha de una ostra. Michael dijo que hasta él se asustó de su propia risa: aguda y estridente como la de una niña. Michael me levanta de su regazo, se pasa al asiento del copiloto y yo estoy frente al volante cuando veo las luces azules acercarse rápido por detrás en esta autopista de dos carriles, con la sirena tronando.

—¿La tienes? —pregunto.

—¿El qué?

—La mierda. Lo del Al, ya sabes.

—¡Joder!

Michael se hurga en los bolsillos.

—¿Qué? —Misty se despierta en el asiento trasero y se gira para mirar atrás. Empiezo a aminorar la marcha—. ¡Mierda! —dice cuando ve las luces.

Echo un vistazo al espejo retrovisor y Jojo me está mirando directamente a los ojos. Es clavadito a papá: la boca del revés, la nariz de halcón, la mirada fija, el ancho de sus hombros; y entonces Michaela se despierta llorando.

—No me da tiempo —dice Michael. Está intentando dar con la alfombrilla, para empujar la bolsa de plástico por la puertecita que hay en el suelo del coche, pero hay muchas cosas por el medio, un camisa que le compré en un 24 horas cuando paramos a repostar y que está hecha un higo, bolsas de patatas fritas y Dr Pepper y caramelos que compramos con el dinero que Al nos dio—. Y encima tiene un puto agujero.

El fondo de la bolsa está arañado y le salen picos de cristales blancos y amarillos, secos, haciéndose pedazos.

Le quito la bolsita blanca. Me la meto en la boca. Hago un poco de saliva y me la trago.

El oficial es joven, igual de joven que yo, igual de joven que Michael. Es flacucho, el sombrero que lleva le queda grande y cuando se acerca al coche, veo el lugar donde la gomina se ha secado y ha empezado a formar láminas de pelo. Se pone a hablar y el aliento le huele a caramelitos de canela.

—¿Sabe que iba dando volantazos, señora? —pregunta.

—No, señor, policía.

La bolsita es gruesa, es como si tuviera un montón de bolitas de algodón en la garganta. Apenas puedo respirar.

—¿Les ha pasado algo?

—No señor —responde Michael por mí—. Llevamos varias horas en la carretera. Está cansada, sólo eso.

—Señor. —El oficial mueve la cabeza—. Señora, ¿puede salir del vehículo con el permiso de conducción y el seguro?

Me llega más olor de él: dulce y picante.

—Sí —respondo.

La guantera es un lío de servilletas y paquetes de ketchup y toallitas de bebé. Mientras el oficial se aleja para hablar en clave por el *walkie-talkie* con su voz monótona, Michael se acerca a mí, me pone la mano en las costillitas de la espalda.

—¿Estás bien?

—Es la sequedad.

Toso y saco los papeles del seguro. Cojo la cartera, salgo del coche y espero a que el oficial vuelva; todo el mundo excepto Michaela está paralizado en el asiento de atrás. Michaela no deja de moverse y llora. Es media tarde y los árboles que cercan la carretera se mecen hacia delante y hacia atrás. La nueva hornada de bichitos primaverales sisea y zumba. En el arcén hay una zanja llena de agua estancada con multitud de renacuajos inquietos, retorciéndose y nadando.

—¿Por qué no está la niña en su asiento?

—Está enferma —le digo—. Mi hijo ha tenido que sacarla.

—¿Quiénes son el hombre y la otra mujer?

«Mi marido», quiero decirle, como si eso nos validara. O al menos: «Mi prometido». Pero si ya me está costando contando la verdad, seguro que con esta bola en la garganta me voy a ahogar si digo una mentira.

—Mi novio. Y una amiga del trabajo.

—¿Adónde van? —pregunta el oficial.

No tiene la libreta de multas en la mano y siento el miedo formarse en mi barriga y subirme a la garganta, quemarme como si fuera ácido, chocar contra la bolsita y volver a bajar lentamente al estómago.

—A casa —respondo—. A la costa.

—¿De dónde vienen?

—De Parchman.

Me doy cuenta de que es un error en cuanto lo digo. Tendría que haber dicho otra cosa, cualquier cosa: Greenwood o Itta Bena o Natchez, pero Parchman es lo único que me sale.

Me pone las esposas antes de pronunciar siquiera la ene final.

—Siéntese.

Me siento. La bola de la garganta es como algodón húmedo que se vuelve cada vez más denso según desciende. El oficial vuelve al coche, obliga a Michael a salir, le pone las esposas y lo trae hasta mi lado para que se siente también.

—¿Cariño? —dice Michael.

Niego con la cabeza, el aire es otro tipo de algodón, húmedo por la lluvia de primavera. Entre una cosa y otra siento que me asfixio. Jojo sale del coche, Michaela colgada de él, apretándolo con sus piernas: le rodea fuertemente el cuello con sus brazos. Misty sale del asiento trasero, con las palmas de la mano hacia delante, está moviendo los labios pero no oigo nada de lo que dice. El oficial mira a uno y a otra, decide ir a por Jojo y saca su tercer par de esposas. Michaela está llorando. El oficial le hace un gesto a Misty para que coja a Michaela, y Michaela entierra la cara en el cuello de Jojo y se pone a dar patadas cuando Misty la coge. Nunca le ha gustado Misty: una vez fui con Michaela a su casa después de ir a comprar tabaco al 24 horas por la interestatal, y cuando Misty se acercó al coche para saludar a Michaela, Michaela giró la cara, ignoró a Misty y preguntó: «¿Jojo?».

—Respira —dice Michael.

Es fácil olvidar lo pequeño que es Jojo hasta que lo veo junto al oficial de policía. Ahí tan espigado, con esa barrigota, y piensas que es mayor. Pero en realidad es un crío. Y cuando empieza a rebuscar en los bolsillos y el oficial le apunta a la cara con una pistola, Jojo no es más que un bebé regordete y patizambo. Yo tendría que gritar, pero no puedo.

—Mierda —susurra Michael.

Jojo sube los brazos en cruz. El oficial le grita, un sonido bruto que se queda flotando en el aire, y Jojo mueve la cabeza sin parar y se tambalea cuando el oficial le da una patada entre las piernas para que las abra, la pistola apunta ahora un poco más abajo, al centro de su espalda. Pestañeo y veo una bala atravesando sus suaves carnes. Tiemblo. Cuando vuelvo a abrir los ojos, Jojo sigue de una pieza. Ahora está arrodillado, la pistola le apunta a la cabeza. Michaela forcejea con Misty.

—Hostia puta —grita Misty.

Suelta a Michaela, que sale corriendo hacia Jojo, se echa sobre su espalda y lo envuelve con sus brazos y piernas. Sus huesecitos: lápices de cera y canicas.

Un escudo. Yo estoy de rodillas.

—No —dice Michael—. No, Leonie. Cariño, no.

Me pongo atacada. Imagino mis dientes en el cuello del oficial. Podría desgarrarle la garganta. No necesito manos. Podría reventarle el cráneo de una patada. Jojo se cae hacia delante, al césped, y el policía está moviendo la cabeza, se dirige a Michaela, que le da un puntapié, y esposa a Jojo con una mano. Hace una señal a Misty, que sale corriendo y agarra a Michaela bajo sus axilas, la somete como un caimán.

—¡Jojo! —grita Michaela—. ¡Quiero Jojo!

—Necesito su permiso para registrar el vehículo, señora.

—Quíteme estas esposas.

Si se acercara un poca más, le daba tal cabezazo que lo dejaba ciego.

—¿Es eso un sí, señora?

Trago, respiro. El aire es como un charco de barro.

—Sí.

Jojo no le quita ojo a Michaela. Gira el cuello para mirarla, le habla, su voz es un susurro que se suma al de los árboles que se mecen por el viento. Las nubes, enormes olas grises que se deslizan por el cielo. El aire ya se ha humedecido. Michaela le está pegando a Misty en el cuello y estoy segura de que Misty está cagándose en todo; sus palabras son indescifrables, pero las sílabas se insertan en el aire como los clavos en las traviesas de madera de las vías del tren.

—¿Ha soltado la pistola, cariño? —pregunta Michael.

Asiento y gimo.

El oficial está dirigiéndose al maletero, que está hecho una pocilga. Ahora me doy cuenta, esposada, ahogándome. Bolsas de plástico llenas de ropas descoloridas y deformes. La bolsa con los sándwiches de Al. Un neumático. Cables puente. Una antigua nevera con comida mohosa en las juntas llena de bolsas vacías de patatas fritas y botellas de refrescos. La bolsita me ha bajado por la garganta y ha desaparecido en el estómago; el aire vuelve generando un enorme zumbido y puedo respirar, pero el cristal me sube rápido. Una mano gigante me aprieta y me agita. Es un tipo diferente de asfixia. Siento escalofríos, cierro los ojos, los abro, y el fantasma de Given aparece sentado junto a Jojo en el suelo, se acerca a él como si pudiera tocarlo. Given-no-Given deja caer la mano. Media cara de Jojo está pegada al suelo, pero aún puedo ver su boca fruncida temblándole por las comisuras: es la cara que ponía cuando era un bebé,

cuando luchaba contra el deseo de llorar.

—¡Quiero Jojo! —grita Michaela.

El oficial se aleja del coche, se recompone y se acerca a Misty, que sube a Michaela en brazos para lidiar mejor con ella. El fantasma de Given se levanta, camina hacia donde están el oficial, Michaela y Misty.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta Michael.

Digo que no con la cabeza. Given-no-Given se acerca esta vez a Michaela y da la impresión de que ella lo ve, de que él puede tocarla de verdad, porque se pone rígida de repente y le sale un chorro dorado de vómito de la boca que cae en el pecho uniformado del oficial. Misty suelta a Michaela, se agacha y le entran arcadas. El fantasma de Given aplaude en silencio y el oficial se queda helado.

—¡Joder! —dice el oficial.

Michaela gatea en busca de su hermano y el oficial mete la mano en el bolsillo de Jojo, saca una pequeña bolsa, mira dentro de ella y se la pone delante de la cara de Jojo como si fuera la cáscara de un plátano podrido. Se da media vuelta ofendido y se pone otra vez delante de nosotros, nos abre las esposas y brilla. Un resplandor de bilis, destellos azules.

—Vuelvan a casa —dice.

Ya no hay canela ni colonia. Sólo ácido gástrico.

—Gracias, oficial —dice Michael.

Michael me sujeta del brazo y me lleva hasta el coche y yo no puedo ocultar el escalofrío de placer que me da el cristal y el tacto de sus dedos, y el oficial le quita las esposas a Jojo.

—El chaval tenía una puta piedra en el bolsillo —dice el oficial—. Váyanse a casa y procuren que la niña esté en su asiento todo el tiempo que sea posible.

El fantasma de Given me observa cuando me coloco en el asiento del copiloto. Tengo el cuerpo lacio. No puedo pestañear. Los ojos se me abren una y otra vez. Given-no-Given mueve la cabeza cuando el Michael real cierra la puerta del copiloto.

—Joder joder joder joder joder —susurra Misty en el asiento de atrás.

Jojo le pone el cinturón a Michaela por las piernas y le da un abrazo, a ella y a todo el artilugio: el respaldo de plástico, el asiento acolchado. Michaela está sollozando y le agarra el pelo a Jojo con las dos manos. Imagino que Jojo le va a decir que todo está bien, pero no lo dice. Sólo acaricia la cara de Michaela con la suya, con los ojos cerrados. Mi columna es una cuerda tensada al norte y al sur.

Michael mete primera.

—Tienes que tomar leche —dice Michael.

El fantasma de Given se pasa la mano por la boca y entonces me doy cuenta de que me está saliendo baba a chorros, espesa como mocos. Given-no-Given se aleja del coche y desaparece: ya entiendo. El fantasma de Given es el corazón de un reloj, y al irse hace que todo se ponga en marcha de nuevo, tic tac tic tac, hace que la carretera se abra ante nosotros, que los árboles peguen sacudidas, que diluvie, que el limpiaparabrisas silbe. Me doblo por la mitad, llevo la boca a los codos y rodillas, y gimoteo. Ojalá fuera el regazo de mamá. La mandíbula me castaña y chirría. Trago. Respiro. Pura delicia, puro infierno.

CAPÍTULO 8. JOJO

No puedo mirarlo directamente. No mientras esté sentado en el suelo, incrustado entre el asiento de Kayla y el delantero, observándome. No dice nada, sólo tiene las manos encima de las rodillas, la boca en las muñecas. Y un puño cerrado. Nunca he visto rodillas iguales: enormes pelotas de tenis llenas de polvo y desgastadas. Aunque está muy esmirriado, con esas piernas y brazos que parecen palillos, no sé cómo lo ha hecho para meterse en un hueco tan pequeño. Es afilado por los bordes, pero aun así es demasiado grande, y lo único que me viene a la mente cuando lo miro es «algo no va bien». La frase me da vueltas en la cabeza como un murciélago revoloteando por las esquinas de un desván. No me doy cuenta de que me he quedado dormido hasta que el coche da un frenazo, me despierto y veo las luces que parpadean, el policía en la ventana diciéndole a Leonie que se baje del coche y el chico hundiéndose todavía más en el suelo, tapándose las orejas con las manos.

—Van a encadenarte —dice.

Cuando el oficial se acerca a la parte trasera del coche y dice «joven, salga fuera del vehículo», el chico se enrosca aún más, como una cochinilla, y hace una mueca.

—Te lo dije.

Es la primera vez que me interroga la policía. Kayla está gritando, no quiere separarse de mí, y Misty se queja, la manga de la camisa le baja aun más por el hombro, mostrando la parte superior de sus pechos. No es el momento de fijarme en eso. Sólo tengo ojos para Kayla, que no para de forcejear. El hombre me dice «siéntate» como si fuera un perro.

—Siéntate.

Hago lo que me pide, pero me siento culpable por no resistirme, por no hacer como Kayla, pero entonces me acuerdo de Richie y siento la bolsita de Pa en mis pantalones cortos y acerco la mano a ella. Si pudiera palpar el diente, la pluma,

la nota, tal vez si pudiera sentir esas cosas, tal vez no lloraría. Tal vez mi corazón no se sentiría como un pájaro dando tumbos, aturdido, después de haber chocado contra un coche. Pero entonces el policía saca la pistola y me apunta. Me da una patada. Me grita para que me hincó de rodillas en el césped. Me esposa. Y cuando toca la bolsita de Pa, me pregunta:

—¿Qué llevas en el bolsillo, chaval?

Pero Kayla se mueve tan rápido, tan pequeña, con tanta fiereza, que salta sobre mi espalda. Debería tranquilizar a Kayla, decirle que vuelva con Misty, que se baje y me suelte, pero no puedo hablar. El pájaro repta por mi garganta, agitando las alas de forma convulsiva. «¿Y si le dispara a Kayla?», pienso. «¿Y si nos dispara a los dos?». Y entonces me doy cuenta de que Richie está mirando por la ventana, a pesar de que las esposas se me están clavando en las muñecas. Richie me hace desviar la atención del día cálido y cerrado, de Misty intentando llevarse a Kayla, pero sólo por un segundo, porque no puedo evitar volver a fijarme en los brazos morenos de Kayla y en esa pistola, negra como un cadáver descompuesto, preñada de terror.

La imagen de la pistola me persigue. Incluso después de que Kayla vomite, incluso después de que el oficial me cachee los pantalones y me quite las mordientes esposas, incluso después de reanudar el viaje, con Leonie enferma con la cabeza entre las piernas en el asiento delantero, incluso después de todo eso, la pistola negra sigue ahí. Es un hormigueo en la nuca, un picor en el hombro. Kayla se acurruca en mí, se duerme enseguida y todo está caliente y húmedo en el coche: Misty está sudando por la frente, Kayla está roncando y aparecen gotitas en su nariz y yo siento que me cae agua por las costillas, por la espalda. Me toco las marcas de las muñecas que me han dejado las esposas y veo la pistola, y el chico empieza a hablar.

—Lo llamas «Pa» —dice Richie.

Creo que debería ser una pregunta, pero lo dice como si fuera una afirmación. Miro a Misty, que se está mordiendo las uñas mientras mira por la ventana, y asiento.

—Tu abuelo —dice el chico.

Alza la vista y mira hacia su frente, hacia el techo del coche, como si estuviera leyendo en él las palabras que está diciendo. Michael tampoco está prestando atención a nada de lo que ocurre atrás; está conduciendo y acariciando la espalda de Leonie. Ella está doblada en dos, gimiendo. Asiento otra vez.

—¿Sabes quién soy? —pregunta.

—Richie —gesticulo con la boca.

Parece que quiere sonreír pero no sonríe.

—¿Te ha hablado de mí?

Asiento.

—¿Te ha dicho que me conocía? ¿Qué estuvimos juntos en Parchman?

Resoplo y vuelvo a asentir.

—Ya no meten allí a chavales tan jóvenes como tú.

Las muñecas no dejan de dolerme.

—A veces creo que las cosas han cambiado. Y luego me duermo y me levanto y no ha cambiado nada.

Es como si el corte de las esposas me hubiera llegado al hueso.

—Es como una serpiente que muda la piel. El exterior parece distinto cuando las escamas cambian, pero el interior es siempre el mismo.

Como si tuviera un cardenal en el tuétano.

—Te pareces a Riv —dice Richie.

Pone la barbilla sobre los antebrazos y respira con dificultad, como si hubiera estado corriendo un buen rato. Pongo a Kayla en mi regazo y me está dando mucho calor. Tengo que apartar la mirada del chico siniestro que está incrustado en el suelo del coche, así que miro por la ventana, veo los árboles altos que parpadean al pasar y pienso en la pistola. A pesar de que daba la sensación de estar helada, creo que en realidad habría estado muy caliente si llego a tocarla. Tan caliente que me habría quemado las huellas dactilares.

Tras recorrer del tirón un buen tramo de carretera, después de al menos dos horas viendo sólo árboles, llegamos por fin a una gasolinera y Michael se desvía. El chico ha estado ahí sentado todo el rato sin moverse, yo le he estado cantando a Kayla y Misty ha estado jugando con el móvil, así que todos levantamos la mirada cuando nos detenemos en el aparcamiento. El sol quema con la intensidad invariable de la media tarde. Leonie sigue doblada en el asiento delantero, pero ya no está gimiendo. Está callada como el chico, pero no está quieta como él. Tiene los brazos cruzados a la altura del pecho y se acaricia el estómago por los costados y la espalda como si estuviera escenificando un beso con mímica, sus dedos aprietan las delgadas hendiduras intercostales. Y cada cinco segundos o así, echa la cabeza hacia atrás como si una pelota le hubiera dado en la cara, igual que me pasó a mí una vez jugando al baloncesto en el parque. Tenía siete años y mi primo Rhett me lanzó el balón y gritó «cógelo»

demasiado tarde. Yo no le estaba prestando atención, tampoco al juego: estaba mirando a las gradas, donde Leonie estaba sentada con Michael, muslo con muslo, en el frío aire de invierno, enfundados en sus chaquetas, pegaditos como polluelos en un nido. Me giré cuando la pelota me golpeó en la nariz y en la boca, tan fuerte que lo vi todo blanco y dejé babas en la pelota. Todos se rieron y pensé que era divertido y horrible al mismo tiempo.

Michael está rebuscando en la cartera de Leonie, saca diez billetes de un dólar y los agita.

—Necesito que compres dos cosas. Leche y carbón.

—Kayla está dormida.

—Y tu madre está enferma. Lo necesita para el estómago.

Me acuerdo del agua gris, del guiso negro que salió al hervir esas hojas para Kayla.

—Antes le dio a Kayla una cosa para que dejara de vomitar. ¿No ha sobrado nada?

Me pregunto si el remedio que cocinó le serviría de algo a Leonie. Si se le pondría tan mal cuerpo que le sacaría todo el veneno que tiene dentro.

—Se lo dio todo a Kayla —dice Misty.

—¿Para qué quieres carbón?

—Jojo, ¿siempre tienes que hacer tantas preguntas cuando alguien te pide algo?

Ahora mismo podría pegarme. Casi siempre era Leonie la que me pegaba, pero sé que Michael también pega. Nunca con el puño cerrado, eso sí. Siempre con la mano abierta, pero su mano era como una pequeña pala cada vez que me pegaba en el hombro, en el protuberante centro de mi pecho, en el brazo, donde no hay suficiente músculo para contrarrestar el dolor del golpe.

—Kayla está dormida —digo otra vez.

Mi intención es que suene rotundo, pero me sale como un suave murmullo y no sueno de la forma que quiero sonar. Michael no escucha «no te necesitamos». Lo que escucha es «soy débil».

—Ponla en su asiento.

—Se va a despertar —le digo.

Kayla duerme mucho. Y además no se encuentra bien, así que seguramente no se va a despertar. Pero no quiero ponerla en su asiento y dejarla con Richie sentado ahí abajo, con los dedos de sus pies junto a su cabeza, sus piecitos colgando junto a la boca del chico. ¿Y si Kayla puede verlo?

—Me cago en la puta, voy yo y ya está —dice Misty, y abre la puerta del coche.

—No —dice Michael—. Jojo, levanta el puto culo y ve a comprar lo que te he dicho. Ahora mismo.

—Te va a pegar. En la cara —dice Richie, pero no mira hacia arriba, no levanta la cabeza. Sólo lo dice y se queda con la cabeza gacha—. No voy a tocarla.

—Kayla —digo.

Michael me arroja el dinero y pone la mano como una pala. La otra mano la tiene encima del hombro de Leonie, intentando que se esté quieta.

—Ella es demasiado pequeña para ayudarme —dice Richie—. Te necesito a ti.

—Voy —digo.

Michael no se gira. Me ve poner a Kayla en su asiento, ve cómo intento colocarle bien la cabeza para que no se le vaya hacia delante, para que la barbillita no se le clave en el pecho, me ve mirar a Richie en el suelo, que mueve los dedos pero no levanta la mano.

—No me voy a ninguna parte —dice Richie.

El interior de la tienda está tan frío y el aire exterior tan caliente que las ventanas están empañadas. No veo el coche de Leonie desde dentro, sólo el gris sucio del cristal. El hombre que está en el mostrador tiene una barba marrón muy tupida, cada pelo de la cara le crece en una dirección distinta, pero el resto de él es delgado y amarillo, incluso el pelo, que lo tiene peinado hacia atrás para disimular su calvicie. Le queda bien porque su cuero cabelludo es amarillo también, no sabría decir dónde termina su piel y dónde le empieza el pelo.

—¿Nada más? —dice cuando pongo el cuarto de galón de leche y las pequeñas briquetas de carbón en el mostrador. Alarga las palabras tanto que se quedan como orbitando entre nosotros y tengo que traducir su acento para entender lo que me está diciendo. Me inclino hacia delante. Él da un paso atrás: pequeño como un trozo de uña cortada. Un tironcito. Recuerdo que soy negro y me echo también hacia atrás.

—No —le digo, y pongo el dinero en el mostrador.

Cuando llevo la bolsa al coche, Michael está decepcionado.

—Vuelve dentro —dice—. Y compra un martillo o un destornillador o algo parecido. Busca donde las cosas para la casa y el coche. Tienen que tener algo. ¿Cómo quieres que machaque el carbón si no?

—Sí que faltaba algo más por lo que veo, ¿no? —me dice el hombre cuando pongo el manómetro en el mostrador.

—Sí —respondo.

Me sonrío y tiene todos los dientes grises. Las encías, rojas. La boca es lo único de él que tiene un color intenso, una sorpresa roja escondida tras la barba. Cojo un chupachups del estante.

—¿Cuánto es?

—Setenta y cinco céntimos —dice el hombre. Sus ojos dicen otra cosa: «Te lo daría si pudiera, pero no puedo. Hay cámaras».

—Aquí tiene —respondo—, y no me hace falta el recibo.

La vuelta está fría en mi bolsillo cuando me paro junto al coche, en el lado de Michael, y le doy el manómetro.

—¿Y la vuelta?

Pensaba que se iba a olvidar y que en la siguiente parada podría comprar un paquete de tiras de carne deshidratada para Kayla y un refresco para mí. De nuevo siento como si tuviera un globo en mis entrañas, lleno de aire y nada más. Saco la vuelta de la bolsa que me dio Pa y cuando me meto en el asiento de atrás, Michael me pasa un platito sucio que Leonie tenía bajo el asiento del conductor, un trozo de carbón y el manómetro.

—Qué caro es el carbón, coño —dice—. Tritúralo.

—Caramelo —dice Kayla y se acerca a mí.

—Michaela, deja a tu hermano tranquilo —dice Michael. Está acariciándole el pelo a Leonie, se acerca a ella y le susurra al oído, entiendo algunos cachitos de lo que dice—: Respira, cariño, respira —dice.

—Shhh —le digo a Kayla.

Pongo las rodillas en el suelo y me agacho sobre el plato y el carbón. Le doy un golpe flojito al carbón porque no quiero romper el plato con el manómetro. Kayla se pone a llorar, cada vez más fuerte. Parece que va a empezar a gritar «caramelo, caramelo», pero miro a Kayla y tiene dos dedos en la boca, y entonces sé por cómo me observa, con sus ojos redondos como canicas, tranquila en su asiento, tocando la hebilla del cinturón con la otra mano, que tiene el don. Igual que yo. Que lo puede entender igual que yo, pero incluso mejor, porque sabe cómo hacerlo ahora. Porque puede mirarme y saber lo que estoy pensando: «Te he comprado uno, Kayla, un chupachups, pero hasta que no acabe de hacer esto no te lo puedo dar, te lo prometo, porque eres una niña muy buena», y su sonrisa rodea los dedos mojados, sus dientecitos, perfectos y parejos como

granos de arroz crudo, y sé que me está escuchando.

—Mike, ¿estás seguro de lo que estás haciendo? —pregunta Misty.

—Es lo que te dan en el hospital —dice Michael.

—Nunca he oído a nadie hacer una cosa así.

—Bueno —dice Michael.

—¿Y si se pone peor?

—¿Tú sabes lo que ha hecho?

—Sí, sí —dice Misty en voz baja, casi tragándose las palabras.

—Pues entonces sabes que tiene que tomarse algo.

—Lo sé.

—Esto es lo que hay —dice Michael con determinación, su voz como hormigón armado, como si hubiera respondido a una pregunta: punto y final.

—Ya está listo —digo.

—¿Todo el trozo?

Levanto el plato para que pueda verlo, la montañita de polvo negro grisáceo oliendo un montón a sulfuro. Una especie de tierra mala. Como un pantano seco, cuando el agua se va después de la luna o cuando no ha llovido y el fondo barroso, donde se esconden los cangrejos, se vuelve negro y pegajoso bajo el cielo azul y huele mal. Michael coge el polvo. Le quita el plastiquito a la leche, lo tira, y le da dos buenos buchets. Tengo tanta hambre que puedo olerla en su aliento, olerla en el coche cuando coge el carbón y lo mete en la leche, le pone el tapón y la agita. La leche se vuelve gris. Le quita de nuevo el tapón y hay un nuevo olor en el coche, el tipo de olor que hace que la garganta se me cierre, el tipo de olor que me hace tragar saliva, y eso es lo que hago.

—¡Madre mía, qué pestazo! —dice Misty.

Se cubre la mitad de la cara con la camisa como si fuera un velo.

—Se supone que no tiene que oler bien, Misty —dice Michael.

Obliga a Leonie a incorporarse y la cabeza le cae hacia atrás. Pensaba que iba a tener los ojos cerrados, pero no: los tiene abiertos de par en par, y bate las pestañas a toda velocidad, como si fueran las alas de un colibrí. Como si estuviera en *shock*.

—Venga, cariño. Tienes que tomarte esto.

Leonie se retuerce y se gira como si no tuviera huesos, su cuerpo se dobla como si fuera un gusano.

—¿Caramelo? —pregunta Kayla.

Las fosas nasales de Michael se ensanchan y sus labios se extienden como si quisiera sonreír, pero no hay ninguna curva. Sus dientes amarillos brillan y babea como los de un perro. No se va a dar cuenta. Toda su atención está en Leonie, en su cuello rebelde y en sus manos que intentan apartarlo.

Desenvuelvo el chupachups. Es rojo y brillante, lo oculto en el hueco de la mano y se lo doy a Kayla. Si Michael pregunta de dónde ha salido, le voy a decir que lo he encontrado en el suelo del coche.

—¿Qué es eso? —pregunta Richie.

—Ven a ayudarme, Misty —dice Michael. Le leche le gotea por el antebrazo. Leonie se resiste—. ¡Tápale la nariz!

—¡Mierda! —dice Misty.

Se va al asiento delantero y los dos forcejean con Leonie, y Michael le obliga a beber a Leonie lo que puede y ella traga y respira y se ahoga y hay leche gris por todas partes.

—Cógeme —dice Kayla, y se sube a mi regazo.

Noto la suavidad de su pelo en mi cara y huelo el chupachups en su aliento, dulce y ácido, gira la cabeza y es como tener la cara llena de algodón de azúcar, áspero y empalagoso.

—Es un chupachups —susurro.

Rico asiente y estira los brazos hacia arriba.

—¿Ésa es tu madre? —me pregunta.

—No —respondo, y no le doy ninguna explicación, ni siquiera cuando Michael la saca del coche y los dos están de rodillas sobre el césped, a un lado de la gasolinera, y la espalda de Leonie se curva tanto que parece una gata enfadada.

Estoy cantando canciones infantiles con Kayla mientras Leonie vomita porque quiero que Kayla me preste atención a mí. No quiero que vea a Leonie ahí tirada, vomitando, no quiero que vea a Michael con la cara apretada como si fuera a llorar, no quiero que vea a Misty corriendo desde la gasolinera en dirección a donde están ellos con vasos de agua, dando gritos agudos y con la cara roja. Pero no me sé bien ninguna canción; Leonie me las cantaba hace mucho tiempo y sólo recuerdo trozos sueltos, destellos momentáneos de cuando estaba en su regazo, los dos cantando en la cocina entre vapores de cebolla, pimienta morrón, ajo y apio; olía tan bien que me quería comer el aire. Ma se reía de mi pronunciación; decía «cacas» en vez de *vacas*, «tatos» en vez de

gatos. Debía de tener la edad de Kayla, pero también puedo recordar el olor de Leonie, su aliento, los chicles de canela picante que mascaba mientras me cantaba al oído. Incluso cuando me hice mayor y dejó de darme besos, cada vez que alguien mascaba ese chicle, me acordaba de Leonie, de sus labios suaves y secos en mi mejilla. A Kayla no le importa, a pesar de que las canciones están hechas de retazos de recuerdos, un puzzle en el que las piezas no encajan del todo: en la granja de mi tío, una vaca hace muuu, para ser conductor de primera, acelera, Itsy Bitsy araña tejió su telaraña. Me invento pantomimas para todo, pero la parte favorita de Kayla es la de la araña, porque cruzo los pulgares y extendiendo los dedos y forman una red y los muevo, y hay una araña en el coche, a unas pulgadas de la cara de Kayla, subiendo por la telaraña en mitad de la lluvia. Atolondrada. Cuando el chico empieza a hablar, yo canto muy bajito, y Kayla canta muy bajito porque piensa que es divertido, y yo escucho. Entonces Kayla deja de cantar y se pone a escuchar también, pero mueve los brazos y se queja cuando paro, así que canto otra vez.

—¿Riv es viejo? —pregunta Richie.

Asiento y sigo canturreando.

—Era más delgado que tú. Más alto. Tenía algo, no sé qué, pero siempre destacaba. No sólo porque era joven. Sino porque era Riv.

El sol se arrastra por el cielo poco a poco. Los rayos dejan de lado la cara del chico y aterrizan en Kayla, haciendo que sus ojos brillen.

—Hay muchos hombres ahí dentro que no son muy amables que digamos. Antes y ahora. Está lleno de hombres malos. Esa clase de hombres que se sienten mejor si te hacen daño. Como si eso los calmara.

Cuando el sol le da al chico en la cara, en vez de brillarle, su cara se vuelve de un marrón aún más oscuro.

—Ahí dentro te pegan. Hay gente que ve a chicos de nuestra edad y ve a alguien a quien violar. A alguien que está blandito y rosa por dentro. Riv intentó protegerme de esas cosas. Pero no pudo protegerme de todo, y yo era demasiado pequeño. No podía soportarlo. No dejaba de pensar en mis hermanos, me preguntaba si tendrían algo que comer. Quería saber cómo sería despertarme y no sentir como si tuviera dentro un matorral de espinas.

Un marrón que se convierte en negro.

—No podía vivir de ese modo. Así que decidí huir. ¿Te ha contado eso Riv?

Asiento.

—Supongo que no lo conseguí. —Rico sonrío, es una risita cansada, sin

fuerza. Luego se pone serio, su cara se hace de noche bajo la brillante luz del sol —. Pero no sé qué pasó. Necesito saber qué pasó. —Mira hacia el techo del coche—. Seguro que Riv lo sabe.

No quiero que me cuente nada más. Muevo la cabeza. No quiero que hable con Pa, que le pregunte por esa época. Pa nunca me ha contado lo que le pasó a Richie cuando huyó. Siempre que le pregunto, cambia de tema y me pide que lo ayude con algo fuera. Y entiendo lo que siente cuando mira hacia otro lado o cuando se va, esperando que yo lo siga. Sé lo que Pa está diciendo: «No quiero hablar de eso. Me duele».

—¿Qué pasa? —pregunta Richie. Parece confundido.

—Cállate —le digo con suavidad.

Entonces miro a Kayla, que está moviendo los dedos en el aire y dice:

—Araña, araña.

—Tengo que volver a verlo —dice—. Tengo que saberlo.

Michael ha cogido a Leonie como si fuera un bebé, con un brazo bajo las corvas y el otro bajo los hombros. Tiene la cabeza echada hacia atrás. Le está hablando a su garganta mientras la trae hacia el coche. Leonie mueve la cabeza. Misty se está limpiando la frente con papel de cocina. Richie se levanta un poco, como si tuviera cuerpo, piel, huesos y músculos y necesitara estirarse antes de volver a sentarse en ese rinconcito tan estrecho del suelo.

—Así podré volver a casa.

Es por la tarde. Las nubes se han ido, el cielo es un enorme brochazo azul, una suave luz blanca lo inunda todo, pone a Kayla dorada y a mí, rojo. Todo lo demás absorbe la luz excepto Richie, que se deshace de ella. Los árboles retumban.

—Ni siquiera eres de Bois —digo como si fuera un hecho cuando en realidad sé que es una pregunta.

Richie se inclina hacia delante, se acerca tanto que si respirara, me estaría echando el aliento en la cara, apestándome la nariz. He visto fotos de cepillos de dientes de los años cuarenta. Grandes como cepillos del pelo, con cerdas que parecían de metal. Me pregunto si tendrían cepillos en Parchman, o si mordisqueaban ramas hasta ponerlas suaves y se frotaban los dientes con eso, como dijo Pa que hacía cuando era pequeño.

—Hay cosas que crees que sabes pero en realidad no tienes ni idea.

—¿Como qué? —pregunto rápidamente porque Misty está abriendo la puerta delantera y Michael está tumbando a Leonie en el asiento y sé que el resto de mi

conversación tiene que ser en voz baja.

—El hogar no siempre tiene que ver con un lugar. La casa donde crecí ya no está. No es más que campo y bosque, pero incluso si la casa siguiera allí, el hogar no es eso. —Richie se choca los nudillos—. No sé.

Levanto la ceja derecha. Ma puede hacerlo y yo también. Pa y Leonie, no.

—El hogar tiene que ver con la tierra. Si la tierra se abre para ti. Si tira de ti tan fuerte que el espacio entre tú y ella se funde y sois sólo uno y late como si fuera tu corazón. Al mismo tiempo. El sitio donde vivía mi familia... es un muro. Es un suelo duro, madera. Luego cemento. Sin nada abierto. Sin latido. Sin aire.

—¿Y entonces? —susurro.

Michael arranca y sale del estrecho aparcamiento de gravilla de la gasolinera. El viento me amasa el pelo.

—Ésta es mi forma de encontrarla.

—¿De encontrar el qué?

—Una canción. El lugar es una canción y yo voy a ser parte de esa canción.

—Eso no tiene sentido.

Misty me mira. Yo miro por la ventana.

—Lo tendrá —dice Richie—. Es por eso por lo que oyes a los animales, ves cosas que no están aquí. Es un trozo de ti. Es todo lo que hay dentro de ti y fuera de ti.

—¿Qué más?

Bajo la mano y la boca.

—¿Qué más qué?

—¿Qué más cosas no sé?

Richie se ríe. Tiene risa de viejo: resuella y grazna.

—Demasiadas cosas.

—Las más importantes —sale de mi boca.

—El hogar.

Pongo cara de extrañeza.

—El amor.

Señalo a Kayla. Richie se encoge de hombros.

—Hay más —dice.

Se mueve como si el suelo estuviera muy duro, como si no le gustara hablar sobre el amor. Y entonces me mira como me miró una secretaria del colegio

cuando tenía siete años: yo había sufrido un contratiempo, me había meado encima y Leonie no vino a traerme ropa limpia, así que me senté en una silla naranja de plástico duro en el despacho y me pasé una hora temblando hasta que consiguieron hablar con Ma y vino y me sacó del aire acondicionado al calor del día. Como si tuviera lástima de mí por lo que me queda por aprender.

—Y el tiempo —dice—. No tienes ni puta idea de lo que es el tiempo.

CAPÍTULO 9. RICHIE

Sé que Jojo es inocente porque puedo leerlo en sus impolutas redondeces: su cara suave y rolliza, su estómago orondo y lleno, sus manos y pies suaves como los de su hermana menor. Cuando se queda dormido parece incluso más pequeño. Su hermanita se ha recostado encima de él y los dos dormitan como gatos salvajes; con la boca abierta, los brazos y las piernas extendidas, las gargantas expuestas. Cuando yo tenía trece años sabía muchas más cosas que él. Sabía que los grilletes de metal podían incrustarse en la piel. Sabía que el cuero podía partir la carne como mantequilla. Sabía que el hambre podía doler, podía dejarme hueco como una calabaza, y que ver a mis hermanos pasar hambre también podía dejarme hueco de otra forma. Podía hacer que el corazón me rebotara contra el pecho desesperadamente. Veo a Jojo y a Kayla durmiendo a pierna suelta y me pregunto si alguna vez yo habré dormido así cuando era más pequeño. Me pregunto si Riv me miró alguna vez y vio una cosa salvaje e ingenua en la litera de al lado. Me pregunto si sintió lástima por mí. O si había más amor. Jojo ronca, un resoplido y se para, y yo siento como si algo en el pecho, donde estaría mi corazón si siguiera vivo, se ablandara al mirarlo.

Yo tampoco sabía lo que era el tiempo cuando era pequeño. ¿Cómo iba a saber que después de morir Parchman no me dejaría ir al cielo? ¿Cómo iba a imaginar que Parchman me atraparía y no me dejaría ir? ¿Y cómo iba a concebir que Parchman era pasado, presente y futuro a la vez? ¿Que la historia y el drama que esculpieron ese lugar a partir de una tierra salvaje me enseñarían que el tiempo es un océano inmenso y que todo ocurre a la vez?

Estaba atrapado, igual de atrapado que cuando estuve en aquel espacio de pinos en el que me desperté. Atrapado como antes de que la serpiente blanca, el buitre negro, viniera a por mí. Parchman había vuelto a encarcelarme. Vagaba por la nueva prisión, noche tras noche. Era un lugar rodeado de bloques de

cemento y hormigón. Veía a los hombres follar y luchar en la oscuridad, enredados unos con otros de tal forma que no sabía dónde terminaba un hombre y dónde empezaba otro. Viví tantas rotaciones de la Tierra en la nueva Parchman. Estaba atento por si veía al pájaro negro, pero no aparecía por ningún lado. Me desesperé, me metí debajo de la tierra, me dormí y me desperté para presenciar el nacimiento de Parchman: vi a hombres encadenados limpiar la tierra y poner los primeros troncos de las primeras barracas destinadas a los encañonados y tiradores de confianza. Pensé que estaba dentro de una pesadilla. Pensé que si me enterraba y me dormía y me despertaba de nuevo, volvería otra vez a la nueva Parchman, pero en vez de eso, me dormí, y cuando me desperté estaba en el Delta antes de la prisión, y los hombres nativos estaban en esa tierra fértil, cazando y jugando al *stickball*⁶ y fumando. Desconcertado, me metí bajo tierra, me dormí y me volví a despertar en la nueva Parchman, esta vez había hombres con el pelo largo y lleno de trenzas, se sentaban durante horas en pequeñas habitaciones sin ventanas, mirando cajas negras de las que emanaban sueños. Sus caras estaban rígidas como cadáveres bajo esa luz azul. Me metí bajo tierra, me dormí y me desperté muchas veces antes de darme cuenta de que ésa era la naturaleza del tiempo.

Fue un pequeño acto de piedad el que nunca me despertara en la antigua Parchman, la que Riv y yo habíamos vivido. Sólo visité esa Parchman en recuerdos, recuerdos que afloraban como burbujas de putrefacción sobre la superficie de una ciénaga. Riv tenía una mujer en Parchman; aquella mujer brillaba como el oro en la oscura manta de la memoria que me cubre cuando duermo. Era una prostituta al servicio de los hombres negros de la cárcel; por su aspecto podría haber sido mi madre, delgada y oscura como yo, sus ojos negros como los árboles cuando cae la noche. Siempre iba de amarillo. Le pregunté a Riv una vez por qué le gustaba y me dijo que eso lo sabría cuando fuera más mayor. Le pregunté si la quería y dijo que no con la cabeza, y me pregunté si estaría enamorado de alguien en el Golfo, de alguna chica de agua salada.

Fue la mujer de amarillo, la Mujer Sol, como la llamaban el resto de los hombres, la que nos habló a mí y a Riv sobre los linchamientos. Era su último día en Parchman, ninguno de nosotros lo sabía en ese momento, y se sentó con los brazos cruzados sobre el pecho y tapándose la boca con una mano mientras observaba a los tiradores de confianza. Estábamos sentados en una esquina del recinto, a la sombra de un cobertizo, y nos contó la historia del último hombre al que habían colgado. «Era un hombre negro», dijo, «de las afueras de Natchez». El hombre había ido un día a la ciudad con su mujer y no se bajó de la acera

cuando una mujer blanca pasó a su lado. «Pasó demasiado cerca de ella», dijo la Mujer Sol, «tanto que la rozó. Sintió su suavidad bajo su ropa», dijo la Mujer Sol. «La mujer blanca escupió, insultó al hombre negro y a su mujer, y la mujer negra pidió disculpas. Dijo que su marido no tenía intención de hacer eso». La Mujer Sol pensaba que lo que pasó en realidad fue que él no quería que su mujer se tuviera que bajar de la acera, porque el asfalto estaba lleno de charcos debido a las fuertes lluvias y las inundaciones. Tal vez fuera un hombre altanero, pensó que podía ser cortés con su mujer, hacer que siguiera andando y que no se manchara. «Llevaba su mejor vestido», dijo la Mujer Sol. La mujer blanca se fue a su casa y le contó al marido que un hombre negro la había acosado y que su mujer le había faltado al respeto. El hombre negro y su mujer iban de camino a casa cuando una muchedumbre los alcanzó. «Son ellos», dijo la mujer blanca, «esos de ahí». La Mujer Sol dijo que había más de cien personas. La gente de la comunidad vio todas las luces, las antorchas y linternas que convirtieron la noche en amanecer.

Y ahí es cuando la Mujer Sol empezó a susurrar. Dijo que su gente fue a los bosques y los encontraron al día siguiente. Dijo que la multitud les había dado tal paliza, que sus ojos no se veían de lo hinchadas que tenían las caras. Había papeles y envoltorios de salchicha y restos de mazorcas de maíz por todo el suelo. Al hombre le faltaban los dedos de las manos y de los pies y los genitales. A la mujer le faltaban los dientes. Los dos estaban colgados y el suelo que rodeaba las raíces del árbol echaba humo porque la multitud también los había prendido fuego. «Esto no es seguro», dijo la Mujer Sol, «y por eso hoy es el último día que me vas a ver por aquí, River. Me voy al norte, a Chicago, con mis tíos», dijo, «y sería una estupidez por tu parte si no te vinieras al norte cuando salgas de aquí».

Riv puso cara de haberse comido algo desagradable, un bicho o una roca, y dijo: «No, Mujer Sol, tengo que volver al sur». Riv me miró y dijo: «Tal vez no tendrías que habernos contado esa historia. Tal vez tendrías que haberte esperado». «Mira, River, si tiene edad para estar aquí», dijo la Mujer Sol, «tiene edad para saberlo».

Riv apartó el brazo de ella y se puso al sol. «Que esté aquí no quiere decir que pueda soportarlo. No tendría que soportar nada de esto», dijo Riv.

La Mujer Sol parecía decepcionada por lo que había dicho Riv, enfadada, pero le puso la mano en el brazo, aunque parecía que le doliera hacerlo, y dijo: «Lo siento, Riv. Lo siento, chaval». Se alejó de él y me dejaron al abrigo del edificio. Miré la chapa oxidada de las paredes y caí en la cuenta de que podría

haberle dicho a la Mujer Sol que no me había contado nada que yo no supiera. Me pregunto si eso habría evitado que Riv se enfadara tanto con ella. Una vez, jugando con mis hermanos en el bosque, encontramos colgando de un árbol los restos de lo que había sido un hombre. Era un hombre bajo, igual de bajo que yo, pero putrefacto y maloliente y tenía la boca abierta como si estuviera sonriendo. Era la sonrisa del diablo. Mis hermanos pequeños se fueron pitando de allí, no paraban de gritar, y cuando llegué a casa mi madre me dio una bofetada por ser el mayor y llevar a mis hermanos a un sitio al que no tendríamos que haber ido. Pero cuando pensaba en el modo en que River había regañado a la Mujer Sol, en cómo se apartó de ella para protegerme, empecé a entender lo que era el amor. Empecé a entender que lo que Riv y la Mujer Sol hacían no era una expresión de amor, pero el hecho de que Riv saliera al sol por mí, sí lo era. Me dejé caer en el suelo y me senté con el peso de aquel pensamiento. Quería llamar a la Mujer Sol y decirle que lo haría: que iría al norte cuando me dejaran libre. Riv me miró y sus ojos estaban vidriosos y oscuros; era como si pudiera oír mis pensamientos, como si supiera lo que yo quería decir. Cuando vi que la Mujer Sol alejaba a River de mí, sentí una punzada en los dedos de los pies, en las plantas, en las piernas, en el culo, por toda la espalda, prendiendo fuego a mis huesos, extendiéndose a las costillas, se había desatado una sensación poderosa, como una voz liberada de una garganta, una nota que gritaba por todo mi ser, y fue entonces cuando supe que me iba a escapar.

Entendí lo que significaba tener un hogar cuando Riv empezó a contarme historias, de noche, durmiendo uno al lado del otro. Una vez, River me habló del océano. Me dijo: «Tenemos mucha agua en el lugar de donde provengo. Nos llega del norte, de los ríos. De los pantanos. Llega al océano y se extiende hasta los confines del mundo, hasta donde alcanza la mirada. Cambia de color», dijo, «como un camaleón. A veces es azul tormentoso. A veces gris frío. Por la mañana temprano es plateado. Cuando miras el océano sabes que hay un Dios», me dijo mientras los demás presos tosían y daban vueltas en la cama. «Tal vez algún día, cuando tú y yo salgamos de aquí, puedas venir y verlo», dijo Riv.

Kayla está rodeando el cuello de Jojo con la palma de la mano y él le echa un brazo por la espalda y me pregunto si tendrán los mismos sueños. Me pregunto si están soñando con su hogar: con árboles enmarañados soportando el peso del cielo. Con arroyos que desembocan en ríos que a su vez desembocan en el mar. Me pregunto si la razón por la que no había podido abandonar Parchman hasta que llegó Jojo era porque esa cárcel era una especie de hogar para mí: terrible y

formativa como las cadenas de hierro de los perros, que hacen que se vuelvan histéricos y ladren y corran en círculos y excaven bajo las raíces del césped para atormentar a animales más pequeños, para matar las cosas vivas que quedan a su alcance.

Hoy, cuando Jojo llegó a Parchman, me desperté por el susurro de la serpiente blanca, que había empezado a cavar un nido debajo de la tierra, a mi lado, para poder hablarme al oído. Para poder rodearme la cabeza en la oscuridad y susurrarme: «Si te levantas, podría elevarte sobre las aguas de este mundo y llevarte a otro. Este lugar te ata. Este lugar te ciega. No pierdas la escama, incluso si no puedes volar. Ve al sur, donde está River, a la faz de las aguas. Él te mostrará el camino. Ve al sur». Se enrolló en mi cuello y me hizo subir y salir de la tierra, levantarme al olor de la sangre de Riv, denso como la fragancia de la flor del infierno. Cuando vi a Jojo y a Kayla en el aparcamiento, la serpiente se transformó en un pájaro sobre mi hombro antes de echar a volar sobre una ráfaga de viento, dirigiéndose veloz al norte en una migración solitaria. Mientras Kayla gime en sueños y Jojo le acaricia la espalda para tranquilizarla, una sombra desciende y pasa por encima de ellos. En el cielo, el pájaro escamado vuela y proyecta una luz oscura.

«Lo seguiré», digo. Espero que pueda oírme. Digo: «Voy a casa».

CAPÍTULO 10. LEONIE

Cuando empezamos a salir, Michael y yo nos pasamos un mes yendo al embarcadero del pantano por la noche, aparcábamos allí, nos besábamos, su cara contra la mía, su piel suave mientras el viento entraba por las ventanas abiertas, salobre y dulce. Nos pasamos un mes yendo a cualquier sitio que estuviera lejos de su casa en el Kill y luego me dejaba en mi casa una hora antes del amanecer. Una de esas noches salté por el acantilado del río. Corrí antes de saltar para no caerme en las rocas; me hundí en el corazón oscuro y plumoso del agua hasta llegar al fondo, donde la arena era más como lodo, sin grumos, y los árboles ahogados se descomponían, fangosos y suaves por el centro. No podía subir a la superficie; los brazos y las piernas se me habían dormido con la caída, el atronador bofetón del agua los dejó entumecidos. Dejé que el agua me llevara. Fue un ascenso lento; arriba, arriba, arriba, hacia la luz blanquecina. Lo recuerdo claramente porque nunca volví a tirarme desde allí, me daba miedo esa subida tan lenta. Así es como me siento al despertarme con la cabeza en el regazo de Michael, con sus dedos posados sobre mi pelo, el runrún del coche, la luz sesgada que entra por la ventana. Ésa es la sensación que produce emerger de un lugar oscuro y profundo. Me incorporo un poco y pongo la frente en el muslo de Michael y gimo.

—Hola.

Puedo oír la sonrisa en su voz; la palabra suena más aguda, más delgada. Estoy demasiado cerca de su entrepierna.

—Hola —digo, y me levanto un poco más.

Cuando me incorporo del todo, sé que no me encuentro bien. Como si me hubieran quitado todos los huesos de la columna, todas las articulaciones, y me lo hubieran vuelto a colocar todo pero sin que nada encaje bien.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Qué?

Michael me quita el pelo de la frente y cierro los ojos al contacto de su mano. La garganta me arde. Michael mira por el retrovisor y luego me acerca a él de modo que tengo la cabeza sobre su hombro, sus labios en mi oreja.

—Nos paró la policía, ¿te acuerdas? Te tragaste la mierda de Al porque no había tiempo de esconderla. El puto suelo estaba lleno de basura. Deberías limpiar el coche, Leonie.

Me recuerda a mamá cuando lo dice.

—Lo sé, Michael. ¿Qué más?

—Te compré leche y carbón en la gasolinera. Has vomitado.

Trago saliva y me duele la raíz de la lengua.

—Me duele la boca.

—Has vomitado mucho.

El mundo fuera del coche es verde, borroso por el traqueteo, del color de los ojos de Michael, de los árboles que rezuman vida en primavera. El recuerdo que me ayudó a salir de la oscuridad, el recuerdo de saltar por el acantilado, es verde chillón, pero no queda nada de eso dentro de mí. Sólo algunas ramas de roble negro, secas y cubiertas de musgo, carbonizadas, ardientes. Me siento mal.

—¿Cuánto queda para llegar a casa?

—Una hora más o menos.

Hasta los pinos, con su invariable verde apagado, parecen más brillantes. A través de ellos veo que el sol se pondrá pronto.

—Despiértame cuando lleguemos.

Me tumbo en las cenizas y me quedo dormida.

Cuando me despierto, Michael ha bajado todas las ventanillas. Siento como si hubiera estado soñado durante horas, soñando que estaba en una balsa medio desinflada, a la deriva, en mitad del infinito Golfo de México, lejos, donde los peces son más grandes que los hombres. No estoy sola en la balsa porque Jojo, Michaela y Michael están conmigo, codo con codo. Pero la balsa tiene un agujero o algo porque se está desinflando. Todos nos hundimos y hay rayas brillantes debajo de nosotros y tiburones acechándonos. Intento mantener a todo el mundo a flote, aunque casi no puedo mantenerme ni yo misma. Me hundo bajo las aguas y empujo a Jojo hacia arriba para que pueda sacar la cabeza y respirar, pero entonces Michaela se hunde y la empujo, y Michael se hunde y lo subo a la superficie mientras yo me hundo y lucho, pero no consigo que se queden arriba: quieren hundirse como piedras. Los lanzo a la superficie, al cielo

fracturado, para que puedan vivir, pero se me resbalan de las manos una y otra vez. Es tan real que puedo palpar sus ropas mojadas. Les estoy fallando. Todos nos estamos ahogando.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta Michael.

El cielo se ha vuelto rosa y todo el mundo está hecho polvo, hasta Misty, que se ha quedado dormida con la cara aplastada contra la ventanilla, el pelo le cae por la frente y le llega a la nariz y las mejillas: un velo amarillo.

—Creo que sí —respondo.

Y es verdad, excepto por el sueño. Se queda conmigo, un moratón en la memoria que me duele cuando lo toco. Me giro para ver cómo está Michaela. La camisa, fría y húmeda, está pegada a su cuerpecito caliente.

—Podemos dejar a los niños en casa y salir a comer algo por ahí.

—¿En casa?

—En casa de tus padres —dice Michael.

Sabía que era ahí adonde íbamos, sabía que no podíamos ir a ningún otro sitio. No vamos a ir al Kill, a casa de sus padres, que nunca han visto a Michaela en carne y hueso. No podemos ir adonde no somos bienvenidos. Pero supongo que en mi cabeza tenía un apartamento. Una vez que nos asentemos un poco, conseguiremos uno, pero lo había visualizado hasta tal punto que cuando pensaba en volver a casa, sólo veía ese lugar. Había imaginado que nos mudábamos a una ciudad grande de la costa del Golfo de México, en uno de esos complejos de tres pisos con escaleras de metal y cemento que van de una planta a otra. Tendríamos habitaciones grandes pintadas de blanco, con moqueta, espacio, anonimato y tranquilidad.

—Claro —digo.

—¿Entonces te parece bien?

Michaela le da una patada al respaldo de mi asiento. Tiene el pelo apelmazado y está mordisqueando el palo de un chupachups, el cartón se está mojando y salen trocitos de papel que se le quedan pegados en la comisura de los labios. Le sonrío, espero que me devuelva la sonrisa, pero no lo hace. Pega otra patada y enseña los dientes alrededor del palo, pero no es una sonrisa.

—Michaela, deja de dar patadas al asiento de mamá.

—Ony —dice, y chupa el palo y mueve las dos manos. Jojo aparta la mirada de la ventana, la observa dar patadas y frunce el ceño—. ¡Ony! —grita.

—Te llama por tu nombre —dice Michael.

—Mamá —le digo a Michaela

—Ony —dice Michaela.

Y por un momento vuelvo al sueño en el que me ahogo, siento su espalda caliente y mojada sobre mis palmas, se resbala, se resbala.

—Sí —le digo a Michael—. Vamos a dejarlos en casa de mis padres.

Michael se desvía de una carretera estrecha flanqueada por árboles a otra, las gotas de las hojas manchan el parabrisas, y sé que estamos en Bois por el dibujo de las ramas de los árboles. Hay dos personas andando a lo lejos, y según atravesamos el túnel verde, veo que es un hombre, bajo y musculoso, con un perrito negro atado con cadena. Y junto a él, una mujer delgadita con un abrigo de marta cibelina y una nube de pelo que se mueve como un caleidoscopio de mariposas. Hasta que no estamos justo delante de ellos no veo quiénes son. Skeetah y Eschelle, unos hermanos del vecindario. Caminan a la vez, los dos van dando saltitos. Esch dice algo y Skeetah se ríe. Los dejamos atrás mientras el crepúsculo oscurece la carretera.

Michaela le da otra patada a mi asiento, me giro y le pego tal guantazo en la pierna que me pica la palma de la mano. Los celos se me juntan con la rabia. Qué suerte tiene esa chica. Tiene a todos sus hermanos.

La casa parece que se ha hundido. Desplomada por el tejado. Jojo parece más alto de lo que era cuando lo veo abrir la oscura puerta y desaparecer tras ella. Pero enseguida vuelve al coche y está tan oscuro que no le veo la cara. Incluso cuando se acerca a la ventana y Michael enciende la luz del techo, sigue teniendo una pátina negra sobre la cara.

—No están —dice.

—¿Pa y Ma? —pregunto.

—No están.

—¿Han dejado alguna nota?

Jojo niega con la cabeza.

—Métete en el coche —dice Michael.

—¿Qué? —pregunto.

Estoy tan cansada que siento como si me hubieran puesto una toalla mojada encima del cerebro y su peso me ahogara los pensamientos.

—Podemos esperarlos aquí —propone Jojo.

—Métete en el coche —dice Michael.

Los labios de Jojo se hacen finos y se mete en la parte trasera del coche. Michaela vuelve a esconder la cara en el cuello de su hermano y le da vueltas

con el dedo a un mechón de pelo de Jojo. Michael da marcha atrás en la calle vacía.

—¿Adónde vamos? —dice Jojo.

—A visitar a tus abuelos.

Mi corazón es una ardilla atrapada en un cepo. Los finos vellos del brazo se me erizan y tiemblan. Veo al padre de Michael, gordo y sudoroso, con su rifle en el cortacésped, el motor rechinando porque va todo lo rápido que se puede ir por el césped, intentando llegar a mi coche, alcanzarme. Veo mis manos, negras y de huesos finos, sobre el volante. Veo las manos de Given, delgadas como las mías, pero duras y llenas de callos por el roce con la cuerda del arco.

—¿Por qué ahora? —pregunto.

—Estoy en casa —dice Michael—. Sabes que nunca han ido a verme a Parchman.

—Porque no les importas —digo aunque sé que no es verdad.

—Sí les importo. Pero no saben cómo demostrármelo.

—Es por mí. Y por los niños —digo.

Esta ha sido una pelea recurrente entre nosotros. Michael prueba a decir algo distinto.

—Además, Jojo tiene trece años. Ya va siendo hora.

—Tiene trece años y pasan de su culo y del de Michaela —digo.

Michael me ignora y se dirige al norte. El aire es más fresco en el Kill porque hay menos casas aún y más tierras oscuras durmiendo bajo el cielo que se hunde.

—Lo mismo nos llevamos una sorpresa, Leonie —dice Michael. La boca me sabe a vómito—. Venga, cariño.

—No.

Michael se aparta a un lado de la carretera. Los grillos se amotinan.

—Por favor —dice Michael.

Me acaricia la nuca. Quiero salir por la ventana del coche y correr, desaparecer.

—No.

—Ellos me han traído al mundo. Y nosotros a los niños. Cuando miren a Jojo y a Michaela se van a dar cuenta —dice Michael.

Siento que los hombros empiezan a bajar, a relajarse, a asentarse.

—¿Qué les has dicho? —pregunto.

Michael observa los bichitos que saltan por el parabrisas como si fueran libélulas en agua dura.

—Les he dicho que ha llegado el momento —dice Michael—. Que si me quieren, tienen que quererlos a ellos también porque son parte de mí. —Me mira y entonces sus ojos verdes parecen marrones bajo la luz tenue, y su pelo, oscuro: un extraño sentado en el asiento del conductor—. Igual que tú —añade.

Le aparto la mano de mi nuca y me rasco como si me hubiera picado un mosquito.

—Muy bien —le digo y Michael se dirige al norte, al Kill.

—Kayla tiene hambre —dice Jojo.

—Patata —dice Michaela.

Fuera, el mundo es oscuro, los campos y los árboles, negros como la tinta. Cierro mi ventana, que se ha roto. Desperté a Misty cuando paramos en la entrada de gravilla de su casa, cogió su bolso que lo tenía a los pies y salió a trompicones del coche con un sarcástico: «Bueno, ha sido divertido, chicos». Me odiará un día o dos, pero una vez que lave la ropa y desaparezca el olor a vómito de su nariz, me llamará. Lo sé por la forma en que se acercó a mi ventana después de cerrar su puerta, por cómo miró a Michael y dijo: «Buena suerte». Cuando cierro la ventana sobre la que Misty ha estado durmiendo, Jojo está mirando al suelo como si hubiera perdido algo.

—¿Hay algo en el suelo?

—No —dice.

—Vamos a casa de vuestros abuelos —dice Michael.

—Patata —dice Michaela.

—Ya mismo vas a comer, Michaela —digo—. Pásamela, Jojo.

Jojo le quita el cinturón y me la pasa delante. Tiene el pelo enredado por detrás, los rizos enmarañados por el contacto con el asiento. Le aliso el pelo e intento hacerle un moño encima de la cabeza, pero se mueve y llora porque quiere patatas fritas. Busco en el monedero. No hay nada, sólo monedillas y un caramelo de menta que cogí del bar. Le quito el papel y se lo doy a Michaela, lo chupa y se queda tranquila. El coche huele a menta y su pelo, dulce y azucarado. Michael aminora para cruzar los raíles del tren y justo en ese momento surge del bosque un cerdo salvaje enseñando los colmillos, grande como dos hombres y cubierto de piel negra, y cruza la carretera, ligero de pezuñas como un niño. Michael da un pequeño volantazo e intento sujetar a Michaela, pero se me

escapa y sale volando hacia delante y se golpea la cabeza con el salpicadero. Michael sale de la carretera y se para. Michaela rebota y cae a mis pies, está callada.

—Michaela —digo.

La cojo bajo las axilas y la subo, veo un moratón en su frente del que salen gotitas rojas. Está viva porque tiene los ojos abiertos y está a punto de echarse a llorar, tiene un nudo en la garganta que no la deja respirar. Solloza.

—¡Kayla! —dice Jojo.

—¡Jojo!

Michaela me empuja la clavícula con sus antebrazos para que me aparte de ella. Las luces del techo se desvanecen en la oscuridad junto con los cerdos monstruosos y de pronto siento como que no tengo huesos, estoy floja como una medusa, y no me quedan fuerzas para luchar con ella.

—Shhhh —digo.

Pero a pesar de que mi boca intenta consolarla, la pongo en el asiento de atrás y Jojo la sujeta en sus brazos. Le está dando palmaditas en la espalda y ella le rodea el cuello con sus brazos. Michael y yo nos miramos y arrugamos la frente. Luego miramos hacia delante, a la niebla que oscurece el parabrisas.

—Jojo, ponle el cinturón —digo.

No me giro porque no quiero ver su cara, tengo miedo de que tenga la dureza de Pa en su expresión: una mirada juzgadora. O peor, el suave temblor lastimero de mamá.

—¿Estás segura?

Michael está alterado: lo sé por la forma en que agarra el volante y lo suelta, lo agarra y lo suelta, como si estuviera poniendo a prueba sus reflejos, midiendo la agilidad de sus dedos. Un bicho crepita y se estrella contra el parabrisas, borracho de luz. Y luego otro.

—¿Tú quieres ir, no? —pregunto.

—Sí.

—Pues vamos.

No suena la radio, nadie habla. Sólo el rugido y la fricción del coche, la gravilla del suelo bajo los neumáticos, los corrillos de ranas silbando y croando en los estaques de los bosques y en algunos charcos que forman círculos perfectos. La casa de los padres de Michael parece distinta de noche, y hace tantos años que no la veo en la oscuridad que me resulta un recuerdo borroso, incluso ahora que la tengo delante: el camino de gravilla, largo y recto, amarillo

bajo la luz de la luna, que conduce a la casa a través de los campos, la gravilla resplandeciente, como el rastro de luz que deja un cohete en el aire nocturno. Hay dos ventanas con luz, una en cada extremo de la casa. Michael apaga las luces y el coche se arrastra y cruje, las piedrecitas del camino rechinan al paso de las ruedas. Aparcamos junto a la camioneta de Big Joseph y un coche azul de capó bajo y formas cuadradas. Un rosario cuelga del espejo retrovisor. Abro la puerta con cuidado y de pronto necesito hacer pis desesperadamente. No quiero estar aquí. Michael me da la mano y yo quiero meterme de nuevo en el coche, cerrar la puerta e irme con los niños, que todavía están sentados atrás. Un perro ladra a lo lejos.

—Venga —dice Michael.

—Vamos —le digo a Jojo.

Sale del coche y se pone de pie en la oscuridad. Es igual de alto que yo, quizá un poco más, y seguro que en dos o tres años alcanza a su abuelo. Coge a Michaela en brazos, delante de su pecho; la espalda de Michaela es su escudo. Michaela se está tocando la frente, que exhibe una constelación oscura de sangre, y le está haciendo preguntas a Jojo.

—¿Pa? —pregunta—. ¿Pa y Ma? ¿Pa y Ma?

—No —dice Jojo—. Son personas nuevas.

Pero no dice quiénes son, y yo quiero responder a su pregunta, quiero ser su madre, quiero decirle: tu otro abuelo y tu otra abuela, tu otra familia, tus otros abuelos. Pero no sé qué decirle, cómo explicárselo, así que no digo nada y dejo que Michael responda a sus preguntas. Pero él tampoco dice nada: sube los escalones del porche y se acerca a la entrada, abre la puerta mosquitera y llama a la puerta: dos golpes firmes, duros como las cascos de un caballo sobre el asfalto. Lo sigo mientras Jojo arrastra los pies por la gravilla en la oscuridad. Michael baja los escalones, un fantasma blanco en la noche; me coge de la mano y me lleva a la puerta junto a él.

Michael llama otra vez y oigo movimiento en la casa. Jojo está escuchando como si fuera un animal, y da un paso atrás hacia el coche.

—Ven, Jojo —dice Michael.

La puerta se abre y la luz es tan brillante que me miro los pies, la mano de Michael está dura como el hierro, me sujeta tan fuerte que seguro que tengo los dedos morados y blancos, y entonces lo veo, veo a Big Joseph; lleva un mono y una camiseta demasiado ajustada, veo su barba de tres días, sus brazos carnosos: todo en él es excesivo bajo esa luz amarilla. Doy un paso atrás. Michael me da

un tirón.

—Hijo —dice Big Joseph.

—Papá.

Es la segunda vez que lo oigo hablar en persona y su voz me sorprende por su timbre tan agudo, tan diferente del resto de él; él parece estar enraizado a la tierra, tener los pies en el suelo. La primera vez fue en el juzgado, pero en ese momento no era nadie para mí, sólo el tío del chico que disparó a mi hermano.

—Aquí estamos —dice Michael.

Michael levanta nuestras manos entrelazadas. Big Joseph se inclina a un lado, un viejo roble azotado por un vendaval, pero no se mueve, no da un paso atrás, no dice: «Pasad». Detrás de nosotros, en la oscuridad, Michaela está llorando.

—Hambre —dice—. ¡Tengo hambre, Jojo!

Se oyen pasos. No tan pesados como los de Big Joseph, sino golpes firmes, sólidos, y aunque sé que es su madre, sé que es Maggie, no puedo evitar encogerme de miedo cuando oigo su voz de fumadora: profunda y cavernosa. Tira de la puerta y parece un conejo: su bata, la piel crema; sus zapatillas, las patas blancas. La he visto dos veces fuera de esta casa, sé que el cuerpo que hay debajo también es de conejo: piernas y brazos delgados, estómago redondo como una pelota.

—¡Queso, Jojo! —grita Michaela.

—Ya has oído a la niña, Joseph —dice Maggie. Un espasmo le sacude la cara y luego se queda quieta. Su pelo es un casquete rojo, sus ojos insondablemente oscuros—. Hora de cenar.

—Ya hemos cenado —jadea Big Joseph.

Michaela gimotea.

—Pero ella no —dice Maggie.

—Sabes que no son bienvenidos en esta casa.

—Joseph —dice Maggie.

Lo mira con el ceño fruncido y le empuja el hombro.

Big Joseph hace un ruido con la garganta y se balancea otra vez, pero entonces me doy cuenta de que Maggie es el viento. Big Joseph me mira como si quisiera esa pistola en su regazo, pero se aparta de la puerta. Ya han hablado de este tema: lo sé por el modo en que Maggie ha dicho su nombre, el modo en que una mujer dice el nombre de un hombre con el que ha vivido mucho tiempo, al que ha querido mucho tiempo. El modo en que dice su nombre es suficiente. Sé

que han hablado de mí, de Jojo, de Michaela. Maggie abre la puerta mosquitera. No dice «entrad» ni «bienvenidos», sólo se queda allí, de lado. Cuando paso junto a ella, huele a cremas, a jabón y a humo, pero no a humo de cigarrillos: como a hojas de roble quemadas. Tiene la cara de Michael. Me sorprende porque me resulta muy raro ver su cara en la de una mujer, dura como canicas verdes. Dentro de la casa, hacemos un corrillo, alejados de los muebles: un rebaño de animales nerviosos. Big Joseph y Maggie están juntos, tocándose pero no. Ella es más alta que en las fotos, y él, más bajo.

—¿No nos vas a presentar?

Maggie está mirando a Michael cuando lo dice y él responde que sí con la cabeza, un movimiento mínimo, un atisbo de asentimiento.

—Sí, señora. Éste es...

—Jojo —dice Jojo. Levanta a Michaela—. Kayla.

Kayla mira a Maggie con sus preciosos ojos verdes y entonces me doy cuenta de que también son iguales que los de Maggie y aprieto la mano de Michael, y mis hijos me parecen extraños. Michaela, una niñita dorada, enganchada a su hermano, la inclinación de su cabeza y sus ojos claros, directos y despiadados como los de un adulto. Y Jojo, igual de alto que Michael, casi tan alto como Big Joseph, con los hombros hacia atrás, la línea de su espalda como el poste metálico de una verja. Nunca lo había visto tan parecido a papá como ahora mismo.

—Encantada de conocerte —dice Maggie, pero no sonrío al decirlo.

Jojo ni siquiera asiente. Sólo la mira y se cambia a Michaela de cadera. Big Joseph mueve la cabeza.

—Soy tu abuela —dice.

Hay un enorme reloj de pared en la cocina y el tictac del minuterero suena fuerte en el silencio incómodo, tan fuerte que empiezo a contar los segundos. Mis dedos aprietan los de Michael cada vez con más fuerza, mientras los suyos se vuelven laxos y dirige la mirada a su madre y luego a su padre con el ceño fruncido. Jojo se encoge de hombros y Michaela se mete dos dedos en la boca y los chupa con fuerza. La casa huele a detergente de limón y a patatas fritas.

Big Joseph se tira en un sillón y lo gira hacia el televisor.

—Me imaginé que serían unos maleducados —dice.

—Papá —dice Michael.

—Ni siquiera le han dicho «hola» a tu madre.

—Son tímidos —dice Michael.

—No pasa nada —dice Maggie acortando cada palabra.

Yo estoy que me subo por las paredes. Siento un fuego interior que se expande por el pecho. Noto como una roca en el estómago, en la base del fuego. Aprieto las piernas. No sé si quiero vomitar o mear.

—Decid «hola» —farfulto.

Jojo me mira: desafiante. Con la boca apretada, los ojos casi cerrados. Recoloca a Michaela en sus brazos y da un paso atrás, hacia la puerta. No sé por qué lo he dicho. Michaela me mira como si no hubiera oído nada; si no la conocieran, pensarían que está sorda.

—Con esa madre, ¿qué esperabas, Maggie?

—Joseph —dice Maggie.

Vomitaría todo ahora mismo. Absolutamente todo: comida, bilis, estómago, intestinos, esófago, todos los órganos, huesos y músculos hasta que lo único que quedara fuera mi piel. Y luego igual me pondría la piel del revés y así ya no sería nada de nada. Ni piel, ni cuerpo. Tal vez Michael podría pisotearme el corazón, detener su latido. Y luego quemarlo todo y reducirlo a cenizas.

—Llevan su sangre, cojones. Y también la sangre del chaval ese, Riv. Mala sangre. Maldita sea su piel.

Su voz es tan aguda al final de la frase que apenas lo entiendo con el ruido de la televisión, donde un vendedor de coches anuncia entusiasmado que los precios han bajado milagrosamente. La boca de Maggie es una costura. No para de frotarse las manos y, de pronto, la odio porque puede andar y mi madre no. Y entonces odio a Joseph porque se ha referido a mi padre como «el chaval ese». Me pregunto qué sabrá él de mi padre. Cómo puede mirar a mi padre, ver las arrugas de su cara, su forma de andar, las palabras que salen de su boca y no ver a un hombre. Mi padre es por lo menos veinte años mayor que Big Joseph; era ya un hombre cuando él se meaba en los pañales. ¿Cómo es posible entonces que Big Joseph vea a mi padre —un tipo duro como una roca, como si llevara a sus espaldas todas las adversidades del mundo y el peso lo estuviera endureciendo poco a poco hasta convertirlo en uno de esos árboles petrificados— y que no vea a un hombre? Menuda paliza le daría mi padre. Y entonces me imagino a Big Joseph cuando encontró a Given, echándole el aliento como si fuera un animal atropellado, sin darse cuenta de su perfección, de su largo brazo diseñado para el tiro con arco, de la amplia frente encima de aquellos ojos muertos.

—¡Joder, papá! —dice Michael.

Con la misma rapidez con que se echó en el sillón, Big Joseph se levanta y

camina hacia nosotros pero mirando a Michael.

—Te dije que te apartaras de esa gentuza. ¡Te dije que no te acostaras con ninguna zorra negra!

Michael le da un cabezazo a Big Joseph. El crujido de sus cráneos resuena en el aire y a Big Joseph le empieza a sangrar la nariz, y entonces los dos están en el suelo, pero Michael no le está dando puñetazos. Se empujan el uno al otro, intentando someterse, ruedan como niños entre jadeos y sudor, y quizá lágrimas también. Michael no deja de decir: «Joder, papá, joder, papá», y Big Joseph no dice nada pero resopla tan fuerte que parece que está llorando.

—¡Ya basta! —grita Maggie—. ¡Ya basta!

Y entonces sale corriendo y yo no me puedo creer que los vaya a dejar peleándose en la cocina, pero luego vuelve con un escobón y le pega a Michael en los hombros porque en ese momento está encima de Big Joseph, y le grita: «Levántate. Levántate». Y todavía me encuentro mal, tengo frío y siento que todo esto me viene demasiado grande, y parte de mí quiere coger a Jojo de la mano y salir de esta casa y dejarlos ahí peleándose. Y otra parte de mí quiere abrir la boca y reírse; todo es tan ridículo, todo, y miro a mi hijo e imagino que seguramente está sonriendo, seguro que ve lo estúpida que es toda esta historia, pero no los está mirando. Me está mirando a mí, y veo un destello de algo que no había visto antes. Me mira como si yo fuera una serpiente venenosa que le acabara de morder, de hincar el diente en el hueso de su tobillo, y se le hubiera hinchado. Como si fuera a pisarme la cabeza, aplastarme el cráneo, hundirme en el barro rojo hasta que no quedara nada salvo huesos, piel y lodo saliendo por mis grietas. Como si no fuera mi hijo. Michaela trepa por su cuerpo, cada vez sube más, hasta casi sentarse en sus hombros, así que lo hago. Me doy media vuelta y agarro la mano de Jojo aunque es posible que me rechace, y tiro de él hacia la puerta.

—Encantada de conocerles —digo, y suena muy agudo y ridículo al salir de mi boca, con los dos hombres peleándose y Maggie con el escobón.

Big Joseph está ahora encima de Michael, intentando ahogarlo, y aunque quiero volver y ayudarlo, no lo hago. Abro la puerta y saco a Jojo y a Michaela. Miro atrás y veo a Michael pegarle un puñetazo a su padre en la garganta. Estamos fuera y el cielo del Kill es grande y abierto y frío, cuajado de estrellas; bajamos los escalones del porche, nos ponemos junto al coche, temblando, oyendo los golpes que llegan de la casa. Un estruendo y se apaga una luz.

—Súbete —digo.

Jojo se mete en el asiento trasero con Michaela.

—Mierda —parece decir Michaela, aunque en realidad dice «miezda».

—No digas eso —le digo.

Nos sentamos en el coche en mitad de la noche con los primeros grillos y cigarras que cobran vida en los meses cálidos y oímos cómo cantan, lanzando sus quejas al aire helado, a las estrellas impasibles, y esperamos.

Pasan minutos. Tal vez horas. Quizá días. Igual nos hemos dormido, ha salido el sol y se ha vuelto a poner y nos hemos despertado de noche, una y otra vez, y ellos siguen ahí dentro, rodando por el suelo y rompiendo cosas. Padre e hijo. Entonces aparecen Michael y su madre, Michael abre la puerta mosquitera de una patada, Maggie va detrás intentando sujetarlo por los hombros. Para hacer que se gire hacia ella. Para gritarle, para hablar con él, para susurrarle. Michael se va acercando a su madre a cada respiración hasta que la abraza, apoya la cabeza en su hombro y ella le acaricia la espalda como si fuera un bebé. Su bata se vuelve negra en los puntos donde él se apoya: manchas de sangre. Michael empieza a sollozar. Los bichos están callados.

—Tendríamos que habernos ido —dice Jojo.

—Cállate —le digo.

—Kayla sigue teniendo hambre —dice Jojo.

Debería irme. Debería dejar que Michael se quedara con su familia. Llevar a mi hija a casa y darle de comer, llenarle el estómago, acallar su llanto. Pero no lo hago. No puedo. Maggie abre la puerta y desaparece dentro, y espero que Michael venga al coche, pero no. Simplemente se inclina, se cruza de brazos y se apoya en la barandilla del porche, cabizbajo, esperando. Su madre sale de nuevo y por poco le da a Michael con la puerta; luego le da una bolsa de papel y un abrazo, lo aprieta contra ella, le dice cosas, y a cada palabra le da palmaditas en la espalda. Y Michael vuelve a ser un bebé, parece que su madre está intentando que suelte un eructito. Miro hacia mi regazo. Luego afuera, por la ventana del conductor. La línea lejana del bosque. Se oye un portazo y luego un chirrido, y Michael abre la puerta del coche y se mete en el asiento del copiloto. Los bichos gritan y se callan otra vez. La bolsa cruje.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Sé que es una estupidez, pero aun así, es lo que digo.

—Vámonos —dice Michael.

El coche se ahoga y vuelve a la vida. Conduzco despacio por el camino de

entrada, esquivando los charcos, los insectos que se cruzan en nuestro camino. Cuando me meto en la calle, la casa está totalmente oscura. Ninguna luz en las ventanas: el revestimiento, las vigas y los cristales de la fachada, lisos e inmóviles como una cara vacía.

Pa está en casa cuando entro en el camino de gravilla. Está sentado en el porche, quieto como el columpio y las plantas que hay a ambos lados de la puerta; ha apagado la luz, así que es una oscuridad dentro de otra oscuridad y el único motivo por el que sé que es él es por cómo enciende su mechero y lo suelta, lo gira entre los dedos y lo enciende otra vez. Fumaba cuando era más joven. Él mismo se liaba los cigarrillos. Pero desde que me pilló en el cobertizo de atrás encendiendo una colilla a la que apenas le quedaba una uñita de tabaco, me dio un manotazo y se me cayó el cigarro y la cerilla al suelo, ya nunca más lo vi fumar, nunca volvió a oler a tabaco. Su forma de mirarme cuando el cigarrillo tocó el suelo, con los ojos muy abiertos, decepcionados, me dolió. Era la primera vez que recuerdo esa mirada en mi padre. Tenía once años y me estaban saliendo los pechos y mis amigas del colegio ya fumaban hierba y cosas peores, así que yo quería probar un cigarrillo al menos, pero el recuerdo de su cara, entre culpable y enfadado, me hizo desear no haber cogido nunca aquella colilla, no haber robado la cerilla, no haberla encendido, no haberme escondido allí donde mi padre me pilló.

Y ahora, cada vez que Pa está pensando en algo y no quiere que nadie sepa en que está pensando, a qué le está dando vueltas, hace eso. Enciende el mechero, lo apaga, lo enciende, lo apaga. Igual que antes, en el Kill, yo era la que se sentía insegura, ahora es Michael el que está detrás de mí, cabizbajo, hecho un ovillo: parece que llevo un chucho atado con una correa corta y roída. Intenta coger a Michaela y sacarla del coche, pero para cuando llega a su lado, Jojo está ya fuera y Michaela le está dando manotazos en la cara diciendo «comida, comida» a cada golpe, y ambos se dirigen hacia su abuelo en la oscuridad. Michael y yo cogemos las bolsas y cuando subimos los escalones del porche, Michaela intenta deshacerse del abrazo de Pa y Jojo la lleva dentro de casa. Aquí, Pa es un borrón oscuro, los tatuajes de sus brazos se iluminan un segundo con el mechero, y luego se apagan otra vez. Cuando era más joven, me quedaba a escondidas viendo cómo dormía la siesta en el sofá, olía su aliento, su olor a tabaco, a menta y almizcle, y le pasaba el dedo índice por los tatuajes, sin tocarlo, sólo seguía las ilustraciones: un barco, una mujer que se parecía a mamá, vestida de nubes, portando flechas y una rama de pino en la mano; y dos grullas:

una por mí y otra por Given. La de Given está en llamas, lista para volar, con las patas rozando las hierbas pantanosas, mientras que la mía tiene el pico en el lodo. Cuando tenía cinco años, papá señaló la mía y me dijo: «Ésta es la que me hice por ti. Cuando ves una es señal de buena suerte, significa que todo está en equilibrio, que llueve bastante y hay peces y cosas moviéndose debajo del lodo del pantano, que la hierba va a ponerse verde pronto. Es una señal de vida». El mechero se apaga y las grullas desaparecen en la oscuridad. Papá habla y le veo los dientes.

—Tu madre ha estado preguntando por ti.

—Señor —dice Michael.

Siento las palabras del mismo modo que las oigo, un soplo de aire que me acaricia el hombro.

—Michael —dice papá. Se aclara la garganta—. Espero que estés contento de estar en casa.

—Sí, señor.

—Tu madre...

La voz de papá se rompe.

—Vamos a mudarnos —interrumpe Michael—. Pronto.

Papá enciende el mechero y su cara resplandece. Tiene el ceño fruncido y luego la llama muere.

La noche es de un negro agreste.

—Bueno, de momento estáis aquí. —Papá se levanta—. Leonie, ve a ver a tu madre.

Mamá está tumbada en la cama con la cara mirando a la pared y el pecho inmóvil, los huesos de la cuchara de su clavícula, cerrados y duros bajo la piel: la rejilla oxidada de una barbacoa rota. Sus brazos son todo huesos, la piel y los delgados músculos que los recubren se acumulan en sitios extraños: demasiado lejos del codo, demasiado cerca del centro de su garganta. Traga saliva, siento alivio por todo mi cuerpo y me doy cuenta de que estaba mirando si todavía respiraba, si se movía, si todavía seguía ahí. Es como una lluvia fugaz sobre tierra recalentada y seca.

—¿Mamá?

Mueve la cabeza una pulgada, y luego otra pulgada más, y después me mira, sus ojos parecen demasiado vivos para su cara. El dolor refulge en sus iris negros, se mueve como humo sobre el blanco de los ojos. La única cosa que

brilla mientras el resto de ella se apaga.

—¿Agua? —pregunta.

Es un suspiro áspero, apenas audible por el atronador chirrido de los insectos nocturnos que se cuele por la ventana abierta.

Le doy el vaso y la pajita que papá le ha dejado junto a la cama para que beba. Tendría que haber estado aquí.

—Michael está en casa —le digo.

Saca la lengua para acercarse la pajita a la boca y traga. Echa la cabeza atrás. Sus manos sujetan la fina manta blanca como si fuera una inválida.

—Ha llegado el momento.

—¿Qué? —pregunto.

Mamá se aclara la garganta, pero su susurro no es más fuerte: el dobladillo de un pantalón demasiado largo arrastrándose por el suelo.

—Ha llegado el momento.

—¿De qué, mamá?

—De irme.

—¿Qué quieres decir?

Pongo el vaso en el borde de la mesita de noche.

—Este dolor. —Pestañea como si fuera a hacer una mueca, pero no hace nada—. Como pase más tiempo en esta cama me voy a volver loca.

—¿Mamá?

—He hecho todo lo que he podido. He preparado todo tipo de hierbas y medicinas. Me he abierto al *mystère*. A San Judas, a Marie Lavau, a Loko. Pero no pueden entrar. Mi cuerpo no les deja —dice.

Sus nudillos retienen todas las cicatrices: cuchillos que se escurren, platos rotos, toneladas de coladas. Si me llevara su mano a la nariz, tal vez pudiera oler todas las ofrendas que ha puesto en su altar a lo largo de los años, todas las cosas que ha usado para sanar: ristras de pimientos, patatas, boniatos, espadañas, flores del infierno, cadillos, galios perfumados y ocras salvajes. Todas las hierbas de la tierra en sus manos. Pero cuando me acerco la palma de su mano, seca como papel de lija, lo único que percibo es el olor a heno trillado decolorado por el sol de invierno. Muerto. La aprieta y resulta penoso. De pequeña, me amasaba el cuero cabelludo cuando me lavaba el pelo, lo rascaba con las uñas mientras yo me sentaba en la bañera con las rodillas pegadas a la barbilla. Quiero llorar. No sé qué es lo que me está diciendo.

—Me queda uno —dice.

—¿A qué te refieres?

—El último *mystère*. Maman Brigitte. Deja que entre en mí. Que me posea. Es la madre de los muertos. La jueza. Si viene, tal vez me lleve con ella.

—¿Y no hay otra? ¿Alguna que te cure, por ejemplo? —le pregunto.

—Hay cosas que no te he enseñado. No serías capaz de aplacarlas.

—Puedo intentarlo.

Dejo que las palabras se escurran de mi boca y se queden colgadas en el aire como un hilo de pescar flojo, con un anzuelo en el que nada pica. Los insectos nocturnos se llaman entre ellos, se cortejan, amenazan, cantan, y yo no puedo entender nada de lo que dicen. Mamá me mira y, por un instante, hay un brillo de esperanza, remoto y reluciente como una luna llena.

—No —dice—. Tú no sabes. Tú no sabes nada del *mystère*. En ti sólo verían a un bebé.

Suelto su mano y se queda quieta, sus ojos demasiado húmedos, demasiado grandes. Sus párpados palpitan. No llegan a pestañear nunca.

—Puedes ayudarme a coger lo que me hace falta. Necesito rocas. Del cementerio. Suficientes para hacer un montón. Y algodón.

Quiero salir de la habitación. Salir de la casa. Irme corriendo al pantano, al agua, caminar sobre ella, un cristal resplandeciente bajo las plantas de mis pies, y seguir andando hasta desaparecer en el horizonte.

—Harina de maíz. Y ron.

—¿Y ya está? ¿Te vas a ir así? ¿En cuanto encuentres al espíritu? ¿Así sin más?

Se me rompe la voz; tengo la cara húmeda.

—¿Por qué no lo puede hacer papá? —le pregunto.

—Tú eres mi niña. —Respira con dificultad y la rejilla se rompe y se hunde en una quietud carcomida—. Igual que yo descorrí el velo para que pudieras entrar en esta vida, tú me ayudarás a descorrerlo para que yo pueda entrar en la siguiente.

—Mamá, no...

—Ayúdame a prepararme —suspira entre sollozos, y me acerco a limpiarle la cara; la piel bajo las lágrimas está caliente, húmeda y viva de la sal, del agua y de la sangre—. No quiero quedarme sin aliento. Que se me amarguen los tuétanos. No quiero eso, Leonie.

—Mamá.

El vaso se cae de la mesa, se forma un charquito de agua alrededor de mis pies. Las cigarras repiquetean, no sé si a modo de aplauso o de desaprobación.

—Cariño, por favor —dice mamá.

Sus ojos, salvajes y grandes. Gime, y el dolor, supongo que es el dolor, le recorre el cuerpo, haciendo que sus piernas se muevan bajo la manta, luego se queda quieta: un viento fuerte entre las ramas desnudas del invierno. La morfina no es suficiente.

—Deja que me vaya conservando algo de mí. Por favor.

Asiento y entonces tengo su cabello bajo mis manos, caliente al tacto, y lo amaso y lo araño igual que ella me hacía a mí, y abre y cierra la boca, un poco por placer, un poco por dolor. La abre y la cierra y parece que va a llorar, pero no, contiene las lágrimas. De nuevo, alivio, pero esta vez como una riada sobre llanuras secas, descendiendo desde el punto en el que le toco la cabeza hasta su rostro demacrado, su cuello nervudo, su pecho aplanado y cincelado, la pendiente de su estómago, los cuencos vacíos de sus caderas, las líneas hinchadas y negras de sus piernas y sus pies planos. Espero, pero nada cambia en su cuerpo. Espero que su cuerpo se afloje, pero no lo hace. Sólo sé que se ha quedado dormida por sus párpados, sus suaves canicas, relajados. La dejo y cierro la puerta al salir. Michael está en la ducha. Papá sigue fuera en el porche, resplandeciendo en la oscuridad. Alguien ha encendido una lámpara en el salón, y las fotos de Given, años y años de sonrisitas y piernas flexionadas como si estuviera a punto de saltar o de correr, me miran altaneras. Una multitud de Givens. Y me muero de ganas de que vuelva porque quiero preguntarle: «¿Qué debería hacer?».

Michaela está en el segundo sofá del salón. Está respirando por la boca, y cada vez que resopla le salen migas, y una galleta mordida se le cae de las manos y va a parar al suelo. Ni siquiera la recojo. En mi dormitorio, mi cama parece igual de pequeña y estrecha que la de mamá, y, al igual que ella, me giro hacia la pared. Siento a mamá en el otro lado. Me abraza. Antes no lo vi, pero ahora lo siento: su pecho ya no está vacío, está lleno de madera y carbón y empapado de butano; el dolor, la gran llama que lo inmola todo.

CAPÍTULO 11. JOJO

Dejé a Kayla y fui corriendo al porche, a ver a Pa y su mechero, brillante como un faro en la oscuridad. Salté los escalones y subí al porche y me paré de repente frente a Pa como los conejos que merodean la casa cuando se pone el sol: comen, se paran, luego corren y se paran otra vez. Me dicen: «Qué rico, qué rico, pero quieto, quieto, sí, te veo». Se dicen unos a otros: «Corre, corre, corre, para».

—Hijo —dice Pa.

Me agarra la nuca, su mano grande y caliente. Tengo las muñecas en carne viva. Abro la boca y tomo aire. Suena como si tuviera una telaraña de flema en la garganta. Los ojos me queman y cierro la mandíbula y aprieto los dientes e intento, intento no llorar. Respiro de nuevo y suena como un sollozo. Pero no voy a llorar, a pesar de que quiero acurrucarme con Kayla, quiero que Pa me rodee con sus brazos y me abrace fuerte, quiero hundir la nariz en su hombro hasta que no pueda respirar. Pero no lo hago. Siento su mano y me pongo de puntillas cuando presiona más fuerte. Siento el calor de sus dedos. Su mano me recorre la espalda y se detiene en la cima de mi columna, imagino que siento la espiral de las puntas de sus dedos, la pulsión de la sangre bajo su piel.

—Pa —le digo.

Pa mueve la cabeza y me devuelve una pequeña caricia.

—Acuesta a tu hermana. Hablamos mejor mañana.

Kayla y yo estamos comiendo galletas saladas con queso de untar y algunos muslos de pollo macerado que Pa ha cocinado en la sartén, y para empujarlo, bebemos agua. Quiero meter a Kayla en la bañera pero entonces oigo la ducha, y cuando oigo las voces de Ma y de Leonie en el dormitorio y veo el resplandor del mechero de Pa en el porche, sé que es Michael. Kayla apoya su cabeza en mi hombro, me agarra del pelo, me enrolla los rizos con el dedo como si fueran espaguetis.

—¿Pa? ¿Pa?

La respiración de Kayla se vuelve lenta y empieza a babearme en el cuello y sé que se ha quedado dormida, pero no la acuesto porque estoy mirando a Richie, que está mirando a Pa, que está mirando fuera, a la oscuridad, a la lejana carretera. La cara del chico está encendida, nunca había visto una mirada así. Nunca había visto a nadie mirar a alguien del modo en que Richie está mirando a Pa: toda la esperanza en su rostro, liso en el cerco de su boca, los ojos abiertos de par en par, la arruga de su frente. Se acerca cada vez más a Pa y entonces se convierte en un gato, recién nacido, hambriento de leche, arrastrándose hacia alguien sin el cual se moriría. Pongo a Kayla en el sofá y salgo al porche. Richie me sigue.

—Riv —dice.

Pa enciende el mechero, deja que la llama muera, y lo enciende otra vez.

—Riv —dice Richie de nuevo.

Pa se aclara la garganta y escupe la flema por el porche. Se mira las manos.

—Se estaba muy tranquilo aquí cuando no estabais —dice Pa—. Demasiado tranquilo. —La llama del mechero muestra una breve sonrisa y desaparece—. Estoy contento de que hayáis vuelto.

—Yo no me quería ir —digo.

—Lo sé —dice Pa.

Me froto las muñecas y miro cómo el perfil de Pa brilla y se desvanece bajo la luz.

—¿Lo encontraste? —pregunta Pa.

Richie da un paso adelante y su expresión cambia. Sólo un destello. Me mira a mí, luego al abuelo, y frunce el ceño.

—¿La bolsita? —pregunto.

—Sí —dice Pa.

Asiento.

—¿Funcionó? Es una bolsa de grisgrís.

Me encojo de hombros.

—Creo que sí. Hemos conseguido volver. Aunque nos paró la policía. Y Kayla estuvo mala todo el viaje.

Pa enciende el mechero, la llama resplandece durante medio segundo, un fuego brillante y frío y naranja, y después se apaga. Pa agita el mechero junto a su oreja y lo enciende otra vez.

—¿Por qué no puede verme? —pregunta Richie.

—Era la única forma que tenía de mandaros un poquito de mí con vosotros. Con Ma —Pa se aclara la garganta— enferma. Y ése es un lugar al que no puedo volver. Parchman.

Richie está a escasas pulgadas de Pa. Ni siquiera puedo asentir.

—He visto tu cara todos los días. Como el sol —dice Richie. Pa se mete el mechero en el bolsillo—. Me abandonaste

Me acerco a Pa. Richie intenta tocar la cara de Pa con la mano y le pasa los dedos por sus cejas. Pa suspira.

—Ándate con ojo, chaval. A mí también me miraba así —dice Richie. Sus dientes se ven blancos en la oscuridad: pequeños y afilados como los de un gatito—. Y luego me abandonó.

Tengo que hablar para romper las bolsas de silencio que crea Richie cada vez que habla: los insectos se callan a cada palabra que dice.

—¿Está Ma mejor?

Pa se busca algo en el bolsillo y luego se detiene.

—A veces me olvido. Me olvido de que no fumo —dice. Mueve la cabeza en la oscuridad. Oigo el roce de su pelo contra la pared de la casa contra la que está sentado—. Está peor, hijo —dice Pa.

—Tú has sido el único padre que he conocido. —La voz de Richie es suave como un gimoteo—. Necesito saber por qué me abandonaste.

Richie está callado. Pa también. Me deslizo por la pared y me siento junto a Pa en el porche. Quiero apoyar la cabeza en su hombro, pero soy demasiado mayor para eso. Me conformo con sentir el roce de su hombro cuando Pa se lleva una mano a la cara, cuando empieza a pasar el mechero por encima y por debajo de los nudillos, igual que hace a veces con los cuchillos. Los árboles murmuran a nuestro alrededor, casi invisibles en la negrura. Cuando oigo a Leonie salir del cuarto de Ma, respirando profundamente y con dificultad como si hubiera estado corriendo, conteniendo la respiración como si le doliera, miro hacia el cielo reluciente y busco las constelaciones que Pa me ha enseñado.

—El unicornio —digo cuando lo identifico. Monoceros—. El conejo. —Lepus—. La gran serpiente. —Hydra—. El toro. —Tauro. Me aprendí los nombres en un libro de la biblioteca del cole. Sé que Leonie debe de estar mirando al porche, preguntándose qué estamos haciendo Pa y yo en la oscuridad—. Los gemelos —digo. Géminis.

La puerta del dormitorio de Leonie se abre y se cierra, y veo a Michael cuidando de Leonie cuando estaba enferma. Veo el momento en que Leonie se

quedó sin hacer nada cuando el policía me puso las esposas. Richie me mira como si supiera de qué me estoy acordando, y luego se sienta en frente de mí, acerca las rodillas al pecho, se las abraza, emite un sonido semejante al llanto y se toca las escápulas hasta donde puede.

—Mis heridas estaban aquí. Justo aquí. De Annie la Negra. Y tú las sanaste. Pero me abandonaste y ahora no me ves.

Al final echo la cabeza sobre el hombro de Pa. Me da igual. Pa respira profundamente y se aclara la garganta como si quisiera decir algo, aunque no dice nada. Pero mueve el hombro para que me aparte.

—Te has olvidado del león —dice Pa.

Los árboles suspiran.

Cuando volvemos dentro para acostarnos, Richie está todavía sentado, ya no se abraza. En vez de eso, se mece hacia delante y atrás, levemente, y la expresión de su cara está rota. Pa cierra la puerta. Me enrosco junto a Kayla en el sofá e intento quedarme quieto, olvidarme del chico roto del porche el tiempo suficiente para quedarme dormido. Mi columna, mis costillas, mi espalda: un muro.

—Jojo —dice Kayla.

Me da golpecitos en las mejillas, la nariz. Me abre los párpados. Doy un respingo, me despierto y me caigo del sofá y Kayla se ríe, brillante y amarilla y reluciente como un cachorro que acaba de aprender a correr sin tropezarse con sus propias patas. Feliz, sin más. La boca me sabe fatal, como si hubiera estado chupando tiza o conchas de ostra. Me noto los ojos arenosos. Kayla aplaude y dice:

—Comer, comer.

Y entonces me doy cuenta de que huele a beicon y de que no olía así desde que Ma se puso muy enferma y dejó de cocinar. Me pongo a Kayla en la espalda y se agarra. Creo que es Leonie y siento que algo se suaviza en mí por un instante, me acuerdo de todas las cosas malas que pensé sobre ella anoche y algo dentro de mí dice: «Pero ella es así. Es así». Y entonces entro en la estrecha cocina y no es ella: es Michael. La camiseta que lleva le queda pequeña, como si hubiera encogido después lavarla, tiene las letras descoloridas: es una camiseta mía. Una vieja que Ma me compró para Pascua. La visión de Michael junto a la encimera de la cocina no me gusta nada de nada, refleja demasiado la luz de la mañana.

—¿Tenéis hambre? —pregunta.

—No —respondo.

—Zí —dice Kayla.

Michael arruga la cara.

—Sentaos —dice.

Me siento y Kayla se sube a mi hombro, se sienta a horcajadas sobre mi cuello y me da manotazos en la cabeza como si fuera un tambor.

Michael quita la sartén del fuego, la pone a un lado. Aparta el tenedor que estaba usando para darle la vuelta al beicon, el aceite gotea en el suelo y se da la vuelta para mirarnos.

Se cruza de brazos y cae otra gota de aceite. El beicon todavía chisporrotea y me gustaría que lo sacara y lo escurriera para que Kayla y yo podamos comerlo caliente.

—¿Te acuerdas de aquella vez que fuimos a pescar?

Me encojo de hombros, pero el recuerdo me llega de todas formas, como si alguien me estuviera echando una botella de agua por la cabeza. «Una excursión de chicos», le había dicho a Leonie, y a ella le sentó como una patada en sus partes nobles. Pensé que Michael se echaría atrás, que diría «estaba de broma», pero no lo hizo. Era bastante tarde, pero fuimos igualmente al embarcadero con las cañas de pescar. Me llamaba «hijo» con sus dedos, con su forma de atar los plomos y de arrojar el anzuelo. Se reía de mí cuando no conseguía coger el gusano porque me daba cosa tocarlo. Michael mueve el tenedor delante de mí y sabe que estoy mintiendo. Sabe que me acuerdo.

—Pues a partir de ahora vamos a hacer más cosas como ésa.

Aquella noche me contó una historia. Mientras los pescadores intentaban pescar lenguados con sus luces y redes, dijo: «¿Qué es lo que sabes del tío Given?». Y yo le dije a Michael que Ma me había enseñado fotos, me había hablado de él, me había dicho que ya no estaba con nosotros, que estaba en otro mundo, pero no me había dicho qué significaba eso. Le dije eso a Michael porque era verdad y porque quería que me contara lo que significaba. Yo tenía ocho años.

—Eso es lo que significa que yo esté de nuevo en casa.

Michael toca el beicon con el tenedor. Aquella noche en el muelle no me contó por qué el tío Given ya no estaba con nosotros. En vez de eso, me habló de cuando trabajaba en la plataforma petrolera. Que le gustaba trabajar por la noche, que al amanecer, el océano y el cielo se convertían en una misma cosa y

que le parecía que estaba dentro de un huevo perfecto. Que los tiburones eran pájaros, como halcones, que cazaban por el agua. Que se sentían atraídos por los arrecifes que crecían alrededor de la plataforma, que golpeaban bajo los pilares, resplandecientes en la oscuridad, como un cuchillo bajo la piel oscura. También que la sangre los acompañaba. Que los delfines acudían una vez que los tiburones se habían ido y que daban un salto en el agua si sabían que alguien estaba mirando, charlando. Que estuvo llorando el día después del accidente, cuando se enteró de que todos se estaban extinguiendo.

—Para ti y para tu hermana —dice Michael.

Levanta un trozo de beicon al que ha estado dando vueltas. A pesar de que ya está tostado y rígido, lo pone de nuevo en la sartén.

«Lloré de verdad», le dijo Michael al agua. Parecía avergonzado de decir eso, pero siguió de todas formas. Porque los delfines se estaban muriendo, porque habían aparecido bancos enteros de delfines varados en las playas de Florida, Luisiana, Alabama y Misisipi. Y entonces Michael dijo algo que nunca olvidaré: «Algunos científicos de la BP han dicho que esto no tiene nada que ver con el petróleo, que a veces les pasan cosas así a los animales: mueren por razones inesperadas. A veces, muchos de ellos. A veces, todos a la vez». Y entonces Michael me miró y dijo: «Y cuando ese científico dijo aquello, yo pensé en los humanos. Porque los humanos somos animales». Y por el modo en que me miró aquella noche, supe que no estaba pensando en un humano cualquiera; estaba pensando en mí. Me pregunto si Michael pensó eso ayer, cuando vio aquella pistola, cuando vio al policía empujarme para que me arrodillara en el suelo.

Michael saca el beicon y lo pone en el papel de cocina. La noche del embarcadero parecía como si el influjo de la luna sobre el agua, el aumento de la marea, lograra arrancar las palabras a Michael. Me dijo: «Mi familia no siempre hace las cosas bien. A tu tío Given lo mató un primo mío, un gilipollas de mucho cuidado». Pensé que Michael no me estaba contando la historia completa. Siempre que Leonie o Pa o Ma hablaban de la muerte de Given, decían: «Murió de un disparo». Pero Michael dijo algo diferente. «Hay gente que cree que fue un accidente de caza». Desenrolló el hilo de la caña y se preparó para lanzarla de nuevo. «Un día te contaré toda la historia», dijo. Ahora, un leve aroma a beicon chamuscado flota en el aire y Michael saca otro trozo de la sartén, está negro, enrollado y duro.

Kayla da una palmada y me tira del pelo a puñados, igual que hace con el césped.

—Sólo quiero que tú y Michaela sepáis que estoy aquí. Que me voy a quedar. Y que os he echado de menos.

Michael saca el beicon y lo pone en el plato. Está todo negro y quemado por las esquinas. El olor a quemado y el humo llenan la habitación. Va a la puerta trasera, la abre y la cierra intentando que se vaya el humo. El chisporroteo del aceite se convierte en silencio. No sé qué quiere que diga yo.

—La llamamos «Kayla» —digo.

Levanto a Kayla por encima de mi cabeza y la siento en mi regazo.

—No no no no —dice Kayla y empieza a dar patadas.

Me arde la cabeza. Le doy saltitos sobre mis rodillas, pero eso sólo la cabrea más y se pone derecha como una tabla de planchar y se desliza entre mis piernas y cae al suelo. Su gemido se vuelve más fuerte hasta convertirse en la sirena de un coche de policía. Michael mueve la cabeza.

—Ya está bien, jovencita. Levántate del puto suelo —dice.

Su puerta-ventilador no está dando muchos resultados.

Kayla grita.

Me arrodillo junto a ella, me inclino, acerco la boca a su oreja y le hablo al volumen justo para que pueda oírme.

—Sé que estás enfadada. Sé que estás enfadada. Sé que estás enfadada, Kayla. Pero luego nos vamos a ir fuera, ¿vale? Siéntate y come, ¿vale? Sé que estás enfadada. Ven aquí. Ven aquí.

Le digo esto porque a veces oigo palabras entre sus gruñidos, la oigo pensar: «¿Por qué no escucha, por qué no escucha lo que yo siento?». Pongo las manos bajo sus axilas y ella se retuerce y llora. Michael cierra de un portazo, viene hacia nosotros y se para.

—Como no te levantes del suelo ahora mismo, te voy a dar una buena, ¿me oyes? ¿Me oyes, Kayla? —dice Michael.

Se está poniendo rojo alrededor de los ojos y por el cuello mientras agita los brazos y el humo lo persigue como una manta que lo envuelve. Esto lo pone aún más rojo. No quiero que le pegue con el tenedor.

—Venga, Kayla. Venga —digo.

—Me cago en la puta —dice Michael—. ¡Michaela!

Y entonces se pone encima de nosotros y empieza a pegarle, su brazo baja y sube, ha soltado el tenedor y le está dando fuerte a Kayla en el muslo, una vez, dos veces, su cara pálida y tensa como un nudo.

—¿Qué te he dicho? —Subraya cada palabra con un azote.

Kayla tiene la boca abierta pero no chilla: se ha quedado paralizada, en silencio, los ojos abiertos de dolor. Conozco este llanto. La cojo y la alejo de la mano de Michael, le doy la vuelta y me la acerco. Le acaricio la espalda, está ardiendo. Mis susurros de consuelo no sirven de nada. Sé lo que viene ahora. Tras soltar aire llega el llanto estruendoso.

—No hay necesidad de eso —le digo a Michael.

Nos da la espalda, está agitando la mano ejecutora como si se le hubiera quedado dormida.

—Se lo había avisado —responde.

—No hay necesidad —le digo.

—Es que no me escucháis —dice Michael.

Kayla se retuerce y grita, todo su cuerpo se hace un ovillo. Le doy la espalda a Michael y salgo por la puerta trasera. Kayla se frota la cara contra mi hombro y grita.

—Lo siento, Kayla —le digo, como si hubiera sido yo el que le ha pegado. Como si pudiera oír algo entre tanto sollozo.

Camino por el patio de atrás con ella, diciéndoselo una y otra vez, hasta que el sol se sitúa en su punto más alto, nos aplasta, convierte los charcos de barro en vapor. Abrasa la tierra, la reseca y nos quema, a Kayla y a mí: a ella la derrite como mantequilla de cacahuete; a mí me corroe.

Me disculpo hasta que se calma y le entra hipo, hasta que sé que puede oírme. Y me quedo esperando a que sus bracitos me rodeen el cuello y deje caer la cabeza en mi hombro, y estoy tan pendiente de que esto ocurra que ni siquiera me doy cuenta del chico que nos mira desde la sombra de un pino alto lleno de ramas; entonces, Kayla me pellizca los brazos y dice:

—No no, Jojo.

A plena luz del día, la sombra lo engulle: aguas pantanosas, frías y oscuras, del color del barro, tibias y cegadoras. Se mueve y es uno solo con la oscuridad.

—Está dando de comer a los cerdos. Tu abuelo.

Expulso con fuerza el aire por la nariz, espero que eso no signifique nada para él. Que no lo entienda como que quiero hablar, que no lo entienda como que no quiero hablar.

—No me ve. ¿Cómo es posible que no me vea?

Me encojo de hombros. Kayla dice:

—Comer, comer, Jojo.

Todo está tranquilo dentro de casa, y por un estúpido segundo me pregunto por qué Leonie y Michael no están discutiendo por la paliza que le ha dado a Kayla. Y entonces caigo en la cuenta. Les da igual.

—Tienes que preguntarle por mí —dice Richie.

Sale de la sombra y es un nadador que busca la superficie para respirar, brillando bajo la luz. Y bajo la luz, no es más que un chico esmirriado, con los huesos demasiado estrechos; la grasa que debería tener se ha consumido del todo. Alguien por quien podría sentir lástima hasta que sus ojos se abren y aprieto tanto a Kayla que grita. Hay una chispa de hambre y de anhelo en la cara de Richie.

Niego con la cabeza.

—Sólo así podré irme. —Richie se detiene, mira al cielo—. Incluso si ya no sabe quién soy, si ya no le importo. Necesito saber la historia. —Su pelo afro es tan largo que le sale de la cabeza como barba de viejo—. Es lo que dice la serpiente pájaro.

—¿Qué? —le digo, y me arrepiento de haberle preguntado.

—Aquí es diferente —dice—. Hay tanto líquido en el aire. Sal. Y olor a barro —continúa—. Seguro que las otras aguas están cerca.

No sé de qué está hablando. Kayla dice:

—Dentro, Jojo, dentro.

Richie me mira de la misma forma que yo le he mirado a él. Igual que Pa a los cerdos cuando llega el momento de la matanza, midiendo la carne. Asiente.

—Tienes que pedirle que te cuente la historia. De cuando yo estuve allí —dice.

—No —respondo.

—¿No? —pregunta.

—No.

Kayla está haciendo ruiditos, como quejándose, y me tira de las orejas.

—Quiero comer, Jojo —dice.

—Bastante es que te hemos sacado de allí y te hemos traído con nosotros. ¿Y si Pa no te quiere contar la historia? ¿Y si es algo de lo que no quiere hablar?

—No importa lo que él quiera. Lo que importa es lo que yo necesito.

Balanceo a Kayla. Le doy vueltas, mis pies se hunden en el césped barroso. Cerca, una vaca muge y oigo: «Qué fresquito está el verde. La hierba nueva». Dejo de dar vueltas cuando veo de nuevo sus fieros ojos.

—Si consigo que cuente la historia, ¿te vas a ir, verdad? ¿Te vas a ir de aquí?
—Al final de la pregunta mi voz se vuelve aguda, como la de una niña. Me aclaro la garganta. Kayla me tira del pelo.

—Ya te he dicho que me quiero ir a casa —dice Richie.

Da un paso hacia mí pero el césped no se abre, el barro no chapotea, y su cara se arruga: un trozo de papel doblado sobre sí mismo, una pelota sucia que esconde palabras.

—No has respondido.

—Sí —dice.

No ha sido suficientemente claro. Si tuviera piel y huesos, le tiraría algo. Cogería el bloque de cemento que tengo a mis pies y se lo lanzaría. Le obligaría a decirlo. Pero no tiene, y no quiero darle motivos para que cambie de idea, para que se quede merodeando por la casa, con los animales, robando toda la luz, reflejándola del modo equivocado: como un espejo combado. Casper, el chucho negro del vecindario, aparece por la esquina de la casa, se detiene de pronto y ladra. «Hueles mal», le oigo decir. «Una serpiente viene por el agua. ¡Muerde rápido! ¡Sangre!». Richie vuelve a las sombras con las palmas de las manos abiertas.

—Muy bien —le digo.

Aprovecho el ladrido de Casper para darme la vuelta. Sé que el perro mantiene a Richie clavado al árbol, así que puedo subir los escalones y meterme en la casa, a pesar de que siento que sus ojos me tiran de los hombros: una cuerda tensa entre los dos, afilada como una cuchilla.

El beicon está todavía en el plato tapado con papeles de cocina. Pongo a Kayla en la mesa y cojo la carne, le quito las partes que están un poco blanduchas, un poco marrones. Le doy la carne con la mano, cachito a cachito, para que se la coma. Come tanto que sólo me quedan los trozos chamuscados. No hay quien se los coma, así que lo escupo todo y me preparo unos sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada. Michael y Leonie están en su dormitorio, con la puerta cerrada, se oye el murmullo amortiguado de una conversación. La habitación de Ma sigue oscura, las persianas bajadas. Entro y las abro y pongo el ventilador en la ventana, lo enciendo al mínimo. El aire se mueve. Kayla merodea alrededor de la cama de Ma cantando una de sus canciones sin sentido. Ma se mueve, abre los ojos, sólo una ranura. Le he traído agua del grifo y una pajita, se la acerco para que pueda beber. Deja el agua en la

boca más tiempo del que debería, se le inflan los mofletes como globos, se las apaña para tragar y cuando termina, la cara se le rompe como si beber agua doliera.

—¿Ma? —le digo, acercando una silla a su cama, apoyo la barbilla sobre mis puños, espero que me ponga una mano en la cabeza como hace siempre. Le tiembla la boca, la frunce, pero no me pone la mano en la cabeza. Me incorporo, le hago una pregunta y espero que así no se note el dolor detrás de mi caja torácica, que se mueve como un cachorro haciendo círculos, intentando acomodarse y dormir—. ¿Cómo te encuentras?

—No me encuentro bien, cariño.

Habla en susurros. Apenas puedo oírla con el canturreo incomprensible de Kayla.

—¿No te hacen efecto los medicamentos?

—Será que me he acostumbrado a ellos —jadea.

Las arrugas de su cara se acentúan con el dolor.

—Michael ha vuelto —digo.

Levanta las cejas. Entiendo que a modo de asentimiento.

—Lo sé.

—Le ha pegado a Kayla esta mañana.

Entonces Ma me mira directamente a los ojos, no al techo ni al aire, y sé que ha disimulado el dolor todo lo que ha podido y que me está escuchando, igual que yo escucho a Kayla cuando se enfada.

—Lo siento —dice.

Me siento con la espalda recta, igual que Pa, y arrugo la cara.

—No —dice—. Ya eres mayor para oír esto.

—¿Ma?

—Cállate. No sé si es algo que hice yo. O si es algo que está en Leonie. Pero ella no tiene instinto materno. Me di cuenta cuando eras pequeño y ella iba a la tienda y se compraba comida para ella y se la comía delante de ti, y tú estabas allí sentando, llorando y con hambre. Me di cuenta en ese momento.

Los dedos de Ma son largos y finos. Poco más que huesos. Fríos al tacto, pero aún puedo sentir el calor como un pequeña llama en mitad de su palma.

—He intentado que nunca pasaras hambre, Jojo. Lo he intentado de verdad. Yo cuidaba de ti cuando ella no lo hacía. Pero ahora...

—No te preocupes, Ma...

—Calla, niño.

Antes sus uñas eran rosas y claras. Ahora son conchas de mar, picadas por la sal y amarillas.

—Ella nunca te va a dar de comer en condiciones.

Antes tenía las manos musculosas de todo el trabajo que hacía en el huerto, en la cocina. Me acerca la mano y me la pongo encima de la cabeza, su palma está sobre mi cuero cabelludo y mi cara en sus sábanas y tomo aire profundamente aunque sé que duele y huele como a metal y a cristal quemado por el sol y a vísceras.

—Espero haberte alimentado bastante. Mientras he estado aquí. Para que lleves esa comida contigo. Como un camello. —Oigo la sonrisa en su voz, débil. Sin dientes—. Igual no me he expresado bien. Como un pozo, Jojo. Saca esa agua cuando la necesites.

Toso en la manta, en parte por el olor de Ma muriéndose, en parte porque sé que se está muriendo; se me encoge la garganta y sé que estoy llorando, pero tengo la cara en las sábanas y nadie puede verme. Kayla me está dando golpecitos en la pierna. Su canción: muda.

—Me odia —digo.

—No, te quiere. No sabe cómo demostrártelo. Y el amor por ella y el amor por Michael..., bueno, se interponen. La confunden.

Me seco los ojos con las sábanas moviendo la cabeza y levanto la mirada. Kayla se sube a mi regazo. Ma no deja de mirarme. Las pestañas no le volvieron a crecer, por lo que sus ojos parecen aún más grandes, y cuando Ma pestañea, me doy cuenta de que tenemos los ojos iguales. Su boca parece estar masticando todo el rato, vuelve a tragar y hace una mueca.

—Tú nunca vas a tener ese problema.

Mientras lo dice, quiero hablarle del chico. Quiero preguntarle qué cree que debo hacer con Richie, pero no quiero preocuparla, no quiero cargarla con otra cosa más, ya tiene bastante con todo el dolor que está soportando, que puedo ver ahora. Como si estuviera flotando boca arriba sobre un océano de sufrimiento. Como si su piel fuera el caparazón vacío de un percebe por donde se filtra el dolor. Cada vez más. Hundiéndola más y más. Se escucha un sonido a través de la ventana, y las hojas del ventilador lo cortan al entrar en la habitación. Lo trocean. Parece un bebé llorando. Miro fuera y Richie está abajo, deja escapar un pequeño grito y traga aire. Y luego deja escapar otro grito que suena como el maullido de un gato, y traga aire. Toca la corteza de todos los pinos cada vez que

pasa junto a ellos.

—¿Ma? Después de que... —No soy capaz de decirlo, así que hablo con rodeos. Richie gime—. ¿Adónde vas después?

Richie se para y pega el oído. Está mirando hacia la ventana, su cara es como un plato roto; Casper ladra a lo lejos, una serie de ladridos agudos. Richie se rasca el cuello. Ma me mira y se sobresalta como un caballo: en su caso significa que cierra los párpados de golpe.

—¿Ma?

—¿No habrás dejado entrar a ese perro en el huerto, verdad, Jojo? —suspira.

—No, señora.

—Suenan como si hubiera acorralado a un gato.

—Sí, señora.

Kayla se baja de mi regazo, va al ventilador y pone la boca sobre él. Cada vez que Richie suelta un pequeño maullido, Kayla aúlla también. Se ríe por cómo el ventilador trocea el sonido. Richie se levanta, se sigue amasando la garganta con las manos, camina, hecho polvo, cojeando, y se pone justo debajo de la ventana.

—Después, Ma —digo.— ¿Qué pasa después de morir?

No soportaría que fuera un fantasma. No soportaría verla sentada en la cocina, invisible. No soportaría ver a Pa pasar junto a ella y que no le toque la mejilla, que no le dé un beso en el cuello. No soportaría ver a Leonie sentarse sobre ella sin verla, encenderse un cigarrillo, lanzar anillos de humo al aire cálido y quieto. No soportaría que Michael le robara sus batidoras y espátulas para cocinar en uno de los cobertizos.

—Es como atravesar una puerta, Jojo.

—Pero no vas a ser un fantasma, ¿verdad, Ma?

Tengo que preguntárselo aunque sé que le duele. Aunque siento que al decirlo la estoy acercando más al final. La muerte, una gran boca dispuesta a engullir.

Richie está tocando la mosquitera, deslizando la mano de un lado a otro. Kayla se ríe.

—No puedo decirlo con seguridad. Pero no creo. Creo que eso sólo pasa cuando alguien muere de una forma cruel. Violenta. Los viejos siempre me decían que cuando alguien moría así, a veces era tan terrible que ni siquiera Dios podía soportarlo, y entonces la mitad del espíritu se quedaba atrás, vagando, en busca de paz igual que el sediento busca agua. —Frunce el ceño: dos anzuelos

girados hacia abajo—. Ése no es mi caso.

Acaricio el brazo de Ma y la piel se desliza entre mis dedos. Demasiado fina.

—Eso no quiere decir que no vaya a estar aquí, Jojo. Estaré al otro lado de la puerta. Con todos los que ya se han ido. Tu tío Given, mi madre y mi padre, la madre y el padre de tu abuelo.

Se oye un rugido y un ladrido seco que proviene de debajo de la casa, bajo los tablones de madera, y sé que Casper ha vuelto y se ha metido en el espacio que queda entre los bloques de cemento: una sombra negra en la oscuridad polvorienta.

—¿Cómo?

—Porque no andamos en línea recta. Todo pasa a la vez. Todo. Estamos todos aquí a la vez. Mi madre y mi padre y sus madres y sus padres. —Ma mira a la pared, cierra los ojos—. Mi hijo.

Richie se aparta de la ventana y camina dando tumbos como un viejo. Con los brazos extendidos hacia delante. Casper dice: «¡Malo! ¡No huele! Pájaro sin alas. Gusano andante. ¡Vete!». Dejo de acariciarla. Ma me mira como si pudiera verme claramente a través del dolor. De la misma manera que me miró cuando era más pequeño y le mentí cuando me pilló jugando al «a ver quién mea más alto en la pared» en el baño de chicos del colegio.

—¿Has visto alguna vez algo así? ¿Un fantasma o algo del estilo? —resuella Ma—. ¿Algo que te pareciera raro?

Richie está escalando el árbol como una cuerda. Agarrando el pino joven con sus plantillas, empujando, sus manos planas sobre la plumosa corteza. Sube poco a poco. Balancea la pierna y se sienta en una rama baja, sus brazos y piernas siguen rodeando el tronco. El árbol lo sujeta como si fuera un bebé. Le aúlla a Casper.

—No, señora.

—Yo nunca tuve ese don. Ver a los muertos. Podía leer a la gente, leer el futuro o el pasado en sus cuerpos. Saber qué les pasaba o qué necesitaban por sus canciones; también a las plantas y a los animales. Pero nunca he visto a los muertos. Y no había nada que quisiera más después de perder a Given...

Los aullidos de Richie se convierten en una melodía. Le está cantando a Casper y hay palabras que no entiendo, como si le hubiera dado la vuelta al lenguaje. Un animal despellejado, con la piel del revés. No puedo evitarlo. Trago saliva para contener el deseo de vomitar toda la comida que he comido en la vida. Kayla está tocando la mosquitera igual que Richie antes, hacia delante y

hacia atrás. Canturreando.

—No, señora.

—Pero igual tú sí. Es posible que lo tengas. El don de verlos.

Ma gira la cabeza a un lado, escuchando la canción de Richie. Una mueca; si moverse no le doliera, estaría diciendo que no con la cabeza.

—¿Hay algo fuera?

Niego con la cabeza. Casper gime.

—¿Seguro?

Las hojas del ventilador cortan la canción de Richie. Siento cada ola de su oscuro canturreo sobre mi piel: desagradable al tacto. Una bofetada de Leonie. Un puñetazo de Michael en el pecho. Un niño mayor que yo que se llamaba Caleb y que se sentaba a mi lado al fondo del autobús y que una vez me puso la mano en la entrepierna y me estrujó la polla y luego yo le di un codazo en el cuello y el conductor me denunció cuando Caleb se cayó en el pasillo, sin poder respirar. Todo desagradable.

—No, señora —le digo.

No pienso hundirla.

CAPÍTULO 12. RICHIE

Riv los abraza incluso cuando no está en la misma habitación que ellos, incluso cuando no los toca. Al chico, Jojo, y a la niña, Kayla. Riv está pendiente de ellos. Se asegura de que coman por la mañana: gachas de avena y salchichas. Corta trocitos pequeños de mantequilla y los unta dentro de las humeantes galletas que mezcla, amasa y hornea. La mantequilla se derrite y sale por los lados, y daría cualquier cosa por probar algo hecho con tanto esmero: lo imagino jugoso, fácil de desmenuzar. Kayla se ha manchado la cara de mantequilla y Riv se ríe de ella. Jojo tiene restos de comida en las comisuras de la boca y Riv le dice que se limpie. Luego van al huerto de Riv, recogen fresas y moras y hierbas hasta que el sol empieza a subir. Se comen las bayas de los arbustos. Espero ver una sombra alada sobre ellos, pero no hay nada, sólo el huerto, verde y dulce. Flores llenas de vida escoltando la dulzura de la fruta. Jojo se pone en cuclillas y mastica. Me inclino hacia él.

—Dime —le digo—, ¿a qué sabe?

Me ignora.

—Por favor.

Traga y puedo leer la respuesta en su cara. «No». El modo en que esconde el deleite dentro de él, un secreto delicioso.

—Quiero recordarlo —le digo—. Pregúntale a Riv. Pídele que te lo cuente.

—Ya basta —dice Jojo mientras arranca una hierba de raíz profunda.

—¿Qué has dicho? —pregunta Riv.

Destroza las hierbas del suelo como cuchillos que cortan un pastel.

—Ya me he comido muchas bayas —dice Jojo—. Estoy lleno.

Mira a través de mí y se agacha para arrancar hierbajos sueltos.

Leonie y Michael se van sin pasar por el huerto. El coche rojo arranca, cobra vida, ruge por la carretera, y desaparece bajo el túnel de árboles. Pienso en

montarme en el coche con ellos, sólo para ver adónde van, pero no lo hago. Sigo a Jojo, a Riv y a Kayla. Voy tras los pasos del chico y observo. Observo cómo Riv los guía entre surcos y abrevaderos, cómo les prepara alubias para la cena, cómo se asegura de que estén limpios cuando se acuestan a dormir. Observar a esta familia me agarra por dentro, me retuerce, me aprieta. Me duele. Duele tanto que no puedo mirarlos, así que aparto la mirada. Me voy fuera. La noche está nublada. Quiero meterme bajo la tierra, dormir, pero estoy tan cerca. Estoy tan cerca, oigo el sonido de las aguas a las que me conducirá el pájaro escamado dando volteretas, impulsado por el viento. Así que lo que hago es meterme debajo de la casa y tumbarme en el suelo, justo debajo del salón donde todos duermen, la tierra es mi cama. Y canto canciones sin palabras. Las canciones provienen del mismo aire que trae el sonido de las aguas: abro la boca y oigo el rumor de las olas.

Esto es lo que veo:

Sobre la faz del agua, hay tierra. Está llena de colinas verdes, poblada de árboles, surcada de ríos. Los ríos fluyen hacia atrás; nacen en el mar y desembocan en el interior. El aire es dorado: como el amanecer y la puesta de sol, de color melocotón perpetuo. Hay casas sobre las cimas de las cordilleras, en los valles, en las playas. Son azul brillante y rojo oscuro, rosa nublado y morado intenso. Hay yurtas y viviendas de adobe y tipis y hogares comunales y villas. Algunas de estas casas están agrupadas en pequeñas aldeas: elegantes ramilletes de cabañas circulares, firmes, con techos abovedados. Y hay ciudades, ciudades que albergan plazas y canales y edificios con alminares y tejados inclinados y con gabletes y bestias agachadas y enormes rascacielos que parece que se van a derrumbar debido a la forma tan extraña en que florecen en el cielo. Pero no se derrumban.

Hay personas: diminutas y diferentes. Vuelan, caminan, flotan, corren. Están solas. Están juntas. Deambulan por las cumbres. Nadan en los ríos y en los mares. Caminan de la mano por los parques, por las plazas, desaparecen dentro de los edificios. Nunca están en silencio. Su canto es constante: a pesar de que no mueven las bocas, el sonido viene de ellos. Tararean bajo la luz amarilla. Proviene de la tierra negra y de los árboles y del cielo constantemente iluminado. Proviene del agua. Es la canción más bonita que he escuchado, pero no entiendo ni una palabra.

Estoy jadeando mientras pasa la visión. La oscura base de la casa de River se cierne sobre mí: cruje y luego se calla. Miro a la derecha y veo un reflejo del

agua, de los ríos, de la naturaleza, de las ciudades, de la gente. Luego oscuridad. Miro a la izquierda y veo ese mundo otra vez, y luego desaparece. Araño el aire, pero mis manos no tocan nada; no rozan la puerta de esa isla dorada.

Ausencia. Aislamiento. Me lamento por los muertos.

Al amanecer, cuando salgo de mi escondite, Leonie y Michael están cerrando las puertas del coche y se dirigen a la casa. Los árboles están quietos y silenciosos en la luz azul del alba, el aire incluso más húmedo que el día anterior. El sol es una pizca de luz brillante a través de los árboles. El sonido del agua es más fuerte ahora: ese lugar planea en el borde de mi campo de visión. Van andando juntos, a trompicones, y Leonie mira por encima del hombro como si alguien estuviera andando al lado, a su derecha, detrás de ella. Me acerco a ellos corriendo porque veo un destello. Durante un segundo, alguien está allí, alguien con la misma cara que Jojo, desgarrado y alto como Riv, alguien con los mismos ojos que la mujer de agua salada que yace en la cama. Y luego, nada. Sólo aire. Leonie y Michael se paran en la puerta, se abrazan y murmuran, mientras yo rodeo el lugar donde he visto el destello. El aire me pincha como una aguja.

—Necesitas dormir, cariño —dice Michael.

—No puedo. Todavía no —dice Leonie.

—Échate un rato conmigo, anda.

—Tengo que hacer una cosa.

—¿En serio?

—Luego vuelvo —dice Leonie.

Se besan y yo me voy. Hay algo desesperado en la forma en que Michael agarra a Leonie de la nuca y en el modo en que Leonie le toca la cara. Tan desesperado y anhelante que requiere privacidad. Él desaparece en la casa y ella camina junto a la carretera. No puedo evitar seguirla. Caminamos en fila india bajo los robles arqueados, los cipreses, los pinos. La carretera es tan vieja que prácticamente sólo tiene gravilla. De vez en cuando aparece una casa, silenciosa y cerrada: en algunas, la gente habla en voz baja, hace café, cocina huevos. Los conejos, los caballos y las cabras roen su ración matutina de comida: algunos caballos se acercan a la verja, sacan la cabeza por encima y Leonie les acaricia sus hocicos húmedos al pasar. Ahora las casas están menos dispersas. Leonie cruza la calle y lo veo: un cementerio. Las lápidas son medios óvalos clavados en la tierra. Algunos tienen fotos, fotos de los muertos que en su día estuvieron vivos. Se detiene frente a una tumba relativamente cercana a la entrada del

cementerio, donde se entierra a los que acaban de morir, y cuando se arrodilla frente a ella, veo al chico que vi detrás de Leonie esta mañana, pero ahora está grabado en mármol, y bajo la foto de su cara, un nombre: Given Blaise Stone. Leonie se saca un cigarro del bolsillo y lo enciende. Huele a hollín y ceniza.

—Nunca estás aquí.

Los pájaros de los árboles se están despertando.

—¿Lo harías, Given?

Susurran y se giran.

—Se está rindiendo.

Gorjean y descienden.

—¿Lo harías?

Los pájaros se abalanzan sobre nuestras cabezas. Parlotean entre ellos.

—¿Le darías lo que quiere?

Ahora Leonie está llorando. Se desentiende de las lágrimas, deja que caigan desde el filo de su barbilla al pecho. Cuando empiezan a salpicar la piel de su clavícula, se las limpia.

—Quizá soy demasiado egoísta.

Un pajarillo gris se posa en el extremo de la parcela. Agujerea la tierra, dos veces, tiene ganas de desayunar. Leonie suspira, y el suspiro se queda enganchado y estalla en una risa.

—Claro que no vas a venir.

Se agacha y coge una piedra incrustada en el suelo sobre la tumba de Given, se saca la camisa por fuera, agarra el dobladillo y forma un bolsillo en el que mete la piedra. Se pone de pie y le habla al aire y el pájaro da un saltito y se va revoloteando.

—¿En qué estaría yo pensando?

Leonie camina entre las lápidas, se agacha y recoge piedras de todas las tumbas, desde las que empiezan a amontonarse sobre la tierra cruda hasta las que están en el centro y en la parte de atrás del cementerio, donde las piedras están desgastadas por el viento y el agua y el grabado de los nombres es poco profundo. Los pájaros forman una gran bandada en el cielo, se alejan en busca de tierras más ricas. Cuando Leonie vuelve a casa, el cesto que ha creado con la camisa está lleno de piedras y se pone a llorar. La carretera está tranquila. Sus lágrimas oscurecen las piedras. Están aun húmedas cuando entra en la casa, pasa junto a Jojo, Riv y Kayla, que todavía están dormidos en el salón, y entra en el dormitorio de su madre. Toda la habitación huele a sal: a océano y a sangre. Se

arrodilla y deja que las piedras resbalen y caigan al suelo, mira a la mujer de agua salada, que se ha despertado sobresaltada, y dice:

—Aquí tienes.

Las lágrimas, el océano y la sangre podrían derretir el olfato. La mujer de agua salada, la mujer hacia la que Leonie reptaba por encima de las piedras, a la que llama «mamá, mamá», mira a Leonie con tal comprensión e indulgencia y amor que vuelvo a escuchar la canción otra vez; conozco esa canción. La he oído en ese lugar dorado sobre las aguas. Una enorme boca se abre dentro de mí y se lamenta. Soy un estómago vacío.

El pájaro escamado se posa en el alféizar de la ventana y grazna.

CAPÍTULO 13. JOJO

Anoche, Richie se metió debajo de la casa y se puso a cantar. Escuchaba su canto subir a través del suelo y no podía conciliar el sueño. Pa durmió de espaldas a nosotros porque no paraba de toser. Kayla se despertaba y empezaba a llorar cada media hora, y yo le decía cosas para calmarla con el canto de Richie de fondo. Todos nos dormimos tarde, pero Pa ya está en pie cuando yo me levanto del sofá. Kayla extiende el brazo por donde yo estaba durmiendo y la tapo con la manta. Es casi mediodía cuando salgo fuera y veo al chico sentado en una rama del árbol que hay bajo la ventana de Ma. Por la parte de atrás, en algún lugar, oigo el hacha de Pa sisear y dar golpes.

—Venga —susurro.

No miro al árbol cuando lo digo, no miro al chico sentado, que desciende sin hacer ruido y sin levantar polvo. Si fuera un chico real, la corteza se desprendería como copos de papel, caería como lluvia seca. Pero no es así. Está a mi lado, con los hombros encogidos. Sabe que le estoy hablando a él. Atravesamos el patio bañado de sol y lo llevo de nuevo a la sombra del bosque, donde está Pa. Se oye como un martilleo en mitad del silencio. Se vuelve a oír. Pa está golpeando algo. Intento andar como él: con la cabeza alta, los hombros rectos, la espalda erguida, pero me doy cuenta de que tengo la cabeza gacha y la espalda encorvada. Todo en mí cuelga. Cada vez que Pa me contaba la historia de Richie, empezaba a dar rodeos. Me contaba el principio una y otra vez. Me contaba la parte central una y otra vez. Y rodeaba el final igual que un enorme buitre negro rodea a los animales muertos, a las comadreas, los armadillos, los jabalíes, a un ciervo abatido que se abotarga y agría bajo el calor de Misisipi.

Pa está derribando uno de los antiguos corrales: golpea una esquina con un mazo hasta que cede y se dobla, media enterrada en el suelo. Me paro y Richie da dos pasos más y se para. No sabría decir si se está comiendo el sol o repeliéndolo; en cualquier caso, es como si su sombra se proyectara sobre su

propia piel, una máscara oscura de la cabeza a los pies que camina junto a él. Tiene el pelo más largo que he visto, sobresale de su cabeza como una parasitaria barba de viejo. Pa da un golpe con el mazo y se oye un crujido, las astillas se hacen trizas. El sudor le brilla.

—Tiene termitas. Se lo están comiendo todo —dice Pa—. No van a parar hasta devorarlo todo, lo de dentro y lo de fuera.

—¿Te hace falta ayuda? —le pregunto.

—Dale patadas a esas tablas para juntarlas —dice Pa.

Da otro golpe con el mazo, la madera de las juntas se hace astillas. Doy patadas a los leños para amontonarlos: allá donde golpea el pie, el polvo se levanta. Una muchedumbre de termitas da vueltas y revolotea por el aire. Sus alas blancas brillan. Pa da otro mazazo. Gruñe.

—¿Pa?

—Sí.

—Nunca me has contado el final de la historia.

—¿Qué historia?

—La del chico ese, Richie.

El mazo golpea contra el suelo. Pa nunca falla. Resopla y balancea el mazo como si fuera un palo de golf, comprobando su peso. Sintiendo el giro. Una termita aterriza en mi mejilla y la espanto, intento no fruncir el ceño, dejar la cara lisa como la de Pa.

—¿Qué fue lo último que te conté?

—Me contaste que estaba enfermo. Que le acababan de dar latigazos y que estaba ardiendo y tenía vómitos. Me dijiste que quería volver a casa.

Richie sigue allí, las termitas no se acercan a él. Se alejan volando sobre un viento invisible. «Búscanos», dicen. Las espanto con la mano abierta, pero Pa las esquiva y les da capirotazos con dos dedos.

—Eso es lo que te dije yo —dice Richie, tan bajo que su voz podría ser la caricia de mi mano sobre mi cara, el dedo de Pa sobre su ceja.

Pa asiente.

—Intentó escaparse. Bueno, no, no lo intentó. Se escapó.

—¿Se fugó?

Pa se mece. La madera cruje y se hace pedazos.

—Sí —dice Pa.

Le da una patada a la madera, pero sin fuerza.

—¿Entonces volvió a casa?

Pa niega con la cabeza. Me mira como si estuviera calculando mi altura, el tamaño de mis manos, de mis pies. Ya puedo ponerme sus zapatos: a veces, cuando me manda a hacer recados y está lloviendo, me pongo las botas que tiene al fondo de la despensa, junto a la puerta trasera. Lo miro y levanto las cejas. Le digo sin decirle: «Estoy preparado para oírlo. Te estoy escuchando».

—Fue un preso el que lo hizo, se llamaba Azul. Era domingo y había partido de béisbol: había visitantes. Vinieron algunas chicas de vida alegre, las esposas de algunos hombres. Pero a Azul nunca venía nadie a verlo. Lo llamaban «Azul» porque era tan oscuro que parecía una ciruela cuando estaba trabajando en los campos, bajo el sol. Pero no estaba bien de la cabeza; por eso ninguna mujer hablaba con él. Ninguna quería visitarlo. Así que cogió a una de las presas, se la llevó hasta las letrinas y la metió a rastras en un compartimento.

Pa se detiene, mira hacia la casa.

—¿Y qué hizo? —pregunto.

—La violó —dice Pa—. Era una mujer fuerte, tenía casi tantos callos en las manos como él de trabajar en el campo y de coser; aun así, no era rival para él. Él dejaba inconsciente a cualquiera de un solo cabezazo. La cara de la mujer... quedó prácticamente irreconocible. Y quizá no le habría pasado nada a Azul si no hubiera sido la favorita de la mujer del sargento. A la que llamaba siempre para tender la ropa y fregar los suelos o cuidar a los niños. Azul lo sabía. Por eso la dejó allí, con la falda subida hasta la cabeza, cubriéndole la cara ensangrentada, el tejido volviéndose fango rojo. La dejó echando espumarajos por la boca. Y salió corriendo. Pero no le dio tiempo a alejarse lo suficiente cuando se topó con Richie. No sé dónde. Tal vez Richie estaba por las cocinas o las letrinas o llevando herramientas de un sitio a otro; la cuestión es que cuando Azul escapó, Richie estaba con él.

—Me topé con ellos —dice Richie—. Él estaba encima de ella. Con sus manazas llenas de sangre. Era uno de los presos más fuertes; podía tumbar a cualquiera. Me dijo: «¿Quieres acabar con la cara como la de ella, chaval?». Le dije que no. Y movió una de sus manazas y dijo: «Ven». En parte fui porque no quería que me pusiera la cara roja como la de ella. Y en parte porque estaba harto de aquel lugar. Porque me quería ir.

Los bosques de alrededor son una gigante maraña verde oscuro: robles enormes que casi tocan el suelo con las ramas, parras enredadas en los troncos y colgando de las ramas, zumaques venenosos, tupelos, cipreses y magnolias

formando un muro circular a nuestro alrededor.

—¿Fuiste tras ellos? —le pregunto.

Richie se ha inclinado tanto hacia Pa que si estuviera vivo, se habría caído. La mandíbula le baila de lado a lado, aprieta los dientes.

—Sí.

Pa aprieta el mazo tan fuerte que sus nudillos se vuelven blancos y luego afloja las manos. Las aprieta de nuevo y las afloja.

—Sí —dice Richie—. Sí.

Una grulla atraviesa el aire, gris y con las rodillas rosas. No grazna ni chilla. No dice nada.

—¿Qué pasó?

Pa vuelve a medirme. Echo los hombros hacia atrás, me aseguro de que la barbilla esté firme.

—¿Jojo?

Asiento.

—¿Un hombre como Azul? Es un hombre como Caracerdo.

Caracerdo: el hombre blanco, grande y cruel que trabajaba con Pa y los perros. Pa da un mazazo y otra esquina del corral se viene abajo.

—No tenía respeto por la vida. Por ningún tipo de vida.

Richie abre y cierra la boca. Se pasa la lengua entre los dientes. Como si estuviera comiendo aire.

—Tuve que seguirles el rastro.

Tragándose las palabras de Pa.

—A las mujeres se las echaba menos en falta los domingos. Pasaron cinco horas hasta que la encontraron y se percataron de que Azul y Richie habían desaparecido y el sargento pudo atar todos los cabos —dice Pa—. Tiempo suficiente para alejarse veinticinco kilómetros de Parchman. Para volver al mundo libre. El alcaide le estaba gritando a todo el mundo, tenía la ropa mojada como si se hubiera bañado con ellas. «¡La próxima será una mujer blanca!», dijo.

—Tuvimos suficiente tiempo —dice Richie. Su voz chirriante y hueca como el croar de una rana. Hambrienta de lluvia—. Azul corría muy rápido. A veces tenía que seguirlo por el sonido. Hablaba consigo mismo todo el rato. No con él. Con su madre. Le decía que iba a casa. Que quería que le cantara. «Cántale a tu hijo», decía. «Cántale».

El mazo silba atravesando el aire. Las termitas se retuercen en su devastado

hogar.

—Yo no era lo bastante rápido. Azul se encontró con una chica que estaba cogiendo agua de un manantial. La dejó tumbada en el suelo —dice Pa—. Le rasgó el vestido por delante. Ella volvió a casa de esa guisa. Una chavalilla blanca y pelirroja. Le dijo a su padre que un negro loco la había atacado.

—Yo lo detuve —dice Richie—. Le pegué con una rama de árbol. Lo bastante fuerte para que la soltara. Lo bastante fuerte para que me diera un puñetazo en la cara.

—Para entonces ya se había corrido la voz. Richie y Azul hacía tiempo que se habían escapado, debían andar ya lejos, y había empezado a anochecer; la gente blanca se estaba congregando. Todos los hombres. Chavales más jóvenes que Richie, vestidos con monos atados con un solo tirante y subidos a la parte trasera de las camionetas. Debía de haber miles de ellos. Bajo la luz de los camiones, sus caras parecían estar cubiertas por una niebla roja, pero todo lo demás era negro en la oscuridad: la ropa, el pelo, los ojos. Y entonces lo vi: todos, absolutamente todos, estaban ansiosos por cazarlos, como perros sabuesos. Y sus risas. No podían parar. Y supe que cuando los encontraran, a Azul y a Richie, no harían ninguna distinción. Los dos serían dos negros, dos bestias que habían tocado a una mujer blanca.

Richie nunca había estado tan quieto, tan callado. Tiene la boca abierta, inmóvil. Los ojos como platos, negros. Mantiene el equilibrio de puntillas, podría estar hecho de piedra. En cambio, Pa es un manojo de nervios: mueve las manos mientras habla, echa los hombros hacia delante con la suavidad de una flor que languidece en el momento más caluroso del día. Nunca lo había visto así. Su cara, todas las arrugas de su cara se juntan unas contra otras como las fallas de la gran tierra fracturada. Lo que las une: el dolor. El mazo está en el suelo.

—Solté a los perros, dejaron atrás la valla, los límites de Parchman, y se adentraron en el Delta. A través de la llanura, de esa tierra que las manos negras habían reducido a maleza, dejándola baldía. Todas las manos negras. La tierra negra como las manos, quebrantada. Tierra que, al pisarla, dejaba huellas claras. Seguí sus huellas y los perros rastrearon su olor a través de los árboles puntiagudos, de los campos deshonestos, más allá del manantial y de las cabañas, atravesando más campos y más cabañas en las que se congregaba un enjambre de hombres y chavales blancos. Moviéndose a la vez. Para matar.

Pa agacha la cabeza, se limpia el sudor del hombro. Pega un zapatazo y es como un caballo que avisa de que va a dar una coz.

—¿Qué pasó? —le incito.

Pa no levanta la mirada.

—El alcaide y los sargentos iban en coche por la carretera, siguiendo a los perros. Sus aullidos. Había hombres por todos lados, también habían sacado a sus perros, y entonces un chico se topó con Azul. Se había subido a un árbol, en un bosquecillo del oeste. Cuando lo encontraron, tuve que entornar los ojos al oír los gritos. Empezaron a disparar sus rifles, y el alcaide y los sargentos y los tiradores de confianza fueron hacia allí. Ordené a los perros que me siguieran. Esperé. Porque no querían ir al oeste. Querían ir al norte; yo sabía que estaban siguiendo a Richie. No pasaron ni cinco minutos cuando vi la hoguera y supe lo que estaba ocurriendo. Lo supe antes incluso de oír a Azul gritar.

Richie pestañea. Tiene los dedos separados como las alas de un pájaro. Su pestañeo empieza lento, pero a medida que Pa habla, se vuelve más rápido hasta que se vuelve borroso como un colibrí y todo lo que veo son sus ojos, sus ojos negros, con una fina gasa sobre ellos.

—Uno de los tiradores de confianza me dijo después que lo estaban cortando a trozos. Los dedos de las manos. De los pies. Las orejas. La nariz. Y que luego lo despellejaron. Entonces es cuando seguí a los perros, intentando tranquilizarlos, a través del cielo azul que se tornaba negro, a través de los campos, hasta otra arboleda. Y Richie estaba agachado en la base de un árbol, tapándose sus ojos negros con las manos. Llorando. Con la nariz levantada, escuchando a Azul y a la multitud.

Richie aprieta los puños y los afloja. Aprieta los puños. Abre los dedos como alas.

—Iban a hacerle lo mismo a él. Cuando terminaran con Azul. Iban a ir a por el chaval y cortarlo a trozos hasta que se desangrara entre gritos de dolor, y luego lo iban a colgar de un árbol.

Pa me mira. Le tiembla todo.

—No era más que un chaval, Jojo. Hasta los animales tienen mejor muerte.

Asentí de nuevo. Richie se rodea el cuerpo con sus propios brazos, se abraza cada vez más fuerte, sus brazos y dedos se hacen increíblemente largos.

—Le dije: «Todo va a salir bien, Richie». Él me dijo: «¿Vas a ayudarme? Riv, ¿cómo salgo de aquí?». Puse los perros a mis pies. Le tendí las manos, las palmas hacia arriba. Me movía lentamente. Intentaba calmarlo. Le dije: «Vamos a sacarte de aquí. Vamos a llevarte lejos de aquí». Le toqué el brazo: estaba ardiendo. «¿Voy a volver a casa, Riv?», me preguntó. Me agaché junto a él, los

perros ladraban sin cesar, y lo miré. Tenía pelillos de bebé en el contorno del cuero cabelludo, Jojo. Pelillos finos que llevaban ahí desde que su madre le daba la teta. «Sí, Richie. Te voy a llevar a casa», le dije. Y entonces cogí la navaja que tenía guardada en la bota y se la clavé en el cuello. En la vena grande que hay a la derecha. Lo sujeté hasta que la sangre dejó de brotar. Él me miraba, boquiabierto. Un niño. Con lágrimas y mocos por toda la cara. Estupefacto y asustado, hasta que se quedó quieto.

Pa le habla a sus rodillas. Richie inclina la cabeza hacia atrás y mira al cielo, ese gran brochazo azul que se extiende más allá del abrazo de los árboles. Abre los ojos más aún y estira los brazos y abre las piernas y ni siquiera nos ve, ni a mí ni a Pa, mira todo lo que está detrás de nosotros: más allá de los kilómetros que recorrimos en el coche, más allá del punto en que los pinos se convierten en campo y en algodón y en árboles primaverales que acaban de brotar, más allá de la autopistas y de las ciudades que están detrás de los pantanos y de los árboles centenarios. Al principio creo que está cantando otra vez, pero luego me doy cuenta de que es un lamento que se convierte en un grito que se convierte en un aullido, y sólo hay horror en su cara, horror por lo que ve. Entorno los ojos y el lamento de Richie apenas me deja oír a Pa.

—Lo tumbé en el suelo. Les ordené a los perros que fueran a por él. Olieron su sangre. Lo despedazaron.

Rico ruge. Casper está por la carretera, en algún lugar, furioso, ladrando. Los cerdos gruñen. El caballo le da patadas a la verja. Pa se toca las manos como si no supiera cómo utilizarlas. Como si no estuviera seguro de lo que puede hacer con ellas.

—Me lavaba las manos todos los días, Jojo. Pero la puta sangre nunca salía. Cuando me llevo las manos a la cara todavía la huelo bajo la piel. La olí cuando el alcaide y el sargento vinieron y vieron a los perros ladrando y relamiéndose la sangre de sus hocicos. Le habían desgarrado la garganta, cortado los tendones. La olí cuando el alcaide me felicitó por lo que había hecho. La olí el día en que me dejaron salir gracias a que había guiado a los perros que cogieron y mataron a Richie. La olí cuando conseguí encontrar a su madre después de varias semanas buscándola y le dije que Richie había muerto y me miró con la cara petrificada y me cerró la puerta en las narices. La olí cuando llegué a casa en mitad de la noche y ni el olor agrio del pantano ni el de la sal del mar consiguieron camuflarla; la olí años después cuando me acosté con Philomène, cuando acerqué la nariz al cuello de tu abuela y absorbí su aroma intentando que borrara el olor de la sangre. Pero no lo borró. Cuando Given murió, creí que me

iba a ahogar en ese olor. Me cegó, me volvió tan loco que no podía hablar. Nada consiguió calmarme hasta que llegaste tú.

Abrazo a Pa como si fuera Kayla. Tiene la cara entre las rodillas y le tiembla la espalda. Los dos nos inclinamos juntos mientras Richie se vuelve cada vez más oscuro hasta convertirse en un agujero negro en mitad del patio, como si hubiera absorbido toda la luz y la oscuridad a lo largo de los kilómetros, a lo largo de los años, y entonces se funde en negro y desaparece. Una suave brisa recorre el lugar donde estaba Richie, se llena de luz amarilla y de polen, mientras Pa y yo nos abrazamos en la hierba. Los animales aplacan sus gruñidos y bufidos y ladridos. «Gracias», dicen. «Gracias, gracias, gracias», cantan.

CAPÍTULO 14. LEONIE

Cuando llegué a casa con el montón de piedras del cementerio, Michael había cogido mi coche y se había largado. Las piedras me pesaban mucho, me acordé de lo que era estar embarazada de Jojo y Michaela, llevar a un ser humano en el vientre. Tras amontonar las piedras que había dejado en el cuarto de mamá, salí por la puerta y me encontré con Given el Fantasma. Tiene la cabeza inclinada hacia un lado, la mirada fija, como apuntando con una escopeta, atravesando el salón, la cocina y la puerta trasera. Está escuchando. Me detengo donde estoy.

—¿Qué?

La palabra sale como un pequeño dardo. Aunque seguramente sea por los restos de la metanfetamina que me tragué, lo cierto es que me siento sobria como un peso muerto, y aquí está Given, lustroso y alto, en el salón. Su boca se mueve como si estuviera repitiendo algo que dice otra persona, y si pudiera hablar, no sería más que un murmullo. Lo que sea que esté oyendo, lo que sea que esté reproduciendo con mímica, hace que salga corriendo hacia la puerta del salón, que está abierta, se pare en el umbral de la cocina, agache la cabeza y agarre el marco de la puerta. La última vez que lo vi aquí estaba vivo. El pulso le latía como un tambor. Él y papá habían estado discutiendo hacía nada por algo, por el Chevrolet Nova, o por sus notas mediocres o porque aparte del arco y la flecha no tenía ninguna pasión por nada, salvo jugar al fútbol. «Tienes que centrarte, hijo», le dijo Pa. Given estaba sentado en el sofá y vio salir a Pa por la puerta de atrás, se repantingó, me guiñó un ojo y me susurró: «Y tú tienes que sacarte el palo del culo, Pa».

Las escápulas de Given-no-Given se juntan como puños bajo su camisa. Me hace un gesto con la cabeza. Luego hace otro a cuenta de lo que sea que haya oído.

—Me estoy volviendo loca —me digo a mí misma—. Como una puta cabra.

Paso por delante de Given y miro por la mosquitera. Papá y Jojo están

agachados fuera, en el suelo, junto a la pocilga, hablando. No oigo nada desde tan lejos, pero Given sí puede, y sea lo que sea que esté oyendo hace que su cabeza se mueva cada vez más rápido, golpea la moldura con el puño una y otra vez, sin hacer ruido. No deja marca. Espero sentir el roce de su camiseta contra mi brazo cuando paso a su lado, pero no siento nada, salvo un frío neblinoso. Given abre la boca y puedo descifrar lo que dice sin palabras. «Pa», vocaliza. «Ay, Pa». Entorno los ojos. Parece que Jojo está acariciándole la espalda a Pa. Abrazando a Pa, y me doy cuenta de que nunca había visto a Pa en el suelo salvo para plantar alguna semilla, forcejear con algún animal o quitar las malas hierbas.

El ladrido de un perro irrumpe en la chirriante cocina, Given se gira hacia mí, articula una palabra, abre las manos y me hace señas como queriendo sacarme una respuesta. «¿Quién?», leo en sus labios. «¿Quién es ése?». Va corriendo a la puerta mosquitera. Casper ladra otra vez, un sonido que se convierte en un grito de pánico. Pa parece que se está hundiendo, Jojo lo levanta. No conozco este mundo. Given tiene los brazos extendidos hacia delante como si quisiera bloquear algo. Me pregunto si esta visión de mi hermano es una réplica del colocón de ayer, un temblor de metanfetamina, si el enorme pedrolo que me metí ha descosido mi cuerpo y mi mente, me ha roto las costuras. Given sigue allí. A medida que los ladridos del perro se hacen más fuertes, Given sangra. No veo heridas, pero está sangrando igualmente, por el cuello, por el pecho. Por donde le dispararon. Se abraza a sí mismo en el marco de madera de la puerta mosquitera, que está cerrada, sus brazos y sus piernas están tensos. Algo tira de él hacia fuera. Pa y Jojo se han doblado en dos y el perro sigue ladrando, pero no veo nada, no veo nada hasta que pestañeo y aparece como un resplandor oscuro por el rabillo del ojo, una nube negra revuelta que desciende a la tierra, al patio, pero entonces pestañeo de nuevo y ya no está. Given se desploma y acaricia el umbral con las manos, arriba y abajo; hacía ese gesto cuando estaba vivo, la madera de los umbrales estaba pulida por el roce. Se queda paralizado y me mira y me gustaría que estuviera vivo, que tuviera carne para poder darle una patada. Le daría una patada por no ser capaz de hablar. Le daría una patada por ver y oír lo que sea que esté viendo y oyendo ahí fuera y no compartirlo conmigo. Le daría una patada por estar aquí, ahora, por ocupar espacio en el mundo consciente y sobrio, justo delante de mí. Por poner el mundo patas arribas —pájaros que se estrellan contra el cristal de las ventanas, perros que ladran hasta mearse encima de miedo, vacas que se caen sobre sus caderas en los campos y no se levantan nunca más—, por seguir guiñando y

sonriendo, su sarcasmo patente en cada hoyuelo y en cada diente. Por morir. Siempre por eso. Given mueve de nuevo la cabeza, pero esta vez lentamente; aun así, su cara se vuelve borrosa. Salgo y me acerco a él, para empujarlo tal vez, para ver si siento sus brazos morenos, los callos de sus manos como pedazos de cemento, pero el llanto de Michaela perfora el aire y Given desaparece.

Michaela está de pie en el sofá, caminando de una punta a la otra, gritando. Tiene el pelo aplastado de dormir, la cara hinchada. Sus piernecitas torpes al despertar; se resbala, se cae de boca y se come el cojín.

—El chico, el pájaro negro —solloza.

Me arrodillo junto al sofá, le doy palmaditas en su espalda caliente.

—¿Qué chico, Michaela?

—El pájaro negro. El chico negro.

Se pone de pie, va hasta el brazo del sofá que está más alejado de mí, se sienta a horcajadas y se desliza.

—¡Vuela!

Siempre se despierta así, arrastrando los mantos de sus sueños tras ella. Aún está medio dormida. La cojo por debajo de una axila, la levanto, le pongo la cabeza en mi hombro.

—Duérmete otra vez —le digo.

Cada vez que Michaela da una patada, los dedos de sus pies son como pequeñas palas que excavan mi barriga, intentando romper la tierra de la parte más blanda de mi cuerpo. Antes se dormía con el balanceo de mis paseos. Soñaba en mi vientre con ojos azules ciegos. Ahora da sacudidas, me golpea la boca con su mano y no me deja que la sostenga en brazos.

—¡Quiere a Ma! —grita.

En ese momento mis brazos caen muertos y Michaela se desliza hacia abajo como un espagueti cocido. Nada más tocar el suelo, sale corriendo directa a la puerta del cuarto de mamá y la golpea con sus pequeños nudillos. Cada golpecito marida con un gemido. Tiene los ojos abiertos como un potrillo asustado.

—Michaela. —Me arrodillo—. Ningún hombre se va a llevar a Ma a ninguna parte.

Sus pequeñas rodillas protuberantes barren el suelo mientras se cuelga del pomo de la puerta, intentando girarlo con su peso. Lo que digo es una verdad a medias: ningún hombre quiere llevarse a mamá, pero me ha pedido que la

acompañe cuando abandone este mundo. Me pongo de rodillas y me acerco a Michaela, los tabloncillos del suelo me trituran los huesos y me sorprende del miedo que se derrama por mi pecho como arena ardiendo. Desconcertada, miro a mi retoño, bajito y rechoncho, rozando el suelo con los dedos de los pies, y me pregunto qué querrá el futuro de mí. De ella. Los dedos de Michaela se sueltan del pomo y lo giro, lo abro, señalo a mamá con el dorso de la mano.

—¿Lo ves?

No estoy preparada para ver.

Mamá tiene medio cuerpo fuera de la cama, medio dentro, los dedos de los pies en el suelo, las piernas enredadas entre las sábanas, tirantes y finas como una cuerda en algunas partes, extendidas y voluminosas en otras: mamá ha sido capturada como un pez vela. Ese que navega por el aire, plateado y blanco, de tacto sedoso por el agua salada: el que tiembla bajo el sol y lucha. En el cuarto hace más frío del que promete una mañana de primavera, hace un frío de noviembre, y aun así mamá está sudando, gimiendo y dando patadas. Michaela entra en el cuarto, huele el aire, da pasitos vacilantes y mira al techo. Susurra la misma palabra una y otra vez.

—Pájaro —dice.

El cuarto huele como si a mamá le hubieran sacado lo de dentro fuera. Huele a pipí, a mierda y a sangre. A intestinos al borde de la putrefacción. Sus ojos son salvajes. Tiene los brazos clavados en las sábanas. Mamá lucha por despegarlos.

—¿Mamá? —digo y mi voz parece aguda y pequeña como la de Michaela—. Deja que te ayude.

—Demasiado tarde —dice mamá—. Demasiado tarde, Leonie.

Tengo que agarrarle el brazo con fuerza para liberarlo. Mis dedos dejan pequeños surcos en su piel, veo las huellas de mis manos en ella cada vez que la toco. Mamá gime. Intento tocarla con más suavidad, que le duela menos, pero no puedo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

Mamá está sangrando bajo la piel. Allá donde tocan mis manos hay sangre. Zanjas en la arena llenas de agua salada. Debajo: la muerte.

Mamá mira detrás de mí, hacia la esquina en la que Michaela se ha sentado. Michaela está tranquila, cantando una canción, tiene los ojos entornados y está mirando a mamá. Los ojos de mamá se escabullen a mi cara, al techo, a su cuerpo en ruinas. Lejos, lejos.

—Lo he oído —susurra—. Pensaba que era... —jadea— un gato.

—¿A quién, mamá?

—Nunca los he visto. A veces los he oído.

—¿El qué?

—Como a alguien hablando tres pisos más abajo. En otra habitación.

Suelto una mano, cierro el puño.

—Me ha dicho que viene a por mí.

Todos estos pétalos de sangre.

—No es *lè mistè*.

Ningún espíritu. Ningún Dios. Ningún misterio.

En su muñeca.

—*He lè mò*.

El muerto.

Su antebrazo.

—Joven. Lleno de pis y vinagre.

Flores podridas.

—Vengativo como un perro apaleado.

La fertilidad perdida.

—Arrastrando todo el peso de la historia tras él.

Su respiración gimotea.

—Como un saco de algodón lleno de plomo.

Tiene razón.

—Pero un niño a fin de cuentas.

Llego demasiado tarde.

—Hambriento de amor.

El cáncer la ha destrozado.

—Dice que quiere que yo sea su madre.

La ha destrozado del todo.

—Siempre pensé...

Mamá me araña el brazo y le suelto la otra mano.

—Que sería tu hermano.

Me paro.

—Que el primer muerto que vería...

No puedo respirar.

—Sería él.

Given está en un rincón del cuarto, apoyado sobre la juntura en la que confluyen las paredes. Se acerca a Michaela, rígido y feroz como papá, y por primera vez tengo miedo. Cuando estaba vivo, cada frase que decía escondía una broma, el humor le corría por los huesos, y todo el mundo se daba cuenta por cómo dejaba caer los hombros, por el movimiento de su cabeza, por su sonrisa. Pero ahora no hay nada de eso. El peso del tiempo que nunca portó en vida lo mantiene ahora rígido, lo ensombrece, lo afila igual que a papá. Given niega con la cabeza y dice:

—No es.

La canción de Michaela se desvanece.

—Tu...

Mamá empieza a luchar conmigo.

—Madre.

Mamá mira detrás de mí, al techo agrietado, repleto de miles de pequeñas estalactitas, como una cueva. Pa se pasó horas empapando el escobón en pintura y salpicando el techo con él, haciendo círculos y giros y remolinos, formando estrellas y cometas con la pintura. Mamá abre y cierra la boca pero no emite ningún sonido. Sigo su mirada pero no veo nada salvo el techo, ese lamentable cartón yeso que se está volviendo gris por la humedad. Pero Michaela, que susurra su canción y mueve los dedos de esa forma que los mueve cuando canta «Campanita del lugar», sí lo ve.

—No es —dice Given.

Los ángulos de su cara convergen y se vuelven afilados como cuchillos. También puede verlo.

—Tu...

Y mamá también. Lleva la mirada al rincón del cuarto donde está Given. Muestra sus dientes cuando esboza algo parecido a una sonrisa, un rictus.

—Madre —concluye Given.

Mamá me da un tortazo. El punto en el que me da quema. Me esposa con la palma abierta por el otro lado y las orejas me palpitan por la sangre. Los dedos de su mano derecha me agarran la mejilla, se hunden en mis crestas superciliares, y me pone la cara derecha, susurrándole a lo que sea que esté encima de nosotros, a mis espaldas, a la aberración que ha venido a por ella. Oigo una voz encima de mí.

—Ven conmigo, Ma —dice—. Venga.

—No —dice mamá.

Sus dedos tiran de mis párpados hacia arriba, me hacen daño.

—No eres mi hijo —dice.

Es como si me estuviera despellejando.

—Given —susurra.

Aparto la cara.

—Nena. Por favor.

Es la palabra «nena» la que me hace saltar de la cama. Porque al oír-la ahora vuelvo a ser su bebé, vuelvo a estar blandita, rechoncha y con los ojos húmedos, y ella está entera y tiene leche dulce. Sus manos se desprenden de mí como el maíz de la mazorca, caen frágiles y secas sobre la cama, las levanta y enseña las palmas.

—No, chico. No —dice Given.

Barro las rocas del cementerio del suelo, donde han caído, y las pongo en el altar junto al resto de cosas que he cogido. Del baño: algodón. De la despensa: harina de maíz. De mi visita de ayer a la licorería: ron.

—Dila —dice mamá. Deja caer las manos—. La letanía —dice de nuevo.

La respiración es un cascabel en su garganta. No gira la cabeza a un lado para mirar a la pared en la que está Given, luchando contra la cosa esa invisible que lo retiene allí. Mamá abre la boca: un llanto mudo. Michaela está llorando de un modo que no había visto antes: la boca se mueve, pero no se oye nada. No hay tiempo. Este momento lo ha devorado todo: el pasado, el futuro. ¿Digo las palabras? Pestañeo y en el techo hay un chico, un chico con cara de bebé. Pestañeo de nuevo, la arena me araña los ojos y ya no hay nada.

—Mamá —digo ahogándome, y mi voz es tan débil y anhelante como la de un bebé—. Mami.

Mi llanto y las súplicas de mamá y los sollozos de Michaela y los gritos de Given inundan la habitación, y fuera debe de oírse igual de fuerte que aquí dentro porque Jojo ha llegado y se ha puesto detrás de mí y papá está en la puerta.

—Ya has conseguido lo que querías. Ahora vete —dice Jojo.

Al principio creo que me habla a mí, pero está mirando a través de mí, hacia arriba, y sé con quién está hablando. Hay fuerza en su voz, tanta que hablo a pesar de las lágrimas y acerco a mamá a mi corazón.

—Por Maman Brigitte, Madre de todos los Guédé. Señora del cementerio y madre de todos los muertos.

Respiro con fuerza, el llanto me agota.

—No, Leonie —dice Jojo—. Tú no sabes. —Mira al techo.

—Leonie —dice mamá sofocada.

—*Grande* Brigitte, Jueza. Este altar de piedras es para ti. Acepta nuestras ofrendas —digo.

Los ojos de mamá siguen abiertos, mirando al techo, donde estaba el chico con la cara suave, necesitado y confuso como un bebé.

—Cállate, Leonie, por favor —dice Jojo—. Tú no lo ves.

Los ojos de mamá se fijan en la pared en la que Given ha dejado de moverse violentamente. Se posan sobre mí, suplicantes.

—Entra —digo.

—Vete —dice Jojo. Mira arriba, al lugar donde vi el resplandor del chico—. No hay más historias para ti. Nadie te debe nada aquí.

Levanta una mano hacia Given y es como si Jojo hubiera abierto una puerta, porque Given consigue deshacerse de lo que fuera que lo estuviera reteniendo.

—Ya has oído a mi sobrino —dice Given—. Vete, Richie.

No veo nada, pero algo debe de haber pasado porque Given camina imperturbable hacia la cama. Pa se ha deslizado por la pared, todas las partes de su cuerpo se derrumban mientras mira a mamá; se obliga a mirar a mamá, por fin. Ha estado orbitando alrededor de ella como una luna, durmiendo en el sofá de espaldas a la puerta, deambulando fuera, por el bosque, buscando corrales, contenedores, máquinas, cualquier cosa que pueda reparar, ya que otras no tienen arreglo.

La respiración de mamá es un viento escarpado que sopla cada vez más lento. Sus ojos se han reducido a ranuras. Su cuerpo: en ruinas e inmóvil. Jojo se aparta del paso de Given. Sujeta a Michaela, que está llorando.

—Tío.

Jojo traga saliva y mira directamente a Given. Jojo puede verlo. Lo reconoce. Asiente y Given es Given otra vez, sólo por un instante, porque sonrío y vuelvo a haber jocosidad en su hoyuelo.

—Sobrino —dice Given.

La respiración de mamá se hace más lenta hasta ahogarse. Me mira, tiene la cara torcida.

—Entra. Baila con nosotros —susurro.

Given está junto a la cama, subiéndose a ella, enroscándose alrededor de mamá, y dice:

—Ma. Vengo a por ti, Ma —dice—. Ya estoy aquí, Ma. —Y mamá toma aire

de forma lenta y rasgadora; su aliento, su sangre y su espíritu laten frenéticamente como una polilla atrapada en la red de una araña y luego Given dice—: Shhh, vengo con la barca, Ma.

Y entonces desliza su mano por la cara de mamá, por su barbilla sin oxígeno, por sus anchas fosas nasales, por sus ojos, completamente abiertos, mirándome a mí, a Given, a Jojo, a Michaela y a papá, que está en la puerta, y luego a Given otra vez. Given mueve la mano por la cara de mamá como si fuera su novia y estuvieran en el altar y él le hubiera quitado el velo para poder mirarse con amor, puro y dulce como el aire que corre entre ellos. Mamá da una sacudida y se queda quieta.

Una tormenta repentina inunda la habitación de tiempo.

Lloro.

Lloramos en coro. Pa inclinado sobre la puerta, yo con el camisón de mamá todavía en las manos, y Michaela con la cara aplastada contra el hombro de Jojo. Pero Jojo no llora. Sus ojos brillan pero no sale nada de ellos, ni siquiera cuando pregunta:

—¿Qué es lo que has dicho?

No puedo hablar. He engullido la pena demasiado rápido y se me ha atascado en la garganta, casi no puedo respirar.

—¡Leonie!

La ira se extiende en mí: aceite sobre agua.

—Ella me lo pidió —digo.

—No. —Jojo mece a Michaela en sus brazos, mira a mamá como si esperara que abriera los ojos, girara la cabeza y dijera: «Qué tontorrón eres, Jojo»—. Tus palabras. Han dejado que entre un río. Eso es lo que se ha llevado a Ma y al tío Given.

—Sí.

Jojo no entiende lo que significa que la primera cosa que haces bien por tu madre sea llevarla junto a sus dioses. Dejarla ir.

Pa se está incorporando para ponerse de pie. Pero aún hay una curva en la parte alta de su espalda: tiene los hombros en forma de cuencos. Su cabeza se balancea sobre el cuello como un péndulo. Su garganta: rota.

—Es lo que ella quería, Jojo. —La voz de Pa es lo único de él que tiene cierta dureza: un cuchillo enfundado—. No soportaba más el dolor.

—Ma no nos dejaría. Ni siquiera con el tío Given.

Jojo ha ganado todo lo que Pa ha perdido en su porte. Primero, firmeza en sus muslos; sus piernas preadolescentes, patizambas y blanduchas, son ahora duras como el granito.

—Es lo que quería —digo.

Segundo, firmeza en el pecho, haciendo que sus hombros se mantengan rectos.

—Ella dijo que... —dice Jojo.

—Ha sido por piedad, hijo —dice Pa.

Y finalmente, la cabeza; su cara de bebé, su último resto de grasa láctea, se ha vuelto fría e inerte como el acero, preparada para la guerra. Únicamente los ojos de Jojo conservan algo del niño que lleva dentro.

—¿Qué quieres? —pregunto—. ¿Que pida perdón?

Esos ojos.

—¿Que diga que no era mi intención?

No consigo controlar la voz. Silba, aguda y fina como un látigo. Una cuerda de fuego sale de mis ojos, me baja por la nariz hasta la garganta y se hace un nudo en el estómago. Mamá está todavía caliente.

—Porque no era mi intención. He hecho lo que ella me ha pedido —digo.

Mamá podría estar durmiendo. Hacía años que no veía su cara tan relajada, sin tensiones. Quiero darle una bofetada y despertarla, por pedirme que la dejara ir. Quiero darle una bofetada a Jojo, por mirarme como si yo hubiera tenido alguna opción. Y quiero traerme a Given de los muertos y que vuelva a ser de carne y hueso para poder darle también a él una bofetada, por dejarnos. Por llevársela. Hay tanto cielo vacío donde antes se alzaba un árbol. Todo está mal. El nudo está cada vez más apretado.

—Nada —dice Jojo—. No puedes darme nada.

Jojo mira a mamá cuando lo dice y dejo de apartarle el pelo de su cara inmóvil. Y entonces me mira a mí y es igual de duro que Pa e igual de suave que mamá. Censura y lástima. Yo soy un libro y él puede leer cada palabra. Lo sé. Me ve. Lo sabe todo.

—Chicuela —dice Pa.

Entonces el nudo deja de apretar y estoy llena de rabia y de odio por este mundo, así que dejo a mamá en el colchón, me pongo de pie y voy a por Jojo, que intenta escabullirse, pero no es lo bastante rápido porque yo ya estoy allí, y cuando le golpeo en la cara, el dolor cruje a través de mi palma, tañe mis dedos. Y le pego otra vez. Y lo hago sin darme cuenta de que Michaela está llorando en

sus brazos, gateando por su pecho, intentando esquivarme. Y Jojo está recto, recto como Pa; lo que quedaba de niño en sus ojos se ha esfumado: la marea se ha retirado, el sol abrasa y hace que se evaporen los residuos de agua, dejando que la arena caliente se cueza hasta formar cemento. Y Pa está a mi lado, inclinado hacia mí como una cometa que cae del cielo y me agarra los brazos y los junta haciendo que mis palmas se toquen.

—Ya basta —dice Pa—. Se acabó, Leonie.

—Tú no sabes —digo—. ¡Tú no sabes nada!

Jojo se está frotando la cara en la camisita de Michaela y yo tengo tantas ganas. Tengo tantas ganas de pegarle otra vez. Tengo tantas ganas de abrazarlo y sujetarle la cabeza con la mano como cuando era un bebé pelón y decirle: «Jojo, somos una familia», y preguntarle: «¿Qué has visto, nene, qué has visto?». Pero no hago nada de eso. Lo que hago es darle un empujón a Pa e irme, paso por delante de Jojo y Michaela y dejo a mamá en la cama, mirando al techo, con los ojos abiertos, el calor ha abandonado por completo su interior. El corazón está frío, sus venas se solidifican y el tiempo se abre paso a través de ellas.

Cuando Michael vuelve, estoy en el porche. Ignora los escalones y salta hasta donde estoy sentada en el suelo. La madera cruje por donde aterriza e imagino que se rompe a cachos, seca y podrida y deformada por el calor, y yo me caigo en la tierra barrosa que hay debajo, que se abre y forma un agujero: un pozo infinito. Es el primer día de calor de esta primavera, un aperitivo de la maldición que empapará el aire en verano, que hará que todo el mundo y todas las cosas languidezcan.

—¿Cariño?

—Vámonos.

—¿Qué? Acabo de volver. Había pensando en ir hoy al río con los niños.

—Mamá nos ha dejado.

No puedo evitar que mi voz se quiebre en mitad de la frase. No puedo contener el llanto que me sale de la boca en vez de un suspiro.

Michael se sienta en el suelo junto a mí, me sube en su regazo: brazos, nalgas, piernas y todo, así que soy un bebé grande acostado sobre él, sabiendo que puede con mi peso. Que puede conmigo. Pongo la nariz en su cuello, está rasposo por la barba incipiente.

—Vámonos.

—Shhhh —murmura.

—A casa de Al. —Michael lo sabe. Sabe lo que le estoy pidiendo realmente: la semilla en el pulposo corazón de la fruta—. Nos vamos y ya está.

A colocarnos. A ver de nuevo a Given. Aunque ahora que lo pienso, sé que no va a volver. Que allá donde haya ido con mamá es para siempre. Pero esa parte de mí que mamá miraba con lástima, esa parte tiene esperanza.

—No podemos —dice.

—Por favor.

El mundo es pequeño y ácido como un eructo. Se interpone entre nosotros. Michael arruga la nariz como si estuviera oliendo el horror y el dolor que hay en él, todo destilado en tres sílabas punzantes.

—Los niños.

El cielo se ha vuelto del color del barro rojo arenoso: naranja crema. Es el momento de mayor calor del día: los insectos han despertado de su hibernación. No soporto el mundo.

—No puedo —digo.

Hay tantas palabras tras mi enunciado. «No puedo ser una madre ahora. No puedo ser una hija. No puedo acordarme. No puedo ver. No puedo respirar». Y él las oye porque se levanta conmigo en brazos y me lleva al coche. Me mete en el asiento del copiloto, cierra la puerta y se sienta tras el volante. El coche reduce el mundo a esto: él y yo bajo esta bóveda de cristal, de luz y los perros odiosos escondidos en las cunetas y vacas mansas y árboles poblados, el recuerdo de mis palabras, de la cara acartonada y gris de mamá, de la reacción de Jojo y Michaela a mis bofetadas, de papá haciéndose pequeño, de Given dejándome por segunda vez. Nuestro mundo: un acuario.

—Un paseíto y ya está —dice Michael.

Pero sé que si sigo insistiendo, agriando el aire del coche con por favores, llegará a casa de Misty y le pedirá que llame a sus amigos del norte, a Al, y por último llamará a Pa para decirle: «Sólo unos días». Conducirá durante horas a través del corazón de tierra negra del estado, dejando atrás la jaula que lo retuvo, llegará hasta donde el horizonte se abre como una concha de ostra. Sé que si se lo pido, seguirá. Porque parte de él también quiere dejar atrás el abrazo envuelto en lágrimas con su madre, la pelea con su padre, mi casa llena de muerte. Seguimos adelante y el aire de las ventanas hace que el cristal se estremezca, lleno de vida como un banco de moluscos que se agita con el ir y venir de la marea: un brillo de espuma y arena. Los neumáticos atrapan la gravilla y la escupen. Nos damos la mano y fingimos olvidar.

CAPÍTULO 15. JOJO

Ahora duermo en la cama de Leonie. Ya no tengo que preocuparme de que me eche de la cama de una patada, de que me despierte con un puñetazo en la espalda, porque nunca está aquí. Bueno, no exactamente. Vuelve cada semana, se queda un par de días y se vuelve a ir. Ella y Michael duermen en el sofá como dos sardinas grises en lata. No se mueven cuando paso por el salón por la mañana para llevar a Kayla al autobús del colegio. Algunas mañanas ya se han ido cuando vuelvo dentro a por mi mochila. La larga abolladura del sofá es la única forma que tengo de saber que han estado aquí.

Duermen en el sofá porque Pa duerme ahora en el cuarto de Ma. Se deshizo de la cama de hospital el día en que la enterraron. La sacó de la casa, la llevó atrás, a los bosques, y le prendió fuego. Me dijo que no fuera allí, pero vi el humo. Oí el crepitar de las llamas. A veces, por la noche, después de que Kayla se haya quedado dormida en mi hombro, tan profundamente que su cabeza pesa como un melón, voy a la cocina a por un vaso de agua y oigo a Pa a través de la puerta, oigo su voz enhebrarse por el ojo de la cerradura. Una vez lo oí claramente a través de la pared. Al principio pensé que estaba rezando, pero luego, por el modo en que el tono de su voz bajaba y subía, supe que no. Sonaba como si estuviera hablando con alguien. Le pregunté al día siguiente, cuando volví del colegio, él estaba esperándome donde siempre, en el porche, con Kayla al lado, en el columpio.

—¿Pa?

Estaba pelando pacanas. Me miró, pero sus manos seguían atareadas, seguían machacando las cáscaras, sacando la carne. Cada pedazo que conseguía, se lo daba a Kayla, y ella se lo metía todo en la boca, me sonreía mientras masticaba.

—¿Anoche estabas hablando con alguien?

Se detuvo, con un pedazo de pacana en la mano. Kayla le dio una palmadita en el brazo, pidiendo más.

—Pa —dijo—. Dame, Pa.

Pa se la dio.

—¿Ha llamado Leonie? —le pregunté.

—No —dijo.

—Me lo tendría que haber imaginado —dije y escupí fuera del porche, en la arena.

Me hubiera gustado que Leonie estuviera, imaginar cómo se sentiría viendo cómo le escupo. Si es que se daba cuenta.

—No hagas eso —dijo Pa, y siguió pelando pacanas—. A pesar de todo, es tu madre.

—¿Y Michael? —dije.

Pa se sacudió de las manos el polvo amargo que envuelve la carne de las pacanas y movió la cabeza, y después de eso no insistí más. Es posible que lo oyera a través de la puerta o de las paredes, su voz elevándose como humo en mitad de la noche. Por el movimiento de su cabeza, el roce, la inclinación de su cuello arrugado, supe que estaba tumbado en la cama, en la oscuridad, mirando al techo, mirando al mismo sitio al que Ma miró cuando murió, con la mirada fija; lo oí llamarla por su nombre, un nombre que no oía desde antes de que tuviera cáncer: Philomène. Y luego: Phillie. Y entonces supe lo que hacía cuando se pensaba que estábamos dormidos. Algo como rezar, pero no a Dios. Hablaba y hacía preguntas y buscaba entre los cráteres y las montañas del techo. Buscando a Ma. Kayla puso de nuevo la mano en el brazo de Pa, pero no para pedirle más pacanas. Sino para acariciarlo como si fuera un cachorro lleno de pulgas y medio calvo, necesitado de amor.

Algunas noches, cuando oigo a Pa buscar en la oscuridad y Kayla está roncando a mi lado, creo que entiendo a Leonie. Creo que sé más o menos cómo se siente. Tal vez entiendo un poco el motivo por el que se fue después de la muerte de Ma, por qué me abofeteó, por qué huyo. Lo siento dentro de mí también. Un picor en las manos. Una patada en los pies. Un revoloteo en el centro del pecho. Una inquietud. Que crece. Que me despierta cada vez que me doy cuenta de que me estoy resbalando. Me eleva como un pelota en el aire. Sobre las tres de la madrugada, me suelta y me duermo.

No tengo esa sensación de día. Casi nunca. Pero cuando el cielo se vuelve anaranjado al atardecer y se hunde en el horizonte como una roca en el agua, la sensación me vuelve. Así que la saco de paseo cuando sé que está llegando. Pero

no por la calle como mi tío abuelo el loco. Ando por el bosque. Me meto por senderos más allá de los lindes de la finca de Pa y llego hasta la penumbra que hay bajo los pinos, donde las acículas marrones se extienden como una alfombra sobre el barro rojo, y cuando camino, no hacen ruido.

Un día veo un mapache merodeando por un árbol caído, sacando larvas del tronco. Sisea: «Mías, mías, todas mías». Otro día, una enorme serpiente blanca cae delante de mí, de la rama de un roble encorvado y después se escabulle a las raíces y vuelve a subir al árbol para cazar ardillas recién nacidas y polluelos a los que les acaba de salir el pico. El roce de las escamas contra la corteza: «El chico flota y merodea. Sigue atrapado». Y al siguiente día, un buitre hace círculos en el aire, un buitre de plumas negras y fuertes, y dice: «Hey, chaval. El camino es por aquí. ¿Todavía tienes la escama? Por aquí». Y entonces la sensación de insatisfacción, de dolor infestado de gusanos, se calma un poco, porque sé lo que Ma vio. Oigo lo que oyó. En esos momentos, la siento un poco más cerca. Hasta que veo a un chico tumbado, enroscado a las raíces de un enorme roble vivo, parece medio muerto, medio dormido, un fantasma.

—Hola —dice Richie.

A veces veo más de lo que Ma vio.

—Puaj —digo.

Me cabreo un montón. Porque cuando veo sus orejones y sus brazos enclenques y sus piernas frágiles como ramas caídas, sé que en realidad esperaba ver a Ma. Esperaba encontrármela en uno de mis paseos. Y cuando lo veo, una parte de mí sabe que nunca va a ser Ma, nunca va a ser ella la que esté sentada en el tronco de un árbol, en un tocón podrido, esperándome. Nunca más voy a ver a Ma ni escuchar al tío Given llamarme sobrino.

El viento se abalanza contra el crepúsculo, me roza con su enorme ala, y alza el vuelo de nuevo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto.

—Estoy aquí —dice.

Se pasa la mano por el pelo y se queda quieto como una piedra erosionada por la lluvia.

—Ya veo.

—No. —Richie se reclina contra el tronco como si fuera una silla enorme—. Pensaba que...

Mira hacia el sendero que hay detrás de mí. Mira hacia mi casa. Hace un sonido parecido a una respiración pero no respira.

—¿Qué?

—Pensé que cuando lo supiera, podría. Cruzar las aguas. Volver a casa. Tal vez allí, podría... —sus palabras suenan como un trapo rasgado— convertirme en otra cosa. Tal vez, podría. Convertirme. En la canción.

Tengo frío.

—La oigo. A veces. Cuando el sol. Se pone. Cuando el sol. Se levanta. La canción. A ratitos. Las estrellas. Un disco. El cielo. Un gran disco. Las vidas. De los vivos. De los que están más allá. Veo destellos. El sonido. Más allá de las aguas.

—¿Pero?

—No puedo.

—No...

—No puedo. Entrar. Lo intenté. Ayer. Tiene que haber alguna necesidad, alguna carencia. Como el ojo de una cerradura. Para que yo pueda entrar. Pero después de todo lo que ha pasado, tu abuela, tu tío. Tu madre. No puedo. Tú — vuelve a hacer el sonido de respiración— has cambiado. No hay ninguna necesidad. O al menos, no es lo suficientemente grande para una llave.

Oigo una avispa zumbar por mi cuello, esperando a posarse y chupar. La espanto, da otra vuelta hasta que le doy un manotazo, siento su cuerpecito duro rebotar en mi palma y perderse en la oscuridad en busca de alimentos más fáciles.

—Hay tantos —dice Richie. Su voz sale lenta como la melaza—. Tantos de nosotros —continúa—. Pulsando. Las teclas equivocadas. Dando vueltas alrededor. De la canción. —Suena cansado. Se tumba, me mira desde su cama. Tiene la cabeza en una mala postura debido a la raíz que tiene debajo, que le empuja el cuello. Una almohada dura—. Atrapados. ¿Has visto? ¿A la serpiente? ¿La conocías?

Niego con la cabeza.

—Yo —arrastra la palabra— tampoco. Tantas lágrimas sueltas. Perdidas.

Pestañea: un gato a punto de echarse una siesta.

—Ahora lo entiendes. —Cierra los ojos. Croa como una rana toro—. Ahora sabes lo que es la vida. Ahora sabes lo que es. La Muerte.

Está callado como si estuviera dormido, pero se mueve. Una larga línea marrón haciendo ondas como el agua. Y entonces lo veo. Sube por el árbol como la serpiente blanca. Culebrea por el tronco, las ramas, se enrolla en una y se recuesta. Todas las ramas están llenas. Están llenas de fantasmas, dos o tres,

hasta la copa, hasta las hojas plumosas. Hay mujeres y hombres y niños y niñas. Algunos son casi bebés. Están agachados, mirándome. Negros y morenos, y el bebé que tengo más cerca, blanco humo. Ninguno de ellos revela su muerte, pero la veo en sus ojos, en sus enormes ojos negros. Se posan como pájaros, pero miran como personas. Hablan con sus ojos: «Me violó y me ahogó hasta morir levanté los brazos y me disparó ocho veces me encerró en el cobertizo y dejó que me muriera de hambre mientras oía a mis hijos jugar con ella en el patio vinieron a mi celda en mitad de la noche y me ahorcaron se dieron cuenta de que sabía leer y me llevaron al granero y me sacaron los ojos y me dieron una paliza me puse enfermo y dijeron que era una abominación y que Jesús decía que hacía sufrir a los niños pequeños y la dejaron ir y me metieron bajo el agua y no podía respirar». Los ojos pestañean y el sol brilla y guiña bajo la línea del bosque para que los fantasmas atrapen el color, reflejen el rojo. El sol convierte sus ropas — harapos y bombachos, camisetas y turbantes africanos, sombreros fedora y sudaderas con capuchas— en un plumaje escarlata. Sus ojos se cierran y luego se abren como uno solo, mirándome, y después al cielo, mientras el viento gira a su alrededor y gime, sus bocas se abren ahora, la ráfaga de aire es su canción, la ráfaga: «Sí».

Me quedo hasta que se va el sol. Me quedo hasta que huelo el pino a través de la sal y el sulfuro. Me quedo hasta que la luna sale y sus bocas se cierran y son un crimen de cuervos plateados. Me quedo hasta que el bosque es una multitud de nudillos negros. Me quedo hasta que me agacho, busco un palo hueco, me doy la vuelta y me dispongo a volver a casa, a alejarme de los muertos, azoto el aire que tengo delante, y entonces me encuentro a Pa con Kayla en sus brazos. Brillan como fantasmas en la oscuridad.

—Estábamos preocupados por ti —dice Pa.

«Sí», susurran.

—Como no venías —dice.

Me encojo de hombros aunque sé que no puede verme. Kayla intenta soltarse.

—Bájame —dice.

—No —dice Pa.

—Bájame, Pa. Porfa —dice.

—Vamos —digo.

El árbol de fantasmas me quema la piel de la espalda, como cientos de hormigas subiéndome por la columna, buscando piel blandita que picar entre los

huesos. Sé que el chico está allí, observando, contoneándose como hierba bajo el agua.

—Porfa —dice Kayla, y Pa deja que se baje.

—No, Kayla —digo.

—Sí —dice.

Entonces me adelanta dando tumbos, inestable sobre el suelo oscuro. Se pone frente al árbol, levanta la nariz. La cabeza inclinada hacia atrás para ver mejor. Tiene los ojos de Michael, la nariz de Leonie, los hombros de Pa, y su forma de mirar hacia arriba, como si estuviera midiendo el árbol, es totalmente de Ma. Pero su manera de quedarse de pie, de recoger los pedazos de todo el mundo y de ponerlos juntos, es exclusiva de ella. De Kayla.

—Volved a casa —dice Kayla.

Los fantasmas tiemblan, pero no se van. Se balancean boquiabiertos de nuevo. Kayla sube un brazo, con la palma hacia arriba, como si estuviera intentando tranquilizar a Casper, pero los fantasmas no se calman, no se levantan, no ascienden y desaparecen. Se quedan ahí. Entonces Kayla empieza a cantar, una canción de palabras inconexas, confusas, nada que yo pueda entender. Canta bajito y la melodía interrumpe el rumor de los árboles que se mecen, pero al mismo tiempo se entrelaza y se confunde con él. Y los fantasmas abren sus bocas aún más y sus caras se doblan por los bordes y parece que están llorando, pero no pueden. Y Kayla canta más fuerte. Mueve la mano mientras canta, y yo sé qué es, conozco ese movimiento, así es como Leonie me acariciaba la espalda, y la espalda de Kayla, cuando el mundo nos daba miedo. Kayla canta y la multitud de fantasmas se inclina hacia delante, asintiendo. Sonríen y su sonrisa tiene algo de alivio, algo como un recuerdo, algo parecido a la paz.

«Sí».

Kayla me tira del brazo y la subo. Pa se da la vuelta. Lo sigo mientras él está pendiente por si aparece algún mapache, alguna comadreja, algún coyote, aparta rama tras rama mientras nos guía de vuelta a casa. Kayla tararea por encima de mi hombro, dice «shhh» como si yo fuera el bebé y ella el hermano mayor, dice «shhh» como si recordara el sonido del agua en el vientre de Leonie, el sonido de todas las aguas, y lo estuviera cantando ahora.

«Hogar», dicen. «Hogar».

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría darle las gracias a mi editora, Kathy Belden, por hacer las preguntas exactas que me conducen a respuestas esenciales. Sería peor escritora sin ella y me siento muy agradecida de que me acompañe. Gracias a su asistente, Sally Howe, por estar pendiente de mis despistes y mantenerme en orden. Estaría perdida sin mi agente, Jennifer Lyons, la cual lucha por mí continuamente, insiste en que mi obra puede llegar a un público amplio y ha creído en mí desde los difíciles inicios. Katey Lloyd y Rosaleen Mahorter, mis publicistas de Scribner, son ingeniosas, comprensivas y amables, y aprecio todo lo que hacen para que mis libros prosperen. Gracias también a Nan Graham por haber defendido mi obra y haber invertido en mi carrera como escritora. También me gustaría dar las gracias a los trabajadores de Lyceum Agency, pues su labor es imprescindible para que mis libros y mis palabras vean la luz. Lo mismo ocurre con mi anterior publicista e íntima amiga Michelle Blankenship, la cual introdujo gran parte de mi trabajo al público lector y sigue creyendo en mí y cuidándome.

Mi director de departamento en la Universidad Tulane, el profesor Michael Kuczynski, es generoso y considerado. Sin él y sin mis compañeros de Tulane, no hubiera tenido el tiempo ni los fondos necesarios para escribir este libro. Los estudiantes a los que he dado clase en Tulane son excepcionales, y me temo que me enseñan más a mí de lo que yo les enseño a ellos. Mis colegas escritores me apoyan, me inspiran y me desafían siempre: Elizabeth Staudt, Natalie Bakopoulos, Sarah Frisch, Justin St. Germain, Stephanie Soileau, Ammi Keller, Harriet Clark, Rob Ehle, J. M. Tyree y Raymond McDaniels. Los adoro y no podría haber escrito y revisado esta novela sin ellos.

Por último, me gustaría dar las gracias a mi familia: a mi madre, que me quiere y me alimenta y me abraza; a mi padre, que me enseña a ser un espíritu libre; a mi abuela Dorothy, que me enseña cómo contar buenas historias; a mi

hermano, Joshua, cuyo amor prende y arde dentro de mí: a mis hermanas, Nerissa y Charine, que luchan conmigo y por mí; a mi abuela, Gretchen, que hace que las plantas y las personas florezcan; a mi hermano/primo pequeño Aldon, que se acuerda de todo y me ayuda a rescatar de la memoria las cosas que yo olvido; a mis primos Rhett y Jill, que crecieron conmigo y siguen creciendo conmigo; a mi amigo Mark, que me ayuda a elegir muebles y me aguanta cuando yo ya no me aguanto; a mi amiga Mariha, que me da la mano y se empeña en que no muera antes de tiempo; a mis sobrinas y sobrinos, que me enseñan a hacer el tonto y me dan esperanza: De'Sean, Kalani y Joshua D; a mi compañero, Brando, que me hace reír cuando lo necesito; a mis hijos, que me enseñan cómo ser paciente, cómo amar, cómo abrazar y cómo sentir alegría: Noemie y Brandon. Y para concluir, me gustaría mostrar mi agradecimiento a todo el mundo de DeLisle, Misisipi, por inspirarme en mis historias y hacerme sentir parte de la comunidad. Estoy muy agradecida a todos y cada uno de vosotros.

Os quiero a todos.

NOTAS

¹ Referencia a la canción «Maybellene», de Chuck Berrie, cuyo primer verso reza: «*Maybellene, why can't you be true?*». A su vez, «Stag-o-lee», «Stagolee» o «Stagger Lee» son variaciones del nombre de un tema popular del Folk norteamericano, que narra la historia del asesinato de Billy Lyons por «Stag» Lee Shelton en Misuri en las Navidades de 1895. [N. del T.]

² *Juke joint*: establecimiento habitual en el Sur de Estados Unidos donde se sirve bebida, comida, se puede bailar y apostar. [N. del T.]

³ *Given*: en inglés, participio del verbo «dar». [N. del T.]

⁴ *Parchman* significa literalmente «hombre con sed». [N. del T.]

⁵ Referencia a la frase de Martin Luther King «El arco del universo moral es largo, pero tiende hacia la justicia». [N. del T.]

⁶ Uno de los primeros deportes de equipo originados en las tribus aborígenes de Estados Unidos. [N. del T.]